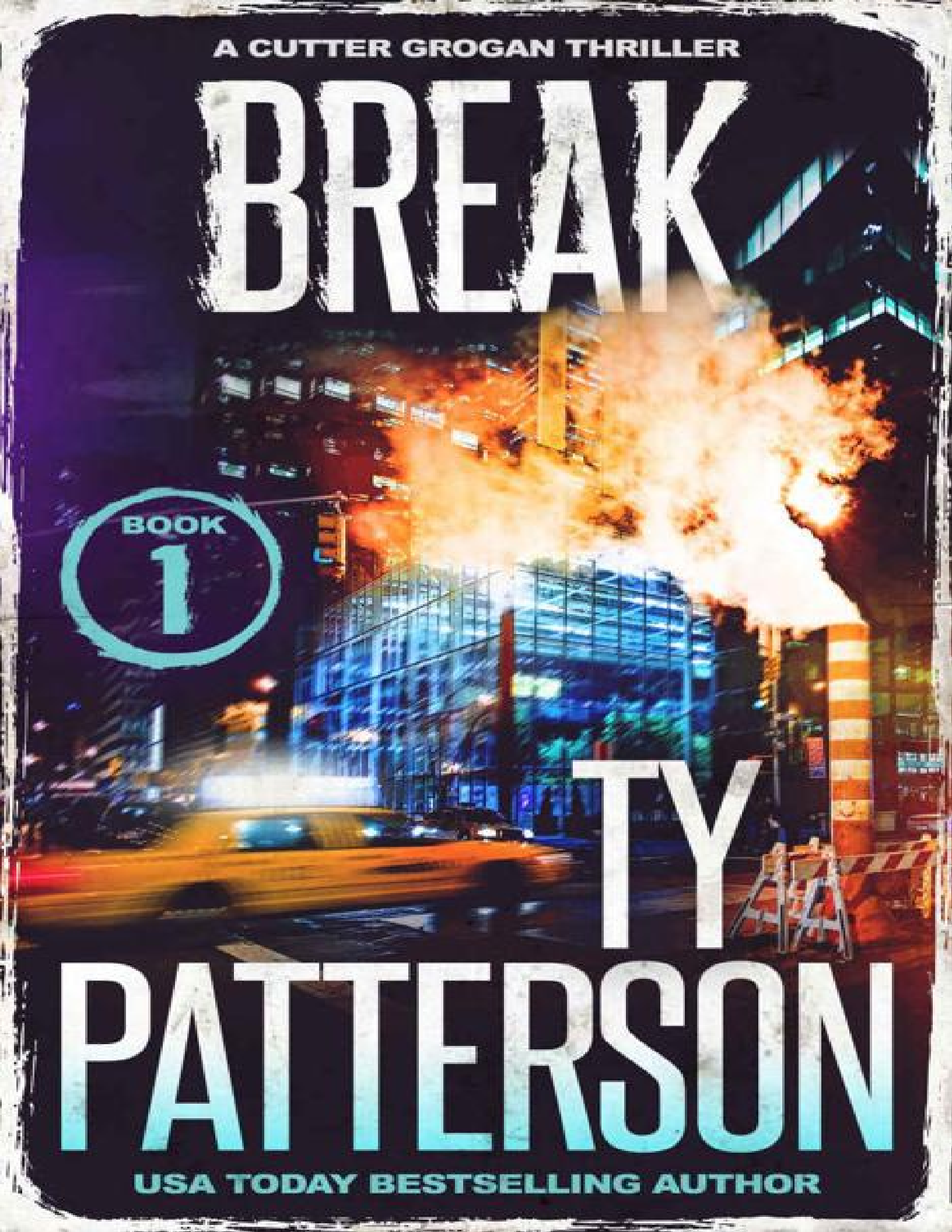
A CUTTER GROGAN THRILLER

BREAK



BOOK 1

TY PATTERSON

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

BREAK

LOS THRILLERS DE CUTTER GROGAN

LIBRO I

TY PATTERSON

ÍNDICE

Consigue un libro gratis
También de Ty Patterson
Agradecimientos
Sin título

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

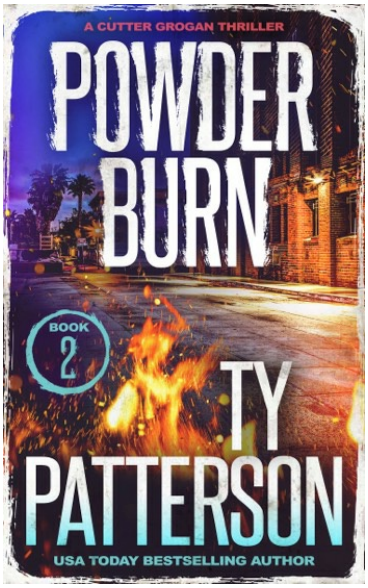
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88

Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110

Más Libros
Capítulo adicional de Powder Burn
Mensaje del autor
Libros de Ty Patterson:
Sobre el autor

CONSIGUE UN LIBRO GRATIS

Haz clic aquí para descargar The Watcher, una novela corta exclusiva para los suscriptores del boletín de Ty Patterson



Descubre Powder Burn, aquí, el siguiente thriller de la serie.

Únete al grupo de lectores de Ty Patterson en Facebook, aquí

TAMBIÉN DE TY PATTERSON

Zeb Carter Thrillers
Quince libros en la serie y contando
Cutter Grogan Thrillers (Universo Zeb Carter)
Nueve libros en la serie y contando
Hawke and Stryker Thrillers (Universo Zeb Carter)
Dos libros y contando
Zeb Carter Short Stories
Tres libros y contando
Warriors Thrillers (Universo Zeb Carter)
Doce libros en la serie
Gemini Series (Universo Zeb Carter)
Cuatro thrillers en la serie
Warriors Series Shorts (Universo Zeb Carter)
Seis novelas cortas en la serie
Cade Stryker Series
Dos thrillers de ciencia ficción militar

Derechos de autor ©2024 de Ty Patterson, Three Aces Publishing Ltd. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser copiada, reproducida en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otra índole, sin el consentimiento previo del titular de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

AGRADECIMIENTOS

Dicen que se necesita un pueblo para producir un libro. En mi caso, han estado involucrados varios continentes. Es cierto que el trabajo de un autor es solitario, pero la escritura es solo una parte de la publicación de un libro.

Mis lectores beta, que están repartidos por todo el mundo, son mis primeros respondedores. Les debo una deuda de gratitud por dar forma a todas las palabras que escribo.

Ellos son:

Manie Kilan, Mike Duncan, Dori Barrett, Maria Stine, Mike Davis, Larry Kahhan, Linda Thomas, Laura Rachwalik, Jobins MJ, Simon Alphonso, Steve Panza, Ann Finn, Don Waterman, Kimber Krahn, Robin Eide Steffensen, Blanca Nichols, Loz Yeung, Charlie Carrick, Martin Pingere, Terrill Carpenter, Kathryn Defranc, Dave Davis, Mike Duncan, Donna Young Hartridge, Shadine Mccallen, Shell Levy, Wanona Koeppler, Marion McNulty Hulse, Gerry Kenny, Rob Fox, Dan Gherasim, Toni Osborne, Theresa Ann Kari, JoAnn Cates Lewis, Cathie M Jones, Debbie McNally, Sylvia Foster, Beth Perry, Mike Davis, Pat Barling, Mary Kauffman, John Spiller, Dave Campbell, Mark Campbell, Cathy Silveira, Franca Parente, Jan Fisher, Nancy Schmit, Claire Forgacs, Pete Bennett, Eric Blackburn, Margaret Harvey, Jim Lambert, Jimmy Smith, Suzanne Mickelson, Brad Werths, Allan Coulton, Paula Artlip, Pat Ellis, Linda Collins, Tricia Cullerton, Alun Humphreys, Wa Reedy, Tania Reed, Matt Bell, Jeane Jackson, Gary Bristol, Gary Rounds y Jennifer Anderson.

Donna Rich, mi correctora de estilo, y Doreen Martens, mi editora, han sido invaluables en el pulido del libro.

Por último, un agradecimiento especial a Debbie Gallant, Tom Gallant, Michelle Rose Dunn y Cheri Gerhardt, quienes me han apoyado desde el principio.

A mi esposa e hijo por sus sacrificios al apoyarme

Si eres libre, necesitas liberar a alguien más. Si tienes algo de poder, entonces tu trabajo es empoderar a alguien más.

— Toni Morrison

1

Todo podía usarse como arma.

Las tapas y el lomo de una novela de tapa dura. Un periódico enrollado. Las puntas de una hoja de papel doblada. Cualquier objeto cotidiano podía usarse para atacar o defenderse.

Los ojos de Cutter Grogan escudriñaban el entorno mientras caminaba por Lafayette Street, notando lo que podría usarse para el ataque o la defensa. Ese paraguas que alguien había desechado en un cubo de basura. Las cajas vacías en la acera frente a una tienda. Esa cabina telefónica vandalizada en la esquina con Grand Street, que podría usarse como cobertura.

Era automático, un hábito tan profundamente arraigado por años de entrenamiento y experiencia en tierras lejanas, polvorientas y peligrosas, que ni siquiera era consciente de ello.

Nueva York en verano. Los sonidos insistentes e incesantes del tráfico y el olor a humo. Cruzó la calle en diagonal para llegar al lado soleado de Lafayette y cerró los ojos momentáneamente para disfrutar del calor.

—¡No es un parque! —le gritó un transeúnte y pasó rozándolo con fastidio.

Sonrió. Había estado en las mejores ciudades del mundo. París, Londres, Berlín, Río, Yakarta, Tokio; dondequiera que fuera, se sentía como en casa. ¿Pero Nueva York? Era donde comenzaba y donde terminaba. Se puso las gafas de sol y continuó. Esperó en la intersección con Grand a que cambiaran las luces y, cuando lo hicieron, se dirigió a su destino, una bodega.

Había muchas a poca distancia, algunas incluso más cerca, pero esta en particular era su favorita. Estaba bien mantenida, ordenada y tenía un ligero aroma a incienso en el aire. Conocía a sus dueños. Pero lo que cerraba el trato era el mostrador de postres. Pasteles y tartas esponjosos, chocolates que se derretían en la boca, todos recién horneados por la esposa del dueño. Harían saltar las alarmas de los contadores de calorías, si el equipo de fitness tuviera eso.

Miró su reloj y se apresuró. Una hornada recién salida del horno estaría lista, y quería ser el primero en la fila. No muchos conocían las delicias de la tienda. Sin embargo, el boca a boca era efectivo, y los postres a menudo se agotaban tan pronto como se exhibían.

Se quitó las gafas de sol, las dobló y las guardó en un bolsillo interior mientras entrecerraba los ojos ante el andamio fuera de la bodega. La construcción en los pisos superiores del edificio reducía la visibilidad.

Una campanilla sonó cuando entró.

—Chang —saludó al hombre chino detrás del mostrador.

—Cutter —respondió el dueño, su rostro arrugándose en una sonrisa. Estaba en sus cincuenta, su cabello aún espeso y negro, la experiencia y las dificultades marcando su rostro con

pequeñas arrugas—. Hace tiempo. ¿Has estado yendo a otra tienda?

—Solo si Lin Shun se ha fugado con alguien más. Vengo solo por sus pasteles. Lo sabes.

—No sé qué ve en él —dijo un hombre mayor desde el siguiente pasillo, donde estaba trapeando el suelo—. Le he propuesto matrimonio varias veces.

—¿Has considerado que tal vez eres viejo?

—¿Yo? ¿Viejo?

Cutter se quedó en silencio, disfrutando de su humor. Moshe, el recién llegado, era copropietario con Li Shun y Chang. Una asociación poco probable a primera vista. El hombre mayor superaba a la pareja chino-americana por casi tres décadas, aunque estaba tan en forma que solo su rostro y brazos arrugados revelaban su edad.

Aquella noche nos unió.

Cutter había salido a correr tarde hace varios años, las calles desiertas, cuando los sonidos de una pelea llamaron su atención. Un callejón estrecho detrás de la bodega, donde los edificios guardaban sus contenedores de basura. Se abría hacia Center Street. Varias sombras moviéndose en la oscuridad.

Al oír su llegada, las figuras habían salido corriendo, pero no antes de que él derribara a un hombre y lo incapacitara con un golpe en la sien.

Un atraco que salió mal. El joven hijo de Chang y Lin Shun yacía sangrando en el suelo. Moshe, entonces un transeúnte que había intentado ayudar, también estaba herido.

Cutter llamó al 911 y se quedó con ellos hasta que llegaron la policía y los servicios de emergencia. Estaba con ellos cuando los paramédicos negaron con la cabeza casi imperceptiblemente. Daniel Shun, el hijo, había muerto.

Había esperado en el pasillo del hospital mientras Moshe se sometía a una cirugía que le ayudó a sobrevivir a la herida de cuchillo casi fatal en sus riñones.

Cutter se unió a los dueños de la bodega en su duelo, y a medida que el tiempo curaba las heridas, se acercó a ellos. Moshe se convirtió en parte de ellos cuando se mantuvo en contacto y también se convirtió en socio comercial cuando invirtió en la tienda.

Cutter le dio una palmada en el hombro al hombre mayor y lo miró críticamente.

—Aún conserva todos sus dientes —le dijo a Chang—. Eso debería contar para algo, ¿no?

—¡Dientes! Es lo único que tiene.

Moshe estaba en una forma increíblemente buena para su edad. Corría medias maratones y participaba activamente en caminatas del vecindario. Cualquier otra persona se contentaría con ser un socio silencioso en el negocio. No el hombre mayor. Ayudaba donde podía. Acomodando estantes, limpiando, incluso detrás de la caja registradora si era necesario, aunque no lo prefería.

Se siente claustrofóbico allí. No le gusta.

Cutter rodeó al socio mayor cuando este reanudó la limpieza del suelo. Las mangas de Moshe se deslizaron por sus antebrazos, y allí estaba: números descoloridos tatuados en el interior de su brazo izquierdo. Muchos pensaban que era un viejo tatuaje, mal hecho. Cutter sabía lo que era y los horrores detrás de él.

Moshe era un sobreviviente de Auschwitz.

Tenía seis años cuando fue deportado al campo junto con sus padres y su hermana mayor, diez cuando el campo fue liberado. El único miembro de su familia que sobrevivió.

Cutter se acercó al mostrador de postres e inhaló los aromas. Una mujer salió del interior de la tienda y se limpió las manos en su delantal blanco. Lo abrazó fuertemente y lo examinó. Él podía ver su reflejo en el cristal que cubría las delicias.

Un metro ochenta y cinco. Cabello oscuro y peinado. Ojos verdes. Bien afeitado. Camiseta

metida en los vaqueros. Chaqueta deportiva ligera. Zapatillas con suela de goma.

Debido a su bronceado profundo, fácilmente podría pasar por alguien de la región mediterránea. O de Oriente Medio, Sudamérica, África del Norte, una amplia gama de geografías. Solo un puñado sabía cuál era su genealogía. Lin Shun, Chang y Moshe estaban entre ellos.

—Hace tiempo que no te veíamos —Lin Shun se colocó detrás de la vitrina y esperó expectante.

—He estado fuera.

—¿Vacaciones?

—Algo así —*Rescatar a un rehén de un cártel colombiano. ¡Menudas vacaciones!*

Sus ojos se agudizaron ante su tono. Se detuvieron en él. —¿Sin heridas?

—A ti no se te escapa nada, Lin Shun —admitió con pesar—. Ninguna, esta vez.

Ella lo miró inquisitivamente y luego fue al grano. —Pasteles de piña y plátano. Nueva receta. Han salido bien. Deberías probarlos.

—Me llevaré dos de esos, y lo de siempre.

Los cupcakes de frutas espolvoreados con coco eran su postre favorito. Se relamió inconscientemente mientras Lin Shun los empacaba en una bolsa de papel marrón.

Estaba tomándola de ella cuando sucedió.

2

—¡USTEDES! ¡MANOS ARRIBA! —gritó una voz.

Lin Shun jadeó. Sus ojos se agrandaron y sus manos temblaban mientras las levantaba.

Cutter se giró lentamente, con la bolsa en su mano izquierda, mientras las persianas de la ventana de la tienda bajaban, oscureciendo el interior.

El mostrador de postres formaba la parte corta de un mostrador en forma de L que recorría el lateral de la tienda y terminaba donde Chang estaba detrás de la caja registradora.

Un hombre lo enfrentaba, con un pañuelo negro sobre la nariz y la boca, una gorra de béisbol cubriendo su cabeza y gafas de sol sobre sus ojos. Una pistola en su mano, agitándola en el aire.

¿Solo él? ¿Quién bajó las persianas?

Como si respondiera, otro hombre apareció a la vista. Vestido de manera similar, con una bufanda gris alrededor de su rostro, apuntando con su arma a Moshe, quien se movía desde detrás del mostrador central, aún con el trapeador en la mano.

Dos.

—¡MANOS. LEVÁNTENLAS! —gritó el primer hombre.

Cutter las levantó lentamente. *Tres*, se corrigió, cuando un encapuchado con pasamontañas apareció alrededor del mostrador central y los cubrió a él y a Lin Shun con un arma.

—¡DINERO! —gritó Bandana—. ¡TODO LO QUE TENGAN! ¡RÁPIDO!

—¿Quién más está aquí? —Pasamontañas agitó su arma—. ¿QUIÉN?

—Solo nosotros —tembló Lin Shun—. Las habitaciones interiores están vacías.

—MORIRÁS PRIMERO SI HAY ALGUIEN MÁS.

Tres hombres armados. Uno a la derecha de Cutter, a dos metros de distancia, con el arma en ángulo, apuntando en dirección al panadero. Los otros dos a unos seis metros, parados cerca uno del otro. Bandana frente a Chang, Máscara Gris vigilando la entrada, apuntando a Moshe, quien permanecía tranquilo, en silencio, con las manos bien arriba sobre su cabeza.

—¡TÚ! HOMBRE DE LA CHAQUETA —rugió Pasamontañas—. ¿CREES QUE ESTO ES UNA BROMA? ¿QUE NUESTRAS ARMAS ESTÁN VACÍAS? LEVANTA LAS MANOS. QUÉDATE QUIETO.

El tiempo se ralentizó. El mundo se volvió borroso y se redujo al mostrador, la vitrina central y tres hombres armados.

—¿Están seguros de que quieren hacer esto? —preguntó Cutter suavemente. Observándolo todo. El lunar en la muñeca de Pasamontañas. La gota de sudor que salía de debajo de la máscara, bajando por su cuello, sobre lo que parecía un tatuaje apenas visible por encima del

borde de su camisa. Moshe, mirándolo, aún tranquilo, como si fuera un evento rutinario. Chang apresurándose sobre el mostrador, barriendo su contenido en una bolsa de plástico con dedos temblorosos. Lin Shun respirando con dificultad.

¿Luchar o rendirse? Tres contra uno. ¿Cuáles eran las probabilidades ahí?

—¿QUÉ DIJISTE? CIERRA LA BOCA. —Pasamontañas se abalanzó hacia adelante, su rostro retorciéndose bajo la máscara con ira, el arma levantándose para golpear a Cutter con el cañón.

Luchar, entonces.

Le sobrevino a Cutter instantáneamente, un desprendimiento de su mente de su cuerpo mientras observaba impasiblemente, hacía que las neuronas dispararan impulsos a los axones que liberaban químicos que activaban músculos, todo sin pensamiento consciente, en nanosegundos.

Un largo paso a su derecha. Soltando la bolsa marrón, cuya caída captó la atención de Pasamontañas. Los dedos de la mano derecha doblándose para extender los nudillos, que golpearon la garganta del atacante mientras su mano izquierda bajaba, sujetaba la muñeca del arma en un agarre como una prensa y la torcía lejos de Lin Shun, y mientras el hombre armado caía, ahogándose, jadeando, el arma se liberó y llegó a la mano de Cutter, que se extendió en línea recta, ligeramente inclinada para dar mejor control, ojo a la mira, mira a la masa corporal de Máscara Gris, que estaba medio girado, con la boca abriéndose de shock, mientras Moshe se tiraba al suelo.

El primer disparo hizo que el hombre armado se tambaleara hacia atrás; el segundo se estrelló contra el pecho de Bandana. Uno más, para asegurarse de que se quedara abajo. Una patada brutal a la cabeza de Pasamontañas para evitar que se levantara, caminando agachado hacia el mostrador de pago para comprobar que Bandana no fuera una amenaza. Máscara Gris ya no era un problema. Moshe había presionado el mango de su trapeador contra la garganta del hombre y una pierna sobre su pecho mientras el hombre gemía de agonía.

La visión del mundo de Cutter se amplió para incluir a Chang, que se había desplomado contra la pared, con el sudor corriendo por su rostro. El tiempo se puso al día cuando Lin Shun corrió hacia su marido y lo abrazó con fuerza.

Moshe negó con la cabeza en señal de reproche.

—Deberías habernos advertido.

3

La policía de Nueva York llegó con sirenas y luces intermitentes, el tratamiento completo. También aparecieron las ambulancias y declararon que Bandana, Máscara Gris y Pasamontañas sobrevivirían.

Los policías interrogaron a Cutter y a los dueños de la bodega. Revisaron las grabaciones de las cámaras de seguridad. Tomaron sus huellas, midieron distancias y embolsaron el arma y los casquillos. Lanzaron varias miradas especulativas a Cutter.

Los detectives llegaron media hora más tarde en un coche sin identificación. Conferenciaron con los primeros en responder, inspeccionaron el interior de la tienda, vieron las grabaciones de las cámaras e hicieron varias llamadas.

Están comprobando si estamos en el sistema, pensó Cutter mientras esperaba fuera de la tienda con los dueños de la bodega. Una de las recién llegadas, una mujer de aspecto hispano, le lanzó una mirada penetrante mientras hablaba por teléfono. Su compañero se acercó a ella y hablaron en voz baja antes de dirigirse hacia ellos.

—Han descubierto algo sobre ti, Cutter —murmuró Chang. Moshe gruñó en señal de acuerdo.

—Difiore —se presentó la mujer y les entregó su tarjeta—. Ese es Griffen —dijo, presentando a su compañero, que parecía ser más joven. Sin nombres de pila. La policía mayor tenía esa mirada. *Como si lo hubiera visto todo. Ya nada la sorprende.* Su compañero les saludó brevemente con la cabeza mientras masticaba chicle y se balanceaba sobre sus talones.

—¿No conocen a los perpetradores? —Se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo.

—No —Lin Shun asintió con la cabeza hacia los policías que estaban al fondo—. Ya tomaron nuestras declaraciones.

—¿Sabían que vendrían?

—¿Cómo iba a saberlo? —gruñó Cutter, sabiendo que la pregunta iba dirigida a él.

—Eso fue un buen disparo —Griffen ignoró su respuesta—. El arma de otra persona. Tres tiros, todos en la parte superior del cuerpo, ninguno fatal. Todos hechos bajo presión. Eso requiere habilidad.

Cutter no comentó nada. Había reconocido el arma en la mano de Pasamontañas, una Glock 19. El mismo modelo que él poseía, el que le había acompañado en todas sus misiones militares. En cuanto a los disparos, habían sido instintivos.

—¿Estuvo usted en el ejército, señor Grogan? —No había expresión en la voz de Difiore.

—Sí.

Primero SFOD-D, Destacamento Operacional de Fuerzas Especiales Delta. Conocido como

Fuerza Delta, o simplemente Delta. Una de las unidades de misiones especiales de Nivel Uno del ejército estadounidense.

—Podría haber muerto. Sus amigos también.

No. Sabía lo que estaba haciendo. Sin embargo, no dijo eso.

—Cualquier otra persona habría levantado las manos y se habría dejado robar —dijo Griffen, con los pulgares enganchados en el cinturón, moviendo la boca mientras masticaba—. Es la opción más segura. Nadie se hace el héroe, todos sobreviven.

—¿Eso es una pregunta? —preguntó Moshe suavemente—. ¿Necesitamos a nuestros abogados?

—¿A qué se dedica, señor Grogan? —Difiore lanzó una mirada penetrante a su compañero.

—Estoy seguro de que ya lo saben —respondió Cutter, cansado de los juegos—. Habrán comprobado quiénes somos. Habrán visto que la policía de Nueva York me conoce.

—Un "arreglador" —dijo Griffen, que parecía haberse recuperado de la reprimenda no verbal de su compañera—. Eso es lo que dijo la última vez. Cuando fue interrogado. ¿Sigue dedicándose a eso?

—Sí.

—¿Vio entrar a estos matones y entró en modo arreglador? ¿Así es como funciona?

—Ya hemos terminado aquí —intervino Chang—. Si tienen más preguntas, háganlas en presencia de nuestro abogado.

—Parecen estar bien. Cualquier civil que hubiera sido amenazado con un arma y hubiera presenciado un tiroteo estaría conmocionado. Pero ustedes, su esposa y el señor Sternberg parecen perfectamente bien.

—¿Quieren que nos compadezcamos de los matones? —replicó Lin Shun con desdén.

—No, señora, pero —los ojos de Griffen brillaron— otras personas estarían temblando. Entrarían en estado de shock. Ustedes... es como si hubieran pasado un día en el parque.

—Nos han investigado —se burló Chang—. Saben que no es la primera vez. Ya nos han atracado antes. También nos han asaltado.

—El señor Grogan acudió en su ayuda. Sí, eso está en nuestros archivos.

Cutter sintió que la rabia le invadía. *Aquello no fue precisamente un rescate. Perdieron a su hijo.* Estaba a punto de hablar cuando Moshe percibió su furia y le puso una mano en el antebrazo. Se controló y respiró profundamente una vez. —Hubo un tiempo en que los policías no acosaban a los inocentes.

Difiore se puso tensa ante eso. Su cara se sonrojó. Lanzó una dura mirada a su compañero. —Hemos terminado aquí. Tomaremos declaración a los pistoleros y es posible que queramos que vengan si tenemos más preguntas.

—No vamos a ir a ninguna parte —respondió Chang bruscamente, con los ojos fijos en su compañero.

Cutter los vio marcharse, la espalda de la policía mayor recta y tensa mientras hablaba suavemente con su compañero, pareciendo reprenderle. Los labios de Griffen se curvaron cuando sus ojos se encontraron, y luego entró en el coche. Los neumáticos chirriaron y se fueron.

—¡Policías! —Moshe sacudió la cabeza.

—Muchos de ellos son buenos.

—Ese tiene problemas.

No puedo discutir eso. —Todos ustedes... —Se volvió hacia sus amigos—. ¿Están bien?

—Por supuesto —dijo Lin Shun, que había entrado en la tienda y vuelto para responder a su pregunta—. Les dimos una paliza. Y tú tiraste mis pasteles. Toma. —Le entregó otra bolsa

marrón—. No pierdas esta.

—No lo haré, señora. —La saludó en broma, y fue entonces cuando llegaron los equipos de televisión y los reporteros.

4

Cutter escapó del tumulto de periodistas después de una hora de ser entrevistado por organizaciones de medios locales.

Solucionador. A los reporteros les encantaba esa palabra y lo interrogaron en detalle sobre su oficio.

—Ese será el titular —había dicho Chang, guiñándole un ojo mientras se marchaba—. Solucionador salva bodega.

No le molestaba la breve publicidad. El reconocimiento del nombre era bueno en su negocio. Así era como los clientes se enteraban de él. Acudían a él porque las fuerzas del orden no podían ayudarlos. O no querían.

Alguien era secuestrado. Sus familiares o parejas acudían a Cutter en busca de ayuda. Una esposa abandonaba a su marido y necesitaba temporalmente un guardaespaldas para protegerse de sus amenazas. Espionaje corporativo. Asesoramiento de seguridad. Recuperación de objetos robados. Expulsión de una pandilla del vecindario. Cutter aceptaba todos esos trabajos.

También recibía referencias del NYPD, el FBI y varias otras autoridades. Casos sin resolver en los que no podían permitirse invertir más personal. Complicaciones políticas en las que se les ordenaba no intervenir. Casos en los que la ley se ponía del lado de los criminales y las víctimas querían justicia. Tenía buenos amigos en las fuerzas del orden que mencionaban su nombre a quienes buscaban una resolución.

Los militares acudían a él de vez en cuando. Generales en el Pentágono, o sus antiguos oficiales al mando, que lo conocían bien y necesitaban sus habilidades especializadas.

Nada de eso ocupaba su mente. Estaba saboreando la repostería de Lin Shun, incapaz de resistir la tentación, cuando llegó a su oficina tipo loft en Lafayette Street.

Una puerta de cristal opaco. Su nombre grabado discretamente en la placa de latón al costado. Se abrió suavemente revelando una oficina de recepción. Iluminación cálida. Sofá, mesa de café, revistas y, detrás del escritorio, Arnedra Jones. Su sonrisa instantánea se apagó cuando él entró. Sus ojos oscuros se entrecerraron al ver la bolsa marrón que llevaba y al notar su mano limpiándose apresuradamente la boca.

—Más te vale que haya quedado algo para mí.

—Guardé lo mejor para ti —le entregó la bolsa.

Ella resopló y abrió la bolsa, y cuando su sonrisa estalló, fue como si hubiera salido el sol.

Pasó junto a ella a través de otra puerta de cristal opaco hacia la oficina interior. Suelo de madera, vigas altas expuestas, ladrillo visto, mantas y alfombras de colores, asientos cómodos. Se dirigió a su escritorio, activó la pantalla, gruñó al encontrar que no había nada que requiriera

atención urgente y se reclinó en su silla giratoria.

Negó con la cabeza cuando vio la silueta de Arnedra perfilada. Ella se sentaba allí por elección propia, a pesar de su insistencia en que ocupara la oficina más grande, junto a él.

Se había encontrado con ella cuando estaba siendo violentamente asaltada en Central Park, tarde una noche. Los asaltantes la estaban golpeando cuando él llegó. Había roto el brazo de uno de ellos en la breve pelea que siguió, y pateado la entrepierna del otro. Habían escapado cuando dirigió su atención a la mujer caída. Estaba magullada y sangrando por un labio partido y una ceja cortada, pero lo agarró cuando él se dispuso a llamar a la policía.

—No lo hagas —le dijo.

Cuando él la miró con asombro, ella lo miró ferozmente.

—Me interrogarán a *mí*. Qué hace una mujer negra sola a esta hora de la noche en Central Park. Algunos insinuarán que yo misma provoqué el asalto. No necesito esa molestia.

Cutter intentó protestar, pero ella se mantuvo firme. La ayudó a ponerse de pie y consiguió analgésicos y vendas en la farmacia más cercana y la acompañó hasta el metro de Columbus Circle.

Se reunieron al día siguiente, para tomar un café. Arnedra había perdido a su marido un año antes debido al cáncer. Él había sido un investigador privado con licencia; ella había gestionado el lado comercial. Estaba en proceso de cerrar el negocio, lo que requería varias visitas a la oficina de Lafayette. No había nada siniestro en su paseo por Central Park. Había querido despejar su mente. Nada más.

—He conocido a policías malos —hizo una mueca—. Demasiados de ellos, cuando Curtis estaba vivo. Algunos solían acosarnos cuando sus casos entraban en conflicto con nuestras investigaciones. —Esas experiencias la habían endurecido.

Cutter llegó a conocerla y, después de varios meses, le propuso una asociación. Él compraría parte del negocio, como socio igualitario con ella.

—¿Investigaciones privadas? —Había arqueado las cejas—. ¿Reiniciaremos el negocio de Curtis?

—No.

No había querido contar su historia pasada, pero Arnedra tenía una manera de ser.

—He estado en prisión —explicó, sacando a relucir su pasado. Todo. Sin reservas. Solo un puñado de personas lo sabían.

Sus ojos estaban húmedos cuando terminó. Ella extendió su mano y, cuando él la estrechó, pidió otra ronda de bebidas.

—Pero, ¿qué haremos? —preguntó cuando llegaron sus cafés.

—Quiero ayudar a la gente —había dicho él.

—Eres una celebridad —dijo Arnedra mientras se acercaba a él. Cogió un mando a distancia de su escritorio y encendió el televisor montado en la pared. Sintonizado en un canal de noticias local, un periodista informando desde fuera de la bodega, que describía las acciones de Cutter y entrevistaba a Chang, Moshe y Lin Shun, todos los cuales lo llamaban héroe.

—Eso debería hacer sonar los teléfonos. —Apagó la pantalla y se sentó a su lado.

—¿Cómo fue Colombia? —Lo miró de reojo, notando las leves líneas alrededor de sus ojos.

—Estoy aquí. La hija está a salvo, de vuelta con su familia. Recibimos un cheque de bonificación.

—¿Tuviste que entrar a tiros?

—Unos cuantos matones del cártel. Nadie por quien vaya a perder el sueño.

Ella le cogió la barbilla, lo hizo mirarla y lo examinó. Quedó satisfecha cuando no vio nada más que agotamiento. Nada que un buen sueño no pudiera curar.

—Necesitas encontrar a alguien —dijo suavemente.

Siguió su mirada cuando cayó involuntariamente hacia el cajón. Lo abrió y sacó la foto. Una mujer riendo al sol. Cabello negro rizado cayendo sobre sus hombros color chocolate. Ojos bailando con picardía. Riley Grogan, la esposa de Cutter. Arnedra se estremeció involuntariamente al recordar cómo había perdido la vida. Acarició la fotografía, la volvió a poner en el cajón y lo cerró.

Ella puso su mano sobre el antebrazo de él y se sentó a su lado mientras el sol se ponía en la ciudad y la oscuridad la envolvía.

Cutter la había ayudado durante sus días más oscuros. Ella nunca se apartaría de su lado.

5

Carmel Ward vio la noticia en el canal de noticias mientras cenaba.

Sola en su apartamento de dos habitaciones en Brownsville. Completamente sola, porque Darrell, su hijo de quince años, aún no había vuelto a casa. Las diez de la noche, y él seguía fuera. Le había enviado un mensaje diciendo que estaría con amigos, poniéndose al día con las tareas escolares. Que no lo esperara.

Pensó en llamarlo. No. No era una buena idea. Últimamente no hacían más que discutir. Nada de conversaciones. Nada de tiempo en familia. Solo una pelea tras otra. Nada más.

Sorbió y se limpió la lágrima perdida que rodaba por su mejilla.

HACE TRES AÑOS, ÉL ERA DIFERENTE. ESO FUE CUANDO SU INÚTIL MARIDO AÚN ESTABA CERCA. Su hijo era un estudiante brillante, sacaba las mejores notas en la escuela y tenía un buen grupo de amigos.

Todo se vino abajo cuando descubrió que su marido le era infiel. Había terminado su matrimonio de dieciséis años y le había pedido que se fuera. Semanas de peleas a gritos terminaron en un silencio repentino y abrupto cuando él se marchó.

Ella y Darrell hicieron nuevos arreglos, cambios en el estilo de vida para lidiar con las consecuencias. Carmel tuvo que encontrar un segundo trabajo para complementar sus ingresos como asistente legal. Eso significaba que llegaba tarde a casa desde Manhattan, donde estaban ambos trabajos, a la Avenida Saratoga, donde vivían.

Su hijo, maduro más allá de sus años, tenía que arreglárselas solo. Ir a la escuela por la mañana, que afortunadamente estaba a unas pocas cuadras, a distancia a pie. Regresar, prepararse la cena, estudiar. Si tenía suerte, ella llegaba justo antes de que él se fuera a dormir.

Shawna, su vecina de al lado, otra madre soltera, lo vigilaba. Lo invitaba a cenar ocasionalmente mientras sus hijos, más jóvenes que Darrell, le hacían compañía.

Funcionó por un tiempo. Luego él se volvió argumentativo. Cuestionaba todo lo que ella hacía. Se enfurruñaba y se encerraba en sí mismo. Sus calificaciones comenzaron a caer, y cuando ella lo instó a trabajar más duro, él respondió con insolencia.

Empeoró cuando pasó a la escuela secundaria. Se volvió malhumorado. Salía con gente que ella no conocía. Shawna tenía sus propios problemas y estaba ocupada lidiando con ellos.

Su relación se rompió cuando ella descubrió la marihuana en su habitación. Escondida debajo de su cama, entre la ropa sucia.

Lo había confrontado. Él se puso a la defensiva. Juró que nunca la había fumado. Que no

consumía drogas. Que ni siquiera bebía. Que la guardaba para sus amigos.

—¿ESTÁS SALIENDO CON TRAFICANTES? —gritó ella, y se desató una discusión a gritos. Le rogó y le suplicó que dejara las malas compañías, que volviera a ser el estudiante inteligente que había sido. Recibió un desafiante —Ya soy mayor. Tomaré mis propias decisiones— como respuesta.

Se convirtieron en extraños malhumorados, madre e hijo. Estuvo tentada de tomarse un día libre, seguirlo, averiguar quiénes eran sus amigos y enfrentarlos. No le temía a las pandillas callejeras ni a los traficantes del barrio. Sin embargo, se contuvo. Esa era la forma más segura de perderlo.

CARMEL APARTÓ LOS PENSAMIENTOS DESESPERADOS AL FONDO DE SU MENTE. FUE AL FREGADERO de la cocina, enjuagó sus platos y los colocó en el lavavajillas.

Un plan se formó en su mente.

Esa reportera dijo que el tipo Fixer estaba en la calle Lafayette. Eso estaba a solo una cuadra de las oficinas de su bufete de abogados. Podría reunirse con él durante su descanso para almorzar. No sabía cómo podría ayudar o si lo haría, pero a estas alturas, estaba dispuesta a aferrarse a cualquier esperanza.

Miró su reloj. Romaine, su hermano, aún estaría despierto. Él también trabajaba en el centro, en un hotel, como guardia de seguridad. Lo llevaría con ella. Era grande y podía parecer amenazante. No estaría de más tenerlo para la reunión.

Preparó las comidas para el día siguiente y las empacó en cajas. Una para Darrell y otra para ella.

Se duchó y se metió en la cama. Dio vueltas hasta que escuchó la puerta principal abrirse y los pasos sigilosos de Darrell. Medianoche.

¿Qué estaba tramando? ¿Dónde había estado?

Se negó a llorar. Ya había derramado suficientes lágrimas.

Golpeó su almohada con enojo para darle forma y se obligó a dormir.

6

Cutter estaba limpiando su Glock al día siguiente cuando escuchó voces en la habitación exterior. Deslizó su arma en un cajón cuando Arnedra llamó a la puerta y la abrió.

—Tienes visitas —anunció y se hizo a un lado para dejar entrar a los recién llegados —. Carmel Ward y su hermano, Romaine.

Él se levantó de su escritorio, les estrechó la mano y los acompañó a un sofá. —¿Café? —preguntó.

—Yo los traigo —dijo Arnedra y se dispuso a ir a la cocina.

Él la miró con el ceño fruncido. Le transmitió una orden con los ojos. *¡QUÉDATE AQUÍ!* Ella no era su asistente ejecutiva. Incluso si lo fuera, él no creía que las mujeres tuvieran que encargarse de las tareas de hospitalidad.

—Me toca a mí. —Esbozó una sonrisa y se apresuró más que ella. Inhaló el aroma del café Blue Mountain de Jamaica. Nunca se les acababa. Buenos amigos suyos, en la avenida Columbus, compraban suficiente café y regularmente les enviaban existencias suficientes para que nunca se les acabara. Esas galletas en el tarro de cristal también venían de esa oficina. Caseras, horneadas con amor y cuidado por una abuela a la que sus amigos habían ayudado.

Preparó el café, lo sirvió en tazas, arregló las galletas en un plato y sacó la bandeja. Les entregó sus tazas y se acomodó junto a Arnedra.

—Te vi en la televisión ayer —dijo Carmel Ward mientras jugueteaba con un hilo suelto de su puño—. Dijiste que eres un Fixer. ¿Qué significa eso?

—Cutter ayuda a la gente, señora Ward —intervino Arnedra con suavidad—. De cualquier manera que pueda. Las empresas acuden a él en busca de asesoramiento sobre seguridad. Si alguien es secuestrado y la policía no puede hacer mucho, vienen aquí. Ese tipo de problemas. No disputas domésticas. Nada de asuntos familiares. Nada de espiar a maridos, esposas o parejas. Infidelidades, aventuras, eso no es lo que él hace.

—¿Como un investigador privado? ¿Es eso lo que eres? —Romaine examinó la oficina con cuidado.

—Se podría decir, pero no tengo licencia. —Cutter los observó, automáticamente analizándolos. El hermano llevaba un uniforme oscuro, con el nombre de un hotel bordado en el pecho. *Eso está a un par de manzanas. Buen lugar.* Podía leer a la gente rápidamente. *No es el hermano. No es por eso que están aquí. Es ella quien tiene el problema.*

Mechones plateados en su cabello. Líneas de edad y experiencia alrededor de sus ojos y boca. Vestida elegantemente con un traje oscuro. Traje pulcro. Uñas bien cortadas. Ella sintió sus ojos y se inquietó.

—Carmel. Por favor, llámeme así. Trabajo en un bufete de abogados en Grand. Jamieson Partners. Soy asistente legal allí.

Él esperó.

—Tengo un hijo. Darrell. Creo que está juntándose con una pandilla callejera. Descubrí marihuana en su habitación. —Las palabras salieron apresuradamente, tan rápido como pudo hablar, como si una presa se hubiera roto dentro de ella y ya no pudieran contenerse.

—Ese no es el tipo de trabajo que hago —dijo Cutter con suavidad cuando ella terminó.

—¡Te lo dije! —Romaine lo miró con furia y luego a su hermana—. ¿Por qué nos ayudaría?

—¿Por qué no van a la policía?

—¡Policía! —se burló el hermano—. Arrestarían a Darrell. ¿De qué serviría eso?

—Es más probable que lo interroguen. Obtengan detalles de con quién se junta y lo dejen ir con una severa advertencia. Están adoptando un enfoque más suave estos días.

—Vives en un mundo diferente —espetó Romaine—. ¿Ves las noticias, tío? ¿Tienes idea de cómo tratan los policías a gente como nosotros?

Cutter hizo un gesto con la mano cuando Arnedra iba a hablar. Sabía lo que ella diría. *Me defenderá.*

Estaba presionando los botones de sus visitantes deliberadamente. Para ver cómo reaccionarían. Algunos de sus clientes tenían motivos ocultos al acudir a él. *No necesito ese tipo.* Además, los clientes a veces descubrían que se habían metido en más de lo que podían manejar, después de contratarlo. Una evaluación temprana ayudaba a identificar hasta dónde estaban dispuestos a llegar los clientes. Parecía que Carmel era una madre angustiada. Nada más.

—Podrían hablar con la escuela. Tienen el deber de investigar la venta de drogas en sus instalaciones.

Romaine negó con la cabeza incrédulamente y se puso de pie. —Vamos, hermana. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

Carmel Ward no se movió. Miró a Cutter escrutadoramente y luego sus hombros se hundieron. La derrota se dibujó en su rostro, rápidamente reemplazada por una expresión dura. También hizo ademán de levantarse, con la boca apretada.

—Por favor, siéntense. —Los detuvo—. Creo que deberían hablar con su hijo... —levantó la mano para detener la réplica de Romaine—. Sin embargo, déjenme investigar la escuela. Ver si puedo averiguar quiénes son sus amigos. Luego podemos decidir cómo proceder. Ir a la escuela o a la policía podría ser la mejor opción, pero podemos tomar esa decisión más adelante.

Hizo una mueca interiormente al ver la expresión en el rostro de Carmel Ward. *No quiero darle falsas esperanzas*.

—Señora —dijo, eligiendo cuidadosamente sus palabras—, es posible que no pueda ayudar mucho. Tendré que averiguarlo.

—Tengo dinero. —Sus labios temblaron—. Podemos discutir los honorarios...

—Más tarde. Una vez que sepa a qué nos enfrentamos.

—Gracias. No sabe cuánto significa esto para mí. No he podido dormir... —Se detuvo. Recuperó el control. Cuando se puso de pie, su voz era profesional y formal—. Nos mantendrá informados.

—Lo haré, señora.

ARNEDRA MIRÓ DE REOJO A CARMEL WARD MIENTRAS LOS ACOMPAÑABA A LA SALIDA. NO TENÍA hijos, pero podía identificarse con la madre. *Ella también está sola. Igual que yo. Conozco esa*

sensación de impotencia.

Romaine se detuvo en el área de recepción. La miró con desdén. —¿Es como una cosa de caballero blanco para él? —Hizo un gesto con la cabeza hacia la oficina interior.

Ella lo miró fijamente.

El padre de Cutter había sido un alcohólico, un espectador que murió en un tiroteo entre pandillas en Brooklyn. Su madre había caído en depresión y se había vuelto a las drogas. ACS, la Administración de Servicios para Niños, se lo había llevado cuando tenía cuatro años. Ella se había suicidado por sobredosis.

Sus recuerdos de infancia eran de ser trasladado de una familia de acogida a otra. Años más tarde, cuando estaba en el ejército, rastreó sus raíces hasta donde pudo.

Sierra Leona, nativo americano, irlandés, italiano, francocanadiense... sus genes provenían de todas partes. —Represento a las Naciones Unidas —le había dicho a Arnedra, riendo, en una de sus primeras reuniones. Había cambiado su apellido por el de su madre: Grogan. Nadie recordaba quién le había dado su nombre de pila, pero le quedaba bien.

—¿Caballero blanco? —repitió Arnedra. Ignoró a Romaine y se volvió hacia Carmel—. Si crees eso, cancélalo.

—No —la madre negó con la cabeza decididamente—. Estamos bien. Esperaremos el resultado del señor Grogan.

—Cutter —le corrigió Arnedra—. Aquí no usamos formalidades.

Quizás algún día sabrían quién era él. Sin embargo, no sería por ella. *No es mi historia para contar.*

—¿DE QUÉ IBA TODO ESO? —PREGUNTÓ CUTTER CUANDO ELLA REGRESÓ.

—Nada. Charla trivial. Está angustiada.

—Sí.

—¿Podemos ayudarla?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Si son chicos de escuela haciendo travesuras, seguro. Si es una banda de crimen organizado...

—También te has enfrentado a esos.

—Déjame hacer una ronda de vigilancia.

—También necesitamos investigarla a ella.

Era práctica estándar, comprobar quiénes eran sus clientes. No solo para ver si podían pagar, sino también para asegurarse de que no hubiera un pasado turbio.

Tengo suficiente de eso en mi pasado. Sonrió para sí mismo. *No necesito más.*

Fue a su pantalla y comenzó a escribir. Se detuvo. Tenía acceso a varias bases de datos y contaba con fuentes dentro del NYPD. Demonios, conocía a Bruce Rolando, el Comisionado. Tenían buena historia.

Pero había una forma más fácil de hacer una verificación de antecedentes.

—Necesito algo de información —dijo cuando su llamada se conectó.

—¿Qué crees que somos? —espetó Beth Petersen desde la oficina de Columbus Avenue—. ¿Tus asistentes personales?

7

El empleador de Carmel Ward ocupaba el sexto piso de un edificio de ladrillo rojo. Lamar Jamieson, fundador, dirigía la firma y trabajaba con otros cinco socios. Demandas colectivas, disputas de propiedad, quejas contra la ciudad, vivienda. Nada de casos penales ni de divorcio. La firma solía representar a los menos privilegiados y, aunque no era la más grande de la ciudad, tenía buena reputación.

—Limpio —le había dicho Beth.

Cutter sonrió mientras bebía un trago y observaba el frente del edificio.

Ella y su gemela, Meghan, trabajaban en la Agencia, una organización de inteligencia encubierta de EE. UU. que llevaba a cabo operaciones antiterroristas en todo el mundo. Su agente principal, Zeb Carter, era un buen amigo, al igual que el resto de los agentes.

Las hermanas eran el pegamento de la empresa y les proporcionaban a Arnedra y a él un suministro interminable de café y galletas.

E información. Tenían acceso a bases de datos de todo el mundo y más contactos que él. Las gemelas se quejaban cada vez que las llamaba, pero sabía que era puro teatro. No había nada que él no haría por ellas.

Cutter terminó su bebida y se quedó dando vueltas unas horas más, pero nada despertó su interés. Miró su reloj. Llegar a la escuela secundaria de Darrell le tomaría media hora. *Estará en clases*. Lo calcularía para llegar cuando el adolescente terminara el día.

Salió de su auto y alimentó el parquímetro. Se dirigió calle abajo hacia donde estaba estacionado su camión de comida favorito. Servía comida turca, y el aroma, mientras se acercaba, le hizo agua la boca.

—Fahid —saludó al dueño, quien asintió y comenzó a preparar el almuerzo de Cutter. Lahmacun, una especie de pizza, con vegetales en lugar de la carne habitual, con una generosa rociada de aceite de oliva.

Tomó la comida, se acercó a un barril volcado y masticó lentamente mientras Nueva York pasaba frente a él.

Estaba a mitad de su comida cuando se dio cuenta: dos mujeres en el barril de al lado. Un hombre corpulento y su amigo mirándolas. Haciendo comentarios audibles. No tan fuertes como para que Fahid u otros clientes pudieran entenderlos.

Los estudió. Ambos tenían el pelo corto; el grande tenía un tatuaje en el cuello: una serpiente escupiendo a un mazo de cartas. Ambos vestían camisetas y vaqueros. Zapatillas. Sin maletines ni bolsos, solo ellos, haciendo comentarios obscenos.

Cutter miró a las mujeres, que parecían asiáticas. Una con gafas, la otra con pelo corto y

negro. Ambas vestidas con estilo y, a juzgar por las cámaras alrededor de sus cuellos y los mapas sobre el barril, turistas. Tenían la cabeza agachada y comían lo más rápido posible, claramente incómodas.

Esperó un momento. Fahid podía lidiar fácilmente con clientes problemáticos. *No necesito involucrarme*. Además, ellas podrían no querer su intervención.

Una de las mujeres levantó la cabeza, encontró sus ojos, con una mirada de vergüenza y súplica, antes de agachar la cabeza de nuevo.

—¿Puedo unirme a ustedes? —preguntó en inglés y lo repitió en mandarín.

Sorpresa en sus rostros. Sonrisas tentativas.

—Sí —respondieron en el mismo idioma.

Cutter tomó su plato de papel y se acercó a su barril. Se volvió hacia los hombres y los miró fijamente.

—Si siguen haciendo eso —les dijo fríamente—, les romperé las mandíbulas, luego los dedos y les dislocaré las rodillas. No caminarán durante un mes; no comerán ese tipo de comida por mucho tiempo. Tendrán que ser alimentados por un tubo.

Todos a su alrededor se congelaron. Miradas de asombro en su dirección. Los hombres parecían sorprendidos. Luego, un rubor rojo se extendió por sus rostros.

—Ni lo intenten —les advirtió—. No ganarán. Ni siquiera me lastimarán.

Sabía cómo se veía. Totalmente seguro de cumplir su promesa, de desatar una violencia intensa.

—Cutter —llamó Fahid desde su camioneta—, ¿esos dos son un problema?

—Lo eran. Ya no. Se están yendo.

Los hombres leyeron el ambiente. El grande maldijo entre dientes y se escabulló, seguido por su compañero.

—Gracias —dijo la de las gafas, suspirando aliviada—. Eran groseros.

—Sí. Los escuché.

Lo acribillaron a preguntas mientras comía. Preguntaron cómo sabía mandarín. —Varios viajes de negocios —respondió. Eran de Shanghái, se enteró, dirigían una boutique de ropa y visitaban Estados Unidos por primera vez. Les dio indicaciones para su próximo destino, su número. Y cuando estuvieron fuera de vista, se acercó al mostrador.

—Esos hombres, ¿son clientes habituales?

—No —respondió Fahid—. Ahora sé cómo se ven. —Señaló las cámaras discretamente montadas bajo el toldo de su camión—. No les serviré.

Fue cuando Cutter iba conduciendo hacia Brownsville que se le ocurrió. Era el matón grande quien había avivado su memoria. Ese tatuaje en su cuello le recordaba a otro que había visto.

Pasamontañas tenía uno. El pistolero que los había abordado a Lin Shun y a él en la bodega. Parecía la cabeza de un león, roja, pero no podía estar seguro. Solo una pequeña parte se asomaba por encima de la camisa del hombre. Las cámaras de seguridad de Chang no lo habían mostrado. Ángulo equivocado.

Buscó en sus bolsillos; sí, la tarjeta de la detective estaba allí.

Marcó su número con una mano.

—Difiore, NYPD. —Tono plano. Sin saludo.

—Cutter Grogan. —Le dio un momento para ubicarlo.

—Sí, el Arreglador. ¿En qué puedo ayudarte, Grogan?

—Esos hombres, ¿qué pasó con ellos?

—Los tres salieron bajo fianza.

Un auto tocó la bocina enojado desde atrás cuando instintivamente pisó los frenos. Lo adelantó mientras el conductor le hacía un gesto obsceno.

—¿Bajo fianza? ¿Cómo demonios es pos-

—Su abogado, sí, un tipo muy astuto que representa a todos, presentó un buen argumento. Que fue un atraco, nada más, y que ellos no iniciaron el tiroteo. Además, ninguno tiene antecedentes. El juez fijó una fianza alta y los dejó ir. Están monitoreados. Sabemos dónde están en todo momento.

—¿Los hombres a los que disparé? ¿También los dejaron ir?

—A todos. Las heridas no fueron graves. Apuntaste bien. No se dañó ningún órgano vital. —Ráfagas de palabras entrecortadas. Sin emoción. Una recitación seca.

—¿Alguna afiliación a pandillas?

—No. Todos están desempleados. Las familias son de clase media. Del tipo pilares de la comunidad.

—Supongo que el hecho de que fueran blancos no tuvo nada que ver con la fianza.

—Yo no soy el juez.

—¿Por qué eligieron esa bodega?

—Al azar. La idea fue un reto entre sus amigos. Surgió durante una sesión de bebida con amigos. Los estamos interrogando. Las armas pertenecían a sus padres.

—¿Tienes sus nombres?

—Sheely Boyce, el que estaba más cerca de ti.

Pasamontañas. Cutter asintió inconscientemente.

—Travis Pupius, el primer hombre al que le disparaste. —Máscara Gris—. Chad Tuttle, el segundo hombre armado. —Bandana.

—¿Por qué compartes tanta información?

Un largo silencio. Solo se escuchaba el zumbido de sus neumáticos y el tráfico circundante.

—Porque están libres.

—¿Me mantendrás informado sobre cómo va la investigación?

—No. —Colgó.

Cutter tomó el puente de Manhattan mientras reflexionaba sobre las revelaciones de Difiore. Finalmente suspiró. *No es su culpa.* La detective tenía que lidiar con el sistema, como cualquier otra persona. *Irán a juicio y seguro que los condenarán.*

Fue cuando estaba estacionado cerca de la escuela secundaria de Darrell que lo recordó.

No le pregunté sobre el tatuaje.

8

La escuela de Darrell estaba en la avenida Pitkin. A media hora a pie del apartamento de Carmel. Cutter estacionó su coche en un espacio vacío en la avenida Saratoga y recorrió la misma ruta que, según la madre, tomaba su hijo.

A las tres de la tarde, estaba apoyado contra la pared de un edificio de oficinas, con la gorra de béisbol bien calada sobre la cabeza y las gafas de sol cubriendo sus ojos, esperando como si fuera uno de los varios padres que habían venido a recoger a sus hijos.

Una pequeña cámara en el ojal de su chaqueta enviaba imágenes a su teléfono móvil, que a su vez las transmitía a la nube. Todo en alta definición.

Los adolescentes salieron en tropel de la escuela. La calle se llenó de su alboroto y de los bocinazos de los vehículos obligados a circular más despacio.

Darrell fue uno de los últimos en salir, con un grupo de adolescentes de edad similar. Diferentes etnias, sin chicas.

Chocó los cinco con muchos de ellos, se echó la mochila al hombro y se unió a tres chicos, todos más altos que él.

Caminaron por la avenida, riendo, gritando, pateando una lata de refresco vacía. Uno de ellos sacó una bolsa de patatas fritas y la compartió. Ningún indicio de drogas o armas.

Cutter los siguió por la avenida East New York, moviéndose con el flujo de otros peatones, usando la cobertura disponible donde fuera posible. El seguimiento urbano le resultaba tan natural como el movimiento sigiloso en las selvas del Congo.

Sin embargo, ninguno de los estudiantes miró hacia atrás.

En la intersección con Eastern Parkway, Darrell se separó del grupo. Más choques de manos al despedirse y corrió a través de un parche verde. Sacó su teléfono, pareció enviar un mensaje a alguien y entró en un edificio de apartamentos en Park Place.

Cutter se desparramó en un banco, encontró un periódico abandonado y se sumergió en su lectura.

Darrell salió a las ocho de la noche. No miró ni a izquierda ni a derecha. Se dirigió hacia la avenida Saratoga y entró en su edificio sin detenerse ni hacer más llamadas.

Se iluminó una ventana de un dormitorio. Su sombra se movió tras la cortina. La luz se apagó, pero él no volvió a salir.

Cutter compró un perrito caliente en un puesto callejero y lo devoró en su coche. *Viviendo a lo grande*.

Una sombra se movió a las diez de la noche. Lenta. Cabeza inclinada. Cansada. Carmel Ward. Entró en el edificio y minutos después se iluminó otra ventana que daba a la calle.

Cutter arrancó el motor y condujo de vuelta a Manhattan. A su apartamento, que estaba en la misma calle que su oficina.

Se duchó, apagó las luces, se sentó en el alféizar de la ventana y observó cómo la ciudad dormía.

9

Carmel los invitó a cenar a Arnedra y a él al día siguiente, cuando se reportó y le informó que no había ocurrido nada alarmante.

—¿No regresas tarde?

—Vendré temprano.

—¿Estará Darrell?

—Eso espero.

Cutter colgó y se balanceó en su silla. *Podría ser útil ver el interior de su casa. Hacerme una idea de cómo vive Darrell.*

—Vamos a cenar —dijo, dirigiéndose a la oficina exterior.

—¡Cielos! —Su compañera hizo un show de arreglarse el cabello—. Te tomó bastante tiempo invitarme a salir.

Él puso los ojos en blanco. Beth. Meghan. Arnedra. Les encantaba tirar de sus cuerdas.

LA CASA ESTABA CÁLIDA Y ACOGEDORA CUANDO LLEGARON A LAS SIETE DE LA TARDE. CARMEL aceptó con gracia la botella de vino que llevaron y los condujo a la sala de estar. Fue a la cocina y regresó con una bandeja de aperitivos y copas de vino.

—Cutter no bebe. Tomará cualquier jugo que tengas.

—¿Lo dejaste?

—No, señora. Nunca empecé.

Ella se rio y regresó con un vaso de jugo de naranja. Él le agradeció y echó un vistazo a los libros en un estante mientras las mujeres conversaban. Filosofía, algo de ficción. Textos académicos.

—A Darrell le gustaba leer. Mucho —dijo Carmel desde atrás.

Cutter asintió, notando el tiempo pasado. Se acercó a la ventana. Sí, esa era la que daba vista a la calle. Tres pisos sobre el nivel del suelo.

—¿Quieres ver su habitación?

—¿No le importará?

—Es mi casa —Sus ojos brillaron.

Lo condujo por el pasillo, pasando por la cocina, un dormitorio, y abrió la puerta de un segundo.

Cutter asintió cuando ella se disculpó y fue a unirse a Arnedra. Las primeras impresiones se registraron. Un escritorio lleno de libros. Una silla inclinada en un ángulo. Pósters de raperos en

la pared. Ropa sucia en el suelo, apilada ordenadamente en una esquina. Un armario con las puertas entreabierta. Las abrió más con un dedo y notó la ropa doblada en los estantes. La habitación estaba sorprendentemente bien mantenida, a pesar del montón sobre la mesa. Zapatos alineados contra la pared, cama hecha, lámpara de noche apagada.

Se arrodilló y miró debajo de la cama. Nada más que una caja de almacenamiento que parecía contener juguetes de la infancia. Se acercó al escritorio y tocó la barra espaciadora en el teclado de la laptop. Un protector de pantalla cobró vida. Una imagen aleatoria generada por el sistema.

Cutter se reunió con su anfitriona y se sentó a la mesa del comedor a su señal. Ella le preguntó sobre su pasado. Él lo evadió, y entonces Arnedra comenzó a contar historias sobre sus tiempos con Curtis. La conversación fluyó fácilmente después de eso.

DARRELL ENTRÓ EN LA CASA CUANDO ESTABAN TOMANDO CAFÉ. LOS SALUDÓ CON DESGANA cuando su madre los presentó. —Están ayudándome con algo.

Él asintió, no preguntó de qué se trataba.

—¿Te unes a nosotros para cenar?

—Comí algo en casa de Shane —respondió y desapareció en su habitación.

Los hombros de Carmel se hundieron brevemente. Sonrió automáticamente cuando sintió los ojos de Cutter sobre ella.

—¿Eras así a esa edad?

Yo intentaba sobrevivir en hogares de acogida. —Todos los adolescentes pasan por eso —mintió con suavidad. No le contó sobre su informe de vigilancia.

¿Qué hay que contar? Además, eso fue solo un día.

Fue diferente al día siguiente.

10

Brownsville, un barrio de Brooklyn, no era el tipo de vecindario neoyorquino que aparecía en los folletos turísticos.

A los turistas no les interesaba ver sus viviendas públicas. Tenía una de las tasas de criminalidad más altas de la ciudad. La falta de nuevos desarrollos, los solares vacíos y los proyectos de vivienda abandonados contribuían a un aire de desolación.

Cutter había visto suficientes localidades desesperadas en su vida como para que el carácter sórdido, decrépito y en lucha por sobrevivir de la zona no le llamara la atención.

Estaba siguiendo a Darrell al día siguiente. Después de la escuela. El adolescente había pasado el rato con el mismo grupo de estudiantes del día anterior, pero después de un tiempo se había marchado con uno de aspecto hispano.

Los dos caminaron y hablaron, doblándose ocasionalmente por alguna broma. Bajaron directo por Pitkin, giraron a la derecha en la avenida Rockaway, donde se detuvieron en un estacionamiento abandonado. Un grupo de jóvenes holgazaneaba por allí. Adolescentes tardíos. Muchos de ellos fumando porros. La luz se reflejaba en sus joyas. Uno de ellos saludó al compañero de Darrell y chocó las palmas con el estudiante.

Cutter redujo la velocidad. Una larga fila de coches en la calle, muchos de ellos dañados. No había mucha cobertura para él. *Puedo tumbarme en la acera. Actuar como una persona sin hogar.*

Sin embargo, no tuvo que hacerlo. Un grupo más pequeño se separó de los hombres y caminó despreocupadamente calle abajo, con Darrell entre ellos.

Bajando por Belmont, otros transeúntes esquivaban al grupo, algunas mujeres respondían enojadas a sus comentarios. Uno de los jóvenes empujó a Darrell hacia una farmacia. Él tropezó. Su sonrisa se desvaneció y se tornó hosca cuando el hombre hizo un gesto. Fue a la tienda y regresó con una botella de agua.

Cutter no vio ningún intercambio de dinero. El estudiante se apresuró a alcanzarlos, con una sonrisa reluctante iluminando su rostro ante una broma. *¿Cómo los conoce?* ¿A través de su amigo que iba a la cabeza del grupo, hablando suavemente con un par de hombres? ¿Eran estos chicos también de la escuela? Se encogió de hombros mentalmente. No importaba.

Mantuvo su distancia, ocasionalmente saliendo a la calle, caminando contra el tráfico que venía.

Sin embargo, rara vez miraban hacia atrás, y cuando lo hacían, era para gesticular o señalar a las mujeres.

La separación ocurrió de nuevo en el bulevar Mother Gaston. Darrell y su amigo de la

escuela giraron a la izquierda, mientras que todos los demás se fueron por el otro lado.

Un salón de uñas. Un local de comida para llevar y luego un largo tramo de espacio abierto detrás de una cerca de alambre de púas. Un terreno de un promotor, según los carteles. Esperando permisos o atascado en algún trámite burocrático. La acera frente a él parecía ser una zona prohibida. Botellas vacías, basura y el hedor a orina. Coches averiados en la calle. A lo lejos se veía el letrero de otro local de comida para llevar.

En la creciente penumbra había seis hombres. Estos eran mayores, no estudiantes.

Hora de ser un borracho.

Cutter fingió tropezar, se cayó contra la pared de un edificio vacío y se deslizó lentamente hasta el suelo. Metió la mano en su bolsillo y sacó una petaca que llevaba precisamente para estas ocasiones. Sus manos temblaban mientras la llevaba a sus labios y sorbía el jugo de tomate. Se limpió los labios y ajustó su posición. Girándose de lado para poder observar a Darrell y su compañero estudiante unirse a los hombres. A unos treinta metros de distancia.

¿Esos tipos son blancos? No estaba seguro. Ajustó su chaqueta justo para que la cámara los captara a todos.

Saludos con puños chocando. Voces tenues. Escuchó la palabra *hermano* mencionada varias veces. Parecía que el chico conocía al grupo. Había un aire de deferencia en él, como si los admirara.

Las luces parpadearon en rojo. Un coche se detuvo suavemente en un espacio vacío frente a ellos. Uno de los hombres se enderezó, miró arriba y abajo de la calle y se acercó a una ventanilla bajada. El intercambio fue tan rápido que Cutter casi se lo pierde.

¡Eso es una venta de drogas!

El tráfico callejero se había vuelto sofisticado. Los coches no simplemente se acercaban a un grupo de personas de aspecto sospechoso para preguntar. Había grupos en redes sociales, fotos de identidad de compradores en algunos casos, aplicaciones de mensajería segura, para coordinar una venta.

Darrell estaba entre el resto de los hombres, e incluso a través de la creciente oscuridad, Cutter pudo notar la incomodidad del chico.

El coche se alejó. El vendedor regresó con sus amigos y le pasó algo a otra persona. *Un rollo de efectivo.* Todo tan rápido y suave que solo alguien observando de cerca lo habría identificado por lo que era. E incluso entonces, podría confundirse con un grupo de amigos en un coche charlando.

Nadie en el bulevar miraba en su dirección. Los peatones parecían haber renunciado a esa sección de la acera. Como si hubiera señales de advertencia que solo ellos pudieran ver.

Cutter sabía cómo era para los residentes. *Muchos de ellos están en modo de supervivencia, viviendo de cheque en cheque.* No tendrían la energía ni la voluntad de involucrarse. *¿La policía? Tienen peces más gordos que freír,* pensó cínicamente.

Uno de los hombres abrió una lata, bebió de ella y la arrojó a la acera. Rodó perezosamente. Otro hombre la pateó debajo de un coche estacionado.

Otro vehículo se acercó. Una camioneta con ventanas tintadas. Un vendedor diferente se acercó a su ventana. La suave conversación se volvió ruidosa. Se enderezó y abrió la puerta de un tirón, sacando a un hombre que gritaba y forcejeaba, y luego él y otro matón estaban sobre él, pateando, golpeando.

Cutter parpadeó. Sacudió la cabeza desconcertado. No, no estaba soñando. Había un hombre siendo golpeado en la calle y nadie respondía. *Esa fila de vehículos estacionados está bloqueando la vista del tráfico que pasa*. El resto de los hombres los habían rodeado, bloqueando

el tráfico peatonal en la acera. Darrell se removía inquieto, tratando de mirar hacia otro lado, pero su amigo de la escuela tenía una mano firmemente apoyada en su hombro.

Cutter sacó rápidamente su celular, el desechable que siempre llevaba además de su teléfono habitual, y marcó instintivamente el 911. —Hombre siendo atacado en Brownsville. Puedo ver armas y cuchillos —exageró y dio la ubicación—. ¡Oh, Dios mío! ¡Lo han cortado! —gritó alarmado y colgó.

Eso traerá a la policía.

Sacó un pañuelo y se lo envolvió alrededor de la cara. Se estaba preparando para levantarse cuando la víctima fue puesta de pie. Lo golpearon y empujaron de vuelta al vehículo. El vendedor lo empujó dentro del SUV, metió la mano profundamente y sacó una mochila. Cerró la puerta de golpe y apuntó algo oscuro y de aspecto metálico al conductor, quien arrancó con un chirrido de neumáticos.

Uno de los matones, aparentemente el mayor de ellos, tomó la bolsa, la abrió, revisó su contenido, la cerró y se la dio a Darrell. El estudiante protestó. Lo empujaron. Negó con la cabeza. Le dieron una bofetada tan fuerte que su cabeza se sacudió. Tomó la mochila de mala gana, se la colgó al hombro y se escabulló entre dos coches con su amigo.

Cutter se desplomó cuando el chico desapareció de la vista. Podía escuchar sirenas a lo lejos. El chico no estaría por ahí cuando llegara la caballería. Esa era una pequeña victoria. Se conformaría con eso.

Cuatro de los matones se separaron. Corrieron por el bulevar hacia el local de comida para llevar en la distancia y se fundieron con la penumbra y la multitud de gente.

El líder se enderezó cuando las sirenas se hicieron más fuertes. Conferenció con el matón restante y se estaba preparando para irse cuando Darrell regresó. Solo, con la bolsa en la mano, presentándosela al matón.

¿Qué demonios...?

Cutter maldijo suavemente. Los policías llegarían en cualquier momento. Si encontraban la mochila en el estudiante, y contenía drogas o dinero...

Maldijo de nuevo, y el pensamiento se convirtió en acción cuando se levantó, dio varios pasos, acortando la distancia con los pandilleros.

—¡Oye! —gritó—. Vi lo que pasó. Están traficando. Los denunciaré a...

—Ocúpese de sus asuntos, amigo —advirtió el líder.

Siete pasos de distancia. Los dos matones se desplegaron para enfrentarlo. Los ojos de Darrell lo miraban con asombro. El destello de luces rojas y azules por el bulevar, aún a un par de manzanas.

—Los vi golpear a ese tipo. Vender drogas a ese coche.

—Aléjate, viejo —gruñó el segundo matón—. Cruza la calle. Olvida lo que pasó.

—¿Qué hay en esa mochila? —Cutter se abalanzó sobre Darrell, agarró la correa con su mano derecha y tiró con fuerza.

El estudiante gritó de dolor. Tropezó hacia atrás, liberando la bolsa.

Justo cuando los matones atacaron.

Cutter anticipaba sus movimientos.

Giró sobre sus talones y balanceó la mochila en un arco. Conectó con la nariz del hombre más cercano, que se rompió. Levantó la rodilla al mismo tiempo hacia la entrepierna que se acercaba y se retorció para dejar que el hombre cayera desparramado.

—TÚ... —el líder maldijo y sacó una pistola.

Cutter no había dejado de moverse. Dejó caer la mochila, se agachó fácilmente bajo el brazo

que se enderezaba, lo agarró por el codo con ambas manos y dislocó la articulación con un chasquido. Se hizo a un lado ágilmente y usó el impulso del matón para enviarlo tambaleándose contra el costado del vehículo más cercano. Le estrelló la cara contra el techo para rematarlo.

Las patrullas estaban cerca entonces, sus sirenas fuertes, sus luces pintando la calle, dispersando a los vehículos fuera de su camino.

—¡VETE! —gritó Cutter a Darrell. Un segundo para subirse la pernera del pantalón, sacar su Benchmade sujeta al tobillo. Un corte de la afilada hoja y la correa de la mochila, la que había estado sosteniendo, se desprendió.

Agarró al chico, que estaba paralizado, mirando con los ojos muy abiertos, y lo arrastró consigo mientras echaba a correr por el bulevar.

Había doblado la esquina cuando la primera patrulla se detuvo con un chirrido junto a los matones caídos. Izquierda en la calle Osborn, a través de un laberinto de proyectos de vivienda, zigzagueando entre espacios entre compradores, rozando a oficinistas, cruzando semáforos y dejando maldiciones y bocinazos enojados a su paso, y solo cuando estuvieron a varias manzanas de distancia, disminuyó la velocidad y soltó al chico.

Darrell se tambaleó hacia la pared de una tienda y se apoyó en ella. Aspiró aire con fuerza y jadeó.

—Tú —dijo entrecortadamente cuando recuperó el aliento—. ¿Me estás siguiendo?

Y solo entonces Cutter se dio cuenta de que su pañuelo se había caído.

11

Cutter se secó la cara con el trozo de tela y se lo metió en el bolsillo trasero.

—Vámonos —le dio un codazo a Darrell—. Tenemos que seguir moviéndonos.

El estudiante lo miró con el ceño fruncido y no se movió.

—Tú decides —se encogió de hombros—. La policía se desplegará. Interrogarán a la gente. Se enterarán de que dos personas se largaron de allí —evaluó al adolescente—. Uno de ellos con una mochila. Tú eliges —echó a andar a paso ligero. Reprimió una sonrisa cuando el chico los alcanzó. Atravesaron callejones, dando marcha atrás varias veces hasta que llegaron a la avenida Saratoga.

—¿Por qué me estás siguiendo? —exigió el chico cuando se acercaban a su casa.

—No lo estaba haciendo. Estaba en el barrio. Me dirigía a ese local de comida para llevar más allá de tu grupo cuando te reconocí.

—No te creo. ¿Te contrató mi madre? ¿Para vigilarme?

—Cree lo que quieras.

Los coches que pasaban ocasionalmente los iluminaban. Las facciones de Darrell se tensaron, sus labios apretados, mientras se apresuraba para seguir el ritmo de Cutter.

—Se lo vas a contar, ¿verdad?

—Lo estoy considerando.

—¿Por qué no empiezas tú, para prepararme para ella? —dijo con amargura—. Adviérteme sobre las pandillas y las drogas.

—¿Necesitas una advertencia? Estoy seguro de que sabes cómo acabarás.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no me lo dices?

—Muerto o en prisión —no se contuvo—. Ahí es donde acaban la mayoría de los delincuentes.

—Tú no sabes eso.

—Sí lo sé.

—¿Quién eres tú para sermonearme? —Darrell se volvió hacia él—. No tienes ni idea de cómo es para mí. Por lo que he pasado.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—¿Para que se lo cuentes a mi madre?

—Sé cómo es para ti. Te sientes perdido. Solo. Tu madre llega tarde a casa. Siempre está cansada. Piensas que nunca está ahí para ti. Cuando habláis, siempre es para pelear. Era diferente cuando tu padre estaba cerca. Has perdido ese sentimiento de familia. Esa pandilla... hay un sentimiento de pertenencia. Eres parte de ellos. Te hacen sentir valorado. Eres alguien con ellos.

Lo he visto. Lo he vivido yo mismo.

—Sabía que harías eso. Inventar historias para mí.

—Darrell —dijo Cutter, suavizando su voz—. Crees que estás completamente solo. Que eres tú contra el mundo. La pandilla es tu escape. Nunca es así. ¿Esos tipos? Te están utilizando. Querían que llevaras esa mochila. ¿Qué había dentro? ¿Bolsitas? ¿Dinero? Eres una mula para ellos. Eres joven. Un estudiante de secundaria no es una prioridad para la policía. Te librarás con una pena leve si te atrapan. Apuesto a que esos hombres, los que me atacaron, tienen antecedentes. Se enfrentarán a penas más duras, sentencias más largas si los arrestan. Es un negocio para ellos. ¿Con tu madre? Ella mataría por ti.

—¿Crees que no he oído esto antes? Lo escucho suficiente en la escuela. No hay nada más de lo que hable mi madre. Eso y mis calificaciones. Es lo mismo en casa de Manuel también.

¿Es ese su amigo de la escuela?

—¿Quién es él?

El estudiante se mordió el labio. Se limpió el sudor de la cara. Se retorció bajo la intensa mirada de Cutter. —Un amigo —dijo de mala gana.

—¿Era el que estaba contigo?

—¡Así que *sí* me estabas siguiendo!

—Estaba en el semáforo de Mother Gaston. En el salón de uñas. Te vi calle abajo con tu amigo. No te reconocí al principio.

—¿Estuviste allí todo el tiempo? No vimos a nadie.

No lo habrían hecho. Tus amigos no mostraron ninguna habilidad callejera.

—Debo haber cruzado el bulevar. Como dije, estaba allí por negocios. Manuel debe ser un buen amigo. Se mantuvo al margen. ¿Por qué no llevó él esa mochila?

—Lo arrestaron una vez. Lo dejaron ir con una advertencia.

—Y tú estás limpio.

Darrell se sonrojó. Miró a su derecha, hacia su edificio de apartamentos al final de la calle.

—Puedo tomar mis propias decisiones.

—Ya lo veo.

—No tienes derecho a...

—Sí. Y no te diré nada más. Morirás o irás a prisión. No es asunto mío —dijo con insensibilidad—. Dime algo. Si esa pandilla significa tanto para ti, ¿por qué te negaste a llevar esa mochila? Tuvieron que obligarte. ¿Y por qué volviste? ¿Lo pensaste mejor?

Una mirada obstinada se apoderó del estudiante. Echó a andar calle abajo.

No quiere admitirlo. Piensa que lo hará parecer débil. Retrocede, se dijo Cutter. *Otro sermón más no es lo que necesita.*

—¿Por qué cortaste eso? —Darrell señaló con la cabeza la correa en su mano.

—Tiene tus huellas. Las mías también. Y a diferencia de ti, no tengo ningún interés en pasar tiempo en la cárcel.

Ya he estado allí. Ya lo he hecho.

Eso silenció al chico hasta que llegaron a su edificio. Alcanzó la puerta, dudó y se volvió.

—¿Se lo dirás a mi madre?

La cara de Darrell brillaba de sudor. Su camisa estaba sucia y se pegaba a su cuerpo delgado. Sus pantalones y zapatos estaban raspados y su mochila escolar no dejaba de resbalarse de su hombro. Metió las manos en los bolsillos, pero no antes de que Cutter las viera temblar.

Está asustado.

Leyó al chico por lo que era en ese momento. Un chico de quince años cuyo mundo se había

derrumbado cuando sus padres se separaron. Un adolescente que se había metido en un lío profundo y no sabía cómo salir de él.

—La destrozará.

El chico asintió mudamente, con una mirada suplicante en su rostro.

—Llámame. En cualquier momento —le entregó su tarjeta—. Para lo que sea.

Se alejó en la oscuridad, preguntándose qué le diría a Carmel Ward.

Y cómo podría sacar a Darrell de la pandilla.

12

Cutter estaba en su apartamento una hora después. Se lavó, fue a la cocina y rebuscó en el refrigerador.

Sacó tres huevos e hizo una tortilla francesa. Un generoso toque de especias, gusto que había desarrollado durante su estancia en Asia. Se sirvió un vaso de jugo y se acomodó para cenar.

Su hogar era un apartamento de tres habitaciones en Lafayette, a un paso rápido de su oficina. Financiado con los ingresos de misiones de arreglo para clientes millonarios.

Un largo sofá en la sala de estar. Una alfombra persa en el suelo. Mesa de comedor de caoba. Cocina equipada con accesorios modernos. Sin decoraciones. Solo una fotografía de Riley junto a su cama. Eso era suficiente. La llevaba dentro de sí. ¿Qué más necesitaba?

Encendió la televisión y siguió las noticias mientras comía. Kevin Rubin, candidato presidencial, estaba siendo entrevistado en un programa de entrevistas.

Cutter subió el volumen y escuchó.

Se presentaba como independiente y, a pesar de su condición de forastero, había reunido un enorme seguimiento en todo el país. Recibía más tiempo en pantalla que los candidatos de los partidos tradicionales. El presidente Morgan, cumpliendo su segundo mandato, recibía mucha menos cobertura.

Tenía una historia fascinante.

Familia que se había hecho rica con el petróleo. Riqueza heredada. Supremacista blanco en sus primeros años. Ganó notoriedad durante la universidad y al inicio de su carrera en fondos de cobertura. Participaba en programas de radio y atraía seguidores. Construyó sobre esa plataforma y fundó su propio periódico. Era una celebridad. Salía con estrellas de Hollywood, aquellas que no les importaba asociarse con él. Vivía una vida ostentosa. Cuando llegó a los treinta, no había nadie en Estados Unidos que no hubiera oído hablar de él.

Y entonces todo se vino abajo.

Fue arrestado por delitos de cuello blanco. Había defraudado a sus socios comerciales en una firma de inversión. Cumplió un año de prisión y salió como una persona reformada.

Rechazó sus creencias supremacistas. Le dijo al mundo que había sido joven, ingenuo y tonto. Se convirtió en un inversionista ético, respaldó empresas que marcaban una diferencia positiva en la sociedad. Algunas de sus empresas tuvieron éxito, lo que lo catapultó al estatus de multimillonario.

Fue entonces cuando descubrió su amor por la política y se lanzó a la carrera presidencial.

Rubin era carismático, y sus fuertes habilidades oratorias difundían su mensaje. Gobierno

fuerte y enfoque comunitario.

Su desempeño en las encuestas había sorprendido a todos. Iba detrás del vicepresidente, Bryan Thyssen, que era el principal contendiente, pero había superado a todos los demás candidatos. Muchos analistas calculaban que si las elecciones se celebraran al día siguiente, podría terminar siendo el segundo presidente verdaderamente independiente del país, después de George Washington.

Los expertos también creían que muchos políticos de alto rango de uno o ambos partidos principales saldrían a apoyarlo una vez que aumentara su ventaja en las encuestas.

Cutter lo escuchó por un rato mientras el candidato exponía sus creencias. *Hollywood no podría haber escrito mejor su historia.*

Apagó la televisión cuando terminó su cena y limpió. Sacó su Benchmade y lo lavó. Lo secó y lo insertó de nuevo en su funda de kydex. Había cortado la correa en pequeños pedazos, que ahora formaban parte del alcantarillado de la ciudad.

Encendió su portátil y abrió su cuenta en la nube. Sí, su cámara de la chaqueta había funcionado. Todos sus videos estaban allí.

Reprodujo el de Mother Gaston. Buena calidad de imagen. Audio decente, también. El dispositivo de vigilancia había capturado su pelea, también.

Su sonrisa se desvaneció cuando apareció el rostro del líder durante el ataque. Sí parecía caucásico. Sin cicatrices, sin tatuajes... ¡Vaya!

Cutter se enderezó y pausó el video. Lo rebobinó y lo reprodujo de nuevo.

Su cámara había capturado el perfil del Líder cuando se había hecho a un lado justo antes de estrellarlo contra el auto. Allí, en el cuello.

Una cabeza de león. Bien grabada.

Similar a la que había visto en la bodega.

Apartó la mirada de la pantalla e hizo una llamada a un policía que le debía favores.

—¿Mother Gaston? Sí, encontramos una mochila debajo de un auto. Llena de bolsitas. Algo de oxi, la mayoría metanfetamina.

—¿Y los traficantes?

—Nadie allí. Alguien informó de un apuñalamiento pero no hay cuerpos, ni perpetradores, solo las drogas.

El Líder y su hombre escaparon.

13

—¿Qué le dirás?

Arnedra, al día siguiente en su oficina, cuando él había terminado de contar su vigilancia.

—¿A Carmel? —Cutter hizo una mueca—. Nada por ahora. Creo que conecté con Darrell al final. Podría dejar la pandilla. Lo seguiré vigilando. Veré qué hace.

—¿Y si sigue con ellos?

—Quizás lo confronte.

—Dejar a los criminales no es fácil.

—Lo sé.

—Ya se te ocurrirá algo.

Él negó con la cabeza ante la absoluta confianza en su voz.

—No es tan sencillo como darse de baja de un club.

—Se te ocurrirá algo.

—DIFIORE —LADRÓ LA DETECTIVE CUANDO ÉL LA LLAMÓ.

—¿Sin un hola? ¿Sin un cómo estás? ¿Sin un te he echado de menos?

—No te he echado de menos.

Los policías eran así. Lo adoraban pero fingían que lo detestaban.

—Me hieres.

—Quería preguntarte el otro día —continuó cuando ella no respondió—. Boyce, el hombre al que disparé. ¿Tenía un tatuaje en el cuello?

—¿Por qué?

—Vamos, Gina —la persuadió—. ¿Sí o no?

—Difiore —le dijo ella secamente—, no somos amigos. No se quedará ahí. Si digo que sí, preguntarás de qué tipo. Harás más preguntas.

Averiguar su nombre de pila no había sido difícil, con sus contactos.

—Entonces, ¿eso es un sí?

—¿Por qué quieres saberlo?

¿Le cuento sobre la pandilla? ¿Puedo mantener a Darrell fuera de esto?

—¿Extraoficialmente?

—Soy detective de la policía de Nueva York. Nada es extraoficial.

—Sabes que tengo contactos. Puedo averiguarlo fácilmente.

—Pregúntales a ellos.

Colgó.

Cutter suspiró. Había estado haciéndolo mucho más desde que se había cruzado con esta detective.

Repasó la lista de personas que conocía. No. No podía preguntarle a Rolando. Estaba demasiado arriba en la jerarquía y, además, no quería comprometer a su amigo.

Había otro detective. Alguien a quien había ayudado.

—¿Wayne?

—¡Cutter! ¿Cómo estás, amigo?

Eso estaba mejor. Gina Difiore probablemente se había saltado el entrenamiento de la policía de Nueva York sobre *Consejos para ser educado*.

—Estoy bien. ¿Cómo están los niños?

—Matándome —respondió Wayne Poser, detective de segundo grado de la División de Investigaciones Especiales—. ¿Por qué pensé que tenía que ir a por tres?

—¿Cómo está Milly?

Milly Poser, la esposa del policía. Dirigía una organización benéfica para niños de la calle, uno de los cuales Cutter había ayudado a dejar una pandilla.

—Está pasando más tiempo en la tienda. ¿Crees que tiene a alguien por ahí?

—Estoy seguro de ello.

Doce años de matrimonio no habían apagado el romance de la pareja.

—Saliste en las noticias. Los niños se lo contaron a sus amigos. Ahora son los populares.

—Hace tiempo que no los veo. Oye, ¿conoces a Difiore?

—¿Gina? Sí. Fue mi mentora hace un tiempo.

Cutter hizo una mueca. De todos los policías a los que podía llamar, tuvo que elegir a Wayne. *Estará cerca de ella*.

—¿Algún problema?

—No, nada que ver con ella. Estoy siguiendo una pista y me recordó al atraco. La llamé y, ya sabes...

—Sí, es una dura. ¿No te ayudó?

—No.

—¿Quieres saber algo?

—No si te va a poner en un aprieto.

—Pregúntame. Yo decidiré.

—Ese atraco. Uno de los tipos tenía un tatuaje de león. O algo que se le parecía.

—¿Quieres ver exactamente qué era?

—Sí.

—Puedo hacer eso. Pero tienes que venir a cenar.

—Trato hecho.

Las teclas hicieron clic. Poser tarareó por lo bajo. Gruñó de repente. Su silla crujió.

—Será mejor que hables con Gina.

—¿Eh?

—Eso es todo lo que puedo decirte. —Y colgó.

ONE POLICE PLAZA, ONEPP, EN EL BAJO MANHATTAN. LA SEDE CENTRAL DE LA POLICÍA DE Nueva York, donde se basaba el equipo de Casos Importantes, una unidad de la División de

Investigaciones Especiales.

Cutter frunció el ceño mientras se acercaba al brutal edificio de hormigón, que destacaba entre sus alrededores. Casos Importantes no investigaba atracos a bodegas. *Robos a bancos, secuestros, secuestros exprés: eso es de lo que se ocupan. ¿Por qué está investigando esto?*

Caminó alrededor del edificio hasta la Avenida de los Mejores, donde la salida del estacionamiento se encontraba con Pearl Street. Compró una bebida en la cafetería y se apoyó contra el marco metálico del toldo de arriba.

Jugueteó con su teléfono. Podría preguntarle a Poser, pero dudaba que el detective le diera más información. No por la forma en que colgó. Podría preguntarle a Beth o Meghan, y ellas podrían fácilmente investigar por qué Difiore estaba investigando un caso menor. También podrían buscar información sobre el tatuaje. Tampoco eso. Tenían sus propias misiones.

Sorbió su café mientras consideraba lo que sabía de Difiore. Detective de Primer Grado, el rango más alto. Galardonada con varias medallas y premios. Apareció en los medios nacionales por su papel en desmantelar una banda de ladrones de bancos. Una policía muy respetada que iba a llegar lejos.

Nadie mencionó su actitud, pensó, sonriendo para sí mismo. *O tal vez es solo conmigo*.

Se enderezó a las siete de la tarde, cuando vio su coche, un Chevy plateado, asomando por las barreras de hormigón.

Está sola. Eso era bueno. Salió a la carretera de salida, bebida en mano. Esperaba que no le disparara ni lo atropellara.

La detective pareció decirse algo a sí misma, y luego encendió el intermitente y se apartó a un lado.

Bajó la ventanilla. —¿Me estás acosando?

—No. Yo-

—¿Cómo sabías que estaría aquí? ¿Que este es mi coche?

—Tengo mis métodos.

—¿Como llamar a tu amigo, el comisionado?

Comisionado, alias el Comisionado de Policía de Nueva York.

Cutter apretó involuntariamente el vaso de papel. *Relájate*, se reprendió. *Cualquiera querría saber, en su posición.*

—Él no es el único que conozco —respondió con suavidad.

Ella lo examinó con ojos hostiles y luego pareció tomar una decisión.

—¿Qué quieres?

—Ese tatuaje. Boyce tenía uno, ¿verdad?

—Sí.

Internamente, hizo un gesto de triunfo. Lograr que ella lo reconociera era una victoria, aunque pequeña.

—¿De qué tipo?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Por qué te interesa?

—Creí ver otro tatuaje similar.

Ella le lanzó una mirada incrédula. —Te das cuenta de que esta ciudad tiene ocho millones de habitantes. Varios millones tendrán tatuajes. Es probable que miles tengan una cabeza de león tatuada en el cuello. —Apretó los labios cuando se dio cuenta de lo que había admitido.

—¿Se parecía a esto?

Le mostró el boceto que había hecho.

Ella lo tomó con cautela y lo examinó. Sus ojos lo miraron con sorpresa. —Esto es muy

bueno. ¿Lo hiciste tú?

—Sí. *No hay mucho más que hacer en una prisión de máxima seguridad.*

—Sí. Así era su tatuaje.

—Dijiste que no tenía conexión con pandillas.

—Sí. ¿Qué sabes tú que yo no?

—Nada.

Ella salió de su coche en un instante, su rostro oscureciéndose de furia.

—Escucha —siseó—. Estás ocultando algo.

—Tienes que confiar en mí. Por favor.

—¿Confiar en ti? —se burló—. Estás interfiriendo en una investigación activa del NYPD.

—Sí, sobre eso. Estás en Delitos Mayores. ¿Por qué estás investigando esto?

—¿Has oído hablar del Grupo de Trabajo, tío? —dijo con desdén—. Y no cambies de tema. ¡DÍMELO! —Golpeó con la palma el techo de su coche. El policía en la caseta de seguridad junto a la barrera de concreto salió, asintió una vez cuando ella le hizo un gesto y volvió a su posición.

—No puedo. No ahora. Necesito verificar algo.

—Puedo detenerte, y todos tus contactos poderosos no podrán impedirlo.

—Mira, Difiore. Puedo imaginar lo que piensas de mí. Que soy una especie de vigilante-

—Lo eres.

—Estoy seguro de que hablaste con varios policías que me conocen. ¿Qué te dijeron?

Ella se negó a responder.

—Dijeron que yo era *poco ortodoxo* —citó lo que Rolando le había dicho una vez—, pero que no infringía la ley y ayudaba a la policía siempre que podía, ¿no es así?

Ella no lo miró.

—Ese tatuaje. Lo vi en un miembro de una pandilla. —Decidió revelar un poco.

—¿Dónde? —Giró la cabeza bruscamente.

—No puedo decírtelo.

—Grogan —gruñó entre dientes apretados—, si me entero-

—Sabrás lo que yo sé. Dame algo de tiempo.

—Un día.

—Una semana.

—No-

—Necesitaré tanto. Mientras tanto, puedes interrogar a Boyce y sus amigos de nuevo. Dónde se hizo ese tatuaje. Si está ocultando que es parte de una pandilla.

—No puedo. Están todos muertos.

14

Cutter la miró atontado, luego fue a la ventanilla del café y consiguió dos bebidas más. Le entregó una a ella en silencio, dio su primer trago y se aclaró la garganta.

—¿Muertos? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—El día que me llamaste —escupió ella con furia—, salieron a cenar. Los tres, en Queens. Ahí vivían. Amigos desde la secundaria. Un camión de carga los embistió por el costado.

—Eso no puede ser un accidente.

—Lo fue —dijo ella con cansancio—. El conductor estaba borracho. Muy por encima del límite. Se entregó de inmediato. Tiene algunas infracciones por conducir ebrio. Nada más.

—Esa pandilla...

—Grogan, léeme los labios. No fue un asesinato de pandillas.

Cutter se bebió el resto de su café, aplastó el vaso y lo tiró en un contenedor. Sacudió la cabeza con incredulidad. —Es demasiada coincidencia.

—Esas cosas pasan.

Sus labios se torcieron en una sonrisa astuta. —Poser se sienta detrás de mí. Puedo oír sus llamadas. Sabía que estaba hablando contigo. Le envié un mensaje. Le pregunté cómo le gustaría volver a patrullar. Te colgó.

—Es mi amigo.

—Y es mi aprendiz.

—Solía serlo, tengo entendido.

—Esa relación nunca termina.

Él suspiró. Solo habría un ganador en un concurso de cabezazos con ella. *No seré yo.*

—Ese atraco a la bodega —dijo, cambiando de táctica—. ¿Has investigado otros ataques?

—Hay cientos de crímenes así en la ciudad.

—Me refiero a donde los propietarios fueron el objetivo.

—¿Cómo así?

—Objetivos raciales.

Ella se enderezó. Le dio una mirada impasible. —Hemos terminado de hablar. No obtendrás nada más de mí hasta que me digas lo que sabes. Tienes mi número.

La observó hasta que su coche se unió al tráfico en Pearl Street. *¿Qué quiso decir con eso?* ¿Hay más crímenes de ese tipo? ¿O Difiore simplemente estaba siendo ella misma, terca e indescifrable?

Cutter se rindió. Tenía dos hilos que seguir. Decidió continuar con el más fácil.

—¿Quién es él? Peyton Quindica, agente especial a cargo del FBI, acuñó el teléfono entre el hombro y la oreja mientras sus dedos volaban sobre el teclado.

—Se hace llamar solucionador —respondió Difiore sobre un ruido metálico—. Rescate de rehenes. Personas desaparecidas. Ese tipo de cosas.

—¿Como un detective privado?

—No tiene licencia, y asume trabajos más peligrosos que la mayoría de los investigadores. Te he enviado su expediente. Debe estar en tu sistema también. Está bien conectado. Hay gente importante en el NYPD que responde por él.

—¿Qué tan importantes?

—Hasta la cúpula.

Quindica sopló para apartarse el cabello de los ojos mientras consideraba las palabras de la detective.

—Algunos policías lo han recomendado a algunas víctimas. Creo que ha conseguido algunos clientes de esa manera de ustedes también.

—¿Del FBI?

—Sí.

—¿Cuánto sabe sobre el Grupo de Trabajo?

—Nada. Pero podría averiguarlo, con sus contactos.

—No lo hará —le aseguró Quindica—. Como te dije antes, somos tan encubiertos como podemos. Solo un puñado de personas, en los niveles más altos de tu lado y del mío, saben de nosotros.

—Esperemos que siga así.

—Sí. Grogan. ¿Crees que deberíamos presionarlo?

—Nada me daría más placer —declaró Difiore—. Pero le di mi palabra. Esperemos a tener noticias de él.

—Mantente al tanto. Hagámoslo sudar si no aparece con algo.

—Ten por seguro que lo haré.

Quindica sonrió ante el entusiasmo en la voz de la detective y colgó. Reprimió un bostezo y se estiró. Se frotó los ojos y volvió a su pantalla.

Ella dirigía el equipo multiagencia que se había formado cuando su caso se superpuso con el de Difiore.

Había estado investigando a supremacistas blancos que se infiltraban en las fuerzas del orden. La detective había estado investigando una serie de crímenes que parecían tener connotaciones raciales.

Bart Jamison, el Director del FBI, había convocado una reunión con el Comisionado del NYPD, que resultó en la creación del grupo de trabajo.

Cuando se conocieron, a la agente especial a cargo del FBI le gustó lo que vio en la detective. Reconoció a otra oficial de la ley súper inteligente y dedicada. Ambas provenían de orígenes minoritarios: Quindica con sus raíces chino-polinesias, Difiore con su origen latino. Tuvieron que superar prejuicios sistémicos e institucionales, junto con ciertas visiones sociales. Habían tenido que usar una armadura invisible mientras ascendían en los rangos para llegar a sus posiciones.

La detective la impresionó aún más cuando no inició ninguna guerra territorial dentro del grupo de trabajo. En cambio, vio la investigación conjunta como una oportunidad. Con el

alcance y los recursos del FBI y la astucia callejera del NYPD, podrían lograr cosas.

La única preocupación de Quindica había sido Griffen. —Es un gran policía —le había asegurado Difiore—. Esa actuación que hace, enfrentándose a la gente, es solo eso. La agente especial a cargo no armó alboroto, y a medida que fue conociendo al equipo del NYPD, descubrió que la detective tenía razón.

El progreso había sido lento, y había poco que mostrar por sus sospechas. *Aparte de los casos de Gina.* Se crujió los nudillos y se masajeó un nudo en el cuello. Habían encontrado el tatuaje del león rojo en algunos de los arrestados, todos ellos perpetradores blancos. *Sin embargo, sin conexión conocida con ninguna pandilla.*

Algunos de esos criminales se habían librado con sentencias leves, y en al menos un caso el matón había salido libre porque su crimen había sido registrado incorrectamente.

Parecía que habían llegado a un frustrante callejón sin salida hasta que apareció Cutter Grogan.

INICIÓ SESIÓN EN SU CORREO ELECTRÓNICO Y ABRIÓ EL ARCHIVO QUE DIFIORE LE HABÍA ENVIADO. Contuvo la respiración al ver las partes censuradas en los detalles militares del agente. Lo buscó en las diversas bases de datos del FBI. Sin arrestos. Sin antecedentes penales, aunque su nombre estaba marcado por varios miembros del personal, desde agentes de campo hasta SAC. Sus cejas se arquearon al ver un nombre. Bob Mulhoney, el Subdirector, a quien ella informaba.

Miró su reloj y marcó su número.

—Bob, ¿has oído hablar de Cutter Grogan? —preguntó cuando terminaron con las formalidades—. En Nueva-

—¿Cutter? Sí. No hay muchos con ese nombre. ¿Por qué?

—Ha surgido en un caso que estamos investigando. Parece que está ocultando información. Quiero presionarlo fuerte, pero Gina quiere esperar.

—¿Quieres saber si podemos confiar en él?

—Sí.

—Conozco bien a Cutter. Pero deberías hablar con Bart.

—¿El Director?

—Sí. —Mulhoney se rio de su asombro—. Él conoce a nuestro amigo aún mejor.

—¿Cómo?

—Pregúntale. Le avisaré que espere tu llamada.

—FUI EL CO DE CUTTER —LE DIJO EL DIRECTOR DEL FBI—. OFICIAL AL MANDO. EN ALGUNAS misiones. ¿Qué quieres saber sobre él?

—¿Podemos confiar en él, señor?

—¿Has visto su expediente?

—El que tengo está muy censurado, señor.

Un largo silencio.

—Conéctate a ARTEMIS.

El programa era para compartir archivos altamente clasificados. Todas las partes tenían que iniciar sesión, verificarse biométricamente y encender las cámaras de sus pantallas. El remitente entregaba entonces los documentos solicitados al resto y permanecía en línea hasta que se leían. El programa registraba los movimientos del iris de los lectores y pasaba las páginas

automáticamente, según la velocidad de lectura. No se permitía tomar notas ni hacer fotografías.

—Sí, señor.

Quindica se quedó helada cuando, momentos después, apareció un archivo en su pantalla.

—Señor, no tengo autorización para esto.

—Ahora la tienes.

Se saltó las secciones que ya conocía. Descubrió que seguía censurado, pero ahora podía leer las condecoraciones de varios oficiales y... sus ojos se detuvieron cuando leyó sobre la Cruz de Servicio Distinguido y el Corazón Púrpura. Ambos otorgados en secreto por misiones clandestinas.

—Señor, todavía hay muchas partes tachadas. Muchas.

—Sí, no necesitas saber sobre ninguna de sus operaciones. Ve a la última.

—Esa es su vida civil, señor. ¿Por qué está en su expediente?

—Ya verás.

Quindica lo leyó rápidamente. Cutter casándose con Riley, una paramédica del FDNY, el Departamento de Bomberos de Nueva York. Algunas fotografías de la pareja y sus amigos. Una luna de miel en Yanartas, Turquía, una parte remota del país. Sintió que estaba invadiendo su privacidad. Incómoda de que tales detalles personales estuvieran incluidos en el registro. Estaba a punto de cerrar el programa cuando apareció en la pantalla.

Terroristas irrumpiendo en su habitación de hotel. Capturándolos y llevándolos a un pueblo abandonado. Tayyib Mansoor, un terrorista de Daesh, torturándolos. Levantando su cuchillo para decapitar a Riley cuando ella se lanzó hacia adelante y se empaló en él.

La SAC ralentizó su lectura. No, no se había equivocado. El informe decía que la esposa de Grogan se había lanzado deliberadamente sobre la hoja.

Mansoor y sus hombres dejaron el cuerpo acribillado de Grogan en el pueblo, creyendo que estaba muerto. Un pastor de cabras lo encontró apenas consciente y lo cuidó hasta que se recuperó.

Quindica se reclinó y se frotó las cejas. No había mucho más en su expediente. Su rehabilitación, el regreso a Estados Unidos. Su nueva vida.

—Señor. —Se aclaró la garganta, consciente de lo ronca que sonaba—. Faltan un par de años. Después de su regreso a Nueva York.

Su jefe llenó su pantalla cuando terminó el programa. Todavía estaba en su oficina del edificio Hoover en DC. Con su camisa blanca, las mangas arremangadas revelando antebrazos poderosos. Parecía que su día estaba comenzando, no terminando.

—Compartí ese archivo contigo para que tengas una idea de quién es —dijo Jamison, evadiendo su pregunta—. Si confías en él... esa es tu decisión.

—¿Usted lo haría?

—Con mi vida. Hay algo que deberías saber que no está en el expediente.

Apuesto a que hay mucho más que no está ahí.

—Riley estaba embarazada cuando murió.

La SAC exhaló lentamente como si tuviera el peso del mundo sobre sus hombros.

—¿Cómo puede uno vivir todo eso sin volverse loco?

Era una pregunta retórica, pero su jefe respondió.

—Cutter no es una persona común. —Sonrió suavemente, con la mirada distante—. Intenté reclutarlo para el FBI. Me rechazó rotundamente. Dijo que ya había terminado de trabajar en entornos estructurados. Quería ser libre.

—¿Permiso para compartir esos detalles con Difiore, señor?

—Te autoricé para ese archivo. —Tamborileó con los dedos y luego asintió—. De acuerdo. La autorizaré a ella también. Tu grupo de trabajo podría llevarte a lugares donde podrías necesitar ese nivel de autorización. Sin embargo-

—Sí, señor. Si filtramos esa información, estaremos limpiando inodoros en Idaho.

—Las dos.

—Entendido, señor. ¿Por qué ese archivo es tan detallado?

—Bienvenida al mundo de las operaciones encubiertas, Quindica. —Sonrió levemente pero no elaboró más.

—¿Hace algún trabajo por contrato para la CIA, señor?

—No. Esa vida de operador quedó bien atrás, por eso el archivo termina ahí.

—Señor, ¿no capturamos a Mansoor?

—Sí. Una cacería conjunta con los británicos y alemanes. Lo capturamos en Líbano y lo trajimos a Estados Unidos para juzgarlo. Está cumpliendo cadena perpetua en una supermax. —Algo cruzó el rostro de su jefe. Una expresión fugaz que desapareció tan rápido que no estaba segura si la había visto o si había sido un parpadeo de la pantalla.

—¿Sobre esos años que faltan?

—Tendrás que preguntarle tú misma. Si lo haces, hazle saber que te dejé leer su expediente.

QUINDICA SEGUÍA PENSANDO EN EL CONTENIDO DEL ARCHIVO CUANDO LLEGÓ A SU PEQUEÑO apartamento en Brooklyn. Se refrescó y cenó, pensando en Riley Grogan y cómo había muerto.

Se sirvió un vaso de leche y se dirigió a la ventana de su dormitorio. Si se ponía de puntillas, podía ver las luces del puente sobre los tejados.

Ella misma era una veterana. Había servido en la 82ª División Aerotransportada y tenía una gira en Afganistán en su haber. Había dejado el ejército a su regreso, queriendo probar una vida diferente, y solicitó unirse al FBI. Pasó la prueba de selección y el resto era historia.

Ella y sus amigas habían ido de vacaciones a Yanartas, famoso por sus fuegos naturales que ardían desde respiraderos en la roca.

Era un aislamiento espléndido. Nada más que el cielo y la naturaleza. Ideal para conectar con la tierra y con los amigos.

Terminó su leche, se frotó distraídamente los callos de los dedos y, a medida que avanzaba la noche, pensó en lo que hacía que las personas fueran quienes eran.

15

Cutter Grogan, sin saber quién era Peyton Quindica ni su perspicacia sobre él, estaba siguiendo a Darrell Ward al día siguiente.

La más fácil de las dos líneas de investigación que podía seguir.

Lo había resuelto.

La única forma de proteger al chico de su implicación era entregar a ese líder a la policía. Lo que significaba que tenía que averiguar dónde se escondía el matón. Podría preguntarle a Darrell, pero no había garantía de que el estudiante cooperara.

Por eso estaba de vuelta en la calle. Una nariz falsa y lentes de contacto para ocultar su color verde natural. Un disfraz que engañaría incluso a los observadores más agudos.

Los seguía en su vehículo alquilado, observándolos por los espejos mientras caminaban rápidamente por la acera.

Mantenerse al día con ellos no era un problema. El tráfico era lento debido a la escuela. Un coche pasó en dirección contraria, con un ritmo estruendoso saliendo de sus altavoces y ventanas abiertas, llenando la calle. El conductor sacó la mano y chocó los cinco con estilo a sus amigos mientras conducía.

Por eso prosperan las pandillas. Siguió el coche con la mirada en el espejo mientras continuaba calle abajo, tocando la bocina al doblar la esquina. Las pandillas ofrecían imagen, estatus y un sentimiento de pertenencia a aquellos que eran vulnerables.

Dejó ese pensamiento atrás mientras localizaba a Darrell, que estaba de nuevo con Manuel. El otro estudiante hablaba con seriedad, gesticulando mientras caminaban.

Iban por una ruta diferente. Bajando por Pitkin, a la izquierda en los semáforos de la calle Herzl y hacia el parque Betsy Head. Pasándolo, bajo la línea elevada del metro en Livonia, y allí los dos estudiantes se detuvieron. Detrás de una fila de coches, apoyados contra la valla metálica, mascando chicle.

Seguirlos era un arte practicado. Los adelantaba, se deslizaba en espacios vacíos y esperaba a que lo alcanzaran.

Un tren pasó por encima, su traqueteo y estruendo ahogando cualquier otro sonido, y en ese aluvión de ruido, un coche oscuro se detuvo junto a los chicos.

El Líder salió del lado del pasajero, con un vendaje en la frente. La puerta trasera se abrió y emergieron dos matones.

Los mismos tipos de Mother Gaston.

Los tres hombres se acercaron a los estudiantes, deteniéndose a un par de metros.

Cutter notó cómo los matones formaban un escudo protector alrededor del Líder, ocultando

sus acciones de la calle tanto como fuera posible.

Darrell bajó la mirada cuando el hombre lo confrontó, mantuvo la cabeza gacha. Se estremeció cuando el matón le clavó un dedo en el hombro.

El Líder miró alrededor con naturalidad. No pareció detectar nada amenazante. Le dio una bofetada al chico, partiéndole el labio. Levantó la mano para golpear de nuevo cuando Manuel intervino, hablando rápidamente. Los otros matones se acercaron. Uno de ellos, el hombre que había sacado una pistola la otra noche, le habló suavemente a su jefe y lo empujó hacia el coche.

El Líder se fue, pero no sin antes hacer un gesto salvaje.

Cutter estaba demasiado lejos para leer los labios, pero era obvio lo que el hombre estaba diciendo.

Está enfadado. Culpando a Darrell por las drogas perdidas. Probablemente amenazándolo también.

Observó cómo Manuel alejaba al chico de la barandilla. Cruzaron Livonia sin usar el paso de peatones y bajaron por la calle Strauss. Observó los hombros caídos del adolescente hasta que la fila de coches ocultó a los estudiantes. Cuando miró hacia arriba, el coche del Líder estaba saliendo.

Cutter asomó el morro y dejó pasar un SUV. El vehículo llevaba solo al conductor, y a través de sus ventanas trasera y delantera podía ver el interior del coche del traficante.

El Líder seguía furioso. Agitaba las manos con rabia mientras se dirigía a sus hombres.

Su codo se curó muy rápido. O no se lo disloqué. Podía adivinar por qué el hombre estaba furioso. *Tiene que responder ante su jefe. Compensar la pérdida.*

¿Estaba Darrell en peligro?

Pensó en ello mientras los seguía hasta Rockaway, giró a la derecha y mantuvo una distancia de un coche.

No. Habrían actuado antes si fuera una amenaza. Todavía lo necesitan como mula.

Los matones dieron vueltas sin rumbo por Brownsville durante una hora. Avenida Hegeman, calle Noventa y Ocho Este, avenida Sutter y calle Julius. Un amplio bucle que repetían continuamente.

Están matando el tiempo hasta su próxima reunión.

No había otra explicación. No era una operación de contra-vigilancia para sacudirse posibles seguidores. No hacían ningún intento de dar la vuelta, cambiar de carril o detenerse abruptamente.

Cutter estaba familiarizado con Brownsville, pero el barrio nunca dejaba de impactarlo cuando lo visitaba. La mirada resignada en los rostros de muchas personas mientras seguían con sus vidas. La persecución del sueño americano había quedado en el olvido.

El barrio tenía una de las mayores concentraciones de viviendas públicas del condado. Un canal de televisión había apodado el tramo de Rockaway que lleva a la intersección con Livonia como la calle más peligrosa de la ciudad.

Sacudió la cabeza inconscientemente. Él había sido acogido por familias así. Sabía lo difícil que era mantener la esperanza a flote cuando el sistema y las circunstancias conspiraban contra la gente.

Las luces traseras se encendieron delante, sacándolo de sus pensamientos. El coche del Líder se dirigía a Livonia. Pisó el acelerador, se adelantó a un vehículo familiar y se quedó detrás de ellos.

La noche se profundizaba. El tráfico aumentaba a medida que los oficinistas volvían a casa. Otra explosión de rojo cuando el vehículo de los matones señalizó y giró hacia el aparcamiento

de un bar.

Cutter lo examinó mientras pasaba conduciendo. Un gran estacionamiento. Eso era una ventaja. Le daría cobertura. Siguió conduciendo, maldijo por lo bajo cuando llegó a Powell Street. Calle de sentido único, sin giros a la derecha. Tuvo que ir por Junius para girar, dar toda la vuelta para llegar a Livonia.

Entró en el estacionamiento, buscó rápidamente y localizó el auto del Líder en una esquina. Cutter se estacionó en la misma fila, a varios espacios de distancia, y sacó su teléfono. Tenía una línea de visión clara a través de las ventanas de los vehículos intermedios.

El Pistolero y el Conductor estaban fuera, apoyados contra el vehículo, fumando porros. El Líder también estaba con su teléfono. Asentía mucho. Deferencia en su postura.

No hicieron ningún movimiento para irse.

Cutter también esperó.

Diez de la noche. El bar se estaba vaciando. Los autos pitaban mientras sus dueños presionaban sus llaves y los faros se encendían. Aún había dos autos entre los capós y él. Seguían sin moverse para irse.

Debe ser un local controlado o propiedad de una banda. Por eso no están preocupados.

Unos faros destellaron e iluminaron intensamente el estacionamiento antes de atenuarse. Una Suburban. Oscura como el carbón, brillando bajo la tenue iluminación del estacionamiento. Fingió hablar enojado, levantando las manos al aire cuando pasó conduciendo.

No puedo distinguir quién está dentro. Ventanas polarizadas.

Regresó y redujo la velocidad. Retrocedió a un espacio junto al vehículo del Líder.

Qué fastidio. Eso bloqueaba su vista. Estaba abriendo la puerta cuando se encendió una luz interior. La del Líder. Se apagó, y una sombra se movió. El matón rodeó el capó de la Suburban, cuya ventanilla del conductor bajó.

Cutter revisó rápidamente sus alrededores. Nadie miraba en su dirección. Se miró a sí mismo. No, la cámara de la chaqueta no funcionaría. Estaba sentado demasiado bajo para capturar la reunión. Levantó lentamente su teléfono celular y tocó el botón de la cámara justo cuando se encendió la luz interior del gran vehículo.

El Líder se movió inquieto sobre sus pies, lo que brevemente expuso el interior del vehículo a la vista de Cutter. Un hombre de cara afilada en el asiento del conductor. Un hombre más grande detrás de él, su rostro bañado en sombras. Calvo. Se inclinó hacia adelante para hablar con el matón, y luego la luz se apagó.

Cutter siguió tomando fotografías mientras algo se agitaba dentro de él. Un recuerdo distante. ¿Conocía al conductor? Y ese hombre calvo... no había visto su rostro, pero había algo familiar en la forma de su cabeza y en cómo se había movido. Se estrujó el cerebro mientras capturaba la reunión, pero no le vinieron a la mente nombres ni caras.

Más movimiento indistinto dentro de la Suburban. El Líder extendió la mano y agarró una gran bolsa de viaje. La sopesó en su mano y asintió con la cabeza. Los faros de la Suburban se encendieron antes de que él cruzara hacia su vehículo. Cutter se apartó cuando sus ventanas subieron y se deslizó en su asiento. Gritó a su teléfono mientras miraba ciegamente por la ventana. El perfil del hombre de cara afilada apareció cuando los faros de su auto iluminaron el SUV que pasaba: rasgos agudos, rostro delgado, mejillas hundidas. Y luego el vehículo desapareció, dejándolo con esa sensación de nuevo. Que había visto al hombre en alguna parte.

Cutter se arriesgó a echar un vistazo rápido cuando el auto del Líder no lo siguió. *Está revisando la bolsa. Tienen que ser drogas. Reponiendo el stock que perdieron cuando los ataqué.* Las líneas de distribución tenían que ser abastecidas y los clientes finales tenían que

mantenerse satisfechos. No había lealtad en el negocio. Un usuario podía encontrar cualquier otra banda a la que comprar.

—He visto una transacción de drogas —habló apresuradamente, con pánico en su voz cuando consiguió al operador en el número de emergencia—. En el estacionamiento de un bar. Avenida Livonia. —Dio la dirección y aumentó la ansiedad—. Apúrense. Todavía están aquí. ME HAN VISTO...

Colgó y salió conduciendo. Tuvo suerte cuando se abrió un espacio de estacionamiento al irse una camioneta. Se deslizó rápidamente en él y salió. Ese food truck de allí, serviría perfectamente. Estaba haciendo un buen negocio incluso a esa hora de la noche. Se unió a la fila, con la boca hecha agua por los olores que venían de él. Con un ligero ángulo de su cabeza podía mirar de reojo la salida del estacionamiento. Los matones seguían dentro.

Estaba en el mostrador, haciendo su pedido, cuando llegó la policía. Luces parpadeantes, sirenas, varios vehículos, todo el espectáculo. Cuatro Interceptores de la Policía y tres patrullas irrumpieron en el estacionamiento, mientras que los otros se desplegaron en Livonia.

—¡Vaya! —exclamó Cutter con la boca llena de hamburguesa—. ¿Me pregunto qué habrá pasado?

—Redada de drogas —dijo el vendedor con delantal inclinándose sobre su mostrador para mirar—. O un asesinato. No pasa mucho más en Brownsville.

Cutter se unió a la multitud de espectadores curiosos, observó y comió. Gruñó satisfecho cuando distinguió al Líder y sus matones en los Interceptores cuando salieron.

—No hará ninguna diferencia —dijo el vendedor con cinismo cuando regresó por servilletas —. Volverán a estar en la calle. Nada cambia aquí. —Varios transeúntes asintieron ante sus palabras.

Cutter no discutió con ellos. *Ellos viven aquí; saben cómo es. Yo no soy de su mundo.*

Se limpió las manos y llegó a su auto. Condujo de regreso con las ventanas bajadas y el aire nocturno arremolinándose dentro de su vehículo de alquiler. Esperaba que el vendedor estuviera equivocado y que Difiore se enterara del arresto e investigara el tatuaje del león.

Pensó en los dos hombres de la Suburban mientras cruzaba el Puente de Brooklyn, con las luces de la ciudad extendidas a cada lado.

¿Los conozco? ¿Cómo?

16

Doug Mease supo que algo andaba mal por la forma en que Jeff "Gunner" Sheller escuchaba su llamada entrante en silencio. Condujo tranquilo, con cuidado, respetando el límite de velocidad, esperando en los semáforos.

Normalmente tenía un chófer, pero echaba de menos ponerse al volante y aprovechaba cada oportunidad que podía.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando su compañero colgó.

—Davis —escupió el nombre como si fuera una maldición.

—¿Qué le ha pasado?

—Lo han arrestado a él y a sus hombres. En el bar donde nos reunimos.

Mease se quedó helado. Escaneó rápidamente Park Avenue y, cuando Gunner señaló un espacio vacío, aparcó allí.

—Eso no es bueno —su voz sonaba calmada, aún. Eso era bueno. El pánico y el miedo eran enemigos del razonamiento. Era famoso por nunca perder la calma. Respiró tranquilamente y colocó sus manos suavemente sobre sus muslos. No temblaban—. Me ha visto.

—No eres una figura pública. No sabe tu nombre.

—Podrá reconocerme.

—Te dije que te quedaras en el asiento trasero. Que no condujeras. No me hiciste caso...

—Gunner —Mease no alzó la voz, pero Sheller se calló de inmediato.

—Hay que encargarse de Davis.

—Es importante para nosotros. Su pandilla controla gran parte de Brownsville.

—No te lo estoy preguntando.

—No será fácil.

—Tenemos a nuestros policías en el NYPD.

—No podemos arriesgarlos.

—No podemos arriesgarnos a que nos delate a ti o a mí.

—No lo hará. Lleva mucho tiempo en el negocio. Ni él ni su gente han revelado nunca que son parte de nosotros.

—No sabes si seguirá así.

—Tenemos un código.

—También tenemos un código para castigar a la gente cuando comete errores.

—Será difícil.

Mease lo miró impasible. Gunner era inteligente. La gente a menudo se fijaba en su gran tamaño y su mirada amenazante y pensaba que era todo músculo. Esa gente se equivocaba.

—Tenemos algunas personas en la Comisaría 73. Ahí es donde los llevarán.

—Hazlo. Tú y yo, ambos tenemos nuestros contactos en el NYPD, muy arriba. Muchos de ellos también son Leones. Podemos hacer que encubran esta acción.

Gunner hizo algunas llamadas, pareció encontrar al oficial de policía adecuado y dio instrucciones.

—Hablé con nuestro amigo, en OnePP.

Mease asintió. Sabía a quién se refería el líder de la pandilla. Un alto mando que había jurado lealtad a la organización.

Así era como trabajaban.

—Encontrará a un policía en la comisaría que haga el trabajo.

—Recuérdame quién es este hombre, el prisionero —ordenó Mease cuando el líder de la pandilla había terminado—. Todo lo que sé es que tuviste que darle algo de mercancía.

—¿Realmente quieres saberlo? Quieres mantener distancia entre nosotros y tú y nuestro amigo.

—Quiero saber cualquier cosa que pueda afectar sus posibilidades.

—Esto no tiene nada que ver con él.

—Yo seré quien juzgue eso.

—Ya te lo dije. Davis es nuestro jefe de capítulo en Brownsville. Es bueno. Estaba pensando en ascenderlo para que se hiciera cargo de todo Brooklyn.

—Perdió un cargamento, ¿no?

—No estamos vendiendo jabón o toallitas para pantallas. Hay algunas pérdidas en nuestro negocio.

Gunner no bajó la mirada ni la desvió cuando Mease lo clavó con la suya. Eso también era bueno. El hombre no estaba asustado. Era un toro. Dirigía su pandilla nacional con mano de hierro. Nada sucedía en las calles, su territorio, sin que él lo supiera. Cada matón suyo juraba lealtad a los Leones y era consciente de los peligros de violar el código.

Los ojos de Mease se detuvieron en el parche de piel pálida, más clara que la carne circundante, en el cuello del hombre, que brillaba bajo las luces de un coche que pasaba.

Donde una vez había estado tatuada la cabeza de un león.

EL OFICIAL DE POLICÍA PETE MARTINELLI SE LAMIÓ LOS LABIOS MIENTRAS SE DIRIGÍA A LAS celdas de detención. Las instrucciones que había recibido eran específicas. Se acercó a la puerta enrejada y observó a Davis. Caminó por el pasillo y regresó, tal como lo haría para cualquier otro control de bienestar de los sospechosos arrestados.

Le dio la espalda a la cámara más cercana y descubrió que esta vez, su movimiento había despertado al prisionero.

—Toma mi pistola —sus labios apenas se movieron. Levantó la mano para rascarse el cuello y al hacerlo, bajó su cuello para mostrar la cabeza del león—. Tómame como rehén.

Davis no se movió.

El policía salió y regresó una hora después. Repitió la misma acción. Empujó su cadera derecha hacia adelante para presentar su arma.

El prisionero se levantó.

Actuó en la tercera pasada del oficial.

Sus dedos atravesaron los barrotes, agarraron la pistola y la sacaron de un tirón.

Martinelli no reaccionó como él esperaba.

—¡ARMA! —gritó el oficial y se lanzó hacia un lado—. ¡TIENE MI PISTOLA!

Davis parecía perplejo. —¿Qué...?

—¡SUÉLTALA! —rugió un oficial mientras los policías inundaban el pasillo y apuntaban al prisionero.

—Pero...

—¡HAZLO. AHORA!

Davis se movió.

—¡VA A DISPARAR! —gritó Martinelli.

Su advertencia se ahogó en el estruendo de los disparos.

17

Cutter se enteró de la noticia cuando estaba terminando de limpiar después del desayuno al día siguiente.

Prisionero baleado en la Comisaría 73, decía el titular. Imágenes de CCTV que el canal había obtenido de alguna manera.

Su plato cayó en el fregadero con estrépito. Se limpió las manos en los vaqueros y se abalanzó sobre su teléfono.

Seguramente era una coincidencia. *Que no sea Leader*, rezó mientras marcaba los números y llamaba. El prisionero era indistinguible en el clip que se reproducía en bucle.

Su llamada se conectó justo cuando el nombre del hombre apareció en pantalla. Leon Davis. No significaba nada para él.

—Brian, Cutter, sí, sí —interrumpió los saludos—. Davis, el prisionero que fue baleado anoche. ¿Dónde lo arrestaron?

Maldijo en voz alta cuando sus peores temores se confirmaron. Se disculpó con el policía y colgó. Marcó otro número.

—Difiore.

—Es el segundo prisionero que pierdes —le dijo con amargura.

—¿Qué? ¿Grogan? ¿Eres tú? ¿De qué estás hablando?

—Leon Davis, el prisionero que mataron en la Comisaría 73.

—Oí sobre eso. ¿Qué pasa con él? No es mi caso.

—Revisa su cuerpo, Difiore —estalló. Se acabaron los nombres de pila. Terminó la llamada antes de que ella pudiera responder.

Lavó los platos, las acciones mecánicas lo calmaron. *Idiota*, se dijo a sí mismo cuando recuperó la compostura. No había perdido el control cuando estaba en inferioridad numérica y bajo fuego intenso en Siria o Irak. No había razón para descargar su ira en la detective.

Hizo el ademán de llamarla, pero se detuvo.

Ella me llamará.

La detective de primer grado Gina Difiore estaba furiosa cuando Grogan le colgó. ¿Quién se creía que era ese arreglador? Miró fulminante a Poser, que la observaba con curiosidad. Contó hasta veinte y logró que su pulso volviera a la normalidad.

Bien. ¿De qué se trataba todo eso? ¿Por qué le importaría algún prisionero? ¿Y por qué debería revisar su cuerpo?

Leyó el informe del tiroteo. Varios oficiales de la comisaría estaban en licencia administrativa pendientes de una investigación. Era el procedimiento estándar para un incidente de esa naturaleza.

Leyó sobre Leon Davis. Algunos antecedentes por posesión y tráfico. Había cumplido condena. Era violento y despiadado. Dirigía su propia pandilla. Golpeó sus dientes con un bolígrafo. Eso no era normal. Había muy pocos independientes en la ciudad. Casi todos los matones pertenecían a una pandilla más grande. ¿Por qué sería diferente en el caso de Davis?

No, decidió, cuanto más lo pensaba. Los detectives anteriores no habían registrado afiliaciones a pandillas, o Davis había sido un buen mentiroso. Sus ojos se entrecerraron ante la descripción de Davis. Era blanco, pero eso no era lo que captaba su atención.

Ahora sabía por qué Grogan había mencionado su cuerpo.

Otro tatuaje de león.

—Tiene que haber alguna conexión —conjeturó Quindica cuando la detective se lo explicó —. Aunque no hay nada en nuestro sistema.

—Grogan sabe algo.

—Hay algo que deberías saber sobre él.

—¿Qué?

—No por teléfono.

SE REUNIERON EN BATTERY PARK, LA AGENTE ESPECIAL A CARGO DEL FBI Y LA DETECTIVE, ambas mujeres irradiando tal autoridad que los turistas las rodeaban ampliamente donde estaban sentadas.

—¿Qué averiguaste sobre él?

—Es clasificado. Lo consulté con mi gran jefe y te autorizó para recibirlo.

—¿Gran Jefe? ¿El Director?

—Sí.

—¿Puede hacer eso?

—No hay mucho que Bart Jamison no pueda hacer.

Difiore asintió. El Director del FBI era una leyenda en los círculos de la aplicación de la ley. *El Sheriff de América* era como lo había descrito una vez la revista Time.

—Me sorprende e interesa.

Quindica repasó el expediente de Grogan, sin omitir nada, y cuando terminó, la detective guardó silencio. Observaron los transbordadores partir con viajeros, algunos con destino a la Isla Ellis y la Estatua, otros para dar una vuelta por la ciudad, todos repletos de turistas con cámaras y familias emocionadas. Creando recuerdos que perdurarían en sus mentes. Y, si esos recuerdos comenzaban a desvanecerse, tenían pruebas digitales en las que apoyarse.

—Eso es... —Difiore se interrumpió, su rostro pensativo—. Sí —Quindica asintió comprensivamente—. Tuve que leerlo varias veces para asimilarlo todo.

—¿Por qué Jamison lo compartió contigo?

—Quiere que sepamos quién es Grogan. Qué lo motiva.

—¿Y quizás quiere que nos asociemos con Grogan?

—Ese pensamiento cruzó por mi mente. Sin embargo, el arreglador es una parte externa. Un civil. El único papel que juega es decirnos lo que sabe.

—Bien. Estamos de acuerdo, entonces.

—Sí. No le daremos ninguna ventaja.

18

Cutter salió a correr después de su llamada con la detective.

La primera hora de la mañana en Central Park era su momento y ruta preferidos. Era cuando la ciudad aún estaba tranquila y el aire más fresco. Una vuelta rápida de ocho kilómetros, seguida de series de movimientos de artes marciales, wing chun, jiu jitsu, alternando entre rápido y lento hasta que el sudor corría como un río por su cuerpo. Con el tiempo había ganado algunos admiradores, habituales que se detenían a verlo practicar, y algunos niños intentaban imitar sus movimientos.

No fue al parque. Recorrió las calles, con una mochila sobre los hombros, bien ajustada, serpenteando entre la gente, corriendo en modo automático, dejando que su mente flotara libre de su cuerpo, dirigiéndose al East River y luego al Hudson, un amplio circuito que abarcaba toda la anchura de la ciudad. Caminó las últimas manzanas, permitiendo que su cuerpo se enfriara.

Sus pasos resonaban en el aparcamiento subterráneo de su edificio. Filas de vehículos, algunos espacios vacantes, ninguna otra persona. Se dirigió a su SUV y sacó las botellas de agua vacías para rellenarlas.

—Te hemos estado esperando...

Soltó las botellas, que se estrellaron contra el hormigón y rodaron. Se lanzó al suelo, girando su cuerpo mientras caía, alcanzando hacia atrás con su mano izquierda para tirar de su mochila hacia un lado, su mano derecha metiéndose dentro de su boca parcialmente abierta para sacar su Glock. Aterrizó sobre su pecho, una mano para amortiguar la caída, la otra recta y certera, apuntando el arma hacia quien hablaba. Músculos y extremidades y ojos y cerebro trabajando juntos sin problemas en un movimiento largo y suave, ejecutado impecablemente y completado incluso antes de que las botellas caídas dejaran de moverse.

Se relajó cuando vio las figuras a las que apuntaba su cañón.

Dos mujeres, ambas con traje. Una de ellas era Difiore; la otra, una desconocida.

—Impresionante —dijo la acompañante de la detective.

—Grogan tiene muchos talentos.

—Como estamos descubriendo.

Cutter se puso de pie y devolvió su Glock a la mochila.

—Espero que tengas permiso para eso. —La policía detuvo una botella que rodaba y la pateó de vuelta hacia él. Ignoró su comentario. Se agachó y las recogió con una mano.

—¿Me estaban esperando? —Observó a la segunda mujer. Cabello oscuro y sedoso cortado recto hasta los hombros. Ojos negros que lo estudiaban sin expresión. Tez clara. Sin maquillaje. Labios apretados en una línea recta. La misma altura que Difiore. Incluso la misma complexión.

Esbelta, postura erguida, la chaqueta bien cortada del traje cayendo hasta su cintura. Un destello de una hebilla de cinturón. Zapatos de cuero que brillaban bajo las luces del garaje.

—Qué va, estábamos de paseo, admirando el paisaje —respondió la detective con sarcasmo.

—¿En qué puedo ayudarlas?

—Puedes decirnos lo que sabes sobre este tatuaje —dijo la desconocida.

—Tienen a Davis —respondió, dirigiéndose a Difiore—. Pueden empezar por ahí.

También es una policía. De alto rango. Pero, diablos, no iba a responder a la recién llegada. *No a menos que la presenten*. Él también podía jugar a su juego.

—Está muerto.

—No puedo ayudarlas más.

—Querías una semana.

—Y lo entregué en dos días.

Las cejas de la detective se juntaron con asombro. Luego su rostro se aclaró. —¡Tú hiciste la llamada anónima!

No respondió.

—Grogan —dijo la otra mujer suavemente, peligrosamente—, más te vale contar todo lo que sabes. ¡AHORA!

Un hombre entró en el aparcamiento desde la entrada del ascensor. Los miró, sobresaltado. Leyó su lenguaje corporal y los rodeó ampliamente antes de dirigirse a su coche.

—¿Y usted es...? —la desafió.

—FBI. Agente Especial a Cargo Peyton Quindica.

Cutter la evaluó, y luego a la detective. —Grupo de trabajo. —Recordó lo que la policía había dicho cuando se habían encontrado en su aparcamiento.

—Sí, Peyton lo dirige. Yo le reporto a ella.

—¿De qué se trata todo esto?

—Necesidad de saber —se burló la SAC—. Y tú no necesitas saber.

—Ha sido un placer conocerlas —les dijo y se dirigió al ascensor.

—Grogan —suspiró Difiore—. Necesitamos...

—Te escucho.

—Estás obstruyendo una investigación federal —gruñó Quindica.

—Arréstenme.

—No creas que no lo haré.

—Grogan, si nos haces un favor, tal vez podamos ayudarte en algún momento —intervino rápidamente la policía.

—No necesitaré su ayuda.

—Sabemos sobre Yanartas.

Esa sensación de desapego lo invadió instantáneamente mientras giraba sobre sus talones, su mano instintivamente alcanzando su mochila para sacar su arma.

¡DETENTE!

Su mano cayó inerte. Respiró. Dentro, fuera, dentro, fuera, hasta que el estruendo de su sangre se desvaneció y los sonidos de la ciudad regresaron.

Están haciendo su trabajo. Yo habría usado esa información si estuviera en su lugar.

La puerta detrás de él se abrió. Otro oficinista, hablando en voz alta por teléfono. Apenas les dirigió una mirada mientras le ordenaba a alguien que comprara todas las acciones de alguna empresa.

—Podemos ir a tu apartamento. Sexto piso, ¿verdad? —La detective esperó hasta que el

Comprador de Acciones salió conduciendo—. Este lugar se pondrá concurrido.

—Solo mis amigos vienen a mi apartamento —le dijo de manera significativa.

—Estamos atascadas. En un callejón sin salida. —Las manos de Quindica se retorcieron en el más pequeño gesto de impotencia.

Cutter lo pensó por un momento. *¿Qué tengo que perder?* Estaría bien mientras no mencionara a Darrell o Carmel. Además, no hacía daño tener más contactos policiales y del FBI.

Asintió y las guio al ascensor y luego a su apartamento. Notó cómo lo observaban rápidamente. Vio la sorpresa en sus ojos, que ocultaron con la misma rapidez.

Deben haber pensado que vivo como un desordenado.

—Necesito ducharme —les dijo—. La cocina está por allá. —Señaló hacia el pasillo—. Sírvanse café si quieren.

—Este lugar valdría millones —reflexionó Quindica—. ¿Cómo es que un soldado puede permitírselo?

—Lavado de dinero. Ese es mi negocio principal. Lo de arreglador es solo una tapadera.

No pudo evitar reírse de su expresión. Clavó la mirada en Difiore—. No se roben la platería.

—Nosotras somos las buenas —le respondió ella con dureza—. Es el otro bando el que hace eso.

—Sí, y todos los policías son honestos, ¿no? —replicó él.

Lo había dicho en broma, pero su sonrisa se esfumó al ver la rápida mirada que intercambiaron.

¿Policías corruptos? ¿De eso se trata el grupo especial?

19

También le habían preparado una taza de café cuando regresó a la sala de estar.

Dio un sorbo de apreciación. Difiore estaba en el sofá hojeando distraídamente una revista, Quindica en la ventana, mirando pensativa hacia afuera.

—No —La SAC sintió su mirada sobre ella—. No robamos nada.

—Tendría que haber algo que agarrar en primer lugar —dijo la detective con una sonrisa burlona—. Claramente, Grogan es minimalista.

Suspiró. Con una detective sarcástica apenas podía lidiar. Ahora también estaba Quindica.

Estaba a medio camino de la cocina cuando se detuvo. Vivir solo durante demasiado tiempo le hacía eso. Le hacía olvidar sus modales.

—Hablemos allí —indicó con la cabeza—. Voy a preparar algo. ¿Quieren acompañarme?

—Depende —La detective se palmeó el vientre, que rugió sonoramente—. ¿Eres buen cocinero?

—Podría envenenarnos —dijo la SAC.

Él levantó las manos y fue a su refrigerador. Sacó varias tortillas, pimientos, cebollas, espinacas baby y un trozo de queso. Los colocó en la isla. Ralló el queso eficientemente mientras ellas acercaban sillas y lo observaban en silencio. Cortó las verduras en rodajas y cubos y las extendió sobre cada tortilla. Añadió generosas porciones de humus y espolvoreó especias. Enrolló las tortillas firmemente y cortó cada extremo. Los colocó en una bandeja con cuencos de salsa y sacó platos y cubiertos limpios.

—Pinwheels mexicanos —les presentó la preparación.

—Habla —ordenó Quindica después de su primer bocado.

—Están en mi casa, comiendo mi comida —les dijo—. Ustedes primero.

—Puedo dispararle —le dijo Difiore a su compañera—. Podemos hacer que parezca que nos estaba amenazando.

La SAC se limpió los labios. Intercambió una mirada indescifrable con la detective y alcanzó el jugo de naranja que Cutter les había servido. Tomó un trago y se acomodó.

—Estamos investigando a supremacistas blancos en varias fuerzas policiales del país. El NYPD es mi objetivo.

—No solo eso —intervino la policía—. Crímenes raciales también. Tenemos un amplio mandato.

Cutter permaneció inmóvil mientras sus visitantes explicaban cómo los dos hilos que habían estado siguiendo se fusionaron y se convirtieron en el grupo de trabajo.

—Nos encontramos con ese tatuaje en algunos casos anteriores. Todos hombres blancos.

Atracos, robos, agresiones, algunos asesinatos también. Sin embargo, sin vínculos con ninguna pandilla.

—No solo eso —dijo la agente del FBI con amargura—. Muchos de ellos salieron con sentencias muy leves. Diablos, algunos ni siquiera fueron procesados.

—¿Policías corruptos? —Se puso frío.

—Jueces corruptos también, sospechamos, pero no hay nada que podamos probar. Es demasiado circunstancial.

—¿No pueden interrogar a esos delincuentes?

—Lo haríamos, si pudiéramos encontrarlos.

—O si estuvieran vivos. Sí —Difiore leyó su mirada—. Aquellos que salieron libres o cumplieron sus condenas han desaparecido del radar. Los que estaban en prisión, murieron en peleas.

Cutter tomó sus platos y cubiertos vacíos, los enjuagó y los colocó en el lavavajillas. Limpió la isla de la cocina y se lavó las manos. Tiempo suficiente para poner en orden sus pensamientos.

Siempre había policías corruptos, manzanas podridas, que eran tratados duramente cuando eran descubiertos.

Pero de lo que están hablando es mucho más que unos pocos casos individuales.

—Tu turno —Quindica lo miró con el ceño fruncido. Parecía que su almuerzo no había suavizado a sus invitadas.

—Se llaman los Leones Ascendentes —les informó—. Un grupo de supremacía blanca que comenzó en prisión. Ese tatuaje era su símbolo. Su líder está muerto. Un asesino despiadado. Cumplió veinticinco años, y cuando fue liberado, lo mataron en Florida. Apuñalado, decapitado, cuerpo quemado. La pandilla murió con él. No había otro líder para tomar el relevo. Los pocos que arrestaron, si todos eran blancos, deben haber sido parte de la pandilla.

—Sí —asintió Difiore—. Todos eran ex convictos. Cumplieron condena en varias prisiones de todo el país.

—¿Quién era el líder?

—Jeff Sheller. Gunner, así lo llamaban.

—Mató a su padrastro cuando tenía diecisiete años —Quindica buscó el nombre en su teléfono—. Agredió a un guardia de la prisión y se metió en varias peleas. Su sentencia se redujo cuando se convirtió en soplón. Fue liberado hace cuatro años. Su información llevó al arresto de un asesino en serie, derribó a una pandilla de drogas y a la liberación de algunos inocentes condenados injustamente.

—¿Dónde estuvo en prisión? —preguntó la detective.

—Colorado. ADX Florence.

La prisión federal de máxima seguridad era la más segura del país. Conocida coloquialmente como el Alcatraz de las Rocosas, era donde se enviaba a los convictos más notorios y peligrosos. El Unabomber, el Bombardero del Maratón de Boston y El Chapo se encontraban entre sus reclusos. A ciento sesenta kilómetros al sur de Denver. Ningún prisionero había escapado de la instalación en sus veintiséis años de historia.

—¿Cómo sabes todo esto? —la agente del FBI se volvió hacia Cutter.

—Yo fui un recluso allí.

20

Cutter no pudo evitar sonreír ante sus expresiones boquiabiertas.

—¿Estuviste en ADMAX? —jadeó Difiore.

United States Penitentiary, Florence Administrative Maximum Facility. El nombre oficial de USP Florence ADMAX, abreviado como ADX porque el nombre formal era un trabalenguas.

—Dos años.

—Los dos años que faltaban —murmuró Quindica.

Cutter ladeó la cabeza hacia ellas, preguntándose a qué se refería, y luego asintió cuando conectó los puntos—. Leyeron mi expediente.

—Sí.

—Eso es clasificado. No tienes el rango suficiente para tener la autorización.

—El Director lo compartió conmigo.

Las miró a ella y a la detective pensativamente. Parecía que Difiore también sabía sobre su pasado, a juzgar por la falta de sorpresa en su rostro.

—¿Bart compartió todo?

—Tus misiones estaban redactadas. Tu regreso a la vida civil, eso es todo lo que pude leer.

—¿ARTEMIS?

Ella asintió.

El programa había sido diseñado precisamente para ese propósito. Para permitir que la inteligencia altamente confidencial se compartiera entre agencias, incluso si los lectores no tenían las autorizaciones necesarias.

Se sintió tranquilo. Su antiguo jefe no se había excedido.

—¿Saben lo que pasará si ustedes dos lo divulgan?

—Todo tipo de infierno.

¿Cuánto les digo?

Sopesó los pros y los contras. Era ferozmente protector de lo que había sucedido en el pasado y solo un puñado de civiles conocían su historia completa. Se lo había contado a los dueños de la bodega porque se habían convertido en parte de su vida. Bruce Rolando y Bart Jamison, Zeb y su equipo, ellos también lo sabían. Sin embargo, no los consideraba civiles.

—Lo entendemos —Difiore interpretó su silencio—. La mayoría de la gente no entenderá por lo que pasaste. Te mostrarán simpatía. No quieres eso —Sus labios se curvaron en una cálida sonrisa brevemente—. No lo obtendrás de nosotras. Sabes algo que podría ayudarnos. Si esos dos años son relevantes, queremos saberlo.

Cutter las evaluó. *Ellas también han pasado por mucho.* Podía adivinar cómo había sido para ellas. *Han tenido que trabajar el doble. Atención no deseada de los hombres. Humor grosero. Han tenido que soportar todo eso.*

—Esto no sale de aquí.

—Somos fuerzas del orden, Grogan —respondió Quindica secamente—. No periodistas.

—Estuve encubierto en ADX. Para acercarme a Mansoor y otros terroristas allí. Sospechábamos que había varias células dormidas en nuestro país, sin embargo, no habíamos encontrado nada.

—Eso es cierto —le dijo la SAC a la detective—. Recuerdo esa búsqueda. Pasamos cientos de horas-hombre, derribamos muchas puertas, pero no conseguimos nada. Nada. Pero durante todo ese tiempo, los rumores eran fuertes. Que estas células estaban planeando un ataque.

—¿Por qué tú? —se preguntó Difiore—. Mansoor te habría reconocido y... ni siquiera puedo imaginar el estado en el que estabas.

—Ellos —no aclaró a quién se refería; ellas no estaban al tanto de cómo funciona el mundo de las operaciones especiales y él no iba a educarlas— no querían un rastro que condujera de vuelta a nuestro ejército o a cualquier agencia. Esto fue después de mi regreso a los Estados Unidos y de dejar el ejército. Era un civil, estaba altamente motivado y tenía la experiencia —Se encogió de hombros.

NO HABÍA SIDO TAN FÁCIL. HUBO ACALORADAS DISCUSIONES CON OFICIALES DE INTELIGENCIA. *Demasiado personal* le habían reprochado varias veces. *Lo es,* había respondido, *pero ¿tienen a alguien mejor?* Sus habilidades lingüísticas y su apariencia habían sido el factor decisivo. Hablaba no solo árabe sino también varios otros idiomas de Oriente Medio con fluidez y podía pasar fácilmente por alguien de la región.

Se había preparado una elaborada cobertura para él. Era un terrorista de Daesh capturado en Siria que había sido condenado en un juicio a puerta cerrada y enviado a ADX. La CIA, la Agencia de Inteligencia de Defensa y varias otras organizaciones clandestinas inundaron la dark web con menciones sobre él. Los bots difundieron el mensaje de sus heroicos ataques contra Occidente. Eso embelleció su leyenda.

No había riesgo de que Mansoor lo viera, porque el terrorista estaba en solitario y nunca estaba en presencia de otros prisioneros.

—EN CUANTO A SER RECONOCIDO —SE SEÑALÓ A SÍ MISMO—, NO FUI CON ESTE ASPECTO. TENÍA una cicatriz de quemadura en la cara. Una barba. Nadie podía relacionar quién era yo con Cutter Grogan.

—Solía ver a Sheller en el patio. El espacio de entrenamiento —No usó el apodo más memorable del gángster. Eso habría sido normalizar quién era el criminal—. Solíamos entrenar allí. La única recreación que teníamos. Era como un toro. Grande, calvo... —se interrumpió, recordando al hombre en el SUV. El que le entregó su alijo a Davis. *No. No puede ser él. Está muerto*—. Nadie se metía con él. Fue cuando yo estaba allí que comenzó los Leones. Estaba reclutando. Quería que fuera una pandilla más grande que la Hermandad Aria. Era carismático. Un gran orador. Varios convictos se unieron. Lo hizo como un club exclusivo. No cualquiera podía unirse. Tenían que probarse a sí mismos, tenían que pasar rituales de iniciación.

Sus oyentes no se movieron cuando hizo una pausa para respirar. Estaban escuchando con

gran atención—. Se tatuaban. Lo que él vendía tenía atractivo. La palabra se extendió a otras prisiones, y así es como vieron esos leones en esos delincuentes. Sin embargo, había un código rígido. A nadie se le permitía hablar sobre la pandilla al público. Castigado con la muerte. Por eso no hay cobertura.

—¿Cómo es eso posible? Si la pandilla se extendió a otras prisiones, la gente lo habría sabido. Habría rumores.

—Los hubo, y aquellos que fueron indiscretos fueron asesinados. Ese código... era un juramento de sangre. Cualquiera que violara alguna regla era asesinado. Viciosamente. Sin piedad. Sheller era uno de los hombres más peligrosos que he conocido. Tan despiadado como cualquier terrorista.

—¿Se acercó a ti?

—¿Yo? Me odiaba. Yo era Daesh. No había amor entre nosotros. Tuvimos unas palabras. Eso escaló durante días. Me amenazó con que me cortaría la cabeza. Él y su grupo me atacaron a mí y a los otros terroristas varias veces. Los salvé, así fue como me acerqué a ellos. A Sheller no le gustó eso. Él gobernaba ADX, y aquí estaba yo, desafiando su autoridad. Pero los otros terroristas me respaldaban, y él no podía hacer mucho, aparte de mostrar actitud, palabras y peleas aleatorias.

Los visitantes de Cutter se aferraban a cada palabra, absorbiendo todo. Las voces de sus vecinos se filtraban desde fuera, un coche tocó la bocina ruidosamente en la calle, su nevera suspiró en la cocina, pero ellos no se distraían.

—Hubo otra pelea. Una grande. Sheller y sus hombres estaban atacando a otro recluso. Jake Horstman. Destripador, le llamaban. Había matado a su novia y al novio de esta por engañarlo. Se había unido a la banda inicialmente, pero luego se echó atrás. Había encontrado la religión. A Sheller no le gustó eso. Iba en contra de su código. Nadie dejaba su banda, y decidió hacer un ejemplo con Jake. Intervine. —Cutter se frotó el pecho inconscientemente, recordando el brutal enfrentamiento—. Salvé a Horstman y logré que lo enviaran a confinamiento solitario, donde estaría a salvo. Nos hicimos cercanos. El único amigo que hice allí. Y el odio de Sheller hacia mí creció.

Se puso de pie y se estiró. Preparó más café y trajo sus tazas.

—¿Eso es todo? —preguntó Difiore con impaciencia.

—Eso es todo lo que obtendrán de mí.

—¿Te dejó en paz después de eso?

—No lo hizo.

—¿Qué pasó?

Negó con la cabeza.

No iba a contarles sobre las largas noches en las que se forzaba a permanecer despierto, escuchando atentamente el más mínimo movimiento. Las duchas apresuradas en los baños. El acercamiento a los terroristas. No, su tiempo en ADX fue un tramo sombrío y violento. No iba a revivir sus recuerdos para nadie.

La detective cambió de táctica. —¿Por qué los Leones no sobrevivieron después de él?

—Sheller lo era todo. Era el líder, la organización... dirigía todo. El contrabando, los teléfonos celulares, los asesinatos pagados, el reclutamiento en otras prisiones, todo pasaba por él. Era el único que tomaba decisiones. Otras bandas tenían una estructura, una organización que no dependía solo de sus fundadores. Los Leones tenían la misma filosofía que otras bandas supremacistas blancas en prisión, pero sin Sheller no eran nada.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—Lo está. —Quindica levantó su teléfono—. Lo comprobé. Sheller fue asesinado en Miami poco después de su liberación. Una pelea de bar que se intensificó en el estacionamiento. Asesinato espantoso.

—La banda podría seguir existiendo —reflexionó Difiore.

—No es así —insistió Cutter—. Investigué la muerte de Sheller. Además —se volvió hacia la agente del FBI—, habrían aparecido en su radar.

—No si todavía operaban según su código —objetó la detective—. No olvides a Boyce. No tenía antecedentes penales. Debe haber oído hablar de los Leones en alguna parte.

—Ese es un tatuaje común. No sabemos si estaba en la banda. Davis era una pista, pero...

—No vayas por ahí —advirtió la detective.

—Los policías que le dispararon...

—Ya oíste lo que dije.

Cutter miró su rostro impasible, ojos inexpresivos. *Esos oficiales están en su radar. Comprobará si tienen leones en sus cuellos. Desarmará sus vidas, verá si están sucios.*

—El NYPD, los federales, no habían oído hablar de los Leones Ascendentes antes de hoy. ¿Por qué?

Su ceño fruncido mostró que el pensamiento la había golpeado.

—¿Hay alguien que pudiera saber sobre los Leones? —Quindica rompió el silencio—. Contactaremos a nuestros informantes. —Miró a Difiore, quien asintió—. Pero es probable que no sepan nada.

Hay alguien, pensó, pero no dijo nada.

—Grogan —advirtió Difiore de manera ominosa—. Nos estás ocultando algo de nuevo. Puedo sentirlo. No —dijo cuando él hizo ademán de protestar—. No mientas.

—Estamos del mismo lado —instó la SAC.

—¿Lo estamos? —Las miró con fingida sorpresa—. Eso es nuevo para mí.

Levantó las manos en señal de rendición cuando el rostro de la detective se oscureció.

—Jake podría saber.

—¿Jake? —preguntó Quindica, confundida.

—Ese hombre al que salvó —respondió la policía distraídamente—, de Sheller en ADX. ¿Por qué sabría él?

—Se convirtió en algo así como un sacerdote para los reclusos. Iban a él, se desahogaban. Se ganó su confianza porque nunca los delataba, y eso lo ayudó cuando me fui. Se volvió intocable. Incluso para Sheller. Cualquier recluso que levantara un dedo contra él lo pagaría con los otros convictos.

—Vamos a preguntarle. —Difiore golpeó la palma en la isla y se puso de pie—. ¿Dónde está?

Su rostro decayó ante la respuesta de Cutter. —En ADX. Está cumpliendo cadena perpetua.

Silencio. Las mujeres se miraron entre sí y luego a él.

—No hablará con nosotros, ¿verdad? —adivinó Quindica.

—No.

—Pero hablará contigo.

—Tal vez.

Difiore suspiró. —¿Irás a preguntarle?

—Falta la palabra mágica.

—Ibas a hacerlo de todos modos, ¿no? —intervino rápidamente la SAC antes de que la policía explotara.

—Sí. Les haré saber lo que averigüe.

Se preguntó quién le haría la pregunta. Apostó consigo mismo que sería Difiore. No porque Quindica fuera menos inteligente, sino porque la policía lo conocía desde hace más tiempo.

—¿Obtuviste la información de los terroristas? —preguntó la detective.

Sí, ella. Se felicitó por adivinar correctamente.

—Sí. Desmantelamos varias células. No —aclaró cuando la frente de la SAC se arrugó—. Lo hicimos parecer información de fuentes anónimas, ciudadanos preocupados. Así ocultamos la conexión con ADX de los federales.

—¿Qué hay de Mansoor? —Difiore de nuevo, persistente. Podía ver por qué era una policía tan respetada.

—Lo maté.

La detective se sentó pesadamente en su silla. —Pero... no entiendo. Todavía está en ADX.

—Eso es lo que el mundo piensa.

—En algún momento, habrá una pequeña noticia de que murió por causas naturales —adivinó Quindica.

—Algo así.

—Para que no se convierta en un mártir para su gente.

—¿Valió la... —El rostro de Difiore se encendió de vergüenza, y agitó su mano como para retirar su pregunta.

—Que Mansoor nos atacara en Turquía no fue un accidente. Me estaba cazando. Había eliminado a varios de su gente. Había destruido sus campamentos. Mi nombre se filtró de alguna manera. Los terroristas sabían quién era yo. Estaba en su lista de objetivos.

—Eso no estaba en tu expediente —frunció el ceño Quindica.

—No. No todo va ahí. No es como lo muestran en Hollywood. —Respiró profundamente—. Solo puedo adivinar que por eso Riley... hizo lo que hizo. Quería quitarle el acto a él.

—¿Cierre? —sonrió amargamente—. Eso es lo que estabas preguntando, ¿verdad? Es un pensamiento egoísta. No trae de vuelta a las víctimas. ¿Estoy contento de que esté muerto? ¡Diablos, sí!

—Así que, ahora lo saben —las miró impasible.

—Pero no todo. No sabemos cómo es que tu expediente carcelario no aparece en el sistema. Supongo que ADX tampoco tendrá nada por su lado. ¿Cómo te acercaste a Mansoor? Dijiste que estaba en aislamiento...

—No. No obtendrán esos detalles. No de mí. Nunca. *Cómo sucedió todo con el terrorista...* ningún civil sabría eso.

—Ambas hicimos un juramento —Quindica asintió hacia su compañera—, Gina y yo. Cuando nos unimos a nuestras organizaciones. ¿No te preocupó contarnos lo que hiciste?

—No.

—¿Por qué?

—No es la primera vez que hacen la vista gorda.

—¿Cómo sabes eso? —le espetó Difiore.

—Puedo verlo en sus ojos. Además —sonrió—, no son las únicas que tienen contactos.

—Me conociste por primera vez hoy —Quindica entrecerró los ojos.

—¿Crees que solo me estaba bañando cuando fui a ducharme? Sé qué tipo de policías son.

—¿Qué tipo es ese?

—De mi tipo.

—No somos amigos, Grogan —le dijo Difiore con decisión—. Nunca lo seremos. Aún creo

que eres un vigilante.

Con eso, salió a zancadas de su apartamento, junto con Quindica.

21

Cutter había vuelto a lo que se estaba convirtiendo en su rutina habitual después de que Difiore y Quindica se marcharan.

Vigilar a Darrell.

Llevaba el mismo disfraz de nariz grande y conducía otro coche de alquiler. El estudiante salió cuando terminaron las clases del día. Se quedó un rato con sus amigos y, cuando apareció Manuel, habló brevemente con él. Negó con la cabeza varias veces mientras el chico hablaba, luego le dio la espalda y se marchó.

¿Estará dejando la banda?

Su amigo lo observó con incertidumbre y luego se fue en la otra dirección, hacia Mother Gaston, mientras Darrell se dirigía a casa.

Cutter lo siguió hasta que el chico entró en su edificio. Las cuatro y media de la tarde. Su madre tendría una agradable sorpresa cuando regresara.

A menos que vuelva a salir.

Darrell no lo hizo.

Permaneció dentro cuando oscureció y seguía en casa cuando una figura oscura subió por la calle, subió los escalones del edificio con cansancio y entró.

Cutter observó cómo se movía su sombra en el apartamento. Otra silueta apareció en la cortina. Se abrazaron y luego la habitación se oscureció.

Estaba conduciendo en Manhattan cuando sonó su teléfono. Lo activó y lo puso en altavoz.

—Gracias —dijo ella suavemente.

—¿Por qué, señora?

—Por lo que sea que haya hecho. Estaba en casa cuando regresé.

—No hice nada, señora.

—Sabía que diría eso —se burló ella. Su voz bajó—. ¿En qué estaba metido?

Miró al frente con la vista perdida mientras se acercaba a un semáforo en rojo. Redujo la velocidad hasta detenerse. Ella era su clienta, pero le había hecho una promesa a Darrell.

—Todavía estoy trabajando en ello, señora —evadió su pregunta—. Va a ser un camino largo y difícil. Lo de hoy no es indicativo.

—Lo sé —resopló ella—, no me lo vas a decir, ¿verdad?

—Es complicado.

—Ya me lo imaginaba. —Suspiró—. ¿Qué tan malo es?

—Señora, ¿su hijo está en casa?

—Darrell está durmiendo.

—Vaya a verlo y luego acuéstese usted también. Está con usted. Eso es todo lo que necesita saber por ahora.

—¿Sus honorarios?

—Más tarde.

Esto aún no ha terminado.

Bajó la ventanilla cuando ella colgó y dejó que el aire nocturno se arremolinara en el interior.

Darrell debía haberse enterado de la muerte de Davis. *¿Es por eso que estaba ignorando a Manuel? ¿Está descubriendo ahora que la vida en una banda no es glamurosa?*

El tiempo lo diría.

Mientras tanto, tenía que organizar una visita a Florence ADMAX.

22

Doug Mease estaba sentado en bata la mañana siguiente leyendo los periódicos matutinos.

Kevin Rubin había celebrado un gran mitin en el norte del estado de Nueva York la noche anterior. Muy concurrido. Muchos policías habían vitoreado cuando declaró que las fuerzas policiales necesitaban más apoyo. Un rugido enorme de la multitud cuando dijo que haría el país más seguro.

Sin detalles de políticas. Su campaña se basaba en la popularidad y la retórica. Candidatos de ambos partidos principales se oponían a él, pero eso no parecía mellar sus encuestas. El vicepresidente, a quien el presidente estaba respaldando, seguía adelante con una ventaja de dos dígitos sobre él, pero los comentaristas decían que Rubin podría reducir la diferencia pronto.

Mease dobló los periódicos cuidadosamente y los colocó en su mesa de desayuno. Ajustó los bordes para que estuvieran paralelos a los de la mesa. La perfección importaba.

Fue a su dormitorio y se vistió. Camisa azul, corbata a rayas, pantalones oscuros, chaqueta oscura. Un maletín en la mano. Lo abrió y comprobó que sus archivos estuvieran presentes. Sacó un teléfono desechable y marcó un número. Rebotó a través de varios proxies y sonó en el escritorio de un jefe asistente. Un nacionalista blanco que había jurado lealtad a los Leones una vez que supo que Gunner estaba vivo.

—Soy yo —se presentó. No eran necesarios los nombres. El oficial colgó sin decir palabra. Mease sabía que iría a un área apartada, su protocolo de seguridad. Llamó después de diez minutos.

—Cuéntame sobre esos policías —no elaboró. No necesitaba hacerlo. El hombre sabría que estaba llamando sobre la Comisaría 73.

—Le conté todo esto a... nuestro amigo mutuo.

Gunner.

—Quiero saberlo también.

—¿Él no te pone al día?

—Cuéntamelo —replicó.

—La investigación aún está en curso. Los oficiales están en licencia administrativa.

—¿Complicaciones?

—Es probable que Martinelli enfrente una acción disciplinaria. Estaba demasiado cerca de la jaula.

Jaula. Los policías de la vieja escuela aún usaban el término para las celdas.

—¿Soplará?

El jefe asistente bajó la voz. —Personalmente le he recordado su juramento.

Mease gruñó. No dijo qué medidas habría que tomar si el policía se convertía en informante. La acción sería rápida y brutal.

—Manténnos informados.

—Lo haré.

Guardó el teléfono en el bolsillo y miró su reloj. A las diez en punto, salió de su apartamento en Queens. Tenía familia, una esposa y dos hijos, pero estaban en Texas. El trabajo lo había traído a la ciudad, donde vivía solo.

Caminó dos cuadras, paró un taxi y le dio al conductor una dirección en la Quinta Avenida.

—Eso es la Colección Frick.

—Sí.

—Debería haber dicho el nombre desde el principio —refunfuñó el conductor mientras se unía al tráfico.

Mease se puso las gafas de sol y miró por la ventana mientras la ciudad pasaba. Pagó en efectivo en su destino y entró en el museo de arte. Se separó de la fila y fingió recibir una llamada. Salió del edificio y caminó rápidamente hacia la calle 79 Este. Redujo la velocidad al acercarse a un edificio de piedra gris a tres cuadras del Frick.

Fue a una entrada lateral en la 74 y presionó el timbre de un bufete de abogados. Entró cuando se abrió la puerta. Asintió cortésmente cuando se unió a un grupo de personas en el ascensor. Salió en su piso. Tomó las escaleras de emergencia, subió dos pisos y presionó el timbre de la puerta del pasillo.

Dos hombres de rostro duro lo enfrentaron cuando se abrió. Ambos con armas en sus manos. Uno lo cacheó mientras el otro observaba. Continuó por el pasillo densamente alfombrado, sus zapatos hundiéndose en la suavidad.

Candelabros y paneles de nogal. Dos ascensores, ambos custodiados por más hombres armados. Una gran puerta con aldaba. No se acercó a ella. Siguió por el pasillo, hasta otra entrada destinada al servicio. Colocó su palma contra una pantalla y se desbloqueó. Entró en un área de recepción atendida por otro guardia de seguridad, que lo examinó, y pasó por una puerta, otro pasillo, la cocina donde el personal con delantales blancos se afanaba, sin que ninguno lo mirara. Otro pasillo alfombrado. Más habitaciones a cada lado que parecían como si pudieran haber sido presentadas en revistas de estilo. Lo habían sido.

Un hombre trajeado de pie en una puerta asintió hacia él.

Mease llamó a la puerta y entró.

Kevin Rubin lo saludó. —¿Viste las encuestas?

23

—Sí. Tuviste una gran recepción.

—Scott dice que necesito una gran ola para acercarme al vicepresidente.

Scott Farley, el jefe de campaña de Rubin.

—¿Tiene alguna idea?

—Está pensando en algunas. Las está probando con los científicos de datos y los expertos en comportamiento.

—¿Y Brad?

Brad Parsons, jefe de personal.

—Ya sabes cómo es. Está excavando, buscando si hay alguna suciedad sobre los otros.

—Tú rechazaste eso.

—Lo hice. Pero no hace daño ver qué sale. —Rubin se dirigió a una mesa lateral y sirvió café para ambos. Los trajo de vuelta en una bandeja de plata y sirvió a Mease. El toque personal, porque los dos hombres se conocían desde hace mucho tiempo.

SE HABÍAN CONOCIDO EN OTISVILLE, LA PRISIÓN DE MÍNIMA SEGURIDAD A OCHENTA MILLAS AL norte de la ciudad.

La institución federal era de mínima seguridad, no tenía cerca perimetral ni alambre de púas. Tenía casilleros para efectos personales, hornos microondas, máquinas de hielo para mantenerse frescos, y una vez fue calificada como una de las prisiones más cómodas del país. Era una de las muchas instalaciones de baja seguridad donde los convictos de Wall Street —abogados, contadores— cumplían sus condenas.

Mease, socio de una firma de contabilidad, había sido condenado por fraude fiscal y había conocido a Rubin mientras cumplía su condena.

Su primera frase al otro hombre fue: —Soy un miembro registrado.

—¿De qué?

—De tu club. —Mease bajó la voz.

Se habían unido por la vida en prisión. Habían descubierto que tenían similitudes; ambos creían firmemente que habían nacido para gobernar y que aquellos de otras etnias debían ser gobernados. Ambos eran increíblemente inteligentes y ambiciosos. Se complementaban entre sí. Rubin era un hombre de panorama general, mientras que Mease se ocupaba de los detalles. El primero era extrovertido, mientras que el segundo era reservado y ocultaba su ego en lo más profundo.

Fue en el tercer mes que Mease sacó a colación la idea.

—Estás desperdiciando tu vida —dijo durante el almuerzo. Rosbif, patatas, ensalada de taco.

—¿Cómo es eso? —Rubin masticó su comida.

—¿Qué harás cuando salgas? ¿Volver con tu familia? ¿Predicar en la radio?

—Más o menos. Volveré a invertir. Apoyaré startups.

—Eres capaz de mucho más.

La celebridad dejó de comer. Le prestó toda su atención.

—Política. Eres un natural. Mira cómo has atraído a la gente aquí. Ya tenemos algunos conversos.

—Debes estar bromeando. ¿Política? ¿Con mis antecedentes?

—Tienes que distanciarte de eso, por supuesto. Rechazarlo rotundamente.

Rubin lo miró fijamente.

—¿Hablas en serio?

—Nadie ha elegido jamás a un supremacista blanco —respondió Mease secamente.

No presionó. Dejó que la idea echara raíces. Dio tiempo a Rubin para que lo pensara y sonrió cuando el hombre se le acercó una semana después.

—Lo que decías el otro día...

Así comenzó la transformación de la celebridad caída en desgracia.

Los dos hombres hicieron una lista de sus confidentes más confiables. Todos ellos en altos cargos en el gobierno, las fuerzas del orden y los negocios. Usaron códigos para comunicarse. Hubo un cauteloso apoyo de varios sectores.

—La financiación, ahí es donde te estancarás —dijo un escéptico, alcalde de una de las ciudades más grandes del país—. Nadie te respaldará.

—No lo necesito —se burló Rubin—. ¿Has oído hablar de mi familia? ¿Cuánto he heredado?

Todos aquellos a quienes contactaron dijeron que querían saber más. Querían detalles.

Eso era algo en lo que Mease sobresalía. Se pusieron a trabajar. Rubin en un plan de alto nivel a cinco años, el contador en los detalles que catapultarían al heredero al papel más poderoso del mundo.

—En el peor de los casos —Rubin mostró su característica sonrisa brillante—, nos habremos convertido en figuras nacionales.

—Eso nos dará poder para influir —estuvo de acuerdo Mease.

Y eso era lo que buscaban.

Poder.

24

Su plan se aceleró una vez que salieron.

Rubin comenzó una serie cuidadosamente orquestada de apariciones en los medios. Renunció a sus creencias de supremacía blanca. Dijo que había sido ignorante y un tonto. Que la prisión le había abierto los ojos. Declaró que sería un inversionista ético y estableció un fondo, al cual él mismo era un importante contribuyente.

Algunos canales de televisión comentaron que parecía respaldar solo a fundadores blancos masculinos. Él se rio, se encogió de hombros disculpándose y dijo que así era el sector tecnológico. Había una preponderancia de ese tipo de personas en ese sector. Él no decidía quién fundaba las empresas; eso no estaba bajo su control. Sin embargo, prometió respaldar también a las minorías e hizo un gran espectáculo con las empresas fundadas por mujeres. En el bombo publicitario que siguió, apenas se notó el hecho de que las mujeres también eran blancas.

Mease elaboró los planes. La financiación necesaria, los anuncios de televisión, los patrocinadores prominentes a los que podían acudir, los PAC, Comités de Acción Política y Super PAC que sus partidarios podían formar. Los estados indecisos, las ventajas en las encuestas, esto era en lo que él era bueno.

Siguieron varias reuniones después. Con individuos de alto patrimonio neto que compartían secretamente sus creencias. CEOs de corporaciones, familias adineradas, políticos, funcionarios del gobierno y oficiales de la ley. Todo llevado a cabo en secreto, la seguridad organizada por Mease, quien personalmente investigaba a cada guardia.

Y entonces conocieron a Jeff "Gunner" Sheller.

Habían oído hablar de los Leones Ascendentes y su fundador mientras estaban en prisión. Había bastante distancia entre ADX y Otisville, y las dos instituciones eran radicalmente diferentes. Sin embargo, los reclusos tenían una manera de comunicarse; las noticias y los chismes se propagaban como tambores de la selva. Había algunos tatuajes de Leones incluso en el campamento de delitos de cuello blanco.

Sheller compartía su filosofía, y aunque había muchas pandillas carcelarias de ese tipo, sentían que su organización era única.

Era Gunner quien hacía que la pandilla fuera diferente de otras nacionalistas blancas. Por lo que habían escuchado, el fundador era tan inteligente como ellos.

Mease lo confirmó por sí mismo cuando salieron de Otisville. Por capricho, organizó una reunión con el fundador de los Leones en ADX. Se hizo pasar por un primo lejano y movió algunos hilos con contactos de alto nivel, y eso le consiguió una entrevista cara a cara.

Fue un encuentro de mentes en términos de creencias compartidas, y aunque fue breve, salió

convencido de que Gunner no era un matón común y corriente.

Sin embargo, no habían pensado en integrar a los Leones en sus planes. No inicialmente. Eran solo creencias compartidas. Mease rápidamente apagó el interés de Rubin por tatuarse.

—Ni ahora, ni nunca. El mundo está observando. Tu tatuaje arruinará todo lo que estamos buscando —le advirtió, y eso convenció al adinerado heredero.

FUE EL LÍDER DE LA PANDILLA QUIEN SE PUSO EN CONTACTO UNA VEZ QUE SALIÓ DE PRISIÓN.

Te he visto mucho en la televisión. Envió un mensaje a través de un mensajero. *Sé que no has cambiado.*

—¿Crees que nos está chantajeando? —Rubin le mostró la nota a Mease.

El estratega, que era como el candidato llamaba al contador, frunció el ceño e inspeccionó la nota. Escrita pulcramente, toda en mayúsculas. Tinta negra.

—¿Cómo la conseguiste?

—Había una multitud de gente en el último mitin. Ricky la encontró en su bolsillo. Alguien debió habérsela deslizado. Supo que era para mí cuando la leyó.

Ricky Schillum era el jefe de seguridad. Ex fuerzas de operaciones especiales, un hombre de confianza. Había estado con Rubin durante años. Sin embargo, Mease no aceptó ciegamente esa relación. Sometió al hombre a la misma investigación que todos los del círculo interno.

Verificaciones de antecedentes, entrevistas psicológicas, pruebas de detector de mentiras, que se repetían cada pocos meses. No solo tenían que creer en la supremacía blanca, sino también renunciar públicamente a esas opiniones.

Mease tocó la nota mientras caminaba. ¿Y si Sheller los exponía?

—No tiene nada. Ninguna prueba —pensó en voz alta—. La gente con la que nos reunimos, no van a soplar. Tienen tanto que perder como nosotros. Sus reputaciones, vidas, familias, negocios, trabajos... lo perderán todo si filtran algo. No, no creo que quiera señalarnos.

—Lo conociste cuando estaba dentro.

—Una breve reunión. No significó nada. Vamos a escucharlo.

Mease lo organizó en Florida. Una cena en un restaurante fuera de Miami. Reservó todo el local y pidió a Schillum que montara la seguridad.

El hombre de los Leones llegó con cuatro acompañantes. Todos ellos de mirada dura y ex convictos, a juzgar por su apariencia y los tatuajes en sus cuerpos. Se sometieron al cacheo. Les quitaron sus armas y teléfonos, y fueron revisados con detectores de metales para verificar si llevaban dispositivos de grabación. Los cuatro hombres esperaron afuera con Schillum mientras su líder procedía al interior.

Sheller parecía llenar el comedor con su tamaño. Los tatuajes en sus brazos desnudos —serpientes, dragones, cruces— se retorcían cada vez que se movía, y sus bíceps llenaban su camisa. El león en su cuello ondulaba cuando bebía o tragaba.

Mease volvió a quedar impresionado por su presencia, por la sensación de que era capaz de una violencia inmensa. No era la primera vez que Rubin se encontraba con criminales de alto calibre, pero podía sentir que el candidato también estaba impresionado.

—Mucho tiempo, Mease —dijo suavemente el fundador de los Leones. Su sonrisa era apenas una torcedura de labios—. Llámame Gunner. —Asintió hacia Rubin.

—Esa nota. —El estratega fue directo al grano. Su reunión anterior con el fundador de los Leones había sido tan breve que no había nada de qué ponerse al día—. ¿Qué querías decir?

—Lo que escribí. Puedo ver a través de ustedes. De ambos. Sé lo que están haciendo.

—¿Y qué es eso?

—Toma de poder. Si Rubin gana las elecciones, y eso es un gran si, pueden cambiar este país.

—¿Cómo?

Gunner miró hacia el bar, donde las fotografías del personal estaban montadas en la pared. Muchos de ellos afroamericanos, algunos de origen asiático e hispano.

No dijo una palabra. Su fría sonrisa transmitía lo que quería decir.

—Relájense —gruñó después de un momento—. No estoy aquí para delatarlos. Y ahórrense sus protestas. —Levantó una palma del tamaño de una pala cuando Rubin hizo ademán de protestar—. Finch, en Arizona, me habló de ustedes dos.

Mease consideró sus palabras. El hombre que Gunner había mencionado era un multimillonario que poseía una cadena de tiendas minoristas. Era uno de sus patrocinadores secretos.

—¿Cómo lo conoces?

—Digamos que mi gente lo ayudó con un problema. Algo que la policía no pudo hacer.

El estratega jugueteaba distraídamente con su tenedor mientras sus pensamientos corrían. Rubin permanecía quieto y en silencio a su lado, pero sabía que el candidato también estaba pensando intensamente.

Si Finch le había contado a Gunner sobre la reunión, significaba que conocía bien al hombre de los Lions. Y confiaba en él.

—¿Qué quieres?

—Quiero entrar. Cuando todo se aclare, quiero estar en la mesa con ustedes.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé en este momento, y ustedes tampoco. El tamaño del banquete —sonrió sin alegría — depende de cómo resulten las elecciones. Podemos resolver los detalles entonces.

—No creo que... —Rubin rompió su silencio.

—Me necesitan.

Mease miró al pandillero como si lo viera por primera vez. Había más en el hombre, mucho más de lo que su apariencia sugería.

—Explícate.

—Puedo ayudar —respondió Gunner simplemente—. Tengo cincuenta mil personas en mi pandilla por todo el país. Algunas en prisión, muchas fuera.

—La tuya es una organización criminal —replicó Mease—. Nos hemos distanciado de nuestro pasado. No podemos permitirnos estar vinculados a pandillas.

—No dije que necesitemos desfilar nuestra alianza. Nadie tiene que saber sobre ella.

—Sigo esperando esa explicación. Cómo puedes ayudarnos.

—Necesitan la fuerza que podemos proporcionar. Necesitan nuestras actividades.

—¿Cómo es eso?

Gunner envolvió sus dedos alrededor de su copa y bebió su vino. Se limpió los labios con una servilleta de papel y la arrojó sobre la mesa.

—Necesitan una plataforma. Podemos proporcionarla.

—Sé específico —Rubin negó con la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

La sonrisa de Gunner era feroz. —Mi gente puede iniciar una ola de crímenes en el país. Atacar a las minorías y sus negocios. Tomen eso y córranlo. Gobierno fuerte. Policía fuerte. Ese será su mensaje.

Mease lo miró fijamente. ¡Por supuesto!

25

Mease tomó la taza de la bandeja y dio un sorbo a su café.

Habían contratado a Farley y Parsons una vez que la campaña cobró impulso. El mismo procedimiento de investigación, junto con una nueva complicación. Todos en la campaña tuvieron que firmar un estricto acuerdo de confidencialidad.

Los hombres eran buenos y experimentados en campañas que habían trabajado en varias candidaturas de alto perfil y habían cumplido.

Trajeron a los expertos, recaudadores de fondos, perfiladores de personas, encuestadores, videógrafos, influencers, gestores de medios, blogueros. Los miembros clave del equipo de campaña viajaban con Rubin por todo el país y designaban células de voluntarios para la actividad estatal.

Anuncios de televisión, vallas publicitarias, publicidad en periódicos, folletos: la campaña de Rubin tenía todo lo que tenían los partidos tradicionales.

Nadie más que un círculo interno altamente investigado de personas en el equipo del candidato conocía la existencia de Mease. Una de las empresas de Rubin, una firma tecnológica en Silicon Valley, había borrado la historia en internet de los Rising Lions. Eso había convertido efectivamente a Gunner y su gente en fantasmas. También había eliminado todos los rastros de Mease, después de su liberación de la prisión. No existía nada de él en internet. El DMV no tenía registro de él, ya que no poseía un vehículo ni tenía licencia. El Seguro Social tenía un nombre para la dirección en la que vivía, pero no era Doug Mease.

—Me encontré con nuestro amigo.

Los ojos del candidato se agudizaron.

—Creo que acordamos que no nos reuniríamos con él. No hasta que esto terminara.

—Está en la ciudad.

—Lo sé.

—Necesitaba salir del apartamento. Necesitaba aire. Relajarme. Nadie nos vio. Seguí los procedimientos de seguridad.

—¿Cómo está?

—Está bien.

No le contó al candidato sobre Davis. Ese era un detalle que Rubin no necesitaba saber. No cuando estaba a punto de embarcarse en una gira por varias ciudades.

—Esta ola de la que habla Scott —reflexionó—. Nuestro amigo podría ayudar.

—¿Como lo que propuso cuando nos reunimos con él por primera vez?

—Sí.

—Me gusta —dijo Rubin después de un rato—. ¿Tiene la gente?

—Los Lions han crecido; ya lo sabes. Una razón para eso es la forma en que trabaja Gunner. Sacará de la cárcel a cualquiera que vaya a prisión. Si el juez no concede eso, trabajará con sus conexiones y las nuestras e intentará aligerar la sentencia. En el peor de los casos, si alguien va a prisión, se asegurará de que sus familias estén atendidas. Así es como consigue lealtad. Y ese juramento.

—También ha contratado a algunos desechables, ¿no?

Desechables. Jóvenes de diferentes etnias. Etiquetados así, porque eso es lo que eran para la pandilla. Los usaban para actividades a nivel de calle, sin gran pérdida si eran arrestados o asesinados. Esos reclutas nunca ascendían más alto en la pandilla.

—Sí. Lo necesita, para expandirse.

—Hazlo. Cualquier idea que se le ocurra a Scott será adicional a la de Gunner.

MEASE SE REUNIÓ CON EL HOMBRE DE LOS LIONS EN MELROSE, EN EL ESTACIONAMIENTO DE UN edificio abandonado. Solo ellos dos, con varios Lions vigilando el lugar. Era propiedad de una de las empresas de Rubin y estaba vacío a esa hora de la noche.

El coche se balanceaba sobre sus muelles cada vez que el hombre grande se movía.

—¿Un problema? —preguntó.

—Las encuestas —explicó el estratega—. Estamos detrás.

—¿No se supone que así es como debe ser? La ventaja se reduce a medida que se acercan las elecciones.

—Será difícil recuperarse si la brecha es demasiado grande. El vicepresidente no ha hecho nada mal hasta ahora.

—Eso es porque Morgan está haciendo campaña por él —se burló Gunner—. El presidente es popular. Es natural que algo de eso se le pegue al vicepresidente.

—De acuerdo, pero no podemos hacer nada al respecto.

—¿Quieres que nos activemos en la calle?

—Ayudará. ¿Tienes gente que puedas permitirte perder?

Las uñas de Gunner rasparon su barba incipiente mientras se rascaba la mandíbula. —Tendré que enviar a delincuentes —calculó en voz alta—. Eso tendrá el máximo impacto.

—Sí, y tendrán que ser blancos.

—Puedo encontrar esos. Buena gente que no cantará. ¿Negocios de judíos? ¿Negros, indios, chinos también?

—Eso ayudará. Aunque no demasiados. Podríamos necesitar más oleadas más adelante. Trabajaré con los policías y jueces, los que saben sobre nosotros, una vez que haya arrestos.

—Hazlo.

—¿Qué hay de Tizzard? ¿Estás en contacto con él?

—¿Eric? Somos mejores amigos.

Eric Tizzard, otro delincuente, un destacado nacionalista blanco en el país.

—Haz que organice una manifestación. En cualquier lugar.

—Puedo hacer que se vuelva violenta.

—Eso será aún mejor.

—¡Diablos, yo mismo habría subido al escenario, pero estoy muerto! —se rió entre dientes.

Había sido idea de Mease, una vez que Gunner se unió a ellos. Matarlo había sido más fácil de organizar de lo previsto. *Había* habido una pelea en un bar, que se extendió hasta el

estacionamiento.

Había sido cuidadosamente orquestado. Una pandilla cubana estaba interfiriendo en el negocio de los Lions en Miami. Gunner había decidido eliminarlo. Él y su lugarteniente iniciaron la pelea con el hombre, lo arrastraron afuera y lo mataron. Le cortaron la cara más allá del reconocimiento, le cortaron la cabeza y quemaron su cuerpo, dejando sus restos carbonizados. El lugarteniente fue el único testigo y testificó que el hombre muerto era su antiguo jefe, Jeff Sheller. Policías amigos se aseguraron de que su declaración como testigo se mantuviera.

Mease también había convencido al fundador de los Lions para que borrara su tatuaje. Gunner lo captó al instante. Se quitó su tinta con láser y ordenó a sus rangos más altos que hicieran lo mismo. A los nuevos reclutas blancos se les prohibió expresamente tatuarse. Eso también formaba parte del juramento.

Implementó una nueva estructura. Él mismo nombró a cada jefe de calle, quienes podían reclutar miembros como quisieran, siempre y cuando un porcentaje significativo fuera blanco. Los líderes podían llamar a sus pandillas como quisieran, excepto los Lions. Nadie desobedeció sus órdenes. Su autoridad era tal que ningún líder de pandilla arrestado o condenado reveló el verdadero nombre de la organización.

Gunner vivía en las sombras, sin aparecer nunca en el radar de las fuerzas del orden. Había demostrado ser un aliado valioso, el as invisible de Mease y Rubin.

—Me ocuparé de ello —prometió—. Me pondré en contacto con Eric. ¿Cuanto antes mejor, supongo?

—Sí. ¿Qué hay de Davis?

—He enviado un reemplazo. Se ha hecho cargo de esa pandilla. Es inteligente. Nuestro negocio no sufrirá en Brownsville.

Mease le apretó el hombro y abandonó el lugar de encuentro. Salió a la calle y se estremeció con el aire fresco. Se ajustó la chaqueta y se subió el cuello.

Había ventajas en ser anónimo. Nadie lo asociaba con Rubin. Podía caminar solo por las calles sin ser seguido por reporteros.

Miró al cielo nocturno y vio una estrella fugaz. Mease no era ni espiritual ni religioso, sin embargo, esa visión le pareció un presagio.

El destino Casa Blanca estaba tomando forma.

26

Papeleo.

Cuando Cutter se había unido a Arnedra y comenzado el negocio de arreglos, no había anticipado el archivo, las facturas, el mantenimiento del libro mayor que venía con ello. Todas las pequeñas cosas que hacían funcionar un negocio.

Trabajó con su socia durante varias horas por la mañana y, cuando todo estaba en orden y a su satisfacción, se reclinó y se estiró.

—¿Darrell? —le recordó ella.

—Se ha mantenido alejado de la pandilla —había seguido al estudiante el día anterior. Otro regreso temprano a casa para el chico.

—¿Ha terminado con la pandilla?

—No puedo asegurarlo. Es terco —abrió un cajón y sacó su Glock y la funda de kydex—. Estaré fuera un par de días.

—¿ADX?

—Sí —le había contado sobre la visita de Difiore y Quindica. No había secretos entre ellos.

—Esos dos suenan problemáticos.

—Lo son —dijo con sentimiento—. Ya era bastante malo tener a Difiore encima de mí. ¡Ahora hay un agente federal también!

Su carcajada lo acompañó mientras bajaba al sótano.

No, nada de policías esta vez. Revisó la fila de vehículos estacionados solo por si acaso. Estos agentes de la ley eran astutos.

Subió a su vehículo y configuró la navegación al Aeropuerto Internacional Liberty de Newark. Veinte minutos. El satélite no le daba una ruta más rápida.

Condujo por Soho y Hudson Square y salió de la ciudad a través del Túnel Holland, con las luces reflejándose en sus azulejos cerámicos, proyectando un resplandor en su rostro.

Sintonizó su radio cuando emergió. Encontró a Aretha Franklin, la Reina.

Cuando el río era profundo, no vacilé.

Letras poderosas que lo habían consolado cuando estaba perdido después de Riley. Lo llevaron hasta el aeropuerto.

Estacionó su SUV en el aparcamiento de larga estancia y se dirigió al edificio de la terminal. De todos los aeropuertos que servían a la ciudad, Newark era el que menos le gustaba. Era pequeño, en un estado perenne de construcción, y no tenía la sensación de otros aeropuertos. No sentía ninguna sensación de aventura cuando lo atravesaba.

Pasó el control de seguridad y buscó su puerta. Caminó hacia ella, una figura alta fluyendo a

través del tráfico humano como un arroyo de agua, encontrando naturalmente el paso más fácil.

Pagó por una mejora: un asiento junto a la ventana y más espacio para las piernas. No hacía mucha diferencia, considerando el tamaño de la aeronave, pero tomaría cualquier pequeño lujo que pudiera conseguir.

Miró hacia afuera mientras el avión despegaba, desafiaba las leyes de la gravedad y se elevaba hacia el cielo. La ciudad se hizo diminuta y desapareció de la vista, aunque aún podía sentir su atracción.

Una fuerza gravitacional que parecía atraer a personas de todo el mundo hacia ella.

DENVER, PRIMERA PARADA. TIEMPO PARA UN CAFÉ Y UN DESCANSO. RECHAZÓ LOS INTENTOS DE conversación de otro pasajero, agarró su vaso de papel, tomó su primer sorbo y buscó la puerta de embarque.

Apenas tuvo tiempo suficiente para terminar su bebida antes de que se anunciara su llamada de embarque.

El segundo tramo del viaje fue tan corto que apenas sintió que se había abrochado el cinturón antes de que su vuelo aterrizara en el Aeropuerto de Colorado Springs.

Cuando salió del avión, que había estacionado lo suficientemente cerca de la terminal como para que los pasajeros pudieran caminar en lugar de tomar un autobús lanzadera, respiró el aire fresco. Cielo azul brillante y luz solar intensa y una vasta extensión de espacio, del tipo que nunca veía en su ciudad natal. Y allí a lo lejos estaba Pikes Peak, la montaña más alta en la Cordillera Frontal Sur de las Rocosas. Un catorce mil, se decía que la cumbre era el segundo pico más visitado del mundo.

Cutter tenía sus dudas sobre esa afirmación, pero, diablos, ¿quién era él para discutir con la junta de turismo del estado?

Alquiló un vehículo en el aeropuerto. Cuatro de la tarde. No había tiempo suficiente para llegar a la prisión. Condujo hasta la ciudad y se quedó a pasar la noche.

Se reunió con Horstman al día siguiente.

27

Antes de volar, Cutter había llamado a un general de tres estrellas en el Pentágono, quien había movido algunos hilos que resultaron en que un miembro del personal de seguridad levantara la vista de su pantalla y asintiera cuando Cutter llegó a ADX. Su nombre estaba en la lista de visitantes.

Dobló sus gafas de sol y un oficial de la prisión, alguien nuevo para él, lo escoltó al interior hasta una pequeña habitación junto a la oficina del alcaide, no donde los reclusos se reunían con familiares y amigos.

Dos sillas, una mesa metálica separándolas, el mobiliario atornillado al suelo. Una jarra y dos vasos de agua eran los únicos adornos.

—¿Necesita algo? —preguntó el oficial de la prisión.

Cutter no pudo evitar sonreír. *El general tiene influencia, por eso está siendo amable. El alcaide debe haberle dado instrucciones.*

—No.

Esperó. Observó a una araña trepar por la pared. Insectos similares le habían hecho compañía en su celda.

Un tintineo de cadenas y un arrastre de pasos. Dos guardias escoltando al hombre que quería conocer. Lo empujaron dentro de la habitación con indiferencia y cerraron la puerta. *Estarán esperando afuera, atentos a cualquier ruido, listos para separarnos si hay una pelea.*

—Jake —saludó a su amigo y lo abrazó por encima de sus manos esposadas.

—¿Echas de menos este lugar? —respondió el recluso con sarcasmo.

Cutter lo estudió. El prisionero estaba delgado, pálido por la falta de luz solar, con barba incipiente en las mejillas. Sus ojos estaban hundidos, pero brillantes. Tatuajes descoloridos en sus brazos y sobre su camiseta.

Horstman había dejado de tatuarse una vez que encontró su fe. No la predicaba. No forzaba sus creencias en otros. Aceptaba que su religión no era la única. Su manera calmada era lo que atraía a otros reclusos, y su forma de explicar su fe, desglosándola en un lenguaje simple y relatable, era por lo que se había ganado el respeto.

—Te he echado de menos —Cutter extendió la mano y sostuvo las de su amigo, que le devolvieron el apretón—. ¿Cómo lo estás llevando?

—Ya me conoces, Cutter. Un día tras otro. Los prisioneros van y vienen. Yo moriré aquí.

No había drama en su voz. Hacía tiempo que había aceptado lo que había hecho y las consecuencias. Sabía que nada de lo que hiciera traería de vuelta a la pareja. Llevaba esa carga en cada momento de su vida, pero al mismo tiempo, no permitía que eso lo arrastrara.

—¿Te has hecho una vida?

—Sí. Acepto casos... donde puedo ayudar a la gente —le explicó a su amigo lo que hacía en Nueva York.

—Un arreglador, ¿eh? —Horstman sonrió—. Me gusta —su rostro se tornó serio. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a las celdas—. Lo que hiciste allí... ¿te trajo paz?

Le conté quién era una vez que Mansoor murió. Había conseguido una última reunión con el convicto antes de dejar la prisión y entonces le había revelado su identidad y por qué había estado en ADX. El recluso no se había sorprendido.

—Sabía que había algo diferente en ti —había respondido.

—NO HAS VENIDO HASTA AQUÍ DESDE NUEVA YORK SOLO PARA VERME.

—No. Es Gunner. Necesito saber todo sobre él.

El rostro de Horstman se tensó. Miró involuntariamente hacia el techo.

—Los dispositivos de grabación están apagados.

—¿Puedes hacer eso?

—Sí.

—Gunner está muerto, según lo último que escuché.

—¿Sus Leones siguen aquí?

—Algunos. También están cumpliendo cadena perpetua. Aunque esa pandilla se ha disuelto. Ya ni siquiera se llaman así. ¿Es por eso que estás aquí?

—Algunos Leones han aparecido en Nueva York. Se dirigieron contra judíos, asiáticos... ya sabes a quiénes atacan. Los que fueron arrestados recibieron sentencias leves, algunos murieron, y otros incluso se escaparon.

—¿Dijeron que eran de esa pandilla?

—No, pero sus tatuajes los delataron.

—Eso es bastante común...

—Sí, lo sé. Pero sus víctimas. Todas ellas de comunidades minoritarias. Parece que el grupo de Gunner está de vuelta en acción.

—¿Crees que alguien ha reiniciado la pandilla?

—Es posible.

—Yo habría escuchado algo.

Una sombra cruzó su rostro.

—¿Qué pasa?

Horstman levantó un dedo pidiendo silencio. Miró hacia otro lado, sus ojos sumidos en sus pensamientos, y luego suspiró.

—Bull —se inclinó hacia adelante, sus labios apenas moviéndose—. Uno de los prisioneros aquí, con cadena perpetua. Era un León —chasqueó los dedos, recordando—. ¡Tú lo conoces!

Cutter buscó en su memoria. Apodos y caras. —¿Complexión delgada? ¿Nariz rota? ¿Lo llaman así porque no está construido como uno?

—Ese es. Viene a verme a menudo. Hablamos. Dijo algo que no tenía sentido. No hasta que viniste aquí.

—¿Qué?

—Estábamos hablando sobre la vida después de la muerte y le dije que había religiones que creían que teníamos varias vidas. Creencias, fe, ese tipo de discusión. Dijo que conocía a una persona que había vuelto de entre los muertos en esta tierra, en este mundo. Nada de magia. Hice

una broma y él se puso serio, insistió en que era verdad y dijo que yo conocía a esa persona. Se calló cuando lo presioné. Lo dejé pasar. No le di mucha importancia. Ya sabes cómo es aquí. No es difícil perder el contacto con la realidad.

—¿Qué tan cercano era a Gunner?

—Mucho. Estaba en el grupo de asesinos, para atraparme. Tú los enfrentaste, ¿recuerdas?

Cutter asintió. —¿Puedes averiguar? ¿Discretamente?

—Lo intentaré.

Sin protestas. Sin rechazo de que los prisioneros confiaban en él y no podía hacer mal uso de su confianza. Ripper tenía su propio código. Hacer lo correcto era parte de él.

—Déjale un mensaje al alcaide. Él se pondrá en contacto conmigo. No seas obvio sobre mí.

—Llevo aquí mucho tiempo, Cutter —dijo Horstman con una sonrisa irónica—. Sé cómo funciona la comunicación aquí.

CUTTER NO PRESTÓ ATENCIÓN AL PAISAJE DURANTE EL VIAJE DE REGRESO A COLORADO SPRINGS. La cordillera se veía a lo lejos, con nubes algodonosas a su alrededor, perfecta como una postal. Pero nada de eso le importaba.

Estaba pensando en el bar de Livonia, el estacionamiento y la Suburban. Aquella silueta grande, el hombre calvo.

Era Gunner. Estaba seguro de ello.

El hombre había vuelto de entre los muertos.

28

—Difiore.

—Tenemos que vernos.

—¿Encontraste algo?

—Almorcemos. Hay un bar cerca de la Iglesia de la Trinidad.

—Estaremos allí. Si tú invitas.

—Estoy seguro de que tú y Quindica pueden pasar los gastos.

—No podemos alimentar a los contribuyentes, Grogan. Es decir, a ti.

Cutter negó con la cabeza y colgó. La policía siempre tenía que tener la última palabra.

HABÍA REGRESADO TARDE LA NOCHE ANTERIOR. HABÍA LEÍDO LO QUE LOS MEDIOS HABÍAN cubierto sobre la muerte de Gunner. Era un caso cerrado.

Se había despertado y había revisado los mismos titulares y artículos. No habían cambiado durante la noche.

Y sin embargo, está vivo.

DIFIORE Y QUINDICA LLEGARON A LAS DOCE Y MEDIA. —MÁS VALE QUE SEA BUENO —LA detective se deslizó en el asiento de cuero, la SAC a su lado.

—Lo será.

—Me refiero a la comida.

—No me mires así —Quindica levantó las manos—. Se ha puesto peor desde que te conoció.

—El bistec es bueno. El pescado también. Casi todo aquí.

—¿Cómo lo sabes? —le desafió la detective, sin levantar la vista del menú—. Eres vegetariano.

¿Cómo sabe eso? Intentó averiguarlo, se rindió y realizó su pedido.

—Está vivo. Sheller —dijo sin rodeos cuando el camarero se había ido.

Difiore parpadeó. Quindica sorbió la bebida que había pedido. Sin teatralidades. Sin exclamaciones de sorpresa, pero podía ver el interés brillando en sus ojos.

—No es mucho con lo que trabajar —dijo la SAC pensativamente cuando él terminó de informarles—. Solo la palabra de un prisionero.

—Vaga, además —añadió Difiore.

—Lo vi.

Eso captó su atención.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —exigió la detective.

¿Cuánto podía compartir?

—Donde capturaron a Davis.

—Lo sabía. Estabas involucrado de alguna manera —murmuró ella—. ¿Sheller estaba allí?

Les contó sobre el SUV y sus ocupantes.

—No lo viste claramente —dijo Quindica—. Podría ser cualquier hombre calvo.

—Es él.

—¿Quién era el otro hombre?

—No lo sé.

No había identificado al conductor, aunque persistía esa sensación de haberlo visto antes.

—¿Por qué estabas allí?

—Estaba pasando en coche —mintió—, recibí una llamada y entré para atenderla.

Difiore no le creyó. Su expresión era despectiva, pero no lo presionó.

—¿Por qué pasaría por todo eso? —Quindica de nuevo, trazando las líneas en la mesa con un dedo—. Fingir su muerte, tomarse todas esas molestias. Podría haber dirigido a los Lions tal como estaba. Muchos líderes de pandillas lo hacen.

—Buena pregunta. Hay otra que deberían hacerse. ¿A quién conoce dentro del sistema? ¿Hasta dónde llega su alcance? Ese asesinato, no pudo haberlo hecho él mismo. El forense, los policías, la muerte de Davis...

Se interrumpió cuando Difiore se puso impasible, con esa cara de palo que se le estaba haciendo familiar rápidamente.

—Ya se nos había ocurrido —gruñó ella.

Picotearon su comida en silencio cuando llegó. Él pagó, y cuando se iban, Quindica lo agarró de la manga.

—Gracias —dijo ella—. ¿Nos avisarás cuando tu amigo regrese?

—Sí.

—Grogan —le advirtió Difiore—, mantente al margen de esto. Has ayudado, genial, pero ahí termina tu participación.

Él asintió.

No se mantendría al margen. Tenía que asegurarse de que Darrell dejara la pandilla. Que no hubiera represalias.

Sheller está ahí fuera, también. *Si está establecido aquí, debe saber que yo también estoy aquí.*

El hombre vendría por él en algún momento si lo reconocía de sus días en prisión.

Si eso ocurría, su enemistad se derramaría en las calles.

29

Cutter maldijo cuando vio a Darrell con Manuel esa noche. Los dos chicos caminaban despreocupadamente por la avenida Pitkin en dirección a Mother Gaston.

—¿Has perdido el juicio? —dijo con ferocidad en el silencio de su coche.

Aparcó después de un semáforo y se tocó la nariz falsa. Sí, estaba en su sitio, al igual que las almohadillas en el pecho y el vientre para darle un aspecto corpulento, y su Glock en la funda de hombro.

Se puso las gafas de sol y salió de su vehículo. Los siguió a distancia hasta el mismo tramo de acera frente al terreno del promotor.

No podía arriesgarse a fingir ser un borracho de nuevo. Encendió la cámara de su chaqueta y procedió. Miró con recelo al grupo de matones y se dirigió a la calle, pasando junto a ellos con la fila de vehículos en medio. Un civil precavido que no quería tener nada que ver con el grupo de delincuentes en la acera.

¿Dónde están los policías?, se preguntó. ¿No patrullarían esta zona después de lo ocurrido? Lo harían. Pero la pandilla también estaba allí, lo que significaba que eran intrépidos o estúpidos. *O tienen un salvoconducto*. Lo cual parecía lo más probable, dado que Sheller estaba vivo.

Cutter avanzó varios coches y luego se palmeó el bolsillo y sacó su teléfono móvil. Se apoyó contra un vehículo y revisó la grabación. Hizo una mueca cuando descubrió que no había primeros planos de los miembros de la pandilla. Tenía que saber quién había venido en lugar de Davis.

Cuarenta metros entre él y los Lions. Podía distinguir a Darrell, una figura pequeña que se mantenía a distancia del grupo en la acera. Negó con la cabeza cuando Manuel se volvió hacia él y le hizo señas.

No parece que esté comprometido con ellos. Cutter se volvió hacia ellos para permitir que la cámara de su chaqueta lo captara todo. Se llevó el teléfono a la oreja y empezó a hablar con un interlocutor inexistente.

Ningún matón miró en su dirección. No parecía que el nuevo líder, un hombre más alto alrededor del cual se agrupaban muchos hombres, hubiera establecido ninguna vigilancia.

—¿Estás esperando a alguien?

Cutter se dio la vuelta lentamente y descubrió lo equivocado que estaba.

El que hablaba era bajo, barbudo, con una camiseta holgada sobre los vaqueros. Una mano metida descuidadamente en el bolsillo, algo duro y plano se perfilaba en su cintura. Una pistola. Tatuajes por todos los brazos y hasta el cuello.

Debe haber estado agachado entre los coches. Vigilando la calle desde el nivel de la acera.

Excelente oficio.

—Espera un momento, Pete —dijo Cutter en voz alta y apartó el teléfono de su oreja—. ¿Sí? ¿Has dicho algo? —preguntó al recién llegado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Yo? ¿No lo ves? ¿A ti qué te importa?

El rostro del hombre se endureció. Dio un paso más cerca.

—Lárgate. Ve a hacer tu llamada a otro sitio.

—¿Eh? ¿Quién eres tú...?

—¿Qué es eso en tu chaqueta?

Cutter miró hacia abajo. Maldijo mentalmente cuando vio que la cámara se había deslizado fuera del ojal.

—Eso es... eres un... ¡POLI! —gritó el hombre, su rostro contorsionándose de rabia. Empezó a alcanzar su arma.

—¿Quién? ¿Yo? No...

—¡POLICÍA! —volvió a gritar el hombre furiosamente, su mano emergiendo de debajo de su camiseta.

Cutter se arriesgó a mirar hacia la acera.

Los Lions habían oído el grito. Se separaron. Algunos de ellos saltaron sobre el alambre de púas y huyeron a través del terreno abierto. Darrell era una figura distante. Parecía que había echado a correr al primer grito del vigilante. Algunos tipos corpulentos se apresuraron por la acera, con aspecto decidido, buscando apoyar al centinela. El líder... ahí estaba, junto con unos cuantos matones. Se había colado entre los vehículos estacionados. *No puedo dejar que escape a través del tráfico. Necesito averiguar quién es.*

No había tiempo para pelear.

—¡ARMA! —rugió Cutter—. ¡TIRADOR EN LA CALLE! ¡CRISTO! ¡ESTÁ DISPARANDO! —Empujó al matón aturdido contra el vehículo mientras varios transeúntes gritaban. Saltó sobre el capó del vehículo y aterrizó en la calle. Un coche tocó la bocina furiosamente. Los neumáticos chirriaron.

—¡LLAMEN A LA POLICÍA! —gritó y señaló frenéticamente a los matones en la acera—. ¡ESTÁN DISPARANDO!

La noticia se extendió. Los coches tocaron la bocina. La gente se alejó de la calle.

Cutter no se quedó a mirar. Corrió entre el tráfico. Rezó para que los conductores tuvieran más sentido común que él. Lo tenían, pero no antes de que varios lo maldijeron en voz alta a través de las ventanillas bajadas. No les prestó atención. Sus ojos estaban fijos en el hombre alto que huía con tres matones.

No puedo dejar que se escape.

Aceleró el paso. Gritos detrás de él. Vio al vigilante y a otro matón más en el reflejo del escaparate de una tienda. Lo perseguían.

Cutter los ignoró mientras corría a toda velocidad a través de una abertura, aterrizó en la acera y se apresuró para alcanzar al líder. Bajando por Mother Gaston, empujando a los compradores, saltando sobre un cochecito de bebé, el grito furioso de la madre quemándole los oídos.

A la derecha en Livonia, y entonces los matones giraron bruscamente a la derecha. Hacia un proyecto de viviendas, sobre una valla metálica, a través de un área de juegos infantiles. Pasando edificios de aspecto sombrío y callejones estrechos. El sonido de sus pasos haciendo eco en los pequeños pasadizos.

Nadie más presente. Solo el líder de la pandilla y sus hombres, que habían visto a su perseguidor, y más matones detrás.

Un giro a la izquierda y de repente a la derecha, y Cutter se deslizó hasta detenerse.

Un callejón sin salida. Un callejón de almacenamiento lleno de contenedores de basura. Varias puertas, todas cerradas.

Dos matones de pie, sonriendo maliciosamente, sus armas a los costados.

Ningún rastro del Líder.

Pasos retumbantes detrás de él.

El vigilante dobló la esquina y entró, junto con otro matón.

Uno contra cuatro tipos de aspecto malvado. Todos armados, flanqueándolo.

La huida no era una opción.

—Soy policía —Cutter levantó las manos—. Los refuerzos deberían llegar pronto.

—¿Nails y Serro? —preguntó el vigilante.

—Se escaparon —uno de los dos matones asintió hacia una puerta.

El centinela alcanzó su arma.

La violencia sería inevitable.

30

Cutter no tenía miedo a morir.

Se había enfrentado a ese enemigo hacía mucho tiempo, después de la muerte de Riley. Sin embargo, si tuviera que encontrar su fin en ese conjunto habitacional, asesinado por pandilleros, no sería solo. Se llevaría consigo a tantos como pudiera.

Corrió hacia Caller con un grito feroz, sacando su Glock con una velocidad cegadora mientras el vacío lo invadía.

El movimiento repentino le dio una ventaja fraccional. Nadie cargaba contra un asaltante armado. Caller se sorprendió y tardó en levantar su arma.

Su primer disparo alcanzó al centinela en el hombro, y luego estaba en el aire. Aterrizó sobre los dos hombres, con todo el peso de su cuerpo. Lanzó una patada y alcanzó al segundo tirador en la cara. Blandió salvajemente su Glock y sintió cómo conectaba con la nariz del hombre.

Aterrizó de pie. Tropezó, y eso le salvó la vida cuando una bala zumbó con furia sobre su cabeza. Otra se incrustó en una pared de concreto mientras el estruendo de los disparos llenaba el estrecho pasaje.

¡MUÉVETE!

Rodeó el cuello de Caller con un brazo y lo arrastró hacia atrás como escudo humano. Disparó salvajemente detrás de él y sintió los sonidos distintivos de las balas impactando en la carne del hombre caído. Levantó la Glock y apuntó a los tres matones.

—Tú decides —dijo con voz calmada. Sin pánico ni desesperación—. Déjenme ir o él muere.

Los dos matones le apuntaban con sus armas. El hombre al que había disparado jadeaba y temblaba. Caller maldijo y forcejeó, pero se quedó quieto cuando el brazo de Cutter se apretó alrededor de su cuello.

—No puedes escapar, cerdo —gritó uno de los matones—. Será mejor que te rindas.

No respondió. Retrocedió, arrastrando a su cautivo con él.

Un paso. Dos pasos.

Se acercó a la boca del callejón, donde corría un pasillo más grande que llevaba a otros edificios. Podría escapar a través de la congestión del conjunto habitacional, que tenía suficientes recovecos y vueltas para cubrirse. Siempre y cuando no hubiera más matones inundando el espacio. *Y esos dos que me enfrentan se queden donde están.*

Los matones no se quedaron donde estaban. Se desplegaron y avanzaron.

—¿Todos ustedes son de esa pandilla? ¿Los Leones Ascendentes?

Caller se tensó. —¡Mierda! —jadeó.

Uno de los matones disparó.

Cutter reaccionó inmediatamente. Empujó a Caller hacia ellos y se lanzó fuera del callejón. Algo le quemó el hombro. Una bala le rozó el cabello y luego estaba fuera, tambaleándose, mientras los disparos reverberaban en el espacio confinado.

¡Ve a la derecha!

Recuperó el equilibrio y corrió pasando frente a una cara asustada en una ventana —una mujer, pálida, con los ojos abiertos de la impresión. Dobló otra esquina. Más edificios densamente agrupados. Ninguna otra persona visible. Luces en varios apartamentos. Ropa tendida en las cuerdas, pero nadie se mostraba, como si los tiroteos en el vecindario fueran algo común.

Saltó sobre un triciclo. Se arriesgó a mirar hacia atrás y vio a dos matones persiguiéndolo. Nadie más.

Un gruñido se le escapó.

Dos contra uno.

Esas eran probabilidades con las que podía lidiar, incluso si ese hombro palpitaba insistentemente. Se retorció y giró, cambió de dirección de forma impredecible mientras ellos seguían disparando. Una ventana se hizo añicos. Una bala rozó una puerta metálica. Un contenedor de basura adelante. Agarró su tapa circular, giró sobre sus talones y la lanzó volando hacia los atacantes. Oyó a uno de ellos maldecir y caer, pero no se detuvo a mirar.

Reanudó la carrera. Zancadas largas que devoraban el terreno mientras escaneaba sus alrededores, buscando rápidamente cobertura. Salió del pasaje por el que corría y titubeó.

Espacio abierto adelante. Un estacionamiento. Vehículos ocupando varios espacios.

Se lanzó al suelo cuando sonó un disparo. Se arrastró rápidamente y se agachó debajo de una camioneta. Miró desde abajo. Otro edificio detrás de él. Uno al lado, y a su derecha estaba una calle. Una vía que iba desde el conjunto habitacional hasta Livonia.

Una línea de autos frente a él, bloqueando la vista de los matones.

No, se corrigió cuando un talón raspó el concreto. *Puedo ver sus pies*. Justo entonces, un par apareció a la vista.

Un par de pies visible, un auto entre él y el matón. Ninguna señal del segundo tirador. Podía adivinar dónde estaría el otro hombre, sin embargo. *Flanqueando ampliamente, revisando los vehículos estacionados.*

Un tirador sin moverse, haciendo ruido deliberadamente para servir de cebo, el otro agachado, listo para disparar. El segundo pistolero estaría frente a su compañero de pandilla, ya sea completamente o parcialmente, para obtener la mejor línea de tiro. Lo que significaba que vendría desde el punto ciego de Cutter, por la izquierda o la derecha.

Una trampa en la jungla urbana de un estacionamiento de la que no estaba seguro de poder escapar, pero no había rendición en él. Estaba en su sangre, en sus genes, desde que sus antepasados habían luchado y muerto en tierras lejanas, y la Fuerza Delta había moldeado ese instinto animal hasta convertirlo en la punta de una lanza. Sin pensarlo conscientemente, Cutter tomó el cebo.

SE DESLIZÓ SILENCIOSAMENTE, CUIDANDO DE NO ROZAR SU ROPA CONTRA EL CONCRETO. Moviéndose sobre sus dedos de los pies y una mano, la otra sosteniendo su Glock. Respirando superficialmente, todos sus sentidos en alerta. Espacio abierto entre su camioneta y los vehículos frente a él. Miró con cautela alrededor de un neumático. Ninguna señal del segundo pistolero.

Un estallido de velocidad, un rápido arrastre, su Glock lista, y luego estaba debajo de un

Cherokee. Junto a él estaba la camioneta pickup más allá de la cual estaban los Pies.

Cutter se movió con cuidado, el olor a concreto, gasolina y caucho quemado a su alrededor mientras una ráfaga de aire soplaba y enfriaba el sudor en su cuerpo.

Bajo la camioneta. Reconocimiento para ver si el segundo pistolero era visible.

No. Está detrás de algún vehículo, oculto por el hueco de la rueda.

Sin embargo, Pies estaba allí, justo frente a él.

Demasiado cerca de la camioneta. Un error elemental, el tipo de error que comete alguien sin experiencia real en combate.

El brazo izquierdo de Cutter salió disparado como un látigo. Se enroscó alrededor de los tobillos del hombre y tiró con fuerza. El matón cayó con un gruñido de sorpresa. Su cabeza se estrelló contra el concreto. Un rápido arrastre del cuerpo hacia adelante, un codazo brutal en la garganta, un giro de hombro a pesar del ardor punzante de la articulación lesionada, para ponerse de pie y colocarse detrás de la caja de la camioneta.

Un susurro de movimiento a un coche de distancia.

A las tres en punto, su punto ciego cuando había estado boca abajo, tal como lo había imaginado.

El cuerpo de Cutter se desenrolló como un resorte al soltarse. Se levantó con un movimiento controlado para dejar ver solo su cabeza, y allí estaba el pistolero, con la parte superior del cuerpo expuesta sobre el techo de un sedán negro, sus ojos buscando donde había estado su amigo. Cuando detectó la amenaza, ya era demasiado tarde.

Cutter disparó dos veces, se agachó y cambió rápidamente el cargador, corrió alrededor de la camioneta, de vuelta a la línea de coches donde se había escondido, se agazapó detrás de un vehículo y echó un vistazo.

El matón estaba caído.

Se desplazó como un cangrejo, listo para una finta, pero el hombre estaba sin vida cuando se paró sobre él. Ambas balas le habían destrozado la garganta y no quedaba nada más que carne, sangre y entrañas en su cuello.

Otro desplazamiento de cangrejo de vuelta a Pies, solo para descubrir que ese hombre también estaba muerto. Parecía que su cabeza se había estrellado tan fuerte contra el concreto que la caída lo había matado, y si eso no lo había hecho, entonces el golpe en la garganta lo había rematado.

Cutter no se permitió relajarse. Se deslizó como un fantasma fuera del estacionamiento, listo para enfrentarse a más hostiles si aparecían.

No aparecieron.

Volvió al laberinto de callejones. Dio vueltas y regresó sobre sus pasos hasta llegar al callejón sin salida.

Caller estaba muerto, al igual que el otro matón.

Ambos asesinados por sus propios hombres.

Era el código de Sheller.

31

Cutter recogió los casquillos vacíos donde pudo encontrarlos y salió del proyecto de viviendas justo cuando las sirenas aullaban en la distancia.

Llegó a Livonia mientras los coches patrulla y los vehículos de emergencia inundaban los edificios y convertían la noche en destellos azules y rojos.

Caminó sin prisa. De vuelta a Mother Gaston, para comprobar si Leader había regresado. La franja de acera donde solían pasar el rato estaba vacía. Fue a su coche y salió de Brownsville mientras su sangre se enfriaba, el pico de adrenalina disminuía y la tierra reanudaba su giro sobre su eje.

Sacudió la cabeza, perplejo por cómo había sobrevivido a la pelea.

Estaban demasiado ansiosos, confiados en su superioridad numérica. Aun así, había tentado a la suerte cuando cargó contra Caller. *Cualquiera de esas balas podría haberme alcanzado.* En el estacionamiento, eso había sido diferente. Él había tenido el control.

Condujo sin rumbo, deliberadamente, para dejar que las endorfinas se disiparan.

¿Qué había aprendido esa noche?

Que Davis había sido reemplazado por alguien llamado Nails. Serro era miembro de la pandilla, al igual que Flack, pero este último estaba muerto. No había visto los tatuajes distintivos en los hombres que había matado, pero eso no significaba nada. *Son Leones*.

Lo que le llevaba a Sheller.

Y a Joshua Gruber, un recluso de ADX al que había conocido antes que a Horstman. Un prisionero de aspecto ascético que se mantenía apartado y rara vez se abría a nadie. Cutter y él habían conectado por su amor al ajedrez. Los hombres jugaban siempre que podían, reflexionando en silencio sobre sus movimientos.

Gruber había matado a sus padres abusivos en un arrebato de ira, y eso lo había llevado a Florence. Bajo el exterior tranquilo había un asesino capaz de una violencia enorme, y sus primeros meses en la penitenciaría habían enseñado a los otros reclusos a dejarlo en paz.

Había renunciado a la violencia. Había decidido ir a la universidad si conseguía la libertad condicional.

Y entonces había ocurrido lo de Gunner. Se había metido con Gruber para imponer su autoridad, para demostrar que los Leones iban en serio. No dejaba de provocarlo, de pincharlo, y Cutter se preguntó si el prisionero finalmente se había quebrado y había tomado represalias. Había encontrado el cuerpo del recluso en las duchas, apuñalado varias veces. Lo había sostenido mientras su vida se desvanecía y había visto el desprecio triunfante en el rostro de Sheller durante la cena.

Sheller había matado a Gruber solo porque era del color equivocado.

Desde ese día, se había vuelto personal para Cutter. Su odio hacia Sheller.

No le había contado nada de esto a Arnedra, Difiore y Quindica, porque no había sido relevante. Había dejado esa vida atrás.

Hasta ahora.

Un bocinazo lo trajo de vuelta al presente. Se sobresaltó al darse cuenta de que ahora estaba en el East Side, en la Quinta Avenida. Un par de coches patrulla y una furgoneta de televisión señalaban el edificio de Kevin Rubin. Pasó de largo y pensó en Darrell.

Tenía que interrogarlo, averiguar cuáles eran sus intenciones. Si el chico había decidido dejar la pandilla, entonces su trabajo estaba hecho.

¿Qué pasaba con Sheller?

Dejaría al fundador de la pandilla en manos de Difiore y Quindica, decidió. Seguía siendo personal, pero esos dos eran más que capaces de derribar al hombre.

Esperaría a tener noticias de Horstman y les presentaría la información, luego observaría desde la barrera.

Más tarde, mucho más tarde, se preguntaría cómo habrían resultado las cosas si hubiera tomado una dirección diferente.

32

Cutter tenía que hacer una parada antes de volver a su apartamento: un taller de metales en el Bronx que fabricaba barandillas de hierro y piezas decorativas para apartamentos lujosos.

—Karim —dijo, abrazando al anciano propietario, cuya cabeza calva brillaba bajo la luz—. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Y de quién es la culpa?

Hizo una mueca cuando el hombre lo agarró por los hombros, la quemadura le recordó que su herida necesitaba atención.

—Mírate —dijo Karim—. Tu piel se está pegando a los huesos. Necesitas la comida de Nyla dentro de ti.

Se rieron cuando el estómago de Cutter rugió en ese momento.

—¿Necesitas algo?

—Necesito estar solo —le dijo al propietario, quien asintió comprendiendo.

—No seas un extraño. —Karim le dio una palmada en la espalda y lo llevó a un taller interior, dejándolo solo.

Cutter se puso una máscara y guantes. Sacó su Glock, se inclinó sobre el arma y los casquillos gastados y los cortó en pedazos pequeños. Los arrojó a un molino de bolas, recogió el polvo fino y lo arrojó a un pequeño horno. La funda, la chaqueta, la cámara y los guantes también fueron al fuego.

Saludó con la mano al dueño del taller mientras salía, luego condujo de vuelta a su apartamento, donde inspeccionó su herida. Era un roce, como había sospechado. Sanaría pronto. *Me libré fácilmente*. Un poco más abajo y habría sido más grave. Lavó su herida, se duchó y preparó una cena sencilla.

Las noticias de la televisión mostraban un mitin en Arizona. Eric Tizzard, un prominente nacionalista blanco, estaba soltando su retórica a una multitud cuando alguien golpeó la puerta de Cutter.

Revisó su teléfono. No, nadie lo había llamado.

Las ocho de la noche en su edificio, eso requería entrada por timbre de los residentes.

Suspiró.

¿Quién más podría ser?

Abrió la puerta y una Difiore de aspecto enojado estaba allí, junto con Quindica.

—Tu piel se arrugará y se te caerá —le dijo a la detective.

—¿Qué? —gruñó ella.

—Esa expresión en tu cara. Te hará envejecer.

Pensó que se había pasado de la raya. Que ella sacaría su arma de servicio y le dispararía en el acto. La SAC le tiró de la manga, y eso pareció disipar la furia de la policía.

—¿Dónde estuviste hoy?

—Por aquí y por allá —dijo—. ¿Por qué?

—¿Dónde estuviste las últimas horas?

—Conduciendo por toda la ciudad.

—Hubo varios tiroteos en Brownsville. —Quindica intervino antes de que el volcán con piernas que era Difiore explotara—. En un proyecto de viviendas. Dos en un callejón y otros dos en un estacionamiento.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Los cuatro eran delincuentes —hervía la detective—. Eran de la pandilla de Davis.

—¿Están muertos? Genial. Menos criminales en nuestra ciudad. Sin embargo, yo no los maté.

—Tú hiciste que arrestaran a Davis.

—Por lo que merezco una medalla, no un interrogatorio de noche. Espera, ¿cómo saben que eran de esa pandilla?

—¿Has oído hablar de los CI, tío? ¿Informantes? ¿Soplones?

—No he estado cerca de Brownsville —silencio la televisión cuando un rugido vino de la multitud.

Sus visitantes miraron la pantalla. Una fugaz expresión de disgusto cruzó sus rostros.

—¿Tu SUV tiene LoJack?

—Desactivado.

—Eso es muy útil —gruñó Difiore.

—Sí, para mí.

—¿Tienes una Glock? —Los ojos de Quindica recorrieron la sala de estar.

—Sí. ¿Los mataron con una nueve milímetros?

—Parece que sí.

—Veámosla —ordenó la detective.

—No. Hay miles de armas que disparan ese calibre en la ciudad.

—Podemos volver —dijo la SAC suavemente, claramente jugando el papel de policía buena —, con una orden. Esto será más fácil y rápido. Ya sabes cómo es. Necesitamos descartar a todos los sospechosos.

—¿Desde cuándo me he convertido en sospechoso?

—Desde que te convertiste en un vigilante —replicó la detective.

—No soy...

—Ahórratelo. Tú eliges. Puedes mostrarnos el arma o podemos volver más tarde.

Las llevó a su dormitorio, las vio mirar la fotografía de Riley pero ninguna de ellas comentó nada.

Difiore probó la tensión del cubrecama con un dedo y asintió aprobatoriamente. —Una vez en el ejército, siempre en el ejército.

Cruzó los brazos y observó cuando él fue al armario y abrió la puerta de par en par. Bloqueó su vista con su cuerpo y abrió la pared trasera, que se abrió para revelar un armario de armas.

Quindica silbó ante su colección. —¿Es esa una Barrett... y esa otra una AWM?

—Sí. Tengo permisos para todas ellas. —Se dirigió a Difiore, quien no respondió.

Cutter alcanzó dentro y sacó una Glock de su funda y se la presentó a las policías. Quindica

la olió. La desarmó y la volvió a armar expertamente. —Esta no ha sido disparada.

—No.

—Apuesto a que estas no son las únicas armas que tiene —resopló Difiore—. ¿Por qué necesitas tantas armas?

—No las necesito —admitió—. Muchas de esas vinieron conmigo de mi tiempo en Delta.

Empezó a explicar que no era un entusiasta de las armas. Su colección no había crecido con el tiempo. Difiore tenía razón. Tenía otras armas, escondidas en escondrijos por toda la ciudad, pero eso era solo por el negocio en el que estaba. Un arma era una herramienta, una que usaba como último recurso. Incluso había recibido disparos porque se había retrasado en disparar.

No es el momento para esto.

—¿Tu teléfono respaldará tu coartada? ¿Que no estuviste en Brownsville?

Las llevó de vuelta a la sala de estar, desbloqueó su celular y se lo entregó.

—No estás protestando —dijo Difiore mientras inspeccionaba su historial de ubicaciones—. Me parece sospechoso.

—Sospecha todo lo que quieras —gruñó—. No me importa.

Había anticipado tal presión desde que las policías habían aparecido en su caso. Su teléfono celular estaba configurado para desviar llamadas a teléfonos desechables que llevaba consigo. El desechable que había estado con él en Brownsville también había ido a parar al horno de Karim.

—¿Qué ha provocado esto? —preguntó a sus visitantes cuando la detective le devolvió su teléfono.

—La mierda ha golpeado el ventilador —dijo ella con amargura—. Asuntos Internos está investigando el asesinato de Davis. Eso ha complicado las cosas para nosotros. Estos asesinatos en Brownsville... parece que Sheller está atando cabos sueltos. Tu amigo el comisionado no está contento. Quiere resultados.

—Estás en el Grupo de Trabajo del FBI, ¿verdad?

—Sí, pero es su ciudad —estalló ella—. Hemos estado siguiendo cada pista, presionando a cada soplón que tenemos, y no tenemos nada. ¿Cómo puede una banda operar tan por debajo del radar que nadie, ni siquiera los de la calle, la conocen?

—Policías corruptos. —Levantó la mano para detener su arrebato—. Jueces corruptos, mucha corrupción en todas partes. Están ayudando a Sheller a esconderse. Y luego está la lealtad.

—Es un matón. ¿Cómo puede tener ese tipo de alcance?

—Ni idea. —Cutter se encogió de hombros—. Es algo en lo que también he estado pensando.

—¿Cómo podemos combatir eso? —Sonaba derrotada—. Incluso con los recursos de Peyton, no hemos llegado a ninguna parte.

—Sigan insistiendo. —Cutter encontró irónico estar alentando a la detective, una policía que lo detestaba—. Sigan haciendo lo que están haciendo. Alguien, en algún lugar, cederá. No todos estarán tan comprometidos con él como él cree o quiere. Alguien abrirá la boca y...

—Sí, y los matará antes de que lleguemos allí. Eso es lo que ha estado pasando todo el tiempo.

Se echó el pelo hacia atrás con furia y enderezó los hombros. El momentáneo destello de desesperación había desaparecido. Volvía a ser ella misma, desafiante. —Si descubrimos que mentiste...

—Me clavarás el trasero —completó él.

Los labios de Quindica temblaron. Adoptó rápidamente una fachada de madera cuando Difiore la fulminó con la mirada.

—Nunca un momento aburrido —murmuró a Quindica cuando la detective salió del apartamento.

—Nunca —estuvo de acuerdo.

Cerró la puerta cuando se fueron y se dejó caer en su sofá. Revisó cuidadosamente su teléfono. No descartaba que la detective hubiera insertado algún software en él. Sin embargo, parecía limpio. *Por suerte para mí, borré la grabación cuando volví a casa.* Retiró la tarjeta SIM, la cortó en pequeños pedazos y aplastó el teléfono bajo su talón. Ya había cumplido su propósito. Desenvolvió otro teléfono desechable de su envoltorio de plástico y lo configuró para recibir llamadas de su celular.

Frunció el ceño cuando notó que la televisión aún estaba encendida y leyó los titulares.

El mitin de Eric Tizzard se convierte en disturbios. Manifestantes se enfrentan con sus seguidores.

—Idiota —resopló cuando el gobernador del estado apareció y pidió calma—. ¿Qué esperabas que pasara?

Cutter apagó la televisión y bostezó.

Justo antes de quedarse dormido, se preguntó cómo estaría Darrell.

33

Darrell estaba pensando en Cutter.

Le había dicho a Manuel que iba a dejarlo.

—Sé hombre —le respondió su amigo—. Díselo al jefe.

Y por eso había ido a Mother Gaston. Sin embargo, al llegar, el reemplazo de Davis, alguien llamado Nails, ni siquiera lo miró. Estaba hablando con los miembros más antiguos, recibiendo un informe de las actividades de la pandilla y las personas clave.

Cuando uno de los matones gritó —¡POLICÍA!—, Darrell huyó. Ya había tenido suficiente. No volvería a la pandilla.

Cutter tenía razón. No había nada para él en ese grupo. Al principio había sido seductor. Le dieron responsabilidades, lo hicieron sentir importante. Eso no había durado.

Me matarán, se estremeció. *No dejarán que nadie se vaya.*

Podrían matar a Mama también. Se sentó de golpe.

¿Significaba eso que tenía que volver a la pandilla? ¿Hasta que lo mataran o lo arrestaran? Porque sabía que esos eran los únicos dos resultados posibles para él.

Se exprimió el cerebro, frunciendo el ceño en concentración. Seguramente debía haber una manera. ¿Podría obtener protección de testigos? Eso es lo que pasaba en esos programas de televisión.

Idiota. Eso es solo si me convierto en testigo.

¿Qué sabía él que fuera tan importante?

Nada, se dijo con amargura. Podría delatar a Manuel, quien se estaba dando cuenta de que no era tan buen amigo. Podría decirle a la policía dónde se reunían Nails y sus hombres.

Ya lo sabrán. Hay patrullas subiendo y bajando por la calle. Se habrán dado cuenta de la pandilla.

Apretó la sábana con fuerza mientras intentaba recordar. Debía haber algo. ¿Qué hay de eso sobre los Leones? Había oído a uno de los matones hablar en voz baja, pero Davis lo había callado de inmediato. *Eso era solo un nombre. No lo volví a escuchar.*

No, no se le ocurría nada.

Pero el plan echó raíces. Obtener protección de testigos a cambio de delatar a la pandilla. Esa era la forma más segura de dejar la pandilla sin peligro.

Se levantó de la cama y buscó en su mochila la tarjeta de Cutter. Estaba allí, sucia y arrugada, pero legible. Memorizó el número y volvió corriendo a la cama cuando oyó a su madre entrar al apartamento.

Fingió estar dormido cuando ella abrió suavemente la puerta y se asomó.

Encontraré una salida, Mama. No te defraudaré.

34

Steve 'Nails' Patchey retrocedió varias veces hasta asegurarse de que estaba solo. Fue a Mother Gaston y entró en el terreno del promotor saltando la valla. Esperó en la oscuridad hasta que oyó pasos.

Gunner llegó a través del edificio contiguo. Una figura grande, que parecía ominosa en la oscuridad. Dos figuras le acompañaban, manteniéndose atrás.

—¿Qué pasó? —gruñó el fundador de los Lions.

—Había un policía encubierto —le dijo Nails. Había visto a su jefe romperle el cuello a un soplón. Sus grandes manos habían rodeado la garganta del hombre y la habían roto con un simple giro. Sin embargo, no estaba asustado. Formaba parte del círculo íntimo de Gunner, había sido reclutado personalmente por el hombre y había demostrado su lealtad y valía.

—¿Cuatro de tus hombres contra él, y aun así se escapó?

—Están muertos, Gunner.

—Podrían haber soplado.

—Conozco bien a esos hombres. No lo habrían hecho. Y aunque lo hubieran hecho, ¿qué sabían?

—Nuestro nombre. Hasta ahora lo hemos mantenido fuera de las calles.

—Hay suficientes bandas con nombres similares, Gunner —se burló. Dio un paso atrás cuando vio la expresión en la cara de su jefe—. Quiero decir —dijo conciliador—, no significará nada para la policía. De todos modos, sé que no hablaron. Hice que mi gente interrogara a todos en los edificios vecinos. Algunos residentes vieron lo que pasó desde sus ventanas. No hubo conversación.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Describe a ese policía.

—No vi mucho, pero Serro lo vio bien. Era alto, más de seis pies. Nariz grande, todo grande. Corpulento. Pero podía correr.

—¿Blanco?

—Bronceado. ¿No sabrán los policías en nuestra nómina quién era?

Gunner miró fijamente a la distancia y no respondió.

—Lo averiguaré —dijo.

—¿Alguna repercusión por la muerte de Davis?

—Nada de lo que tengas que preocuparte. Protege tu territorio, haz tu negocio y estarás bien.

—Entendido, Gunner.

—¿Tienes alguna tienda de judíos por aquí? ¿Comida para llevar india o china?

—Hay algunas.

—Elige a tus mejores hombres. Atácalas.

—¿Solo en Brownsville? Conozco varias por toda la ciudad.

—No me importa dónde. Pero hazme saber las tiendas. Las revisaré con otras células para que no estés pisando el territorio de alguien más.

—Hay una bodega en Brooklyn. Los mejores pasteles que he comido. Está en Lafayette Street.

—Lo comprobaré y te lo haré saber. ¿Qué tiene de especial esta? ¿Aparte de los pasteles?

—Es propiedad de un judío y una pareja china.

Gunner lo miró fijamente.

—¿Dueños judíos *y* chinos?

—Sí. Yo tuve la misma reacción cuando lo oí.

—Golpéala.

—Lo haré yo mismo.

—Esto es urgente. Tiene que ocurrir en los próximos dos días.

—Se hará.

—Usa a tus hombres de confianza. Nada de desechables.

—Todos serán blancos, Gunner.

—Ese es el punto.

—Entendido.

—Recuérdales el código. Si alguien es atrapado, que se calle y espere ayuda.

Gunner se marchó tan silenciosamente como había llegado. Sin chocar puños ni golpes en el pecho. No era de esos.

Nails salió del edificio e hizo una llamada.

—Serro —le dijo a su ayudante—, reúne a todos mañana. Tenemos trabajo.

35

Cutter estaba relajándose en el sofá de su oficina la noche siguiente. Por supuesto, no lo expresó de esa manera cuando Arnedra lo miró con desdén.

—Estoy pensando —le dijo solemnemente.

—Ya lo sé —respondió ella con sarcasmo—. En comida o en dormir. No hay nada más en tu mente. ¿Has cerrado el caso de Darrell?

—En eso estoy trabajando. *Sin interrupciones* —enfatizó, esperando que captara la indirecta.

Si lo hizo, optó por ignorarla.

Ella puso las manos en sus caderas y le lanzó una mirada furiosa.

—Cutter, si no mueves tu trasero...

Su teléfono sonó. Un número desconocido.

—¡CUTTER! —jadeó una voz joven.

—Sí, ¿quién es?

—¡DARRELL! TIENES QUE HACER ALGO. ESTÁN ATACANDO TIENDAS. DATE PRISA. LLAMA A ALGUIEN.

—Vaya —se incorporó de golpe—. Espera un momento. ¿Dónde estás? ¿Estás a salvo?

—Cutter, escúchame. Estoy a salvo. Estaba con la pandilla por la tarde. Solo escuchando. Sin hacer nada. Lo juro. Lo juro por Mamá. Nails reunió a los atacantes a su alrededor. Les dio instrucciones. Se supone que asaltarán tiendas. Cogerán el dinero y huirán. Él mismo iba a ir al centro. A una bodega en Lafayette. Lo recordé. Eso está cerca de la oficina de Mamá. —Las palabras salían de él a borbotones, como agua de una presa rota.

—¿Dónde está esa bodega? ¿Dijo algo más?

—Dijo algo sobre pasteles.

Cutter se levantó del sofá en un instante. Sujetó el teléfono entre el hombro y el cuello y abrió de un tirón el cajón para sacar su Glock y la funda.

—¿Sabes qué otros lugares van a atacar?

—No. Cuando oí sobre este, salí corriendo para llamarte.

—Nails dijo que iría él mismo allí.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace como media hora.

Cutter se imaginó al chico. Sudando. Asustado. Pero había hecho la llamada.

—¿Darrell?

—¿Sí? Haz algo. Por fav...

—Lo has hecho bien.

Colgó. Salió de la oficina en dos zancadas. Oyó a Arnedra llamando al número de emergencia. Y luego estaba en el ascensor, pulsando el botón de la planta baja. Intentó llamar a Difiore. Le saltó el buzón de voz.

—Varias tiendas en Brownsville van a ser asaltadas. Ahora mismo —dijo secamente y colgó. Dejó un mensaje similar para Quindica. Intentó llamar a la bodega. Maldijo en voz alta cuando no obtuvo respuesta. Moshe no contestó a su móvil; tampoco Chang ni Lin Shun.

Cutter echó a correr.

Se subió la cremallera de la chaqueta cuando vio que los ojos de una mujer se abrían de par en par al ver su pistola.

Media hora. Tiempo suficiente para que Nails hubiera llegado a la tienda. ¿Era esa la razón por la que sus dueños no contestaban? ¿Había salido algo mal?

Pasó como una exhalación un semáforo en rojo, abriéndose paso por un estrecho hueco entre el tráfico. Se ganó una lluvia de maldiciones y gruñidos.

Volvió a intentar los números. La detective, el SAC, sus amigos. Metió el móvil en el bolsillo cuando nadie contestó.

Redujo la velocidad cuando la bodega apareció a la vista.

El guerrero tomó el control. Examinando la calle. Todo parecía normal. No. Esos dos hombres de pie cerca de la tienda, hablando casualmente... no encajaban. Nadie merodeaba así. No tan cerca de la entrada. Las persianas estaban bajadas, también.

¡Está aquí!

El animal tomó el control.

36

—¿Tienes fuego, amigo? —Cutter usó el truco desgastado por el tiempo para acercarse a los hombres. La mano izquierda en el bolsillo, como si buscara un cigarrillo, la mano derecha cerca de su chaqueta.

—No. No ten...

Golpeó al que hablaba en la sien con el cañón de su Glock. Luego apuntó el arma contra los dientes del segundo matón.

—Una palabra y te rocío en la calle. —Empujó al hombre hacia adelante. Lo estrelló contra la puerta con tanta fuerza que esta se abrió y la campana sonó.

Un hombre enmascarado con un arma apuntaba a Chang y Lin Shun. Moshe estaba a su lado, tan tranquilo como siempre. Todos ellos detrás del mostrador.

Todos se volvieron hacia la puerta cuando él y su cautivo irrumpieron a través de ella.

¡Nails!

Cutter reconoció el pelo y la complexión del hombre.

Envió a su prisionero estrellándose contra el expositor y se lanzó al suelo cuando el matón disparó. Las botellas explotaron detrás de él y lo ducharon con líquido. Levantó su Glock para disparar un tiro de advertencia cuando el pandillero reaccionó de manera inesperada.

Saltó a través de la ventana, rompiendo el cristal y llevándose las persianas consigo.

¿Qué demonios...?

Cutter se lanzó hacia la puerta, sintió una sombra moverse. Se agachó demasiado tarde y recibió un golpe brutal en la sien. Su cabeza dio vueltas, su visión se cegó por un momento. Extendió la mano hacia su agresor, el segundo guardia, le agarró la camisa con la mano libre y tiró con fuerza.

Sintió movimiento. Nails, pareciendo un personaje de película de ciencia ficción con los restos de las persianas a su alrededor. Su bufanda se había deslizado revelando su mueca.

Cutter se sentía lento. Su mano armada no se levantaba lo suficientemente rápido. Su cuerpo se sentía pesado. Tomó la única opción que tenía. Se lanzó con todo su cuerpo contra el matón y lo envió tambaleándose hacia el líder. Recibió otro golpe en la nuca como recompensa y cayó al suelo. Buscó desesperadamente su Glock, que se le había escapado de la mano, y entonces una patada lo sumió en la oscuridad.

—Estuviste inconsciente solo unos momentos. Moshe le estaba limpiando la cara con una toalla de papel. Le entregó una botella de agua.

Cutter bebió con avidez y se limpió la boca con la manga. Hizo una mueca de dolor con el movimiento. Su cuerpo palpitaba y su cabeza se sentía sensible. Estaba en la bodega, en el suelo, con la espalda apoyada contra una nevera. Se sentía fresco y le traía algo de alivio al ardor interno.

—¿Qué pasó? —dijo con voz ronca.

—Te dieron una paliza —dijo Lin Shun simplemente—. Esa última patada te dejó inconsciente.

—Estoy decepcionado —Chang negó con la cabeza—. No eran seis. Solo dos. Dejaste que te vencieran.

Cutter le hizo una peineta y dejó que sus ojos recorrieran el interior de la tienda. —¿Dónde está el tercer hombre?

El rostro del dueño decayó. —También se escapó. Lo teníamos acorralado, pero nos distrajimos cuando te vimos afuera. Lo que te estaban haciendo. Embistió contra Lin Shun y escapó por la ventana.

—¿Te hizo daño? —le preguntó a Lin Shun.

—Pómulo fracturado —declaró su marido antes de que ella pudiera responder—. Tendremos que hacerle una radiografía. Es un milagro que no se haya roto el cuello.

Cutter respiró aliviado cuando ella le guiñó un ojo.

—Los teníamos —continuó Chang—. Y entonces tuviste que aparecer.

—¿Los tenían? ¡Ese hombre les apuntaba con un arma a todos ustedes!

—Lo teníamos bajo control.

—Entonces, ¿es mi culpa?

—Totalmente —Moshe estuvo de acuerdo y le limpió la cara de nuevo.

Sus ojos desmentían sus palabras. Ansiedad, preocupación, mientras revoloteaban a su alrededor.

—¿Lo tienen en cinta? —Cutter se puso de pie con la ayuda de Moshe.

No había mareo. No había vértigo. Tomó otro largo trago, el agua haciendo su magia dentro de él.

—¿Cinta? ¿Quién usa eso? —Chang resopló—. Sí, las cámaras estaban grabando. Ahí vienen tus amigos —interrumpió cuando los coches patrulla llegaron.

—¿Sigues vivo? —Difiore lo saludó.

37

Cutter levantó las manos en señal de resignación ante sus palabras y dejó que Lin Shun informara a los policías. El detective y la SAC grabaron su declaración en un teléfono mientras los agentes de patrulla inspeccionaban la tienda e interrogaban a los testigos en la calle. Una cinta acordonaba la acera, mientras otro policía dirigía el tráfico.

—Ahora tú —ordenó Difiore, sin que su rostro revelara sus pensamientos. Quindica observaba en silencio, con los pulgares enganchados en los bolsillos de sus pantalones bien cortados.

Él lo explicó todo. Cómo había llegado corriendo, había visto a los matones fuera y se había infiltrado.

Sus cejas se alzaron cuando ella apagó la grabación y guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Cómo sabías que esto iba a ocurrir?

—Yo también tengo una red en las calles. Uno de mis informantes me lo dijo.

—¿Este soplón tiene nombre?

—No para la policía. —*¿Por qué no está grabando esto?*

Ella no lo presionó.

—¿Alguno de esos agresores tiene nombre?

—Nails. Era el atracador. El que tenía la pistola.

—¿Cómo lo conoces?

—No lo conozco. Pero me han dicho que ha tomado el relevo de Davis.

El detective y la SAC lo atravesaron con la mirada.

—Rumores de la calle —dijo él, servicial—. Eso es lo que me dijo mi CI.

—Los policías tienen informantes confidenciales —dijo Difiore con tensión—. No...

—Yo también los tengo. ¿Cuántas tiendas fueron atacadas?

—Diez —gruñó ella—. Por toda la ciudad. Atracos. Todos en las últimas tres horas.

Cutter miró su reloj. Eran poco más de las nueve de la noche. Darrell lo había llamado a las seis.

—¿Han atrapado a algún delincuente?

—Se escaparon. —Lo miró acusadoramente. *Como si yo tuviera la culpa de eso también,* se quejó internamente.

Quindica se enderezó. Los policías de patrulla salieron de la tienda ante una orden silenciosa suya.

—Parece estar coordinado. Los ataques. —Tocó una persiana rota y la tiró—. Todos los atacantes eran blancos. Hombres jóvenes. Entre veinte y treinta años.

Cutter lo presentía, pero aun así se sorprendió cuando la oyó.

—Todas las tiendas eran propiedad de minorías. Gente de color.

—¿Se apuntaba a alguna raza en particular?

—No.

—¿Los Lions están detrás?

—No lo sabemos. También hemos preguntado a nuestros CI, pero quién sabe qué tipo de información nos llega.

Cutter sabía a qué se refería. *Los policías corruptos podrían no transmitir todo lo que les dicen sus soplones*. Su rostro se ensombreció cuando otro pensamiento lo asaltó.

Algunos de esos policías sabrán quiénes son los delincuentes. Podrían estar en contacto con Gunner.

Estaba seguro de que era Sheller quien estaba detrás de los ataques.

—Los Lions no tienen el monopolio de los crímenes raciales —Difiore canalizó sus pensamientos—. Hay otras bandas que podrían haberlos cometido. O todas ellas, copiándose unas a otras.

Él asintió, poco convencido. —Podrían obtener algo de las cámaras de seguridad.

—Nos ocuparemos de eso.

—Te preguntas por qué no grabé tu declaración. —Difiore lo dijo tan suavemente que Cutter tuvo que inclinar la cabeza para captarlo.

Los siguió a ella y a la SAC cuando salieron.

—Estoy segura de que puedes imaginarte por qué.

—Tu departamento está corrupto.

—No todos los policías.

—No quieres que todo lo que ves u oyes entre en vuestro sistema. ¿Qué hay de los federales?

Quindica le mostró un rostro impasible.

—¿El FBI también? —preguntó él, conmocionado.

—No podemos dar nada por sentado —respondió la detective.

—Conozco a Bart y a Bruce —replicó acaloradamente—. Ellos...

—No ellos.

—¿Ahora estoy del lado de los ángeles? —Sonrió.

—No —dijo Difiore tajantemente—. Pero esto... tu información privilegiada, eso es lo que queremos de ti. Nada más. Lo que dije antes sigue en pie. No te vuelvas un rebelde. No lleves a cabo tu propia investigación.

Él la saludó burlonamente, pero eso no provocó ninguna sonrisa.

Estos policías eran duros.

Se apartó del grupo de curiosos y reporteros en la acera, contenidos por la cinta y los policías.

—Él sabrá que estás involucrado —dijo Difiore como despedida.

Confía en ella para animarlo.

Él. Sheller. Quien, si veía la televisión, vería la cara de Cutter plasmada en las noticias locales.

38

Nails se encontró con Gunner en el mismo lugar de Mother Gaston, tarde en la noche. Era una ubicación de bajo riesgo. Tenían vía libre ya que la mayoría de los patrulleros que vigilaban la zona estaban en su nómina.

—Este hombre... ¿alguna posibilidad de que fuera el mismo? —preguntó el fundador de los Lions.

—No. Este era más joven. Diferentes rasgos. Ojos verdes. Parecía un modelo.

—Un modelo —resopló su jefe—, no se enfrentaría a hombres armados. ¿Tienes alguna herida?

—Algunas astillas de vidrio. Me las quité. Nada grave.

—¿Tus hombres?

—Se recuperarán.

—Investigaré quién es este hombre también. Podría ser un transeúnte, un policía fuera de servicio, cualquiera.

GUNNER RARA VEZ VEÍA LA TELEVISIÓN; DE LO CONTRARIO, HABRÍA SABIDO QUIÉN ERA EL hombre misterioso.

—Quinta Avenida —le dijo a su conductor mientras se abrochaba el cinturón.

Los diez ataques habían salido bien. Ninguno de sus hombres había sido detenido. La policía revisaría las grabaciones de las cámaras de seguridad e identificaría a algunos delincuentes, pero no encontrarían a esos hombres.

Sus Lions eran buenos operando bajo el radar. Justo debajo de las narices de todos, pero sin ser vistos.

—Reduce la velocidad —ordenó cuando se acercaban al edificio de la Colección Frick. Buscó en la acera y divisó una figura.

—Él —indicó.

El SUV redujo la velocidad lo suficiente para que el Hombre de la Acera pudiera subir.

—Me enteré —lo felicitó Mease, el recién llegado—. No hay nada más en la televisión que estos ataques. *Inquietante aumento de los crímenes de odio*, lo llamó un canal.

—Lo habría sido si hubiéramos matado a alguien. Di instrucciones explícitas sobre eso. Nada de disparos.

—Sí, a nuestros seguidores tampoco les habría gustado eso. Habría atraído demasiada atención.

—¿Cómo está él? —Gunner inclinó la cabeza en dirección a Central Park.

Él. Rubin.

Mease sabía a quién se refería. —Tiene entrevistas programadas para mañana. Se centrará en el mitin de Tizzard, los disturbios, estos ataques. Parsons y Farley creen que deberíamos ver un repunte en las encuestas.

—¿Tú qué opinas?

—Esto por sí solo no será suficiente. Las elecciones aún están a varios meses de distancia. Puede que necesitemos acciones más *drásticas*.

—¿De mi gente?

—Sí.

—Estamos para servir. —La sonrisa de Gunner era malévola.

39

—Eso requirió valor —Cutter le dio una palmada en la espalda a Darrell—. Llamarme.

El chico no respondió, ni lo miró a los ojos.

Estaban en el parque Chester.

Había seguido al estudiante después de la escuela; sin Manuel, sin unirse a la pandilla. El chico había arrojado su mochila sobre el césped y abierto una bolsa de patatas fritas cuando se acercó.

—¿Cómo me encontraste?

—Te seguí después de la escuela.

—¿Es eso lo que hiciste antes también?

—No. Ya te lo expliqué.

El chico vació la bolsa y la metió en su bolsillo. Bebió de una botella de jugo, que volvió a guardar en su mochila. Se limpió las manos en los pantalones.

—¿Por qué los delataste?

Se tomó su tiempo para responder.

—No se sentía correcto.

¿Ah? ¿Y lo que hiciste antes, con la pandilla, eso sí era correcto?

Sin embargo, Cutter no expresó sus pensamientos.

—Ese número desde el que me llamaste... No lo reconocí.

—Usé el de un desconocido. Les dije que el mío se había quedado sin batería. Que era una emergencia. No podía arriesgarme a llamar desde mi teléfono. Nails podría querer revisar todos nuestros teléfonos más tarde.

—Inteligente —dijo Cutter con admiración. Lo decía en serio.

—¿Cómo funciona la protección de testigos?

Cutter levantó la cabeza sorprendido por la pregunta.

—¿Por qué?

—Respóndeme —replicó el chico obstinadamente.

—Le dices algo a la policía o al FBI. Si es lo suficientemente importante como para llevar a muchos arrestos, te darán una nueva identidad, una nueva vida y te protegerán.

—¿Se lo darán a Mama y a mí?

—Darrell —dijo con firmeza—. Diste el primer paso para salir de esa pandilla al llamarme. Necesitas terminar con ellos. Deja de ir. Abandona a Manuel.

—¿Crees que es tan fácil?

—Lo es.

—No me dejarán salir así como así. Sé lo que le hicieron a otro chico. Leon le cortó la cara.

Ese debe ser Davis.

—¿Viste eso?

—No, Manuel me lo contó. Lo hizo frente a la pandilla. Como una lección para ellos. ¿Has estado en una pandilla antes? No es como cualquier otro trabajo, donde vas con tu jefe y le dices que renuncias.

Había ira en su voz, pero también miedo y el brillo de lágrimas en sus ojos.

—Tengo que hacer esto a mi manera.

—Darrell...

—No. Deja de seguirme. Deja de aconsejarme.

—Eres un niño. —Cutter lo agarró del codo y lo giró hacia él—. Estás completamente fuera de tu liga aquí. Lo inteligente es dejar de ir. Si vienen a buscarte, llámame y llama a la policía.

—¿Y si le hacen algo a Mama?

—Así no funcionan las pandillas. No quieren problemas.

—No conoces a este grupo.

—Piensa en tu mama.

—¡ESTOY PENSANDO EN ELLA! ¡ESTOY HACIENDO ESTO POR ELLA!

Darrell se sonrojó cuando algunas cabezas se giraron en su dirección. Se liberó, agarró su mochila y salió corriendo.

Se dio la vuelta y señaló con el dedo a Cutter.

—Y si le dices algo a Mama, yo...

Salió corriendo.

Cutter lo observó hasta que desapareció de vista y luego se maldijo a sí mismo.

Bien hecho, tío. Lo tenías. Podrías haberlo convencido. No. Tenías que tratarlo con condescendencia.

Era la forma más segura de alienar a un joven.

¿Hablaba Darrell en serio sobre el programa de protección de testigos?

Lo meditó antes de sacudir la cabeza. El programa federal de testigos era el más seguro. Varios estados tenían sus propias versiones, incluido Nueva York. Sin embargo, esos programas eran menos extensos que el operado por los Marshals.

Quindica puede meterlo en el programa federal, pero ¿qué tiene para ofrecer? ¿Nails? Eso no era suficiente. La policía podía atrapar al líder por su cuenta.

Cutter volvió a maldecir en voz alta y recibió una mirada de reproche y un chasquido de lengua de una madre. Se puso de pie y se dirigió pesadamente hacia su coche.

Había vuelto al punto de partida. Tendría que encontrar una manera de sacar a Darrell antes de que se pusiera en peligro.

Tampoco puedo decírselo a Carmel. Ella hablará con él y eso lo alejará aún más.

Tenía que encontrar otra manera.

Tal vez acabe con la pandilla yo mismo.

Era un pensamiento frívolo, pero se quedó en su mente.

40

Gunner finalmente encendió su televisor.

Se acomodó en su sofá y vio al candidato en varios canales, expresando su indignación por la oleada de crímenes de odio.

—Necesitamos ser duros con estos criminales. Nuestros policías están librando una batalla perdida. El sistema de justicia está sesgado a favor de los matones —expuso apasionadamente cómo cambiaría el sistema. Proporcionaría a las fuerzas del orden las herramientas para combatir el crimen. El público del estudio aplaudía y vitoreaba con entusiasmo ante sus declaraciones. Si las elecciones se hubieran celebrado en ese preciso momento, Rubin habría ganado.

El fundador de la pandilla gruñó satisfecho. Parecía que las acciones de su gente habían funcionado. Sin embargo, estaba de acuerdo con Mease. Los ataques no serían suficientes. El vicepresidente y los otros candidatos volverían con políticas y propuestas tangibles para abordar los problemas nacionales. Si Rubin tenía que cabalgar una ola de emoción, tendría que suceder algo más grande.

Algo más drástico que los ataques, como había dicho Mease.

Extendió la mano hacia el control remoto para apagar el televisor, pero se detuvo. Una entrevista con alguien que se hacía llamar El Arreglador. Un tipo atractivo. Había detenido un ataque a una tienda de conveniencia en Lafayette hacía dos semanas.

Sus ojos se agudizaron. ¿No había asaltado Nails...? Agarró su teléfono y marcó un número.

—El Arreglador... ¿es él? —ladró.

Su ayudante, claramente desconcertado por la pregunta abrupta, se tomó su tiempo. —¿Lo viste en la televisión? Se llama Cutter Grogan. Yo también hice la conexión, después de que nos encontramos. Era él.

—¿Asaltaste la misma tienda que había sido atacada hace solo un par de semanas? ¿Por nuestra gente?

—No los conocía, jefe.

Gunner apretó el teléfono con tanta fuerza que las venas de sus manos se hincharon. Se obligó a relajarse. No era culpa de Nails. Así era como funcionaba la pandilla. Una célula no sabía lo que hacía la otra. Solo él y unos pocos lugartenientes de confianza podían ver el panorama completo.

Boyce, Pupius y Tuttle eran nuevos en el capítulo de Queens. Se les había ordenado explícitamente que no se tatuaran, pero Boyce lo había hecho de todos modos. Se les había dicho que mantuvieran un perfil bajo y aprendieran cómo funcionaba la pandilla. Fueron y asaltaron esa bodega.

Gunner había hecho que Mease moviera hilos para que obtuvieran la fianza. Luego arregló sus muertes. Aquellos que se atrevían a desobedecer sus órdenes descubrían rápidamente cuán severas eran sus sentencias.

—¿Cómo es que volvió a esa misma tienda?

—No lo sé, jefe. ¿Quiere que lo averigüe?

—No. Mantente al margen.

Marcó otro número.

—¿Cray?

—Sí, Gunner.

—Quiero que encuentres todo lo que puedas sobre El Arreglador.

—¿El de la televisión?

—Sí.

—Me encargo.

Su especialista en tecnología colgó.

Gunner había comprendido desde el principio que se necesitaría un genio de la informática para apoyar el crecimiento de los Leones. Entra Cray. Un hacker que había cumplido condena en Lompoc, que había oído hablar de Gunner y los Leones a través de los rumores de la prisión. Compartía la filosofía, era un miembro entusiasta y sus habilidades eran justo lo que la pandilla necesitaba.

Gunner llamó a Mease. —¿Tenemos algún policía corpulento de nuestro lado? —Describió al policía encubierto que había matado a la gente de Nails, y lo que había hecho.

—Nuestros amigos me habrían dicho si hubiera alguna vigilancia. Lo averiguaré.

MEASE COLGÓ. ENDEREZÓ EL MANTEL DE LA MESA MIENTRAS REPASABA MENTALMENTE SU LISTA de contactos.

—Soy yo —le dijo al mismo asistente del jefe al que había llamado días atrás—. ¿Cómo está aguantando Martinelli?

—Está bien. Parece que la investigación encontrará alguna falla en sus acciones; sin embargo, no será despedido ni suspendido. Se le dará trabajo ligero. Cosas administrativas que los policías odian, pero se saldrá con la suya.

—Genial. Puede esperar una bonificación considerable.

—Lo sabe.

—¿Tienes a alguien encubierto trabajando en Brownsville?

—No —respondió el jefe categóricamente.

—Sí. Lo habría sabido. ¿Por qué preguntas?

—Esos asesinatos en Brownsville...

—El tirador escapó. Todavía lo estamos buscando.

—Esos hombres eran nuestros.

—Lo sé.

—Creemos que era un agente de la ley.

—No del NYPD. Podría ser de la DEA o alguna otra agencia.

Mease frunció el ceño. La participación federal era lo último que querían. Agradeció al jefe y marcó otro número, este en DC.

—Kosman —dijo y colgó.

Minutos después sonó su teléfono. El Administrador Adjunto Asociado de la División de

Inteligencia de la DEA le devolvió la llamada desde su teléfono desechable.

—Mease —siseó—. Tenemos un protocolo. No puedes llamarme a la oficina.

—No lo haría si no fuera importante. ¿Tienes algún agente encubierto en Brooklyn?

—¿Esto es por esos tiroteos? No. Te habría avisado.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que lo estoy. —Colgó.

El estratega se acarició la barbilla. Creía a Kosman. El funcionario de la DEA tenía demasiado que perder como para mentir. Mease lo había grabado aceptando sobornos a cambio de información. Como si eso no fuera suficiente, tenían una grabación que revelaba sus puntos de vista sobre la supremacía blanca.

Su red de contactos y la de Rubin estaban llenas de creyentes. El chantaje también ayudaba.

GUNNER ATENDIÓ SU LLAMADA UNA HORA DESPUÉS.

—No es ningún tipo de agente de la ley.

Agradeció a Mease y se preparó un café. El hombre corpulento no era una prioridad. Sin embargo, había salido de ADX, donde cualquier signo de debilidad podía ser fatal. Aplicaba la misma filosofía para dirigir la pandilla.

—Corre la voz —les dijo a sus líderes de célula mientras llamaba a cada uno—. Necesitamos encontrar a ese tirador.

41

Cutter estaba de vuelta en ADX Florence.

Una visita organizada apresuradamente, cuando el alcaide lo había llamado y le dijo crítpicamente que un amigo mutuo necesitaba verlo.

—¿No tienes un mensaje para mí? *Eso es lo que Jake y yo acordamos.*

—Solo que necesitas mover tu trasero lo antes posible. ¿Por qué demonios acepté ser cartero? —Había colgado el teléfono con eso.

Lo que llevó a Cutter a volar de regreso, repitiendo su itinerario anterior.

LA MISMA SALA DE REUNIONES EN LA PRISIÓN. EL ALCAIDE BRILLABA POR SU AUSENCIA.

Horstman llegó con su séquito de guardias, que esperaron fuera de la habitación.

—La gente hablará si nos reunimos tan a menudo —bromeó Cutter, pero había una seriedad subyacente. Las paredes tenían oídos, y las de las prisiones tenían un oído muy agudo.

—No podía esperar. Bull y yo hablamos. Estaba drogado. Había conseguido algo de hierba, no me preguntes cómo, ya sabes cómo es el comercio aquí dentro.

Cada prisión tenía una fuerte operación de contrabando y hacía un negocio próspero con artículos prohibidos. Cigarrillos, teléfonos, comida, cualquier cosa estaba disponible por un precio.

—Nuestro amigo definitivamente está vivo. —Horstman bajó la voz—. Todo lo que tuve que hacer fue hablar de una segunda vida, y Bull empezó a hablar.

—¿Usó el nombre de Gunner?

—No, pero lo describió. ¿Quién más se parece a Sheller?

Cutter estuvo de acuerdo. Había estado esperando tal revelación, pero escucharlo lo sacudió de todos modos.

—No me llamaste solo para decirme eso.

—Dijo que Gunner tuvo ayuda para escenificar su muerte. Ayuda externa. Tomé eso como alguien de fuera de ADX. Y que —se inclinó hacia adelante— estaba trabajando en algo grande. Muy grande.

—¿Qué podría ser más grande que dirigir una banda mientras el mundo cree que está muerto?

—Ni idea. No podía decirle al alcaide que transmitiera todo eso.

—¿Dijo algo más?

—Empezó a divagar después, y no me atreví a preguntarle.

—No lo vuelvas a mencionar. No por ti mismo. Si él lo hace, muestra que no estás interesado.

—Sí.

—¿Sabes si Bull tiene alguna visita?

—Familia. Nadie más.

Eso no significaba nada. Los seres queridos de un convicto generalmente se duplicaban como mensajeros. *Podría estar en contacto activo con Gunner de esa manera.*

CUTTER DEJÓ ADX PREOCUPADO. LOS HALLAZGOS DE HORSTMAN ERAN ÚTILES, PERO ¿CÓMO podía actuar sobre ellos?

¿Cómo encuentro a un hombre muerto?

Difiore y Quindica podrían ayudar, pero el ex convicto también se había mantenido fuera de su radar. ¿Qué podrían hacer?

Abordó su vuelo, aún pensando furiosamente.

—¿Investigaste la muerte de Sheller? —preguntó en una llamada a Difiore cuando aterrizó en Newark.

—Callejones sin salida. El forense está muerto. Murió en un accidente de caza. Los detectives que llevaron el caso, dos de ellos... uno se jubiló en México, imposible de localizar. El otro está en algún crucero europeo.

—¿Sus notas del caso?

—Nada ahí.

—¿Qué hay del cuerpo? ¿La persona que fue asesinada?

—Entregado a la familia lejana de Sheller, quienes están...

—Imposibles de localizar.

—Lo has pillado. Cuatro años es mucho tiempo, incluso en el mundo de hoy con internet y todo eso.

—¿Qué hay del hombre con el que tuvo una pelea? Apuesto a que era su cuerpo.

—Él está...

—Desaparecido también.

—Sí —dijo Difiore con amargura—. Y no podemos reabrir el caso porque eso podría alertar a Sheller. ¿Por qué preguntas todo esto?

—Me reuní con Jake hoy. —Se lo explicó rápidamente—. Acabo de aterrizar, de hecho.

—La ayuda externa podría significar cualquier cosa.

—Significa que quienes lo ayudaron no tenían conexión con la prisión. Eso es raro. Los criminales y ex convictos se mueven en un círculo pequeño. El contacto civil suele ser amigos y familia o empleadores. No, esto es diferente.

—No hay nada en qué basarse ahí.

—Vaya que lo sé —maldijo.

Se culparía a sí mismo por lo que sucedió después.

42

Los muros de la prisión *sí* tenían oídos.

También tenían ojos, y ADX no era diferente.

El guardia de la prisión que había registrado la entrada de Cutter tenía un buen negocio. Recibía una parte del tráfico de drogas de la prisión, varias bolsitas cada semana que vendía fuera por un sustancioso beneficio. Todo lo que tenía que hacer era llamar a cierto número y proporcionar información.

Información inofensiva, así es como se lo justificaba a sí mismo. Además, muchos funcionarios tenían trabajos secundarios. Que él revelara algunos cotilleos internos... ¿qué daño hacía? ¿No era América la tierra de la libre empresa?

—Sí. Grogan. Cutter. C-U-T-T-E-R —lo deletreó—. Vino dos veces. Se reunió con un solo preso. Ripper. Lo siento, así es como lo llamamos. Jake Horstman. Claro, estaré atento.

Colgó y volvió a su puesto, revisando el registro de visitantes en su pantalla. ¿Habría otros nombres de los que pudiera sacar algún provecho?

SU INFORMACIÓN LLEGÓ AL LÍDER DE LA CÉLULA DE LOS LEONES DE COLORADO, QUIEN LA transmitió directamente hacia arriba. Llegó a Gunner, quien recorría la ciudad en su SUV con los cristales oscurecidos. Supervisando sus células, asegurándose de que el negocio funcionaba sin problemas.

El fundador de los Leones acababa de matar a un desertor, un miembro de la pandilla que se había cambiado a una organización rival.

—Entiérrenlo en ese terreno en construcción —ordenó mientras se limpiaba las manos con un trapo, para luego prenderle fuego—. El que tiene cemento fresco, junto al río. Todavía debería estar húmedo.

Se subió a su vehículo, que crujió bajo su peso, e hizo una señal a su conductor para que arrancara. Miró hacia atrás a sus hombres, que estaban envolviendo al matón muerto en una lona. No había lugar para traidores, no en los Leones. El idiota obtuvo lo que se merecía.

Metió la mano en su bolsillo distraídamente cuando su teléfono sonó. Reconoció el número desechable.

—¿Sí?

Se quedó inmóvil cuando un líder de célula le transmitió las noticias de ADX.

—¿Grogan? ¿Ripper? ¿Ayer? ¿Estás seguro? —Se mordió la lengua para no maldecir. Por supuesto que su hombre estaba seguro. Todos en su pandilla sabían que no debían alimentarlo

con información falsa.

—No hagas nada por ahora. Mantén un ojo sobre quién más lo visita.

Miró ciegamente por la ventana cuando la llamada terminó. Era la tercera vez que este tipo Fixer aparecía en su radar. ¿Cómo conocía a Ripper? ¿Y qué le había contado el recluso?

Gunner mantenía un seguimiento de sus enemigos. La mayoría estaban muertos, y los pocos que seguían vivos estaban en prisión, lo que facilitaba mantenerlos vigilados. Su bien engrasada red en ADX era sus ojos y oídos, su sistema de alarma.

Quizás era hora de cambiar su función. Convertirla en un arma. Sin embargo, primero tenía que saber más.

—¿Cray? —gruñó en su teléfono—. ¿Qué has encontrado sobre Grogan?

—Es como un investigador privado, jefe. Pero sin licencia. Está establecido en Lafayette.

—¿Qué tan grande es su organización?

—Solo él y su compañera. Una mujer negra.

—¿Negra?

—Sí.

—¿Familia? ¿Novias? ¿Novios?

—Ninguno que pudiera encontrar. Sin presencia en redes sociales. Ni siquiera tiene una tarjeta de crédito. Es propietario de su apartamento en Lafayette.

—¿Propietario?

—Sí.

Eso significaba que el Fixer tenía dinero. Lo que también significaba que podría estar bien conectado. Tenía que averiguar más antes de decidir un curso de acción.

DARRELL ESTABA NERVIOSO. MIRABA HACIA ATRÁS CON FRECUENCIA, IGNORANDO LAS MIRADAS interrogantes de Manuel.

—Tenemos que tener cuidado —le dijo a sus amigos—. Ese lugar de reunión llamó la atención.

—Relájate, hermano —resopló su amigo—. Nails lo tiene todo controlado. Sabremos si los policías vienen por nosotros.

—¿Tenemos policías amigos?

—Sí.

—¿Quiénes son?

—No quieres saberlo, hermano. Pensé que te estabas saliendo de la pandilla.

—¿Qué te hizo pensar eso?

—Te mantienes al margen cuando estamos con los tipos. Ya no llevas la mochila. La gente se ha dado cuenta.

—¿Qué están diciendo?

—Esto y aquello. —Su amigo no elaboró más.

—Estoy comprometido.

—Eso es bueno, hermano. Esa es nuestra familia.

Darrell forzó una sonrisa y siguió a su amigo al lugar de reunión de la pandilla en Mother Gaston.

Estaba viendo a Manuel bajo una nueva luz. Su amigo no era el mismo chico con el que había crecido. Se había vuelto más duro. Despiadado.

No quiero ser como él.

Quiero salir.

Lo que significaba que tenía que encontrar algo sobre la pandilla. Pronto.

—ESTABA ESPERANDO TENER NOTICIAS TUYAS.

Cutter levantó la vista para ver a Carmel Ward irrumpir en su oficina, con Arnedra detrás de ella.

Era por la tarde. Los rayos de luz entraban por las ventanas, iluminando el suelo de madera. Un arreglo floral que su compañera había comprado añadía color a la habitación.

Nada de lo cual distrajo a la madre. Sacudió su dedo acusadoramente hacia él.

—Pensé que me llamarías para ponerme al día sobre lo que está pasando. Darrell llegó temprano a casa algunas noches. Pensé que eso era todo; que había recuperado a mi hijo. Pero hoy me envió un mensaje. Dijo que llegaría tarde. Comprobé con la madre de Manuel. Él también está fuera. ¿QUÉ ESTÁ PASANDO? ¿EN QUÉ ESTÁ METIDO MI HIJO?

—Malas compañías, señora —dijo Cutter con suavidad—. Justo como usted sospechaba.

Su admisión la detuvo en medio de su diatriba. A tientas, alcanzó el respaldo de una silla, la maniobró y se sentó pesadamente.

—¿Como una pandilla? —preguntó con voz hueca.

—Aún no lo sé. —Se odiaba a sí mismo por mentir—. Todavía estoy averiguándolo.

—¿Podemos ir a la policía?

—Podemos, señora. Pero Darrell también podría meterse en problemas.

Ella retorció sus manos nerviosamente mientras su labio temblaba y sus ojos se llenaban de lágrimas. —Pensé que había recuperado a mi hijo. Cuando recibí su mensaje hoy... —Sorbió, se secó las lágrimas y cuadró los hombros.

—Señor Grogan, por favor salve a mi hijo.

—Cutter, señora...

—Todo lo que tengo es tuyo —Ella hizo un gesto desdeñoso ante sus palabras—. Lo único que quiero es a mi hijo.

Él estaba meditabundo cuando Arnedra regresó después de acompañar a su visitante a la salida.

—Pensé que tenías una conexión con Darrell. Te llamó para advertirte sobre el ataque a esa tienda.

—La cagué. Lo presioné demasiado, demasiado rápido.

—¿Sabe lo peligroso que es? —Ella suspiró cuando él le contó sobre su último encuentro con el estudiante.

—Cree que es como lo muestran en Hollywood.

—¿Qué vas a hacer?

—Seguirlo tanto como pueda. Estar ahí para él.

—Podrías ir a la policía.

—Lo haré si no se me ocurre otra alternativa. Veré si puedo conseguir que Difiore sea indulgente con él.

—Es posible que lo sea. Es decir, no se ha metido en nada más grave que almacenar drogas.

—Sí. No es ella quien me preocupa.

—¿La pandilla?

—Sí —Asintió con seriedad—. Los Leones tomarán represalias. Con su red dentro del NYPD, sabrán quién los ha delatado.

—Y lo que Darrell les cuente no será lo suficientemente importante como para garantizarle protección.

—Oh, enviarán algunos patrulleros, montarán algo de vigilancia, pero ¿y si esos policías están corruptos?

—Estás jodido.

Sonrió a regañadientes. Arnedra tenía una manera de ir al grano.

Su sonrisa desapareció cuando ella volvió a su escritorio.

Había completado satisfactoriamente todos los encargos que habían recibido. Claro, Carmel Ward no le había pagado, pero ella era su clienta.

Y parecía que le fallaría.

43

Terry Kobach cumplía cadena perpetua por una serie de delitos que habían conmocionado al país.

Había violado a una niña menor de edad frente a sus padres y luego asesinado a toda la familia. Había escapado en su coche y disparado por todo el vecindario mientras era perseguido por la policía. Dos víctimas más habían muerto antes de que fuera arrestado.

Llegó a ADX con una reputación. Otros reclusos lo pusieron a prueba. Aplastó el cráneo de un prisionero contra una pared y mutiló permanentemente a otro. Nadie lo molestó después de eso.

Había encontrado un amigo en Gunner. El hombre de los Lions era un asesino a sangre fría como él, y ¿qué había que no le gustara de las ideas de supremacía blanca?

Se convirtió en el ejecutor de la pandilla en la prisión. Si había que amenazar a un recluso, a Kobach solo le bastaba con mirar de manera amenazante y la mayoría de las veces eso bastaba. A veces tenía que tomar medidas más directas. Como hundir una navaja casera entre las costillas o en la yugular. A cambio, recibía un suministro interminable de cigarrillos, marihuana y su elección de celda cuando no estaba en aislamiento.

La violencia y los asesinatos no le molestaban. Ya estaba cumpliendo cadena perpetua. ¿Qué más podían hacerle?

El mensaje le llegó, palabras susurradas apresuradamente en sus oídos durante la cena.

—ERES UN HOMBRE POPULAR.

Horstman se dio la vuelta en el patio para ver a Kobach mirándolo con malicia. Dejó las pesas con las que estaba ejercitándose y se limpió el sudor en la manga. El asesino había sido uno de sus atacantes, junto con Gunner, cuando Cutter había intervenido. Los dos hombres se habían mantenido a distancia cuando tanto Sheller como su amigo habían salido de prisión.

—¿Eso crees?

—Sí. Oí que recibiste dos visitas en menos de una semana. La misma persona. Sorpresa, sorpresa, no es familia.

A Horstman se le erizó la piel. ¿Cómo sabía el recluso de sus visitantes? ¿Lo estaban vigilando?

—¿Y a ti qué te importa?

—Qué curioso que me preguntes eso. Me estaba preguntando quién era este hombre y qué significaba para ti.

Horstman se dio cuenta con asombro de que estaban solos en el patio. Ni otros prisioneros, ni guardias, solo él y uno de los hombres más peligrosos de ADX bajo el sol abrasador.

Levantó una mano para limpiarse la frente, y ese fue su error. Dejó su pecho expuesto, suficiente abertura para Kobach, quien lo golpeó con el puño cerrado, clavando los nudillos profundamente en su plexo solar.

Horstman se dobló sobre sí mismo. Extendió la mano para detener el avance de su atacante, pero su mano fue agarrada y retorcida con tanta fuerza que se le escapó un grito. Se cortó abruptamente cuando la rodilla de Kobach se estrelló contra su mandíbula.

—Dímelo, Ripper —canturreó el hombre en su oído—. Sabes que quieres hacerlo.

CUTTER ESTABA CONDUCIENDO HACIA BROWNSVILLE CUANDO UN PAR DE MANCUERNAS aplastaron las costillas de Horstman. Estaba ajustándose las gafas de sol y siguiendo a Darrell y Manuel cuando una pesa cayó sobre los testículos de su amigo.

Estaba cruzando Mother Gaston, hacia el otro lado, cuando le arrancaron la oreja a Horstman.

TODOS SE QUIEBRAN. TODOS TIENEN UN PUNTO EN EL QUE EL CEREBRO APAGA EL CUERPO PARA preservar sus recursos y decide rendirse.

Horstman alcanzó el suyo cuando le rompieron el décimo dedo del pie.

Sollozó y le confesó todo sobre Cutter a Kobach, quien escuchó y abandonó el patio cuando se quedó sin palabras.

Solo entonces los guardias se apresuraron a entrar, junto con los paramédicos.

44

Gunner recibió la noticia mientras cenaba en su apartamento del Bronx. Dejó de comer y se concentró en la voz al teléfono.

Era vagamente consciente de los leves sonidos del exterior, ruidos apagados del tráfico, pero no rompieron su concentración.

—¿Ripper dijo eso? ¿Que Grogan era Farhaan Zaidi?

—Sí. Lo admitió.

—Habría dicho cualquier cosa para que parara la tortura.

—No había razón para que dijera ese nombre. No le estaba preguntando sobre Zaidi.

—¿Algún problema con los guardias?

—No.

—¿Dónde está Ripper ahora?

—En una sala de emergencias. Ya sabes dónde están.

—Mantenlo vigilado. Te volveré a llamar.

Gunner apartó su comida a medio terminar y juntó las puntas de los dedos.

Zaidi. El mismo terrorista que había intervenido y salvado a Ripper de los Lions. El mismo hombre que había protegido a los otros terroristas de Gunner.

No se dio cuenta de que estaba rechinando los dientes hasta que sintió la boca adolorida. Se detuvo y desapretó los puños.

Zaidi. El enemigo más acérrimo que Gunner tenía en ADX. El hombre que había jurado matar, aunque no había logrado la oportunidad; el terrorista simplemente había desaparecido misteriosamente un día.

Zaidi y Grogan eran la misma persona.

Pero ¿por qué?

—¿Cray? —ladró a su teléfono—. ¿Puedes comparar a dos personas, ver si son la misma? ¿Eso del reconocimiento facial?

—Sí, si tengo imágenes de los dos hombres.

—Grogan es uno de ellos. El otro es Farhaan Zaidi.

Una larga pausa. —¿Zaidi? ¿No era el terrorista que estaba en ADX contigo?

—La misma persona.

—No entiendo, jefe. El tipo del Fixer y este...

—Cray —gruñó Gunner—. No necesito que entiendas. Averigua si los dos hombres son el mismo con ese software elegante que tienes.

Maldijo en voz alta y fue a su computadora. Buscó a Grogan y vio varios clips de entrevistas

suyas. Luego buscó a Zaidi. Había habido algo de cobertura del terrorista cuando lo habían capturado. No. El hombre de Daesh tenía una quemadura en la cara. Una barba espesa. *Tenía acento.* Solo sus alturas eran similares. Pero podría estar disfrazado.

Se le ocurrió otro pensamiento. Ese hombre corpulento que había matado a la gente de Nails. ¿Podría ser Grogan?

Era posible.

¿Zaidi, o el Fixer o quienquiera que fuese realmente, sospechaba que Gunner estaba vivo? ¿Era por eso que había atacado a los Lions y había ido a Ripper en busca de información?

Los puños del fundador de la pandilla se abrían y cerraban repetidamente mientras imaginaba que estaban alrededor del cuello de Grogan. Había asuntos pendientes entre ellos, que él resolvería a su manera: matando al hombre, lenta, dolorosa e implacablemente.

Pero primero tenía que saber más.

—¿Puedes entrar en la habitación de Ripper? —le preguntó a Kobach. ADX podría haber sido la prisión más segura de América, pero el dinero también hablaba allí. La gente de Gunner tenía acceso a teléfonos y contrabando y podía obtener privilegios especiales para ellos mismos.

—Será difícil. Habrá que sobornar a más guardias. A los médicos también.

—Haré los arreglos. No tendrás problemas con ellos. ¿Está consciente?

—Supongo que sí. No lo maté.

—Ve con él. Pregúntale sobre Zaidi. ¿Por qué estaba ese hombre en prisión?

—Era un terrorista. ¿Dónde más estaría?

—Kobach —tronó Gunner. ¿Por qué su gente le respondía?—. No necesito que pienses. Déjame eso a mí. Hazle esa pregunta. Y una vez que responda, haz lo que hacen esos terroristas.

45

Cutter regresó de su reconocimiento sin encontrar nada sustancial.

Había intentado seguir a Nails después de su reunión con sus hombres, pero el líder de la pandilla tenía un anillo protector a su alrededor y no pudo acercarse. No sin convertir la calle en un tiroteo.

Había seguido su vehículo, pero se alejó cuando encontró un segundo coche de la pandilla siguiendo a Nails.

Eso es para detectar seguidores y advertir a Nails.

Colocar un rastreador en su vehículo tampoco habría funcionado. Se había dado cuenta de cómo los matones revisaban su vehículo antes de subirse a él.

Estaba inquieto. Darrell había estado con la pandilla, con Manuel. El adolescente se había dirigido a casa cuando la pandilla se separó.

Cutter apenas prestó atención a las noticias en la televisión sobre el aumento en las encuestas para Rubin. Caminaba de un lado a otro en su apartamento y miraba por la ventana. La vista de la ciudad no lo calmaba como solía hacerlo. Golpeó su almohada para darle forma e intentó dormir. No, eso tampoco funcionó.

Se levantó de la cama con una maldición, se puso sus pantalones de gimnasia y salió de su apartamento para una carrera nocturna.

Esperaba que algunos asaltantes lo abordaran; estaba de ese tipo de humor oscuro.

Fue cuando había completado diez millas rápidas que se dio cuenta de lo que le molestaba.

Un presentimiento.

Su radar interno sonaba débilmente.

Advirtiéndole de una amenaza inminente.

¿Pero de dónde y de quién?

KOBACH SE ESCABULLÓ DE SU CELDA A LAS DIEZ DE LA NOCHE Y BAJÓ POR EL PASILLO. SONIDOS de ronquidos y murmullos. Alguien llorando. Otro prisionero rezando en voz alta. Una voz llamando enojada pidiendo silencio. Sonidos nocturnos normales en ADX.

Probó la puerta al final del corredor. Se abrió. No sonó ninguna alarma, no vinieron guardias corriendo para someterlo.

Atravesó más pasillos y cruzó una gran área de recepción. Sacudió la cabeza en admiración por la influencia de Gunner. Los guardias no levantaron la vista de sus pantallas cuando pasó. Parecía que las cámaras de seguridad habían sido apagadas temporalmente.

Entró en la sección médica de emergencia. Sin enfermeras ni médicos. Luces fluorescentes brillantes. Puertas a varias salas de atención.

Entró en la última.

Ripper, en su cama, conectado a varios equipos, con tubos saliendo de sus manos y nariz.

Se acercó a su víctima, que respiraba estertóreamente, y le dio una palmada suave en la mejilla.

—Oye, ¿Horstman? ¿Estás despierto?

No era un cuidado tierno y amoroso, pero Kobach no sabría lo que es eso ni aunque le mordiera el trasero.

—¿Ripper? —gruñó, más fuerte. Claro, tenía libre paso, pero los guardias no podían hacer la vista gorda para siempre.

Los ojos del prisionero parpadearon. Se estremeció y gimió cuando reconoció a su atacante.

—No, no —protestó Kobach—. No más golpes, lo prometo. Solo necesito saber esto. ¿Por qué estaba Zaidi en prisión?

Agarró el mentón de Ripper y le impidió mirar hacia otro lado.

—No me hagas enojar —dijo suavemente—. No me hagas empezar de nuevo.

Arrugó la nariz cuando el prisionero se ensució encima.

—Estás asustado. Eso es bueno. Ahora, dime lo que te pregunté. Sé bueno.

Persuadió y amenazó y presionó las heridas del hombre hasta que Jake Horstman reveló su último secreto restante.

Y entonces Kobach sacó la hoja de sierra de su manga y se puso a trabajar, y cuando terminó, silbaba mientras regresaba a su celda. Varias horas después fue golpeado por los guardias y enviado a confinamiento solitario, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Tenía lo que Gunner había querido.

Había transmitido la información.

¿Y qué podían hacer las autoridades?

¿Enviarlo al corredor de la muerte?

No le temía a eso.

46

—¡Grogan!

Cutter se dio la vuelta bruscamente, alcanzando su bolsa de gimnasio, con la inquietud de la noche anterior aún fuerte en él, hasta que reconoció la voz y las dos figuras en el estacionamiento.

—De todos los lugares para encontrarnos, este es donde... —se interrumpió cuando los leyó. Difiore y Quindica, normalmente impasibles, pero algo en su manera de estar.

—¿Pasa algo? Darr...

Se cortó antes de poder completar el nombre. Ellas no sabían del chico. No había necesidad de mencionar su nombre.

—Él no lo sabe —dijo la detective.

—No —confirmó Quindica—. Adentro. —Señaló con el pulgar en dirección al edificio.

—Oye —protestó él—, si quieren mi café, ¡solo pídanlo!

Eso no provocó ninguna reacción.

Las hizo pasar y se señaló a sí mismo. —Lo que sea que quieran decirme puede esperar hasta que me duche. Saben dónde está la cocina.

Una taza recién hecha lo esperaba cuando se unió a ellas en la sala de estar. Asintió en agradecimiento, dio un sorbo apreciativo cuando Difiore tomó el control remoto del televisor y lo encendió.

Estaba a punto de hacer un comentario sobre lo cómoda que se sentía en su apartamento cuando las palabras murieron en sus labios.

BRUTAL ASESINATO EN ADX FLORENCE.

PRISIONERO DECAPITADO.

Los titulares se repetían mientras el presentador daba la noticia de la horrible muerte de Jake Horstman. Alguien exclamó y se movió. Quindica. Sus palabras no se registraron. Se acercó a él y le limpió la muñeca con una toalla, limpiando el café caliente que había derramado, la quemadura de la que no era consciente.

Horstman estaba muerto. Asesinado en prisión.

Poco más registró.

La bebida sabía a cenizas cuando la sorbió inconscientemente. La dejó y se alejó de las policías. Se cruzó de brazos y vio el informe una y otra vez hasta que Difiore apagó el televisor.

—Pensamos que lo sabrías.

No respondió.

Ahora sabía de qué se trataba ese presentimiento. Dio la bienvenida a la frialdad, a la

sensación distante que lo invadió.

—No lo sabía. Rara vez veo las noticias. —Fue consciente de la mirada aguda que ella le lanzó.

Agradeció su silencio. Que no ofrecieran tópicos sin sentido. Su amigo no volvería. Su muerte no se mitigaría con palabras.

—Los informes hablan de una pelea en la prisión —lo informó Quindica impasiblemente—. Horstman estaba en cuidados de emergencia después de haber sido brutalmente golpeado. —Describió lo que le habían hecho a su amigo. Esperó su reacción y, cuando él no respondió, continuó—. Sobrevivió a ese ataque. Un prisionero llegó a él por la noche e hizo eso.

—Kobach —añadió Difiore—. Ese es su nombre. El perpetrador. Su nombre aún no se ha dado a conocer, pero saldrá. Se enfrentará a cargos...

—Lo conozco. No le importará.

—¿Sabes por qué?

—Sheller. Es obra suya.

—Eso es un salto. Hablamos con el director de la prisión y las diversas autoridades. Se sospecha que Kobach ha matado a otros prisioneros. Él y tu amigo tuvieron varios enfrentamientos.

—Él está detrás de esto. Me está enviando un mensaje.

—¿Cómo lo sabes? —Quindica frunció el ceño.

Él no elaboró.

Difiore contuvo el aliento bruscamente. —¡Zaidi!

—Sí —sonrió amargamente—. Sheller descubrió que me había reunido con Jake. Quería saber quién era yo. Envió a su ejecutor para hacer preguntas.

—La decapitación. —La detective palideció—. Sabe que te estabas haciendo pasar por un terrorista. Podría ir por ti. Arreglaré protección. Patrullas...

—No harás tal cosa —la interrumpió salvajemente.

—Grogan —replicó acaloradamente—. Esto no es Siria. No es el Lejano Oeste. Aceptarás nuestra protección.

—No la necesito.

—Quieres que venga por ti —adivinó Quindica.

—Tú —Difiore le clavó el dedo índice en el pecho— no harás nada que ponga en riesgo nuestra investigación. No me importa lo personal que sea esto para ti. ¿LO ENTIENDES? —gritó.

No pudo evitar sonreír a pesar de las circunstancias. —Sí, señora.

Tenía razón. Su investigación no podía ser puesta en peligro. Pero eso no significaba que no pudiera ayudarlas.

47

—Necesitamos reunirnos —llamó Gunner a Mease.

—Ven al estacionamiento.

—No. Nuestro amigo también tiene que estar allí.

—Eso será más difícil de organizar.

—Haz que suceda.

—¿Es tan importante?

—Sí.

SE REUNIERON EN UN CLUB PRIVADO EN EL BRONX QUE PERTENECÍA A UN LEÓN.

Rubin estaba en el vecindario para dar un discurso, y después de estrechar las manos de sus simpatizantes, su equipo lo llevó junto con Mease al establecimiento.

Allí se encontró con más fans, sonrió para las cámaras, agradeció a la gente por su apoyo y firmó gorras y camisetas.

Fue al baño con Mease mientras sus guardaespaldas esperaban afuera.

—Más vale que esto sea importante —le dijo a Gunner cuando el líder de los Leones salió de un cubículo.

—Lo es. ¿Te enteraste del asesinato en ADX?

—Sí. —Mease lo miró con curiosidad—. ¿Conocías a la víctima?

—Intenté matarlo. Otro prisionero lo salvó.

—¿A dónde quieres llegar? —Rubin miró su reloj con impaciencia—. ¿Qué tiene que ver una pelea en la cárcel con nosotros?

—Lo descubrirás si escuchas.

El candidato se sonrojó ante el tono amenazante de Gunner. No era ajeno a la violencia, y el gánster no lo asustaba.

Es un aliado, se recordó a sí mismo, asintiendo imperceptiblemente ante la mirada de advertencia de Mease.

—Tienes la palabra —sonrió encantadoramente.

—Ripper, el muerto, dijo algo interesante. Había un prisionero en ADX, Farhaan Zaidi, un terrorista, con quien tenía una relación cercana.

—¿Eh? —Rubin hizo un gesto, desconcertado—. ¿Un terrorista y un criminal eran amigos?

—Inusual —coincidió Gunner—, pero sucedió. En fin, resulta que Zaidi no era quien decía ser. No era un terrorista.

—¿Quién era, entonces?

—Era un infiltrado. Un agente encubierto.

—¿Un policía?

—No. Militar. Algún tipo de operativo encubierto.

—¿Por qué?

—Estaba en ADX para obtener información interna de los otros terroristas allí.

—Entiendo. Las operaciones encubiertas suceden —dijo Mease—. ¿Qué tiene de especial esta?

—¿Has oído hablar de Tayyib Mansoor?

—¿Quién no? —gruñó el estratega—. Hubo mucha publicidad cuando lo capturaron.

—Mansoor también estaba en ADX.

—¿*Estaba*?

Gunner sonrió.

—Sí. Este tipo encubierto, haciéndose pasar por terrorista, lo mató.

Su sonrisa se ensanchó ante sus expresiones atónitas.

—¿Esto fue un asesinato sancionado por nuestro gobierno?

—Eso parece. Y hay más.

Hizo una pausa dramática.

—Ese hombre, el operativo militar, está en Nueva York —dijo triunfalmente—. Es una especie de celebridad por sí mismo. Se hace llamar el Arreglador. Alguien que hace que las cosas sucedan. Estuvo en la televisión recientemente. Su nombre es Cutter Grogan.

48

—Podemos usar esto —dijo Rubin, acariciándose pensativamente la barbilla mientras Gunner respondía a las preguntas rápidas de Mease—. Esto debe haber sido una misión de la Agencia de Inteligencia de Defensa, o de alguna otra agencia encubierta. Sancionada desde arriba. El Secretario de Defensa lo habría aprobado. Es posible que el presidente Morgan también estuviera involucrado.

—No, no podemos usarlo. No de inmediato —Mease hizo un gesto con la mano.

—¿Qué? —Gunner miró fijamente al estratega—. ¿Por qué no? Todo el mundo cree que Mansoor sigue vivo. Imagina los titulares, las exigencias a los políticos para que expliquen esto. Habrá una audiencia pública en el Senado, como mínimo.

—Perjudicará al presidente Morgan —coincidió Rubin—, y también al vicepresidente. Podemos arrastrarlo a la controversia. Sin embargo, nos va bien en este momento. Esta es nuestra arma secreta. La revelaremos en el momento adecuado, que no es ahora.

Le dio una palmada en el hombro a Gunner y le sonrió con sinceridad.

—Excelente trabajo —Habían recorrido un largo camino desde aquel primer encuentro en Florida. Ahora había confianza y respeto mutuo.

—¿Quién más sabe de esto?

—Mi especialista en informática —respondió Gunner a Mease—. Solo él y yo.

—¿Cray?

—Sí. Se puede confiar en él.

—¿Todo bien en la calle?

—¿Qué pasa? —preguntó Rubin bruscamente cuando el hombre de los Lions dudó.

—Grogan. Puede que sospeche que estoy vivo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

Gunner les contó sobre los atracos a la bodega y la banda de Nails.

—Ese tirador podría haber sido cualquiera —objetó Rubin—. No tienes nada que lo vincule con Grogan.

—Sí. Pero Mease verificó con el NYPD y la DEA. No han desplegado a nadie encubierto.

—Eso no significa nada. Puede que nuestra gente allí no sepa de la operación.

—¿Por qué está Grogan interesado en ti? Si es él —Mease se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones.

—Tenemos historia, de ADX.

Rubin caviló durante varios momentos cuando Gunner terminó su historia. Su mente trabajaba a toda velocidad mientras pensaba en las implicaciones para la campaña. Mease estaba

igualmente ocupado cuando miró a su estratega.

—¿Por qué ahora? —preguntó finalmente el ex contable—. ¿Qué le ha hecho sospechar? Has estado muerto durante mucho tiempo. Unos cuantos años. Él salió de la cárcel antes que tú.

—Sé dónde trabaja, dónde vive. Puedo hacer que Cray investigue un poco.

—Averígualo —asintió Rubin—. Discretamente, sin exponerte. Por lo que sabemos, sus apariciones en esa tienda podrían ser coincidencia y ese hombre encubierto podría ser de alguna agencia.

—Esa es la explicación más probable —Mease miró su reloj y se enderezó—. Hemos estado aquí demasiado tiempo. Apégate al guion —advirtió al Lion—. Nada de venganzas contra Grogan. El pasado quedó atrás. Solo información, eso es lo que necesitamos sobre él.

—¿Y si viene a por mí?

—Si fuera así, ¿crees que estaríamos aquí? No tiene nada. Mantén un perfil bajo. No vayas tras él. Arriesgarás todo por lo que hemos estado trabajando.

RUBIN ESTRECHÓ CALUROSAMENTE LA MANO DE GUNNER, PUSO SU CARA DE CAMPAÑA Y SALIÓ del baño con su estratega detrás.

—¿Qué piensas? —susurró cuando estuvieron en su coche.

—Veamos qué averigua. No creo que tengamos nada de qué preocuparnos.

—¿Crees que Gunner se saldrá de control?

—No. Es demasiado disciplinado para eso. Está con nosotros hasta el final. Incluso si lo hiciera...

Rubin asintió con comprensión. No habrían llegado tan lejos en la campaña sin los Lions. Sin embargo, todos eran prescindibles, y si las cosas se ponían feas, incluso Gunner podría ser eliminado.

No es el único líder de pandilla que conocemos.

GUNNER ESPERÓ HASTA QUE OYÓ UN DISCRETO GOLPE EN LA PUERTA DEL BAÑO. UNO DE SUS sicarios la abrió y asintió, indicando que el camino estaba despejado.

Salió por la entrada trasera y subió a su vehículo.

—Lafayette Street —le dijo a su conductor.

Quería vigilar a su enemigo. Ver dónde vivía.

Mease le había advertido que se mantuviera al margen, pero ¿qué sabía el contable? Había cumplido condena en una prisión de lujo. Gunner resopló con disgusto. El estratega y Rubin no habían pasado por lo que él había pasado.

Cutter Grogan era el único hombre que se le había enfrentado. Que lo había humillado en ADX.

El Lion no lo había olvidado. Tenía un código que cumplir: destruir a los enemigos.

No. El Fixer no estaba fuera de los límites, dijera lo que dijera Mease y Rubin.

Sin embargo, no se apresuraría a impartir el castigo.

Averiguaré qué se trae entre manos. Luego lo derribaré.

49

Pete Martinelli, decidió Cutter.

El policía era a quien debía investigar. Si era un simpatizante de los Leones, un nacionalista blanco, entonces habría recibido órdenes de alguna manera. Averiguar quién le había dado la orden.

Rastreando desde ahí, lo llevaría a Sheller.

También podría ir tras Nails, ya que sabía dónde se reunía su pandilla. *No llegué a ninguna parte cuando lo seguí. Y ahora estarán preparados. Estarán alerta a los extraños, a ser seguidos. Han perdido a Davis y a varios hombres. Piensan que alguien está encubierto investigándolos. No, el policía es más fácil de abordar.*

No estaba en casa cuando el vehículo de Sheller pasó frente a su edificio. Estaba en un rascacielos de la Avenida Columbus, presionando el botón del ascensor, cuando el León miró desde su vehículo hacia el apartamento oscuro de Cutter e hizo una señal a su conductor para que lo llevara a casa.

Cutter salió en su piso; usó una tarjeta para entrar en una oficina oscura. Los sensores de movimiento encendieron las luces a medida que avanzaba. Mantas de colores cálidos sobre los sofás, alfombras en el suelo. Una pista de golf junto a las ventanas del suelo al techo con vista a la calle. Un aro de baloncesto en una pared; bates de béisbol, pelotas y guantes; una mesa de billar.

Era diferente a cualquier oficina que hubiera visitado.

Fue a la despensa y se preparó una taza de café jamaicano y se dirigió a un escritorio. Presionó el teclado para que la pantalla cobrara vida y escribió su contraseña.

Se rascó la cabeza cuando fue aceptada pero la pantalla permaneció en blanco. Una pared azul con el cursor en el centro. Sin directorios, carpetas o menú de ningún tipo.

Presionó varias teclas. No pasó nada. Miró debajo del escritorio. No, no había torre. Seguramente había una forma de acceder a los secretos del ordenador, pero no podía encontrarla.

Estaba inclinado sobre el teclado cuando su radar le advirtió. No estaba solo. La pantalla era del tipo antirreflectante que no le mostraba quién o qué había detrás de él.

Cutter deslizó su silla hacia atrás sobre sus ruedas, mantuvo las manos abajo para indicar que no era una amenaza y se giró lentamente.

Un hombre grande lo observaba impasiblemente. La piel brillante bajo las luces, los bíceps abultados bajo las mangas, la camiseta estirada sobre su pecho. Estaba inmóvil, con un aire de amenaza a su alrededor.

—No estaba robando nada —Cutter no hizo ningún movimiento brusco.

Sin respuesta. Otro hombre se acercó y se paró junto a él. Igualmente grande y musculoso. Barba bien recortada. Rostro duro. Ninguno de los dos portaba armas. *Diablos, con su tamaño, ¿para qué necesitarían armas?*

Dos hombres más se acercaron. Apuestos, bien vestidos, como si regresaran de una sesión de fotos. Uno mayor que el otro.

Una quinta persona se unió a ellos. Cabello castaño oscuro, bien afeitado, ágil y como una pantera mientras se acercaba.

—¿Qué pasa? —se oyó la voz de una mujer detrás de ellos.

—Se roba nuestro café —dijo el primer recién llegado.

Cutter creyó oír las ventanas reverberar con su gruñido.

—Luego se roba nuestro tiempo de ordenador.

—¿Tiempo de ordenador? —protestó—. ¿Eso es siquiera algo?

Ninguno de los hombres sonrió.

Tres mujeres se acercaron. Una de ellas menuda, las otras gemelas idénticas.

Una de las hermanas lo miró, luego la pantalla, y leyó la escena al instante. —No llegaste a ninguna parte, ¿eh?

—No está funcionando —dijo a la defensiva.

—¿Lo echo? —el primer hombre que habló lo miró ceñudo.

Cutter se puso de pie. Parecía que las cosas se pondrían feas. —Sobre ese café —intentó apaciguar—, tenía sed.

—Podrías haber bebido agua.

—¿Por qué lo haría, si había café?

El que hablaba no tuvo respuesta. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. Se acercó y abrazó a Cutter con fuerza. El segundo hombre le dio una palmada en la espalda tan fuerte que pensó que se le habían roto las costillas.

—Muévete —ordenó Beth, la mujer que había hablado.

Él cedió para que ella ocupara su asiento mientras Zeb, el operativo delgado, le estrechaba la mano.

—Te has vuelto un extraño —dijo Chloe, la mujer menuda, y le besó las mejillas.

—Estaba viajando.

—Colombia —dijo Roger, el más joven de los dos hombres que parecían modelos, mientras chocaba los puños con él—. Broker —asintió hacia el hombre mayor— y yo estábamos hablando de eso. Fue toda una misión.

—Tuve suerte de salir con vida. —Se probó los hombros. Funcionaban, a pesar del abrazo de Bwana. Se tocó las costillas discretamente. Los golpes en la espalda de Bear no habían roto ninguna.

—Entonces —Meghan, la gemela mayor, lo examinó con curiosidad—. ¿Por qué estás robando nuestro tiempo de ordenador, como dijo Bwana?

Cutter los observó. El equipo de Zeb. Los operativos encubiertos más letales que había conocido. Todos ellos relajados casualmente, pero sabía que esas apariencias eran engañosas. Podían pasar de cero a la acción en un abrir y cerrar de ojos.

—Es algo en lo que he estado trabajando. —Fue deliberadamente vago. *Tienen sus propias misiones. No tiene sentido arrastrarlos a mis problemas*.

—¿Y pensaste que podías venir aquí, buscar lo que fuera que estabas buscando e irte? —dijo Beth con desdén.

—Algo así —admitió avergonzado.

—Estábamos cenando fuera. Acabábamos de terminar cuando las alarmas sonaron en nuestros móviles. No fue difícil adivinar quién había entrado.

—¿Entrar? —protestó—. Ustedes me dieron acceso.

Sabía que si hubiera sido un delincuente, la recepción habría sido muy diferente. Bwana no se habría quedado allí, mirándolo duramente. Habría tomado acción directa.

—¿Qué estás buscando? —Meghan, yendo al grano.

Dudó.

—Estás entre amigos —le dijo Zeb con suavidad.

Cutter los miró escrutadoramente y luego decidió. *Diablos, ellos manejan información clasificada todo el día. Se reúnen con el Presidente Morgan regularmente*. Podía confiar en ellos.

—Estoy buscando a un policía. Pete Martinelli.

—¿Esto está relacionado con por qué estabas en la televisión? —adivinó Chloe.

—Más o menos —y se lanzó a una explicación de todo lo que había sucedido.

—Es difícil imaginar que alguien pudiera mantener esa farsa durante tanto tiempo. Fingir estar muerto —Roger cogió el balón de baloncesto y lo hizo girar sobre su dedo índice.

—Sheller no es un criminal cualquiera —Cutter se giró cuando oyó el chirrido de una silla. Beth se acercaba rodando hacia su pantalla. Sus dedos volaron rápidamente sobre el teclado y un programa apareció en la pantalla.

—¿Cómo has hecho eso?

—Te dimos acceso a la oficina —sonrió con suficiencia—, no a Werner.

Werner, su programa de Inteligencia Artificial que parecía estar conectado a todas las bases de datos nacionales e internacionales y podía hacer maravillas, según la descripción de las gemelas.

—Martinelli —murmuró para sí misma mientras tecleaba rápidamente.

—¿Es este? —señaló la foto de un policía en la pantalla. Cuarenta y tantos años, pelo escaso, rostro curtido, manos enganchadas en el cinturón, pavoneándose ante la cámara.

—Sí.

Buscó otro archivo, revisó algunos artículos de prensa y asintió para sí misma. —Es él. Comisaría 73 —sus dedos bailaron. Apareció otro archivo—. Bayside, Queens —anotó su dirección y le pasó la nota—. Vive solo en un apartamento de dos habitaciones. Divorciado. Su ex mujer tiene la custodia de sus hijos. Adolescentes, una hija y un hijo. No parece que haya mucho cariño ahí.

—¿Has sacado todo eso de su expediente? —la miró boquiabierto.

—Su ex vive en Hempstead. Su teléfono no ha viajado a la casa de ella en años. Lo que significa que no los ha visitado —se encogió de hombros, como si cualquiera pudiera haber hecho esa deducción—. Su calificación crediticia está bien. No ahorra mucho. Está al día con la pensión alimenticia de su esposa. No hay transacciones inusuales en su cuenta bancaria. Tampoco grandes compras con sus tarjetas. ¿Eso es todo lo que querías?

—Sí —dijo con sentimiento—. Eso ha sido como magia.

—Eso es lo que hacemos todos los días —sonrió con picardía—. No parece que sea corrupto. No por sus finanzas.

—Si está metido en el nacionalismo blanco, no es por dinero.

—Sí —asintió Zeb desde el sofá donde estaba tumbado, engañosamente quieto—. ¿Por qué se tomaría Sheller tantas molestias? ¿Por qué fingir su propia muerte?

—Ni idea.

—¿Necesitas refuerzos, colega? —le preguntó Bear.

—Voy a investigar a Martinelli. Nada más.

—No por él. Con Darrell y este Nails y sus muchachos y los Lions.

—No —sonrió—. No pretendo arrasar la ciudad.

Se rio cuando Bwana le lanzó una mirada de fingida decepción, los abrazó y se dispuso a marcharse.

Se detuvo antes de llegar a la puerta.

—Olvidé algo —les dijo y fue a la cocina. Metió dos bolsas de café en sus bolsillos y se fue.

—¡Oye, que no somos dueños de las plantaciones! —le gritó Broker a sus espaldas.

—Es para Arnedra —explicó entre risas sarcásticas.

—¿Crees que necesita ayuda? —Chloe miró a Zeb.

—¿Cutter? ¿Ayuda? Es un equipo de demolición de una sola persona.

—¿Cómo lo está llevando? —Meghan frunció los labios pensativa.

—No desaparece —Zeb sabía que se refería a la muerte de Riley—. Solo aprendes a lidiar mejor con ello, eso es todo.

Asintieron, sabiendo que hablaba por experiencia.

—Habría sido bueno tenerlo —Bear se acercó a la ventana para mirar la avenida. Las personas eran figuras del tamaño de hormigas desde esa altura, haciendo imposible reconocer a nadie.

—Se lo ofrecí. Él lo rechazó. Es un lobo solitario.

—Se necesita uno para reconocer a otro —Beth sonrió con ironía.

Zeb levantó las manos. —Oye, estoy aquí con todos ustedes, ¿no?

El tema de su discusión estaba teniendo una conversación similar consigo mismo. Esa oficina, el equipo... traía buenos recuerdos. Además, Zeb, las gemelas, todos esos agentes, eran buenos amigos.

¿Habré cometido un error al rechazarlo?

Reflexionó sobre esto mientras cruzaba en un semáforo y llegaba a su vehículo.

Sacudió la cabeza inconscientemente. Había dejado el ejército porque quería alejarse de las órdenes. De que otros planearan su vida.

Así es como lo quiero. Solo yo.

50

Pete Martinelli vivía en un barrio tranquilo. Muy poco tráfico en su calle. Niños yendo a la escuela temprano por la mañana. Madres y padres apresurándose a sus lugares de trabajo. Sin pandilleros merodeando, sin ritmos estruendosos retumbando desde vehículos que pasaban.

Siete de la mañana del día siguiente. Cutter en su SUV, bebiendo café comprado en la tienda y mordisqueando un croissant, un periódico desplegado sobre el volante, dando la impresión de que lo estaba leyendo.

La vida en el carril rápido para el intrépido Arreglador.

Martinelli salió de su edificio y saludó con un gesto a un vecino. El oficial estaba vestido de civil y encendió las luces de un sedán con el mando a distancia.

Hasta ahora, todo bien. Sin apretones de manos secretos ni gestos con nadie. Lo cual no significaba nada. Difiore no había confirmado que el policía fuera corrupto, ni le había dicho cómo había progresado la investigación interna.

Resopló en su café. *¡Como si ella revelara algo!* Colocó la taza en su soporte, encendió el motor y se dispuso a seguir al policía.

Martinelli condujo hasta la comisaría sin hacer ninguna parada ni desvío. Desapareció dentro del edificio y no regresó hasta la noche.

Cutter durmió.

Descanso y comida. Se lo habían inculcado durante su entrenamiento y reforzado en Fort Bragg. Comer y dormir siempre que surgiera la oportunidad.

No estaba en un sueño profundo. Era consciente de su entorno y del tráfico que pasaba. Sin embargo, no estaba lo suficientemente alerta como para notar el Ford marrón que pasó dos veces y los ojos curiosos que lo miraron desde la ventanilla bajada en su segundo paso.

Se despertó instintivamente cuando el coche de Martinelli asomó por el estacionamiento de la comisaría. Siguió al policía hasta un local de comida para llevar, agarró una bolsa de comida y lo siguió hasta su casa.

A las nueve de la noche, Cutter ya había tenido suficiente. No iba a llegar a ninguna parte con el seguimiento. Se metió un pañuelo en el bolsillo y se ajustó la pistolera de hombro. La cubrió con una chaqueta oscura y salió de su vehículo.

Esperó a que un residente pasara la tarjeta por el teclado, hizo como si buscara algo en sus bolsillos, se encogió de hombros y se apresuró a entrar antes de que la puerta se cerrara. Se dirigió a los buzones y fingió revisar el correo mientras el residente esperaba el ascensor. Subió corriendo las escaleras tan pronto como el hombre desapareció en el ascensor.

Martinelli estaba en el sexto piso. Su apartamento era la tercera puerta desde la entrada de la escalera. Sonidos apagados de conversación detrás de una puerta, un televisor encendido en otra.

Cutter revisó el techo. Sin cámaras. Inclinó la cabeza y se ató el pañuelo sobre la cara. Se puso un par de guantes, tocó el timbre del apartamento del policía y se apartó de la mirilla.

Pasos amortiguados. Un débil «¿Quién es?»

Los pasos se desvanecieron.

Presionó el timbre de nuevo.

El policía regresó. Pareció maldecir y abrió el cerrojo de la puerta, momento en el que Cutter la empujó con el hombro; lo oyó golpear a Martinelli, quien gruñó, pero para entonces ya estaba dentro, con su Glock apuntando al policía.

51

Martinelli abrió los ojos de par en par al verlo.

—¿Qué...?

Cutter le clavó la pistola en el pecho y lo empujó más adentro del apartamento. Olía a alcohol en su aliento. La fuente era una botella medio vacía sobre una mesa en la sala de estar. Un vaso al lado.

—¿Hay alguien más? —gruñó con voz profunda.

—¿Quién eres tú? —Martinelli se abalanzó hacia su teléfono móvil y cayó al suelo cuando Cutter lo pateó.

Lo agarró por el cuello y lo arrojó sobre un sofá, que protestó ante el impacto repentino.

—¿Quién más está aquí? —espetó.

—¡NADIE! ¿SABES QUIÉN SOY? SOY UN POLIC...

Cutter le dio una fuerte bofetada que le partió los labios al oficial.

—Yo hago las preguntas. Hemos oído que has estado hablando. Te lo advertimos.

—¿QUIÉN ERES? ¿QUIÉN TE LO DIJO? ¿DE QUÉ ESTÁS HABLANDO?

Martinelli se encogió cuando levantó la Glock de manera amenazante.

—Baja la voz —le advirtió Cutter—. Sabes de qué se trata esto.

El policía observó la figura oscura y amenazante, se tocó la boca con dedos temblorosos y miró la sangre en ellos.

—¿Davis? —se estremeció—. ¿Crump te envió?

—Has estado hablando demasiado. Haciendo amenazas. Exigencias.

—¡NO! ME HE MANTENIDO CALLADO. NO HE HABLADO CON NADIE MÁS QUE CON LOS INVESTIGADORES. ME APEGUÉ A LA HISTORIA. SE LO DIJE A CRUMP. CONOZCO NUESTRO CÓDIGO. YO MISMO SOY UN LEÓN. NO HE...

Pasos apresurados fuera de la puerta.

El animal interior tomó el control.

—¡Dijiste que estabas solo! —Cutter miró hacia arriba, se volvió hacia Martinelli y lo abofeteó de nuevo para mantener la presión. Corrió hacia la ventana. Patio trasero. Caída empinada.

La puerta se abrió de golpe. Dos matones gritando, vociferando, con las caras enmascaradas y las armas levantadas.

Cutter no se detuvo a hablar del tiempo.

Se lanzó por la ventana justo cuando dos disparos pasaron rozándolo y destrozaron el cristal.

El viento silbó a su alrededor mientras caía con el brazo izquierdo extendido. Se agarró al

alféizar de la ventana debajo de la de Martinelli y frenó su caída con una sacudida que le estremeció los hombros.

Volvió a caer cuando una cabeza apareció y le disparó salvajemente. Otro saliente para amortiguar su caída. Giros desesperados para esquivar la puntería del matón, y luego estaba en el suelo, rodando, levantándose con dificultad.

Corrió alrededor de la esquina del edificio. Llegó al frente. Una calle tranquila. Un Ford marrón medio subido a la acera. Ninguna cabeza asomándose por las ventanas. El sonido de los disparos aún no había alertado a los residentes.

Se apresuró hacia su SUV, agradecido de haber tenido la presencia de ánimo de ponerle placas falsas. Entró en su vehículo y se alejó a toda velocidad. Memorizó el número del Ford mientras pasaba junto a él.

—¿Quién era ese? ¿Qué le dijiste? —preguntó Nails al policía acobardado.

—¡NO LO SÉ! ¿QUIÉNES SON USTEDES?

El líder de la pandilla se inclinó hacia adelante casi con pereza, agarró a Martinelli por los hombros y lo levantó sin esfuerzo.

—¿Qué le dijiste? —siseó.

—NADA, YO...

El oficial se ahogó cuando Nails lo golpeó en la garganta. Cayó en el sofá y jadeó desesperadamente. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras sus manos temblaban y su cuerpo se estremecía.

—Estuvo unos minutos contigo. Seguramente le dijiste algo.

—Te lo juro. No sé quién era. Le pregunté si Crump lo había enviado...

Nails se puso rígido. —¿Usaste su nombre?

—¿QUIÉNES DEMONIOS SON USTEDES?

El líder de la pandilla le disparó en la frente.

—Ponlo sobre su cuerpo —le espetó a su matón, que estaba sacando una nota de su bolsillo.

Se ató una bufanda sobre la cara y blandió su arma mientras sus hombres se le unían afuera. Los vecinos se apresuraron a entrar en sus apartamentos al verlos, y para cuando se llamó a la policía, Nails y sus hombres ya se habían ido.

Cutter condujo hasta el restaurante de comida rápida más cercano. Aparcó en su estacionamiento y se apresuró al baño. Comprobó que estuviera solo y lavó su Glock en el lavabo. La secó con su chaqueta y la enfundó.

Volvió a su coche y regresó al edificio de Martinelli, para encontrarlo inundado de patrullas y vehículos del FDNY.

Se metió en un espacio, agarró su taza de café ya frío y se unió a un grupo de curiosos.

—¿Qué pasa? —le preguntó a un transeúnte.

—Los vecinos escucharon disparos.

—¿Eso ocurre a menudo por aquí?

—No. ¿Eres nuevo?

—Acabo de mudarme al otro lado de la calle. Me pregunto si cometí un error. Mi esposa se unirá a mí en dos días. Me echará la bronca cuando se entere de los disparos. Encuentra un lugar tranquilo, me dijo.

—Amigo, esto es Nueva York. Aquí hay tiroteos en todas partes. Si querías tranquilidad, deberías haberte quedado en...

—Missouri.

—Sí, allí. Donde sea que esté.

Neoyorquinos. Tenían esa actitud acogedora.

Cutter entornó los ojos cuando escuchó una conversación suave cerca. Una mujer hablando con sus amigas.

—Sí, lo conocía. Martinelli. Mismo piso. Escuché los disparos. Llamé a la policía. Miré afuera y vi a estos hombres con máscaras. Salí cuando se habían ido. Su puerta estaba abierta. Lo llamé. Entré y vi que estaba muerto.

—Deberías ir a la policía —instó una amiga—. Dar tu declaración.

—De ninguna manera. —Negó con la cabeza obstinadamente—. No me voy a involucrar en lo que sea que haya pasado. Esos hombres parecían pandilleros.

Cutter se alejó y tiró su vaso en un cubo de basura.

Martinelli estaba vivo cuando salté. Esos matones deben de haberlo matado. ¿Por qué? ¿Cómo llegaron justo en ese momento?

¿Lo estaban siguiendo?

No. Comprobar si le seguían le salía de forma natural, y habría tenido ese presentimiento de advertencia.

Martinelli. Lo estaban vigilando.

¿Cómo sabían que yo estaba con él?

Reflexionó sobre ello mientras más policías llenaban la calle.

No lo sabían, concluyó. *Debían de conocer a los residentes. Vieron que yo era un extraño. Decidieron comprobar cómo estaba Martinelli.*

Era como él lo habría hecho.

DIFIORE Y QUINDICA LLEGARON A LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE EN EL VEHÍCULO SIN distintivos del detective.

Los observó mientras hablaban con los policías y entraban en el edificio. Seguía allí cuando regresaron cuarenta y cinco minutos después.

Se internó más en la oscuridad, usando a otros transeúntes como cobertura cuando la detective escudriñó la calle con una mirada dura. Ella asintió a un policía, habló con Quindica, y ambos volvieron a su coche y se marcharon.

Once y media de la noche, conduciendo hacia Manhattan, cuando sonó su teléfono.

No lo cogió.

Difiore dejó un mensaje.

Grogan, sé que estás involucrado. ¡Llámame!

Negó con la cabeza. No había forma de que la policía pudiera ubicarlo en la escena. Lo habrían localizado si lo supieran. La detective estaba interpretando su papel habitual de mujer dura.

Su sonrisa desapareció cuando recordó lo que Martinelli le había dicho.

Crump.

Tenía un nombre que investigar.

52

—¿No hay forma de saber quién era ese hombre? —reflexionó Gunner cuando Nails lo llamó para informarle.

—No, jefe.

—¿Dices que tus hombres lo vieron y lo siguieron hasta la comisaría?

—Sí. Pero tiene las ventanas oscuras. No pudieron distinguir quién era. No lograron verlo bien en la calle.

El desconocido había saltado por la ventana de Martinelli. Eso demostraba que pensaba rápido. No había devuelto el fuego, aunque tenía un arma. Eso demostraba control.

¿Sería Grogan?

Terminó la llamada y marcó a su genio tecnológico. Las doce de la noche. No era demasiado tarde para el friki. La noche era cuando estaba más activo.

—¿Sí? —murmuró Cray.

—¿Conoces el edificio donde vivía Martinelli?

—¿Qué pasa con él?

—Revisa si hay cámaras de seguridad. Averigua quién entró al edificio esta noche.

—¿Por qué?

—Martinelli está muerto.

—¿Quién lo mató?

—Nosotros.

—¿Por qué?

—Era un riesgo, Cray. Deja de hacer preguntas y ponte a trabajar.

Crump.

Envió un mensaje de texto y un momento después su teléfono vibró.

—¿Te enteraste de lo que pasó?

—¡HAN MATADO A UN POLICÍA! A pesar de la hora tardía, el subjefe de la policía de Nueva York sonaba despierto y alerta. Y furioso.

—¿Cómo lo sabes?

—¿QUIÉN MÁS PODRÍA SER? TUS MATONES LE DISPARARON E HICIERON QUE PARECIERA UN ASESINATO POR VENGANZA.

—¿Qué han encontrado los detectives?

Crump hirvió y se enfureció durante un minuto antes de controlarse. —Lo están tratando como un asesinato de pandillas debido a esa nota. No parece que tengan mucho con qué trabajar. No hay testigos, al menos ninguno que quiera hablar. No hay evidencia de cámaras, nada.

Difiore es la detective. Es inteligente, dura, no se echará atrás ante nadie.

—No conseguirá nada. Fue un asesinato limpio.

—Eso espero, por el bien de tus tiradores. Algo no encaja del todo. Hay una agente federal rondando con ella.

—¿Un agente del FBI? —Gunner levantó la mirada y se quedó mirando fijamente el televisor, que estaba en silencio y transmitía informes sobre el tiroteo.

—Sí.

—¿Quién es él?

—*Ella*. No lo sé. Nadie lo sabe. No fue presentada. Mostró su placa en la escena y así es como lo sabemos.

—¿No hay nada sobre ella en el sistema?

—No. No tiene ningún papel en la investigación.

—Podría ser cualquier cosa.

—Sí. Eso es lo que estoy suponiendo. No todo está relacionado con nosotros. PERO ¿POR QUÉ LE DISPARASTE? —explotó el policía—. LO LLAMÉ PERSONALMENTE. IBA A MANTENER LA BOCA CERRADA. MARTINELLI ERA UN BUEN OFICIAL. ERA UN LEÓN. ERA UNO DE LOS NUESTROS.

—Hubo complicaciones —le dijo fríamente el fundador de los Leones. El subjefe necesitaba que le recordaran quién estaba al mando—. Nada puede interponerse en nuestro camino.

—¿NUESTRO CAMINO? PARECE QUE ES TU CAMINO. Podrías haberme dicho. Podría haber hecho algo. Pero tuviste que actuar como un toro-

—¡BASTA! —rugió Gunner—. No olvides tu lugar.

—¿AH, SÍ? NO OLVIDES CON QUIÉN ESTÁS HABLANDO. SOY SUBJEFE DEL DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE NUEVA YORK.

—Eres un León primero.

—Me pregunto cómo me ayuda eso de alguna manera —dijo el policía con amargura—. Matar a un policía es algo muy grave. ¿Cuál fue la complicación? Podría haber ayudado con eso.

—Hay un extraño husmeando en nuestros asuntos —Gunner se lo concedió—. Estaba en el apartamento de Martinelli, quien te mencionó. Por tu nombre.

Sonrió maliciosamente ante la fuerte inhalación de Crump. *Ya no estás gritando, ¿verdad?*

—¿Cómo lo sabes?

—Estábamos vigilando a Martinelli. Pensamos que este tipo se le acercaría. Mi sospecha era correcta.

—Por eso lo mataste.

—Sí. Lo hicimos para protegerte.

—La ventana... estaba rota. Leí el informe inicial de Difiore.

—Así es como escapó ese hombre cuando nuestra gente entró.

—La policía de Nueva York no sabe nada de esta persona.

—Mantenlo así.

—¿Por qué?

Porque Grogan, si es arrestado, podría revelar sus sospechas. Si Difiore era tan inteligente como Crump la hacía parecer, seguiría esa pista. Y esa agente federal con ella también podría involucrarse.

—Me estoy encargando de ello.

—¿Puedo hacer algo? —Crump se volvió conciliador—. ¿Quién es este hombre? ¿Es un periodista?

—No. La policía de Nueva York lo conoce bien. Cutter Grogan. Trabaja en Lafayette-

—El Arreglador. Intervino en esos ataques a bodegas. Sí, lo conocemos.

—¿Tiene antecedentes? —*¿Por qué Cray no le había informado sobre eso?*

—No —le corrigió Crump—. De hecho, ha ayudado en algunos casos. Sé que algunos detectives le encargan casos que nosotros no podemos resolver. Y luego, ha estado en la escena de algunos ataques. Al azar, como en esa tienda.

¿Fue por casualidad? Cray estaba investigándolo.

—¿Te encargarás?

—Lo haré —prometió Gunner.

Llamó a otro número cuando el policía terminó la llamada.

—Clint —le dijo a otro de sus líderes de célula de Brooklyn—. Tenemos un problema. Necesito que te encargues de ello. Personalmente. Lleva a tus mejores hombres.

Dio instrucciones y se fue a la cama satisfecho.

Parecía que la espina en su costado sería removida pronto.

53

La televisión no hablaba de otra cosa al día siguiente.

ASESINATO POR VENGANZA.

BANDA DE NARCOTRAFICANTES CONTRAATACA.

Los titulares se sucedían mientras reporteros y comentaristas cubrían la noticia sin aliento.

El comisionado Rolando apareció y advirtió al público que no sacara conclusiones precipitadas. Era una investigación en curso, dijo.

Sus palabras no surtieron efecto.

Los asesinos habían dejado una nota en el pecho de Martinelli. Una palabra garabateada.

¡CERDO!

Eso fue suficiente para que los periodistas sacaran conclusiones. La banda de Davis había tomado represalias. Como el grupo no tenía un nombre oficial, los medios lo habían bautizado como la banda de Brownsville.

Eso ayudará a Sheller, pensó Cutter con amargura. Una identidad diferente significaba que cualquier vínculo con los Leones Ascendentes quedaría aún más enterrado.

Le sorprendía que Difiore y Quindica no hubieran llamado aún a su puerta.

No dejé rastro. Incluso si las cámaras de la calle me captaron, era irreconocible.

Creyó haber reconocido a uno de los tiradores por su pelo, un criminal que andaba cerca de Nails. Pero no estaba seguro. No era momento de detenerse a pedir identificación. Y no iba a ofrecerse voluntariamente a dar información al detective.

A menos que quiera mi trasero en prisión, sonrió mientras lavaba los platos del desayuno y se secaba las manos.

Crump. Tenía un nombre. Era lo bastante inusual como para reducir a quién se refería Martinelli.

Fue a su ordenador y buscó el nombre. Un agente inmobiliario. Una compañía financiera. Un vendedor de seguros en Nueva Jersey. Aparecieron algunas conexiones políticas. El portavoz del partido de la oposición era un Crump. Un cabildero en DC tenía ese nombre.

Cutter lanzó una pelota de tenis al aire y la atrapó mientras se reclinaba en su silla giratoria. No podía rastrear a todas esas personas y comprobarlas.

Tal vez había una manera más fácil.

—¿En qué puedo servirle? —le preguntó Beth dulcemente cuando la llamó.

Miró su teléfono con sospecha. ¿Había marcado el número correcto? Esa respuesta era demasiado empalagosa.

—Eh...

—Su secretaria personal está esperando sus instrucciones, Cutter —le dijo.

Esa actitud sarcástica era más propia de ella.

—Ese software que tienes...

—Werner. Tiene nombre.

—Sí, Werner. Es IA, ¿verdad?

—No solo IA, Cutter. Es la mejor del mundo.

—Entendido. ¿Puede hacer correlaciones...?

—No hay mucho que no pueda hacer.

Sarcasmo, decidió. Preferiría la actitud de las gemelas cualquier día antes que este enfoque exageradamente dulce y servicial. Esperaba que fuera una fase pasajera, pero no se lo dijo.

—Si le doy un nombre...

—Sí, Cutter. Werner puede decir la probabilidad de que ese nombre esté conectado con un caso particular.

Asintió y luego se dio cuenta de que ella no podía verlo.

—¿Quién es? No tengo todo el día —le dijo. El más leve rastro de impaciencia en su voz.

—Crump.

—¿Es ese el nombre o el apellido?

—Ni idea.

¿Debo colgar y esperar a que me devuelva la llamada?

Todavía lo estaba pensando cuando ella habló. Sin dulzura, sin sarcasmo.

—Cutter —respiró—, esto parece feo.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—Dennis Crump es quien es. Subjefe de la policía de Nueva York.

Tenía sentido, reflexionó Cutter.

Sheller era minucioso, un microgestor, pero no se comunicaría directamente con Martinelli. Eso sería tarea de otra persona. ¿Quién mejor que un policía de alto rango en el departamento?

Crump era el Subjefe de Estrategias de Control del Crimen, a un paso de la jefatura del departamento. Tenía poder, acceso a inteligencia sobre operaciones en toda la policía de Nueva York. No habría interferido en la investigación de Martinelli, pero podría haberla influenciado sutilmente.

¿Hasta dónde llegan los Leones? pensó Cutter sombríamente. *¿Debo contárselo a Bruce?*

Sin embargo, ¿qué podría hacer el comisionado? *Es solo mi palabra, y estuve presente en la escena del crimen. Me tratarán como sospechoso.*

Acudir a su amigo no era una opción. Tendría que enfrentarse a Crump.

Duro, rápido, sin darle tiempo a reaccionar. Esa era la forma más rápida de obtener respuestas y averiguar dónde estaba Sheller.

Nuevas placas falsas en su SUV, que era de un color gris anónimo. Una nariz falsa, lentes de contacto marrones en sus ojos y mechas rubias en su cabello. Chaleco antibalas debajo de su camiseta y chaqueta, dándole una apariencia más corpulenta, y guantes en sus manos.

Era tarde en la noche cuando Cutter salió de su edificio hacia Brooklyn, a la dirección que Beth le había dado.

Una casa adosada en Linden Boulevard.

Estacionó su vehículo a una manzana de distancia y caminó mientras caía la noche. Revisó cada coche aparcado en la calle. No iba a ser pillado desprevenido otra vez.

No había figuras en ninguno de los vehículos, ni hombres de aspecto sospechoso.

La casa de Crump era la primera de la fila, a la derecha. Una pared alta la separaba del siguiente bloque de residencias. Un pequeño jardín delantero con una puerta a la altura de la cintura. Muro de ladrillo rojo en el frente que parecía marrón bajo la iluminación de la calle. Ventanas oscuras en el frente.

Cutter pasó una vez. No vio nada fuera de lo común y volvió para otra ronda de reconocimiento.

El policía vivía con su familia, recordó de la información de Beth. Esposa, dos hijas en edad escolar. Finanzas limpias.

Fue en la tercera pasada cuando se le ocurrió.

54

La entrada de Crump estaba vacía, lo cual era extraño dado que había salido de OnePP. Una llamada a uno de los contactos de Cutter en el NYPD lo había confirmado. También había afirmado que el subjefe era un hombre muy familiar. Iba directo a casa después del trabajo; sin desviaciones de su rutina, lo cual era objeto de muchos chistes manidos.

Esa puerta y esa verja.

Ambas estaban entreabiertas. Una línea oscura en la jamba donde la primera normalmente estaría cerrada herméticamente. Podría haber cualquier explicación para la entrada de hierro forjado al patio, pero ¿la puerta principal?

Siguió caminando, examinándolo todo con una conciencia agudizada.

Dio la vuelta cuando nada activó su sentido animal, metió la mano en un bolsillo como si estuviera comprobando una dirección y se deslizó dentro de la verja.

No hubo gritos de alarma. Los focos no se encendieron para inmovilizarlo.

Cutter bajó por el sendero lateral que corría paralelo al muro del límite, que estaba tan cerca que podía estirar los brazos y tocarlo, así como la pared exterior de la casa de Crump.

Ventanas a la altura de los ojos. Podía distinguir el tenue contorno del vestíbulo de entrada. La siguiente habitación parecía ser la sala de estar. Entrecerró los ojos para ver más allá del reflejo. Esa forma plana era un televisor. Un sofá, otro asiento largo. Algunas formas sobre ellos. Se llevó las manos a la cara para ver mejor.

Retrocedió tambaleándose por la impresión de lo que vio.

—¡TÚ!

Dos hombres salieron de detrás de la casa, bajando por el camino en el que él estaba. Otros tres aparecieron detrás de él.

Estaban en la casa. Esperándome.

Estaba atrapado entre dos grupos de hombres enmascarados, todos armados pero con las armas apuntando hacia abajo, tan seguros estaban de su rendición.

No apuesten por ello.

Cutter sacó su arma y disparó, primero a los dos hombres y luego a los tres detrás de él. Disparando deliberadamente alto, por encima de sus cabezas, haciendo que algunos se agacharan y otros se lanzaran en busca de cobertura.

Una mínima oportunidad de escape que aprovechó con ambas manos.

Subió.

Saltó alto en el aire, apoyó las piernas contra el muro divisorio y la casa, y al estilo Jackie Chan, trepó rápidamente por los lados de la casa usando sus piernas y manos.

Puso ambos pies en la parte superior de la separación de concreto, donde se detuvo brevemente y disparó a los matones para mantenerlos a raya.

Recibió algunos disparos en respuesta mientras gritaban sorprendidos por su movimiento. Eso se convirtió rápidamente en ira, pero para entonces él ya había saltado alto en el aire para agarrarse al marco de una antena parabólica que estaba sujeta al costado del edificio, que soportó su peso, y se impulsó hacia el techo.

Un disparo le impactó en el costado justo antes de llegar a la cima, haciéndole jadear en busca de aire, mientras que otro le arrancó el tacón del zapato, y luego estaba al otro lado, a salvo. Se quedó tumbado jadeando por un momento, y fue entonces cuando oyó las sirenas, acercándose rápidamente.

Su costado se sentía como si un tronco de árbol se hubiera estrellado contra el lado de su cuerpo. El chaleco antibalas había detenido la bala, sin embargo, y no parecía que se hubiera roto ninguna costilla. Miró cautelosamente por el borde del techo y se echó hacia atrás instantáneamente cuando vio a algunos de los tiradores subiendo.

Se puso de pie y se agachó, respirando con dificultad mientras inhalaba aire en sus pulmones, su pecho doliendo con cada bocanada. Se tambaleó sobre el techo hacia el final de las casas. Las sirenas se acercaban mientras sus costillas se acostumbraban a sus rápidas inhalaciones y exhalaciones. Todavía le dolían, pero ignoró la quemadura sorda. No era la primera vez que le disparaban en su chaleco, y no sería la última. La noche se iluminó con destellos azules y rojos mientras las voces y el sonido de puertas y ventanas cerrándose de golpe flotaban hacia él.

Un grito desde atrás.

Dos hombres, silueteados en la oscuridad. Les disparó rápidamente, haciéndoles agachar, y zigzagueó mientras saltaba sobre tuberías y basura y rodeaba los ventiladores de refrigeración en el techo.

Llegó al final del largo tramo de residencias y echó un vistazo rápido hacia atrás. No había perseguidores. Parecía que habían huido, escapado antes de que los policías sellaran todas las salidas.

Podía oír la creciente presencia policial en la calle. *Los vecinos les hablarán de disparos en el techo. Eso hará que sellen todo el bloque.* Tendría que pasar al modo de huida. El callejón estrecho entre su fila de casas y la siguiente era una caída empinada. No podía bajar por donde había subido. La siguiente línea de casas no estaba lo suficientemente cerca. ¿Qué era esa línea oscura, sin embargo?

Se apresuró hacia la parte trasera del techo y agradeció su suerte cuando encontró que era una tubería de desagüe.

Contuvo la respiración cuando la agarró con las manos y dejó que su cuerpo se balanceara hacia abajo y se estrellara contra el lado de la casa. Eso envió una descarga ardiente de dolor a través de su pecho, pero la tubería aguantó. Crujió ominosamente en sus sujeciones pero no se derrumbó.

Se deslizó hacia abajo lo más rápido que pudo, apretando los dientes contra la quemadura de sus palmas, y después de lo que pareció una eternidad, cayó al suelo.

Cutter maldijo cuando un perro ladró en algún lugar. Corrió a ciegas por el callejón, alejándose de Linden Boulevard, agradeciendo de nuevo su suerte de que los policías aún no hubieran llegado a su boca. Sin embargo, sería solo cuestión de tiempo.

Se maldijo a sí mismo cuando llegó a un muro. Corrió hacia él y lo escaló, cayó en un jardín. Otro perro se unió al coro. Oyó voces. Las luces se encendieron en el patio trasero. No se atrevió a mirar atrás, por miedo a que su cara fuera iluminada. Iba disfrazado, pero ¿por qué arriesgarse?

Corrió hasta el final del patio, saltó otra valla para aterrizar en un estrecho pasaje entre otra línea de casas adosadas. Se apretujó a través de la abertura más estrecha entre dos paredes y casi sollozó de alivio cuando se abrió a la Avenida Caton.

No había policías allí.

Se sacudió la ropa y enderezó su andar tanto como pudo a pesar del tacón roto de su zapato.

Su cuerpo se enfrió, el sudor en su rostro comenzó a secarse lentamente y sus costillas se asentaron con un doloroso pinchazo. Sacó su teléfono móvil.

—Karim —dijo cuando el dueño del taller de metal contestó después de varios timbres—. ¿Puedes abrir para mí?

—Por supuesto —respondió el dueño. No se quejó, no preguntó por qué; nada en su voz excepto una disposición inmediata. Su historia compartida era tal que no se necesitaban explicaciones ni preguntas.

—También necesito algo de ropa.

—Te quedará apretada, amigo mío.

—Solo la necesito para esta noche.

—Todo lo que tengo es tuyo. Incluso mi vida.

Cutter sonrió en la oscuridad.

Melodrama. Nadie podía superar a Karim cuando se trataba de eso.

Lo dice en serio, sin embargo.

55

Cutter regresó a su SUV estacionado. No había policías cerca. El bulevar estaba bloqueado: patrullas, vehículos de mando, bomberos de Nueva York, técnicos forenses y las inevitables furgonetas de televisión.

Salió con dificultad y exhaló aliviado cuando nadie lo detuvo. Condujo hasta el taller de metales y aparcó en su patio delantero. Una línea de luz se colaba por debajo de las persianas.

Las levantó un poco para pasar por debajo y fue recibido por un sonriente Karim, que sostenía una taza humeante de café.

—Sabía que necesitarías esto.

Cutter asintió agradecido. Se quitó la ropa, la recogió y la metió en el horno. Rompió su teléfono móvil y arrojó los restos al fuego.

Se vistió con la ropa del dueño, que le quedaba casi a la medida, pero eso estaba bien. *Solo las necesito para el viaje de regreso.*

Pulverizó su Glock y la siguió con su munición.

Sostuvo su armadura de forma especulativa y levantó la mirada cuando sintió una mano en su hombro.

—Yo me encargo de eso.

—Karim...

—Yo me encargo de eso —repitió el dueño y le puso la taza de café en las manos.

Cutter dio un sorbo y cerró los ojos ante la calidez que lo invadía. Se sentó en un sillón de cuero en la esquina del taller y dejó que su cuerpo se relajara. Karim volvió poco después, limpiándose las manos en el delantal.

—Listo —dijo simplemente—. No queda rastro de tu ropa.

Detrás de él, maquinaria y herramientas, brillantemente iluminadas. Una fotografía colgaba discretamente de una pared: una mujer riendo como si el mundo fuera suyo.

La hija de Karim, a quien Cutter había rescatado de una red de prostitución. Ahora era madre de dos hijos, disfrutando de su vida en la costa oeste. Su única hija, a quien había criado como padre soltero.

El dueño siguió su mirada y sonrió suavemente.

—Ni siquiera mi vida será suficiente...

—Basta. —Cutter se levantó y abrazó a su amigo. Se dirigió afuera y reemplazó las placas falsas de su SUV por unas de repuesto que tenía en el vehículo. Le entregó las viejas a su amigo, quien las tomó.

Una hora más tarde, estaba de vuelta en casa, con un nuevo teléfono desechable y una nueva

Glock en su funda.

No pudo dormir durante un largo rato. Lo que había visto a través de la ventana se repetía una y otra vez en su mente.

Crump, su esposa y sus hijos en el sofá. Mirando sin ver. Muertos.

Sheller había actuado más rápido que él y había atado todos los cabos sueltos.

No estoy más cerca de atraparlo.

56

Atacar era la mejor defensa.

Cutter estaba seguro de que no había forma de que la policía pudiera relacionarlo con las casas y las muertes de Martinelli y Crump, pero decidió coger el toro por los cuernos.

Se enfrentaría a los policías.

Irrumpió en el octavo piso de OnePP usando un pase de visitante que un amigo le había conseguido. Se quedó de pie frente a una oficina de paredes de cristal hasta que llamó la atención de sus ocupantes.

—¿Qué haces aquí? —lo saludó Difiore furiosa cuando abrió la puerta.

Él se abrió paso empujándola, asintió brevemente a Quindica, cuya única reacción fue un movimiento de labios y un brillo en los ojos.

—Fuera —ladró la detective, señalando con el pulgar a los otros ocupantes de la sala.

—Lo siento, amigos —les dijo Cutter mientras los policías salían en fila. Había interrumpido una reunión informativa en una sala de juntas.

Se sirvió el café de la mesa lateral y mordisqueó una galleta. No eran nada comparados con las bebidas y galletas de Beth, pero no se quejaba.

—Estamos esperando —le dijo Difiore con frialdad. Ella y la agente especial del FBI, con los brazos cruzados sobre el pecho, se apoyaban contra una pared, con una pizarra detrás de ellas en la que había garabateados nombres, fechas y varios detalles.

—Yo también estoy esperando.

—Esto no es un juego, Grogan —siseó ella. Si una voz pudiera congelar, él se habría convertido en un bloque de hielo de tamaño natural—. Irrumpes en nuestra oficina, nos interrumpes...

—Porque Martinelli está muerto —la interrumpió él—. Y este subjefe de Brooklyn. ¿Cómo se llamaba? ¿Crump? Él y su familia fueron asesinados. ¿Tenía alguna conexión con el oficial? ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

Era difícil tronar con la boca llena de galleta, pero logró hacerlo.

No tuvo el resultado que esperaba.

—No te debemos explicaciones —dijo Quindica con frialdad. Su diversión por su llegada había desaparecido.

—A mí no, pero estoy involucrado.

—Tu única participación es seguir las noticias y nuestros comunicados de prensa, como cualquier otro neoyorquino.

Hizo ademán de levantarse, pero se sentó cuando Difiore le hizo un gesto con el dedo.

—¿Puedes leer el ambiente?

La sensación de urgencia era inconfundible cuando miró a través del cristal. Rostros tensos mientras los policías trabajaban en los teléfonos o se sentaban frente a sus pantallas. Sin sonrisas, sin bromas, sin conversaciones junto al bebedero o en el pasillo.

—Ese es nuestro grupo de trabajo. Cómo llegaste a este piso, no tengo idea. ¿Ves a alguien holgazaneando?

No pudo verlo.

—Esa es nuestra respuesta. Estamos trabajando como burros, y gracias por visitarnos, pero no podemos ayudarte.

—¿Por qué mataron a Martinelli? —preguntó obstinadamente.

—No se irá —dijo Quindica.

—No. A menos que lo echemos —concordó Difiore.

—Eso causaría una escena. Nuestro equipo se preguntaría quién es.

—Ya deben estar pensándolo, por la forma en que entró.

—Estoy aquí mismo —Cutter agitó una mano, pero lo ignoraron.

Algo ilegible pasó entre las mujeres, que sacaron dos sillas y se sentaron frente a él.

—¿Qué quieres saber? —preguntó la detective.

—La muerte de Martinelli. El asesinato de Crump. Con un día de diferencia. No puede ser una coincidencia.

—Estamos investigando todas las pistas.

—No me vengas con eso —explotó—. Merezco saber más.

—No mereces nada —dijo ella rotundamente. Su mirada hostil se desvió hacia Quindica, y esa misma mirada ilegible pasó entre ellas—. La pandilla mató a Martinelli. Eso parece obvio, según nuestras investigaciones.

—Sheller está atando cabos sueltos —adivinó él.

Ella asintió.

—Pero ¿por qué ahora? —pensó en voz alta la agente especial—. ¿Por qué esperar todo este tiempo? ¿Por qué dispararle esa noche y no antes?

—Había alguien con él en su apartamento —continuó la detective—. Alguien escapó por su ventana.

Cutter se felicitó por su cara de póker. —¿Los vecinos vieron a esta persona?

—No —Su cabello voló en círculo cuando negó con la cabeza—. Tampoco hay cámaras. No hay otra explicación para la ventana rota... —Se contuvo antes de revelar demasiado—. Hemos investigado la calle, buscado información, pero...

Él asintió. Las llamadas de bromistas habrían inundado su sistema. *Además, fui cuidadoso. No tienen nada de qué agarrarse.*

—¿Crump? —les recordó.

—No lo sabemos —dijo ella lentamente—. Como dijiste, es una coincidencia. Pero no había ninguna nota en el cuerpo, nada que lo vinculara con un asesinato de pandillas.

—¿Supremacistas blancos?

—Lo estamos investigando, pero hasta ahora, nada.

—No se anuncian —dijo con amargura—. No los de alto rango. ¿También es su caso?

—Sí. La comisionada y su jefe —asintió hacia su compañera— quieren actualizaciones diarias.

—¿Qué tienes para nosotros, Grogan? —La agente especial lo clavó con sus ojos oscuros—. Te dijimos lo que tenemos. Es tu turno.

Me encerrarán si les digo algo.

—Las calles están tranquilas. Demasiado tranquilas —Se encogió de hombros—. Mis soplones se han cerrado como ostras.

—Dinos algo nuevo.

—No tengo nada.

Aparte del hecho de que sé con certeza que Crump era un León. Sin embargo, no había forma de que pudiera admitir eso.

—Estoy seguro de que el subjefe *sí* estaba en la pandilla de Sheller —dijo con cuidado.

—¿Cómo lo deduces? —Las caras de póker de Quindica y Difiore eran tan buenas como la suya.

—Si había un extraño en el apartamento de Martinelli...

—Lo había —interrumpió la agente especial rotundamente.

—Puede que le haya mencionado a Crump a este intruso. Los hombres de Sheller debieron llegar mientras interrogaba a Martinelli. Por eso tuvo que escapar por la ventana. Los tiradores interrogaron al policía, quien confesó haber mencionado a Crump. Lo mataron. Luego Sheller ordenó el asesinato del subjefe.

Hizo una pausa como si preguntara: ¿Qué tal lo estoy haciendo?

No respondieron, pero tampoco lo contradijeron. *Deben haber llegado a la misma conclusión*.

—¿Por qué mataron a su esposa y a sus hijos? —La rabia de Quindica se filtró a través de su semblante pétreo—. Ellos no tenían nada que ver con lo que pasó.

—Así es como él trabaja. Exige lealtad absoluta y la impone con violencia extrema.

—Crump no lo había delatado.

—Podría haberlo hecho. Sheller actuó preventivamente y decidió enviar un mensaje al mismo tiempo. Su pandilla no es como las otras. Las familias no están fuera de los límites.

Se pasó los dedos por el pelo inquietamente. —Nos falta algo. Jake, mi amigo en ADX. ¿Recuerdan lo que dijo? Que Sheller estaba trabajando en algo grande.

—Matar a un subjefe, ejecutar a toda su familia es lo suficientemente grande —gruñó Difiore.

—No. Eso fue él cubriendo su trasero. Tiene que haber algo más.

—Si lo averiguas, nos lo harás saber.

—¿No crees que estás olvidando algo?

—¿Qué es? —le preguntó a Quindica.

—Sheller sabe que ese intruso escapó con el nombre de Crump.

—¿Qué puede hacer ese hombre? —Cutter la desafió—. ¿Ir a la prensa y decir que Crump hizo que Martinelli disparara a Davis? No tiene pruebas. Solo su palabra. Y —sonrió maliciosamente—, supongo que también sería un sospechoso para ustedes.

Difiore se movió después de un breve silencio. —Acabo de darme cuenta.

—¿De qué?

—Cada León en la ciudad, demonios, todos los supremacistas blancos, cada uno de los policías de Sheller, estarán buscando a esa persona. ¿Cuánto tiempo podrá esconderse?

CUTTER LOS DEJÓ CON ESA NOTA OPTIMISTA.

Se puso las gafas de sol al salir de OnePP. *Al menos no me arrestaron*, se dijo a sí mismo. *Eso fue una victoria.*

Quindica tiene razón. Sheller tendrá a todos buscándome.

Se detuvo tan abruptamente que alguien chocó con él por detrás y maldijo. Él no le prestó atención.

Sheller sabe que soy Zaidi. Por eso hizo que Kobach matara a Jake de esa manera. Puede sospechar que yo era la persona en lo de Martinelli. Por eso sus sicarios estaban en lo de Crump.

¿Por qué el líder de la pandilla no había ido tras él? *Puede averiguar fácilmente dónde vivo y trabajo.*

Tenía que ser ese proyecto en el que estaba trabajando. Es por eso que se está conteniendo de un ataque total. Cutter no podía pensar en ninguna otra explicación.

Sin embargo, el Sheller que él conocía no dejaría que nada se interpusiera en su camino para llegar a sus enemigos.

Aún vendrá por mí. A escondidas. No descansará hasta que me haya matado.

—NO —RESOPLÓ ARNEDRA—. NINGÚN MATÓN VA A IMPEDIRME VENIR A NUESTRA OFICINA.

—Este no es un gánster cualquiera —gruñó Cutter—. Es el hombre más peligroso que conozco.

—¿Incluso más que ese terrorista? ¿Mansoor?

—Sí. Escúchame —le instó—. Esto será temporal. Hasta que la policía descubra dónde está.

—¿Está bien que tú vengas aquí —lo miró fijamente—, pero no yo?

—Arnedra, ¡él me está buscando!

—Y tú te expondrás, te pondrás como cebo. Te conozco. No, no voy a huir. Estaré justo aquí.

Ella saltó cuando él golpeó la palma de su mano sobre su mesa.

—Sí —le dijo de manera ominosa—, quiero tenderle una trampa, pero no puedo hacerlo si estoy constantemente preocupado por ti.

—Él no me quiere a mí. Demonios, apuesto a que ni siquiera sabe de mí.

—Lo sabe. Es inteligente. Es malvado. Sabe de este lugar, dónde vivo, dónde vives. Así es como trabaja.

—No te creo...

—¡Le cortó la cabeza a Jake Horstman! —gritó—. ¿No es eso suficiente advertencia para ti? Eso fue obra suya. Debes haberlo oído en la televisión.

Sus ojos se agrandaron. Sus hombros se hundieron.

—Dijeron que fue una pelea en la prisión —susurró—. El asesino quería venganza.

—Sí, Sheller hizo que su asesino lo hiciera parecer así. *Él* ordenó el golpe.

Ella se humedeció los labios y apartó la mirada de su mirada fija.

—No puedo arriesgarte —dijo suavemente—. ¿Oíste sobre ese policía y su familia? ¿En Brooklyn? Él también está detrás de eso.

La puso al día sobre todos los incidentes y sus hallazgos desde su última reunión. —No tenía que matar a la familia de Crump. Sheller... es el hombre más vicioso y brutal que he conocido jamás.

—Me has convencido —rió nerviosamente—. Me iré.

—No, no vayas a tu apartamento en el Bronx. Tu hermana, está en California, ¿verdad?

—Sí. Pero...

—Visítala. Sé que tienes una invitación permanente de ella. Acéptala.

—No estoy segura.

—Arnedra —dijo salvajemente—, no quiero venir a la oficina un día y encontrar tu cabeza en el suelo.

Eso lo decidió.

57

Cutter instaló más cámaras en la oficina una vez que Arnedra lo abrazó fuertemente y se fue. Colocó sensores de presión en la entrada y cerca de las ventanas.

Había dos rutas de escape para huidas rápidas. Una era a través de la ventana del baño, bajando por el desagüe, hacia el baño de una oficina dos pisos más abajo. Esa propiedad estaba alquilada por él a largo plazo.

La otra era a través de la cocina. Podía saltar y agarrarse al alféizar de la ventana de arriba que daba a una oficina en el piso superior. Ese espacio también estaba alquilado por él.

Tenía rutas de escape similares en su edificio de apartamentos. Era un procedimiento operativo estándar para él. Debía haber múltiples opciones de entrada y salida dondequiera que pasara un tiempo considerable.

Inspeccionó sus instalaciones, las probó para comprobar que enviaban alertas a su teléfono celular y a sus teléfonos desechables.

Se lavó las manos en el fregadero de la cocina y bajó al estacionamiento.

De vuelta a la escuela de Darrell por la tarde, porque no había otra manera de averiguar sobre Sheller.

Lo seguía con unas Ray-Ban personalizadas sobre sus ojos. Proporcionadas por Meghan. Sus patillas estaban perforadas y se habían instalado cámaras en miniatura en los huecos. Proyectaban las vistas traseras en una pequeña porción de sus lentes, convirtiendo las gafas de lujo en un dispositivo de contravigilancia que le permitía monitorear su retaguardia.

El estudiante estaba con Manuel, pero incluso desde la distancia era evidente que la camaradería anterior estaba ausente. Los estudiantes no bromeaban entre ellos, no se saludaban con palmadas ni se daban puñetazos amistosos. Parecían hablar en monosílabos y rara vez se miraban a los ojos.

No fueron a Mother Gaston. Bajaron por Rockaway Avenue y continuaron por ella, todo el camino hasta Hegeman.

Saltaron una valla de cadena que tenía un cartel de *Prohibido el paso, propiedad privada*.

Cutter lo examinó en su primera pasada. Los restos de un garaje, por lo que parecía. El edificio en ruinas se apoyaba contra una línea de tiendas y negocios. Los cascarones oxidados de vehículos en su patio. Un lavadero de autos abandonado en la esquina.

Algún promotor debe haber comprado el terreno para reconstruirlo, lo cual nunca sucedió. Una isla de desolación en el vecindario que los Lions habían tomado.

Su presencia era visible. Hombres de rostro duro y jóvenes agrupados alrededor de una figura central. Nails, reconoció en su segunda pasada. Dando instrucciones a su gente mientras Darrell se mantenía a distancia.

No ocurrió nada significativo. *Están justo al descubierto. Cualquier patrulla que pase puede verlos.* Hablaba de la influencia que tenían los Lions que podían exhibirse tan abiertamente. *Han puesto centinelas de todos modos. Ese matón en el semáforo, el que está en mi lado de la calle, son miembros de la pandilla. Habrá más que no puedo ver.*

Su trabajo sería mantener alejadas a las personas curiosas y advertir si llegaba algún policía.

Cutter se sentó en un bar de jugos en la acera opuesta y pidió una bebida. Algunos de los matones miraron en su dirección, pero su disfraz de anciano no pareció despertar sospechas.

Se levantó pesadamente cuando caía la noche, cruzó en un semáforo y cojeó pasando la valla de cadena.

Nails estaba agachado frente a Darrell. Meneando el dedo furiosamente al chico, que negaba con la cabeza. Fue hasta el final de la calle y se apoyó borrachamente contra la pared de una tienda. Cantó en voz alta mientras esperaba que la pandilla se dispersara. Nails salió del lote, rodeado por sus hombres. Se subió a su vehículo, que se alejó a toda velocidad. Otros dos vehículos lo siguieron a distancia.

No. No puedo arriesgarme a seguirlo. No cuando estoy solo.

Pero tenía una idea.

—Esto es una porquería —resopló Meghan con disgusto mientras examinaba el teléfono desechable.

—¿Crees que voy a usar un teléfono de trescientos dólares para vigilancia? —exigió Cutter.

—Tiene razón —asintió Beth sabiamente—. Entonces, ¿quieres que instalemos un software de clonación en tu dispositivo para que puedas transferirlo a otro teléfono, y ese segundo teléfono...

—Clonará un tercer teléfono cuando esté cerca de otro. Me interesa el teléfono número tres.

Nueve de la noche en la oficina de la Agencia en Columbus Avenue. Solo él y las gemelas, que se habían quedado para trabajar en la seguridad operativa de alguna misión. Lo habían invitado cuando llamó para ver si estaban por ahí.

—Tendrás que explicarlo mejor —frunció el ceño Meghan cuando terminó.

Las estudió. No, no podía ver más allá de sus caras inexpresivas, no sabía si le estaban tomando el pelo. Sin embargo, se lanzó a explicar lo que quería.

—Es Darrell. Anda con los...

—Lo sabemos. Nos lo dijiste —interrumpió Beth.

—Quiero que su teléfono clone el celular de Nails cuando estén cerca. Pero primero, tendré que clonar su dispositivo.

—Sí, pero estará cerca de muchos otros también. Sus compañeros de clase, sus profesores... diablos, su madre. El software no es lo suficientemente inteligente como para saber qué dispositivo debe copiarse.

Eso lo dejó atónito. —¿Por qué crees que vine aquí? —gritó.

—Lo que estás pidiendo es ciencia ficción —le dijo Meghan solemnemente.

El rostro de Cutter decayó. Intentó ocultar su decepción y se dispuso a levantarse.

—Por suerte para ti —bromeó Beth—, podemos hacer lo imposible.

—Haremos que el software se active solo a cierta hora —explicó Meghan—. Después de la

escuela y hasta la medianoche. Lo programaremos para que ignore el teléfono de su madre.

—Pasa tiempo con Manuel, su amigo.

—Conseguiremos su número —dijo ella pacientemente—. Bloquearemos ese también.

—Puede que tenga que deshacerme de ese teléfono desechable.

—Tu teléfono principal tendrá ese programa. Se conectará a una cuenta en la nube que implementará el software en todos los teléfonos desechables conectados a ella. Todos los datos de todos los teléfonos clonados se respaldarán allí.

—Los polis son unos entrometidos. Difiore...

Se detuvo cuando las gemelas le dieron la espalda y comenzaron a teclear en sus teclados.

—¿Gina Difiore y Peyton Quindica? —preguntó Meghan.

—Sí.

—Policías duras, las dos —murmuró la gemela mayor.

—Sí, vaya que te sacaste la lotería —Beth sonrió con sorna mientras se volvía hacia él—. Son un problema para gente como tú.

—Ya lo sé. ¿Y si encuentran ese software en mi teléfono?

—No lo harán. Sabes, Nails tiene un nombre real. Steve Patchey.

Se inclinó hacia adelante, intrigado. No, no lo sabía. —¿Tiene antecedentes?

—Sí —sus dedos hicieron algo de magia y apareció un archivo del NYPD—. No preguntes cómo podemos acceder a eso. No lo entenderías —le dijo con lástima.

Lo leyó rápidamente. Robo. Agresión. Secuestro. Todos contra víctimas negras y de otras minorías.

Con razón Sheller lo nombró líder. Es un León aunque no tenga tatuaje.

—Ahora, hazte útil —lo espantó cuando terminó de leer—. Prepáranos un café y deja que los adultos trabajen.

Líneas de código volaban por sus pantallas cuando regresó con las tazas humeantes. Ninguna de las dos lo miró mientras extendían la mano a ciegas y bebían.

—Bueno —gruñó Beth—. ¿Quieres venir a trabajar aquí como nuestro chef?

Se apresuró al sofá antes de que se les ocurrieran más ideas de empleo para él. Se dejó caer y hojeó una revista mientras mordisqueaba una galleta.

Estaba dormitando cuando alguien se aclaró la garganta a su lado. —Solo descansaba los ojos —se puso de pie de un salto.

—No hemos dicho nada —Meghan se rio y le entregó el teléfono—. Tendrás que conectarlo al celular de Darrell. No pudimos evitar eso. Luego, el software hará su trabajo.

—Subirá todo de todos los dispositivos a esa cuenta en la nube que nos diste —le dijo Beth mientras se guardaba el aparato en el bolsillo—. Un archivo por cada dispositivo.

Les dio las gracias e inclinó la cabeza hacia el techo.

—¿El resto del equipo está durmiendo?

Sabía que cada uno de ellos tenía un apartamento encima de la oficina.

—No —respondió Beth—. Misión de reconocimiento. No necesitas saber nada más.

Cutter salió a la noche.

Él también tenía una misión de reconocimiento.

—¿CREES QUE SE DARÁ CUENTA? —PREGUNTÓ BETH A SU HERMANA MIENTRAS APAGABAN LAS luces y se dirigían al ascensor.

—¿De que clonamos *su* teléfono? No.

Era una medida de protección. Ahora tenían ojos y oídos sobre su amigo. Werner les avisaría si Cutter estaba en peligro.

58

Saratoga Avenue estaba oscura cuando llegó a las dos de la madrugada. Había farolas, pero solo funcionaban unas pocas, proyectando un tenue resplandor alrededor de su entorno inmediato.

El edificio de Carmel tenía una luz frontal con sensor de movimiento sobre el teclado numérico. Sabía por su visita anterior que no había cámaras. Recorrió la calle para revisar los vehículos estacionados y, a su regreso, se puso un pasamontañas en la cara y guantes en las manos. Comprobó la mochila y se aseguró de que estuviera bien sujeta, con las correas cruzando su pecho.

Tomó impulso y se impulsó desde el alféizar de la ventana de un apartamento de la planta baja, saltó más alto, se agarró a otro saliente y trepó hasta la ventana de la sala de estar de Carmel.

La probó suavemente. Estaba cerrada por dentro.

Eso no era un obstáculo insalvable.

Había examinado automáticamente la ventana durante su visita al apartamento. *Marco de madera viejo. Cierre simple por dentro. Sin cableado para ninguna alarma.*

Se colgó del alféizar con la mano izquierda mientras la derecha sacaba su Benchmade. Clavó la punta en la madera blanda y cortó una astilla del marco. Eso hizo espacio para que su hoja entrara más profundamente. Repitió el proceso hasta que conectó la punta con el pestillo, forzándolo.

Contuvo la respiración cuando la ventana crujió al abrirse. Sin embargo, nadie se movió. Trepó rápidamente y cerró la ventana. Respiró superficialmente y bajó su *chi*, su energía interior, y tanteó con sus sentidos. El apartamento estaba cálido y tenía esa sensación de habitado que los vacíos no tienen.

Bordeó la mesa central y se deslizó por el pasillo. La puerta del dormitorio de Carmel estaba cerrada. No se veía luz a través de ella.

Una tenue luz en la cocina iluminaba el pasillo mientras se dirigía a la puerta de Darrell y probaba el pomo. Entró como una sombra cuando giró fácilmente.

Sonidos de respiración. Un bulto informe en la cama, bajo el edredón.

Se acercó a Darrell y se inclinó sobre su cuerpo. No, nada de teléfono. Deslizó una mano con cuidado debajo de la almohada. Aún nada. Movió la mano bajo sus hombros. El chico se estremeció pero no se giró. Sus dedos tocaron la forma dura después de varios segundos de tanteo. Mentalmente hizo un gesto de triunfo cuando extrajo el teléfono con dos dedos y lo conectó por cable a su propio móvil.

Las instrucciones de Beth habían sido claras. No tenía que hacer nada más. Habría un pitido de advertencia cuando el software se subiera, que sería su señal para desconectar los teléfonos.

Sacó una tarjeta de visita de su mochila, garabateó en ella y la colocó encima de la mochila escolar de Darrell. Retiró el cable y apagó y encendió el teléfono de Darrell cuando sonó la advertencia.

La pantalla se iluminó, sin parecer diferente.

Se encogió de hombros en la oscuridad. Las gemelas le habían prometido que el software funcionaría. Confiaba en ellas.

—Todavía creo que deberías dejar la pandilla, colega —murmuró suavemente—. Llámame si estás en problemas.

Ninguna reacción de Darrell.

Cutter salió del apartamento por donde había entrado. Contaba con que Carmel no notara la ventana cortada. Incluso si lo hacía, ¿qué haría? No se había robado nada.

Sospechará que alguien intentó entrar, pero no llamará a la policía.

La gente de color rara vez lo hacía, pensó sombríamente. No cuando los delitos parecían insignificantes. No había mucha confianza en la policía.

59

Darrell se despertó a las ocho de la mañana y se dirigió soñoliento al baño. Para cuando terminó de asearse, su madre ya estaba lista para ir a trabajar.

Ella lo abrazó con fuerza, envolviéndolo en su aroma único que era todo maternal. Él se resistió y refunfuñó porque eso es lo que hacen los adolescentes, pero en secreto disfrutó del contacto. Ella le revolvió el pelo y le dijo que el desayuno estaba listo, advirtiéndole que no llegara tarde.

Sus ojos se desviaron con culpabilidad cuando ella suspiró y salió del apartamento.

No había forma de que pudiera decirle que estaba involucrado con una pandilla. *Saldré de esto, mamá. A mi manera, y estaremos a salvo.*

Mientras se vestía para la escuela, recordó la noche anterior. Creyó haber escuchado la voz de Cutter pidiéndole que dejara la pandilla, pero eso no era posible. Debió haber sido un sueño.

Se quedó helado cuando vio la tarjeta sobre su mochila.

¡Cutter estuvo aquí!

Miró a su alrededor frenéticamente, como si el Arreglador aún estuviera en su habitación.

¿Cómo entró? ¿Se llevó algo?

No. No es un ladrón. Vino a advertirme.

Los labios de Darrell se fruncieron con terquedad. Nadie iba a decirle qué hacer. Eso le recordó algo. Revisó su teléfono. Sí, carga completa. Comprobó sus auriculares Bluetooth. También estaban cargados.

Levantó su camisa y pegó el teléfono a su pecho desnudo con cinta adhesiva. Practicó cómo encender la aplicación de grabación de voz que había descargado. Bajó su camisa y terminó de vestirse. Se paró frente al espejo y practicó hasta que sus manos encontraron automáticamente el lugar correcto en su teléfono.

Estaba listo para grabar a su pandilla.

Tenía un último detalle que verificar antes de irse a la escuela.

¿Cómo entró Cutter?

Encontró la ventana y sonrió para sí mismo. *Así fue.*

No se lo diría a mamá, y si ella lo descubría, confesaría que había sido él quien había cortado la ventana.

La ruta de entrada de Cutter le sería útil.

60

—Dime —ordenó Gunner.

Cray asintió con la cabeza y extendió varias impresiones sobre la mesa.

Once de la mañana en un bar propiedad de los Lions en Harlem. Solo ellos dos, con un anillo protector de matones fuera de la habitación.

—Esa bodega que Boyce y sus amigos asaltaron —comenzó el experto en tecnología mientras sostenía una fotografía de la tienda—, sus dueños son amigos de Grogan.

Gunner asintió. Había estado esperando algo así. —¿Cómo pasó eso? ¿El judío juntándose con los chinos?

—Tuve que hurgar en los registros policiales para eso. Relájate. No dejé rastro. Soy uno de los mejores hackers del país —lo dijo como si fuera un hecho, no una fanfarronada.

El fundador de los Lions le creyó. Los criptoanalistas de la Agencia de Seguridad Nacional habían calificado altamente las habilidades de Cray y lo habían declarado una amenaza para la seguridad.

—Grogan salvó a Chang y Lin Shun, los dueños chinos, de un asalto hace unos años. Moshe Sternberg también pasaba por allí. Él también ayudó. Así es como se conocieron los cuatro. Los chinos perdieron a su hijo en ese incidente. Sospecho que eso acercó al judío a ellos.

Gunner tamborileó con los dedos, se detuvo cuando Cray lo notó. No le gustaba mostrar ningún gesto característico frente a su gente. Eran una señal de debilidad. Echó un vistazo a las imágenes de Sternberg y la pareja.

—¿Grogan también es dueño?

—No. Esos tres son dueños por partes iguales.

—Judíos —escupió el delincuente—. Lo controlan todo.

—Él es un tercio... —Cray se calló cuando Gunner lo miró fijamente. Los judíos eran responsables de muchos de los problemas del mundo. No importaba cuán grande fuera la parte que Sternberg poseía—. Según los registros policiales, Grogan se dirigía a la tienda cuando Boyce y sus amigos la asaltaron.

—¿Y la segunda vez? ¿Cómo llegó allí? Casi atrapa a Nails.

—Esa es la parte problemática. Los dueños dijeron que no llamaron a Grogan. Él sigue un horario cuando visita la tienda. El asalto fue fuera de su ventana. Dijo que estaba pasando por allí.

—¿No le crees?

—Es demasiada coincidencia. Si puedo rastrear sus movimientos, lo sabré con seguridad. Si puedo obtener los registros de su teléfono, será aún mejor. Estoy trabajando en eso.

—¿Qué hay de Martinelli y Crump? ¿Era él el hombre en sus lugares?

—No hay cámaras, jefe, así que no podemos estar seguros. Pero la altura coincide. El extraño era corpulento en ambos lugares y Grogan es delgado... pero podría estar usando un disfraz.

Gunner no necesitaba ninguna confirmación en video. Estaba seguro de que el intruso en ambos lugares era el Fixer. Sus dedos empezaron a curvarse en puños antes de que se detuviera. Los enderezó conscientemente y se limpió las palmas contra sus jeans.

—¿Quién es su socia?

—Una mujer negra.

—Negra.

—Sí. Ella y su marido dirigían un negocio de detectives privados desde esa dirección. Les iba bien hasta que él murió de una enfermedad. Grogan la salvó de un asalto en Central Park. Parece que tiene un hábito para eso. Compró una parte del negocio después de eso.

—¿Él también es detective privado?

—No. Nunca solicitó una licencia.

—¿Por su tiempo en ADX?

—Nadie sabe sobre eso, jefe. Estaba usando una identidad diferente.

—No quería llamar la atención.

—Bueno, no es tímido para dar entrevistas de televisión. Arnedra Jones, su socia, es quien dirige la oficina mientras Grogan hace el trabajo de campo. Pero —Cray hizo una pausa dramática—, no hay nadie en su oficina hoy. Las llamadas van a un buzón de voz grabado. Que devolverán la llamada.

—¿Dónde vive ella?

—En el Bronx. A tres manzanas de donde se reúne Warren.

Warren, uno de sus líderes de célula en ese distrito.

—Haz que él revise su edificio.

—Me adelanté, jefe. Su apartamento está vacío. Conseguí su teléfono, lo intenté, sin respuesta. Hice que Warren enviara a algunos de sus hombres a investigar. Se hicieron pasar por trabajadores de construcción con los que ella había reservado un trabajo. Los vecinos dijeron que se fue apresuradamente ayer. No saben a dónde. Hackeé algunos manifiestos de aerolíneas, pero no hay registro de ella.

Grogan está tomando precauciones.

—Ripper... tal vez no deberíamos haberlo matado de esa manera, jefe. Parece que sabe que estás vivo.

Los ojos de Gunner ardieron. —*Si* quiero consejo, lo pediré —espetó.

Cray levantó las manos en un gesto de *lo que tú digas*. —Encontré algo más sobre él. Te dije que era Delta...

—Sí, dime algo nuevo.

—Su archivo, al que pude hackear, estaba redactado.

—¿Y qué? Eso es común. Lo hacen para ocultar las operaciones.

—Lo sé. Pero conseguí un rastro de quién más manejó ese archivo electrónicamente. Fue visto más recientemente por el Director del FBI. Hace poco más de dos semanas.

Gunner miró fijamente a su hombre. —¿FBI? —repitió.

—Sí.

—¿Por qué estarían interesados en él?

—Ni idea. Habría hackeado los sistemas del FBI, pero eso lleva tiempo y podría activar alarmas.

El jefe de los Lions miró las fotografías distraídamente mientras su mente corría. Crump le había dicho algo sobre una agente del FBI que acompañaba al detective del NYPD. ¿Cómo se llamaba? Alguna italiana... *Difiore*, eso era.

—Dame diez —ordenó a su hombre.

Esperó hasta que Cray salió y se unió al anillo de matones, uno de los cuales pasó un porro.

Gunner abrió la boca para gritarles. Todos en sus rangos superiores debían mantenerse limpios. Nada de drogas, nada de porros, nada de beber en exceso. Se contuvo de gritar. Tenía que dar algo de margen a sus hombres.

Sacó su teléfono desechable y marcó otro número. Crump no era el único policía de alto rango que él o Mease conocían. Había varios más.

—Sí —respondió un subjefe en voz baja, después de que ambos hombres hubieran pasado por el protocolo de seguridad.

—Hay una detective, Difiore, que está investigando varios casos. Me enteré de que hay una agente del FBI con ella. ¿De qué se trata?

—Quindica, así se llama. No es una agente común. Dirige la oficina de Nueva York. Agente Especial a Cargo. Está liderando un grupo de trabajo conjunto, del que Difiore forma parte.

Gunner se quedó inmóvil. —¿Grupo de trabajo? ¿Qué están investigando?

—Cárteles. El FBI cree que las bandas mexicanas se están metiendo en las actividades de todas las demás bandas. Incluso en las de bajo nivel, como robos y asaltos. Como si quisieran *adueñarse* de la ciudad.

—¿Estás seguro? Crump no mencionó nada de esto.

—Sí. El comisionado convocó una reunión de todos los jefes después de su asesinato. Anunció que el grupo de trabajo ya no compartiría información con todos nosotros.

—¿Por qué Difiore sigue investigando esos asaltos? ¿Y por qué tiene los casos de Martinelli y Crump?

—He oído que es por una posible conexión con los cárteles.

Gunner respiró más tranquilo al oír la noticia. *Los policías están siguiendo una pista falsa.*

—¿Y qué hay de Grogan, ese tipo que se hace llamar el Arreglador? ¿Está involucrado de alguna manera?

—¿Él? El grupo de trabajo lo investigó porque estuvo presente en esos asaltos. Pero está limpio.

Por eso el FBI solicitó su expediente.

Agradeció al policía y colgó. Tenía sentido, pero aun así, no hacía daño confirmarlo. Marcó un número de DC y le pidió a un contacto del FBI que lo investigara.

—Cray —llamó cuando hubo terminado.

—Esa mujer del FBI obtuvo su expediente —le dijo al hacker— para descartarlo. Nada más. Sin embargo, le he pedido a alguien que lo verifique. Tú sigue investigando, a ver si puedes conseguir los registros telefónicos de Grogan.

—Lo haré, jefe.

Gunner lo despidió y llamó a Nails.

—Tengo un trabajo para ti. Este necesita ser manejado por tus desechables.

Era hora de poner a prueba a su enemigo.

61

—¿Nada sobre él? —el comisionado de la policía de Nueva York, Bruce Rolando, miró penetrantemente a Difiore y Quindica.

En su oficina, al caer la tarde, las líderes del grupo de trabajo le informaban a él y al director del FBI, Bart Jamison, quien estaba en videoconferencia.

—No, señor —confesó la detective—. Los pocos testigos que tenemos en lo de Martinelli dijeron que era alto, corpulento y tenía una camioneta. Nadie le vio la cara.

—Esa descripción podría encajar con unos cuantos millones de personas, señor —ofreció Quindica.

—¿Qué hay de la escena en el edificio de Crump?

—Nuestros técnicos reconstruyeron el tiroteo, señor. Parece que varios pistoleros se escondían en su casa. Dispararon contra una persona desconocida, que escapó por el tejado. Encontramos varios casquillos de diferentes armas. Balística está tratando de relacionarlos con tiroteos anteriores.

Miraron a la pantalla del televisor cuando la silla de Jamison crujió.

—He visto las fotografías que compartieron. El lateral del edificio es empinado. Subir por ahí requiere gran habilidad. ¿Creen que fue el mismo hombre que apareció en lo de Martinelli?

—Parece lógico, señor —admitió la SAC—. El policía le habló sobre Crump. Fue a interrogar al subjefe. Hay una capa de polvo en ese callejón lateral. Tenemos algunas huellas de zapatos. Dedujimos que fue a las ventanas laterales y miró adentro. Fue entonces cuando aparecieron los tiradores.

—¿Crump estaba corrupto?

Ella vaciló y miró a Rolando, quien asintió impasible.

—Sí, señor. Él y Martinelli. Pero no tenemos pruebas. Sospechamos que hay muchos policías y agentes del FBI que son nacionalistas blancos. Por eso les pedimos a usted y al comisionado que hicieran público lo que el grupo de trabajo estaba investigando. Para dejar una pista falsa.

Jamison movió los dedos reconociendo el agradecimiento implícito en sus palabras.

—¿Y todo esto se remonta a esa banda secreta, los Leones Ascendentes?

Quindica no mostró irritación ni impaciencia por cubrir el mismo terreno. Su jefe, así como el comisionado, estaban informados desde el primer día de su grupo de trabajo. Que el director repitiera las preguntas no significaba nada más que estaba pensando en voz alta.

—Sí, señor. —Les informó de nuevo a todos y esperó mientras dos de los jefes de las fuerzas del orden más poderosos del país meditaban en silencio.

—¿No sabían de esta banda antes?

—No, señor —dijo Difiore, respaldando a su compañera—. Aún no lo sabemos. Cutter Grogan nos habló de ella. Hasta entonces, todo lo que teníamos eran los tatuajes en varios delincuentes que tenían conexiones con bandas, pero ninguno llevaba ese nombre.

—¿Era Cutter el que estaba en las casas de Martinelli y Crump? Es capaz de escapar de esa manera. Prefiere una Glock.

—Revisamos su arma, señor, después del tiroteo de Brownsville. También hemos comprobado sus movimientos. No estaba cerca de las casas de los policías.

—Un hombre con sus capacidades y conexiones —reflexionó Rolando—, no le sería difícil fingir todo eso. ¿Qué piensan ustedes dos?

—No me gusta lo que hace, señor —admitió Difiore.

—Eso no es un secreto, Gina —rio el comisionado, aliviando momentáneamente el tono de la reunión.

—Sí, señor. Comportamiento vigilante y todo eso. Pero no creo que él matara a Martinelli o Crump. No es quien es él.

—Les está ayudando, ¿no es así?

—Sin él, no habríamos sabido de Sheller, señor.

—No hay pruebas. Todo esto es especulación —les recordó Jamison.

—Sí, señor. —No lo tomó como un reproche. El director estaba constatando un hecho—. Ayudaría si uno de ustedes llamara a Grogan y se lo preguntara directamente. Tienen historia con él. No les mentiría a ninguno de ustedes. Así podríamos eliminarlo como persona de interés definitivamente.

CUTTER ESTABA EN LA VENTANA, MIRANDO HACIA LAFAYETTE, CUANDO LLEGÓ LA LLAMADA.

—¿Señor? —preguntó, sorprendido de que el que llamaba fuera Jamison.

—Cutter, has estado ocupado —dijo su antiguo oficial al mando—. Yendo de tiroteo en tiroteo.

—Sí, señor, en el campo de tiro. Hay que mantenerse en práctica.

Una pausa.

—Estoy en una llamada de conferencia con el Comisionado Rolando, la Detective Gina Difiore y mi SAC de Nueva York, Peyton Quindica. Los has conocido.

—He tenido el placer, sí, señor.

—Cutter, voy a hacerte una pregunta. Necesitas responder con la verdad. Debes saber que esto está siendo grabado.

—Sí, señor.

—¿Mataste a Martinelli y Crump?

—No, señor.

—¿Estuviste en sus residencias?

—No, señor.

—¿Te someterás a una prueba del polígrafo? —disparó Difiore.

—Sí, señora. En cualquier momento.

—Gracias, Cutter —dijo Jamison formalmente—. No necesito recordarte tu estatus de seguridad...

—Soy consciente, señor. Esta llamada, todas mis conversaciones con la Detective Difiore y la SAC Quindica permanecerán confidenciales.

—Que tengas una buena noche, Cutter.

—Igualmente para todos ustedes.

Sonrió cuando colgó. *Apuesto a que Difiore lo instigó a hacer eso.*

No estaba preocupado por la prueba del polígrafo. Controlar su mente y cuerpo había sido una parte esencial de su entrenamiento. Una habilidad vital que le había ayudado a sobrevivir en numerosas misiones como operativo encubierto.

Superaría cualquier prueba que el FBI o la policía de Nueva York le hiciera.

62

—¿No se te ocurrió consultarme a mí o a nuestro amigo antes de actuar? —bramó Mease contra Gunner.

El fundador de los Lions finalmente había respondido a sus llamadas y mensajes y había llegado a su punto de encuentro, el estacionamiento del edificio Melrose.

—No había tiempo. Mis hombres descubrieron que Martinelli había mencionado a Crump. Tenía que actuar.

—Podrías habérmelo dicho —se enfureció el estratega.

—¿Sí? ¿Y qué habrías hecho?

—Habría hablado con él.

—¿Acaso tus contactos en el NYPD te dijeron que había un extraño en el apartamento de Martinelli? Se escapó. Es probable que sepa sobre Crump. No, hice lo correcto.

—No puedes matar policías...

—Era un Lion. Los dos lo eran —respondió Gunner con fiereza—. Sabían los riesgos que corrían cuando se unieron a la pandilla. No son como tus amigos nacionalistas blancos. Nos tomamos nuestros juramentos en serio.

Mease metió las manos en los bolsillos y pateó furiosamente una piedra inexistente en el concreto. —¿Cuáles son las consecuencias? —gruñó—. ¿Has pensado en eso?

—No hay ninguna. Los policías andan persiguiendo pistas falsas.

Mease meditó por un momento y luego se encogió de hombros con desdén. —¿Te has enterado de lo de Tizzard? ¿De su manifestación en la ciudad? ¿Tú lo preparaste para eso?

—No. ¿Quieres que nos involucremos?

—Te lo haré saber. Una repetición de Arizona puede que no nos ayude mucho... pero esto será demasiado bueno para dejarlo pasar.

—Avísame —respondió Gunner y se alejó.

Mease pensó en llamarlo de vuelta, en darle una palmada en el hombro, en hacerse el amigable con él, pero el vehículo de los Lions estaba desapareciendo antes de que pudiera reaccionar.

Déjalo ir. Cuanto más se acerquen las elecciones, más se pondrán de punta nuestros nervios. Que los ánimos se caldearan ocasionalmente no era algo de lo que preocuparse.

¿Se volverá rebelde?

Eso sí era algo que le preocupaba.

Que Gunner se saliera del guion podría arruinar la campaña.

No, decidió. *Tiene tanto que perder como nosotros. En cualquier caso, hizo lo correcto al*

matar a Martinelli y a Crump. Y al no contárnoslo. Tenemos que mantener las distancias.

Salió del estacionamiento y sacó a los Lions de su mente. Tenía un problema mayor que resolver.

¿Podrían llevar a cabo la campaña por su cuenta? ¿Necesitaban el apoyo de los peces gordos de alguno de los otros partidos y, de ser así, de cuál? Si iban por ese camino, tendrían que elegir a qué partido cortejar. Sería una decisión difícil de tomar.

Mease caminó durante mucho tiempo en la noche mientras su cerebro de contador analizaba fríamente los hechos y sopesaba los pros y los contras, sin ser consciente de lo que su aliado de los Lions había iniciado.

63

La alarma sonó a las tres de la madrugada.

En una película de Hollywood, habría sonado un par de veces y Cutter habría apartado la sábana para revelar a una mujer a su lado. Se habría frotado los ojos y buscado su teléfono.

Pero esto no era una película.

Se despertó, instantáneamente alerta, con el animal dentro de él entrando en modo de lucha en un latido. Desbloqueó su teléfono y accedió a la cámara que había instalado en su apartamento.

Tres figuras encapuchadas en su puerta, sus cuerpos ocultando lo que estaban haciendo. Nadie más visible en el pasillo o las escaleras.

Se movió rápidamente mientras observaba. Se puso sus pantalones de combate y se ajustó la armadura sobre su camiseta. La Glock fue a parar a su funda de hombro, la Benchmade a la correa del muslo. Una porra fue a parar a una vaina en su otra pierna.

Salió sigilosamente del apartamento en el que dormía, el que estaba encima de su residencia, justo cuando los matones forzaban la puerta de su casa.

Estaba impresionado. *Esa es una cerradura de alta seguridad.*

Bajó las escaleras con cuidado, sin encontrarse con nadie. Ningún centinela en su piso. Bajó un nivel para comprobarlo. Sin vigilantes. Una última revisión en su teléfono para ver que los matones se habían dispersado en su sala de estar, sosteniendo linternas atenuadas, sin ser conscientes de las cámaras infrarrojas capturando cada uno de sus movimientos.

Todos ellos con máscaras, guantes y armas, a tres metros de la puerta.

Cutter deslizó el teléfono en su bolsillo, desbloqueó su puerta e irrumpió dentro.

Su mano izquierda se extendió para encender un interruptor que activó intensas luces halógenas, mientras dejaba escapar un rugido para lograr un efecto adicional.

Conmoción en sus posturas. El hombre más cercano se tensó mientras empezaba a girarse. Los otros reaccionaron más lentamente.

—¿QUIÉNES SON USTEDES?

Dos largas zancadas hacia el Primer Hombre, su porra elevándose en un golpe cortante para desarmar al hombre. Un largo paso lateral para golpear al Segundo Hombre en el cuello con el mismo movimiento y patearlo en la entrepierna. El Tercer Hombre fue rápido. Saltó hacia atrás y levantó su brazo armado y disparó, pero Cutter se había lanzado bajo y, con un fuerte grito, lo embistió y lo estrelló contra la pared.

¡Los necesito vivos!

Le dio un cabezazo al hombre, sintió el rocío de sangre en su cara cuando la nariz y los labios del matón se partieron, oyó un grito detrás de él, se retorció desesperadamente y envió al atacante tambaleándose hacia el Primer Hombre, que se abalanzaba hacia ellos.

El hombre que se precipitaba se giró en el último segundo, pero no antes de que ambos encapuchados chocaran y perdieran el equilibrio. Ubicó automáticamente al Segundo Hombre, aún fuera de combate, gimiendo, doblado y agarrándose la entrepierna. Cutter agarró una silla y la arrojó a los otros atacantes, siguiéndola con un jarrón cuando el primer proyectil impactó y un matón gritó. Estaba alcanzando otra silla cuando alguien entró tambaleándose al apartamento y gritó.

—¡POLICÍA!

¡Esa voz!

Se giró hacia la puerta, atónito al ver a Darrell, cuyo rostro se retorció en un reconocimiento impactado.

MUÉVETE, le advirtió el animal, pero había perdido su ventaja con la pausa de una fracción de segundo.

Un golpe en su espalda lo hizo tropezar. Alguien maldijo y un arma se estrelló contra su sien. Cutter se tambaleó y estaba buscando su Glock cuando un disparo le perforó el vientre. Cayó al suelo, el mundo girando a su alrededor, su visión oscureciéndose.

—¡VÁMONOS. ESTÁN AQUÍ! —gritó Darrell.

Cutter creyó oír pasos apresurados y levantó la cabeza aturdido; entonces una patada en la cabeza lo dejó inconsciente.

—ESTUVO INCONSCIENTE UNOS QUINCE MINUTOS —LE DIJO LA ENFERMERA DEL SMU—. TAL vez unos pocos más, pero no hay forma de saberlo. Una vecina llamó a la policía cuando escuchó gritos.

Cutter miró por encima del hombro de ella y sonrió cansadamente a Ellen Konta, que vivía en el otro apartamento del piso.

—Gracias —articuló con los labios y recibió un asentimiento preocupado de ella. Se recostó contra la pared mientras la paramédica limpiaba el corte en su sien y lo examinaba críticamente —. Tuvo suerte. No hay costillas rotas. Las extremidades y articulaciones parecen estar intactas. Necesitaremos llevarlo para un chequeo. Podría tener una conmoción cerebral.

Sus ojos se detuvieron en su armadura, pero no hizo comentarios. Ella y los policías lo rodeaban cuando recuperó la conciencia. Todavía estaba aturdido pero cooperó con ellos mientras le quitaban el chaleco protector y cortaban su camiseta.

Habían tomado su declaración cuando recuperó sus facultades. Un sargento llegó poco después y supervisó con seriedad.

—Nada de hospital —protestó.

—Señor Grogan —gruñó DeSanto, el oficial de mayor rango, tan educadamente como pudo —. Eso no es una opción. No hemos terminado con usted, pero primero necesita ser atendido.

Hizo un gesto hacia la armadura—. Eso es diferente de lo que tenemos en el NYPD. Incluso nuestros equipos de la ESU no tienen esos.

ESU. Unidad de Servicio de Emergencia, que realizaba operaciones SWAT además de otras funciones.

—Estuve en el ejército —dijo Cutter, apretando los dientes y luchando contra una ola de mareo mientras se ponía de pie—. Un recuerdo de aquellos tiempos.

Cutter tardó dos horas más en obtener el visto bueno de sus exámenes hospitalarios —sin conmoción cerebral— y terminar el interrogatorio del NYPD. Presentó su permiso de armas, les dio una copia de la grabación de su cámara y produjo una copia del contrato de alquiler del apartamento.

—Siempre lo he tenido —les dijo a los policías escépticos—. El tipo de trabajo que hago... recibo muchas amenazas. Me mudé a ese apartamento el día después de que me enfrenté a esos matones en la tienda de conveniencia. Los que escaparon.

Indagaron y preguntaron, pero él no les reveló nada más. Finalmente, puso una expresión exasperada. —Yo soy la víctima aquí. ¿No deberían centrarse en mis agresores?

SE ARRASTRÓ FUERA DE LA CAMA A LAS OCHO DE LA MAÑANA, Y DESPUÉS DE REFRESCARSE Y sentirse humano otra vez, fue a ver a Ellen y le agradeció su ayuda.

—No sabía qué hacer —dijo ella, agarrándole el brazo—. Estabas inmóvil y tenías sangre en la cara.

Ella tenía setenta años y le horneaba un pastel de Navidad cada año. La frivolidad no era el tono adecuado con ella. Le agradeció de nuevo.

Estaba mordiendo su tostada cuando sonaron unos golpes en su puerta.

—Estás vivo —dijo Difiore, saludándolo con su habitual calidez y preocupación mientras entraba como una tromba, junto con Quindica.

Algún día le preguntaré quién le abre la puerta.

Las ignoró y terminó su desayuno mientras ellas inspeccionaban su sala de estar. Había limpiado al volver del hospital, pero había marcas de arañazos en la pared, y los restos de la silla y el jarrón seguían en un rincón.

—Muéstranos el de arriba —exigió ella cuando él estaba sirviendo café en tres tazas.

Las llevó arriba en silencio y se hizo a un lado mientras inspeccionaban el apartamento de alquiler. Sus ojos recorrieron el interior despojado, pasando por el colchón y la sábana. Quindica asintió imperceptiblemente a la detective, quien las guio fuera y de vuelta a su apartamento.

Les entregó sus tazas y dio su primer sorbo del día. Le palpitaba la cabeza y le dolía el cuerpo, pero era mejor que la alternativa.

—Cuéntanos todo paso a paso. Todo —Claramente su bebida no había ablandado a la policía.

Pensó en protestar pero rechazó la idea inmediatamente. *Es persistente. No se rendirá.*

—¿Por qué escaparon? Podrían haberte matado —preguntó Quindica cuando él había terminado.

—No lo sé —se encogió de hombros. No iba a mencionar a Darrell ni su intervención.

—¿Sheller?

—¿Quién más?

—No pensé que matarte así fuera su estilo.

La miró por encima del borde de su taza. La SAC del FBI mantenía su habitual estoicismo, dejando que la detective hablara. Su silencio no engañaba a Cutter. *Es tan perspicaz como Difiore.*

—Creo que era una operación de secuestro —admitió—. Tienes razón. Acabar conmigo así no le daría ninguna satisfacción. Querrá ponerme las manos encima.

—¿Es por eso que tu oficina está cerrada?

—Sí. Persuadí a Arnedra para que fuera a un lugar seguro. Algún sitio lejano.

—Los resultados de sangre llegaron. Sí —se rio sin humor—, tu amigo, el comisario, agilizó las pruebas cuando se enteró de que eras tú.

Los policías habían tomado muestras de su cara cuando les dijo que parte de la sangre que tenía era de uno de los atacantes.

—Nada —dijo con amargura—. No está en el sistema. Sin huellas. Fueron cuidadosos.

—Y buenos —señaló—. Esa es una de las mejores cerraduras en mi puerta. La forzaron como si nada.

—Podrías haberles disparado —dijo Quindica—. Vimos el video. Los tenías. Llevabas tu Glock encima.

—Los quería vivos —intervino su compañera—. Los habría interrogado, rastreado hasta Sheller.

—¿Habrías compartido sus datos con nosotros? —preguntó la SAC.

—Por supuesto —extendió las manos ampliamente.

Después de matarlo.

64

Darrell estuvo distraído todo el día.

Se había escabullido en la casa tarde por la noche y se había metido en la cama, temblando de miedo.

Había dormido de manera intermitente, despertándose de vez en cuando para revisar las noticias en su teléfono. El rostro de Cutter lo atormentaba. La conmoción al verlo llegar, la sangre en su cara, la forma en que había caído cuando le dispararon.

Los medios recogieron la noticia a las nueve de la mañana, que el Fixer había sido atacado en su casa. El peso aplastante que sentía se alivió cuando leyó el comunicado del NYPD, que Cutter Grogan estaba herido, pero no de gravedad.

Pasó el día como pudo, y cuando Manuel le hizo un gesto discreto por la tarde, se unió a su amigo casi dando saltitos.

Nails estaba furioso cuando llegaron al punto de encuentro en Rockaway, pero esa ira no estaba dirigida a él. De hecho, le dio una palmada en la espalda a Darrell. —Buen trabajo —lo felicitó—. Sin tu advertencia, estos... —se volvió con desdén hacia los tres perpetradores— habrían sido arrestados. No pudieron derribar a una sola persona —les escupió. Pero sorprendentemente, no dijo nada más al respecto. Discutió las actividades de la pandilla, la distribución y las ganancias diarias, y luego los despidió.

Darrell se separó de Manuel y se apresuró a volver a casa. Revisó su teléfono discretamente cuando estuvo lejos de la pandilla. Sí, todo estaba grabado. Sin embargo, aún no era lo suficientemente valioso como para otorgarles a él y a Mamá protección de testigos.

Necesito entregarles a Nails en acción, o a su jefe. Había intentado averiguar quién era esa misteriosa figura, pero Manuel lo había hecho callar cada vez. *Finge saber quién es, pero creo que tampoco lo sabe.* Solo los sicarios blancos de alto rango lo sabían, y no le darían ni la hora.

El chico de quince años suspiró y dobló la esquina hacia la Avenida Sutter y soltó un grito ahogado cuando una sombra cruzó la calle para encontrarse con él.

¡Cutter!

Tomó el brazo de Darrell y lo llevó a su SUV. Rodeó el capó y subió al asiento del conductor.

—No sabía que era tu casa. No iban a matarte. Lo juro. Te habría advertido si lo hubiera sabido. Grité cuando vi a Duke...

—Duke, ¿es el que me disparó? —Darrell se estremeció por la suavidad que había adquirido la voz de Cutter. Como una pantera entrando en modo sigilo antes de saltar sobre su presa.

—No puedo dar sus nombres. —Apartó la mirada de los intensos ojos verdes y el rostro

magullado.

—Estás en un gran problema. Mantuve tu nombre fuera del informe policial, pero ¿cuánto crees que tardarán en unir las piezas? ¿Que un chico también estaba allí? Revisarán las cámaras de seguridad, preguntarán a los vecinos. La detective a cargo es muy buena.

—No hay cámaras allí. Nails lo confirmó. Escapamos sin dejar rastro.

—¿Por qué estabas allí?

—Ya te lo dije. Querían atraparte y llevarte con Nails.

—¿Por qué?

—No lo sé. Lo juro —dijo, elevando la voz cuando Cutter lo miró con incredulidad.

—¿Para matarme?

—¡No! Fue claro en eso. Sin armas, sin cuchillos. Iban a dejarte inconsciente. Duke —ya había soltado el nombre; no tenía sentido ocultarlo más— dijo que los atacaste, que actuaron en defensa propia. No sabían que llevabas armadura.

—Entonces, ¿me habrían matado si no hubieras llegado?

Darrell apartó la mirada avergonzado.

—No respondiste mi pregunta. ¿Por qué estabas allí? ¿Por qué Nails te envió a ti y no a alguien más?

Miró a Cutter sorprendido. —Porque somos desechables.

—¿Desechables? ¿Qué significa eso?

—Solo los sicarios blancos van a trabajos importantes —explicó Darrell. ¿Acaso Cutter no lo entendía?—. Duke, Trigger, Kelly, ellos son como... —se señaló a sí mismo.

—¿Esa es la palabra que usan?

Otra vez esa voz suave. Darrell se movió incómodo en su asiento. No le gustaba cómo los ojos de Cutter se habían vuelto fríos y duros.

—Sí —murmuró—. Manuel me lo explicó. No sabemos mucho sobre cómo funciona la pandilla. No hay gran pérdida para la pandilla si nos atrapan. Si Marv, Chino, algunos de los otros, o incluso Nails, si los arrestan, entonces la pandilla se desmorona. Ellos saben mucho más que nosotros, y la policía puede hacerlos hablar.

—Y aun así quieres estar con ellos.

Darrell se sonrojó y apartó la mirada. —Ya no.

—Estabas en una misión de secuestro. Eso no parece que quieras dejarlo.

—TENGO QUE CONSEGUIR SUFICIENTE INFORMACIÓN. —Su vergüenza se convirtió en ira—. HASTA ENTONCES, TENGO QUE SEGUIRLES LA CORRIENTE.

—Eso te llevará a la cárcel o te matará. Tu madre... ¿qué hará entonces?

La furia de Darrell explotó. —NO TENGO POR QUÉ ESCUCHARTE. —Escapó del vehículo antes de que Cutter pudiera reaccionar y cerró la puerta con fuerza. Se alejó corriendo y solo disminuyó la velocidad cuando el Fixer no lo seguía.

CUTTER CERRÓ LOS OJOS CANSADAMENTE MIENTRAS EL ADOLESCENTE SE ALEJABA CORRIENDO. LA había fastidiado de nuevo. Debería haber adoptado un enfoque más comprensivo.

Estaba en un intento de secuestro, se reprochó a sí mismo. *¿No se da cuenta de lo grave que es eso?*

Sí lo sabe. Cree que puede encontrar una salida.

Debería ir a ver a Carmel, contarle todo.

¿En serio? ¿Eso lo arreglará todo? Ella lo enfrentará, lo arrastrará a la policía. Los Leones

se enterarán y enviarán sicarios, y ningún policía podrá salvarlos. O Darrell podría huir de casa. Eso sería peor.

No tenía elección. Tenía que dejar que el adolescente averiguara toda la información que pudiera.

Revisó su cuenta en la nube e hizo una mueca al descubrir que el teléfono de Darrell no había revelado nada útil. Se había clonado con los dispositivos de los tres secuestradores.

Nada útil en ellos, pensó mientras revisaba los mensajes y las llamadas. Conversaciones sobre el incidente del secuestro. Tratos de drogas. Había uno próximo en el vecindario.

Creó una cuenta de correo electrónico anónima y envió los detalles a Difiore. *No sabrá que es de mí.* Estaba conectado de forma segura a internet, y el proveedor de correo hizo rebotar el mensaje en varios servidores antes de entregarlo.

Kelly, Trigger y Duke. Podría ir por ellos. Eran mayores y quizás sabrían dónde solía pasar el tiempo Nails.

Aceleró el motor y salió conduciendo, con los labios apretados mientras la descripción de Darrell volvía a su mente.

Desechable.

65

Gunner se encontró con Nails en el bar de Harlem, acompañado por Cray.

—La policía no tiene nada —dijo el líder de Brownsville al terminar su narración—. Ni descripción de nuestros hombres, ni testigos, nada. Tenía cámaras. No hay otra explicación de cómo llegó allí.

—Creí que habías revisado el apartamento de Grogan —dijo el jefe de los Lions dirigiéndose al hacker.

—No fui allí. Si hubiera visitado el lugar, habría notado su sistema de seguridad.

—¿Qué tan mal está herido? —preguntó Nails—. La televisión dice que se está recuperando, sin más detalles.

—Llamé a algunos contactos —Gunner dio un sorbo a su cerveza y se limpió la espuma de los labios—. Llevaba chaleco antibalas. Nada roto. Solo un corte o dos.

—Podemos intentarlo de nuevo. Puedo enviar mejores sicarios.

—No. Estará alerta. La policía podría tener un equipo de protección.

—Tengo algo —anunció Cray y giró la pantalla de su portátil hacia ellos. Reprodujo un clip de video que mostraba a Grogan corriendo por Lafayette, con el teléfono en la oreja—. Eso fue a más de una cuadra de la bodega.

—¿Cuándo fue esto?

—El atraco de Nails. Ese día.

—¿Qué estoy viendo? —gruñó Gunner, aunque ya lo había deducido.

—Los informes policiales dicen que pasaba por allí cuando sintió que algo andaba mal y confrontó a los vigilantes de Nails. Este video no respalda esa versión. Está corriendo hacia la tienda. Está haciendo llamadas...

—¿Hackeaste su teléfono?

—No, pero tengo los registros de la tienda. Su línea estaba ocupada. Grogan no logró comunicarse, si es que era a ellos a quienes intentaba llamar. Ese video... no estaba pasando por casualidad. Sabía que se estaba produciendo un atraco.

—¿Cómo conseguiste este video?

Cray sonrió con astucia. —Hay un fotógrafo aficionado y bloguero en Lafayette. Está escribiendo sobre la vida en la ciudad. Lo rastreé y descubrí que tiene una cámara de video apuntando a la calle. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana, durante todo el año. Ese clip es de su transmisión.

—¿La policía no lo tiene?

—Nah —resopló—. Este tipo tiene historia con ellos. No va a ayudarlos.

—¿Sabes lo que esto significa? —Gunner se volvió hacia Nails.

—Tienes un soplón —intervino Cray.

—Estás exagerando —protestó el líder de Brownsville—. Podría estar corriendo por cualquier razón. Diablos, podría ir a la bodega por un pastel. Sabemos que es amigo de... —Su voz se apagó bajo la mirada de ojos entrecerrados del fundador.

—Mi pandilla no fue la única que asaltó tiendas ese día —intentó de nuevo—. Todas las células de los Lions lo hicieron.

—No. Pero a ti te interrumpieron. A nadie más le pasó.

—Jefe...

—Estoy de acuerdo con Cray. Tienes un soplón. Encuéntralo. Tráemelo.

Nails tragó saliva y se puso de pie. Nadie desafiaba a Gunner, especialmente cuando estaba de ese humor.

—Y ocúpate de esos tres sicarios, los que fallaron en atrapar a Grogan.

El hombre de Brownsville asintió rígidamente y salió del bar.

—¿Realmente quieres hacer esto, jefe? —preguntó Cray cuando estuvieron solos.

—¿Hacer qué?

—Deshacerte de Duke, Trigger y Kelly. Son los hombres que fueron por Grogan —añadió cuando Gunner le dio una mirada desconcertada.

—No toleramos el fracaso en los Lions.

—Pero esto fue una prueba, jefe. Tú mismo lo dijiste. Querías ver qué tan alerta estaba el Fixer.

—También quería que lo capturaran. Son negros, ¿no?

—Sí, jefe.

—¿Entonces de qué te quejas?

—De nada —Cray retrocedió—. Demasiados cadáveres. Eso es lo que me preocupa.

—Nadie se preocupará por ellos —dijo Gunner con desdén—. Sobre este soplón...

—Es de bajo nivel, estoy seguro de eso —dijo rápidamente el hacker, ansioso por cambiar de tema—. De lo contrario, el mismo Nails ya habría sido arrestado.

—Eso es lo que yo también pienso.

—Sin embargo, podemos tender una trampa.

Gunner, interesado, hizo un gesto para que continuara.

—El mitin de Tizzard aquí. Podríamos hacer correr la voz en nuestra pandilla de que harás una breve aparición.

—Le llegará a Grogan —meditó Gunner—. Pero puede que no aparezca. Sabe qué tipo de gente asiste. El evento puede volverse hostil, violento. Cualquiera podría salir herido.

—Lo hará, jefe. Lo he estudiado. He creado un perfil psicológico de él. Es un cebo demasiado grande para que lo deje pasar.

—No vendrá solo. Podría venir con policías.

—No importa con quién venga. Lo dejaremos escapar. Atraparlo frente a cientos de personas, aunque sean simpatizantes, no es seguro.

—Sin embargo, obtendremos prueba de un soplón.

—Así es, jefe.

—Hazlo. Y también investiga a la gente de Nails. Todo sobre ellos. Dónde viven, con quién se juntan, sus teléfonos.

—En ello, jefe.

Gunner salió e hizo una llamada desde su vehículo.

—Ese mitin —le dijo a Mease cuando el estratega contestó—. Se va a poner violento.

—Te dije que te respondería sobre eso. Aún no hemos decidido...

—Yo sí. Mis hombres necesitan algo de acción —respondió imperativamente y colgó.

Grogan escaparía, pero no antes de que lo golpearan un poco.

Gunner sonrió para sí mismo. Estaba jugando con el Fixer. Probándolo, sondeándolo, dándole un golpe suave de vez en cuando.

Preparándolo para el final, que él mismo entregaría en persona.

66

—¿Qué pasa? —preguntó Rubin cuando Mease colgó.

—Es Gunner —el estratega se sirvió café y se quedó de pie junto a la ventana admirando la vista de Central Park—. Ha decidido que sus hombres estarán presentes en el mitin de Tizzard. Le dije que aún lo estábamos considerando, pero él insistió en que estarían allí.

—Es la forma en que lo dijo —se volvió hacia el candidato con la taza en la mano.

—Él y Tizzard tienen una larga historia —Rubin se encogió de hombros—. Tiene que apoyar a su amigo.

—Sí, pero...

—¿Crees que se está descontrolando?

—Fuera de *nuestro* control —le corrigió Mease.

—Desde el punto de vista de la campaña, cualquier violencia es buena. Jugará a nuestro favor. Si quiere alejarse de nosotros, ¿qué perdemos?

—Perdemos músculo.

—Podemos conseguirlo de otras bandas.

—No muchas comparten nuestros puntos de vista. Lo que realmente pensamos.

—Me preocupa que vaya tras Grogan.

—Le hemos dicho que se mantenga al margen.

—Gunner es su propio jefe.

—Démosle algo de margen, veamos cómo se comporta.

Mease asintió. Rubin tenía razón. Estaban demasiado avanzados en la campaña como para hacer cambios.

—Además —le recordó el candidato—, tiene tanto que perder como nosotros. Has grabado todas nuestras conversaciones con él.

—Sí —Mease se animó con eso. La destrucción mutua asegurada era excelente para controlar a la gente.

CUTTER DECIDIÓ IR TRAS DUKE.

No porque me disparó, se aseguró a sí mismo, sino porque era el mayor. Podría tener cierta antigüedad en la banda y tal vez conocer más sobre sus operaciones y a quién informaba Nails.

El sicario vivía en un proyecto de viviendas públicas en las afueras de Brownsville, entre la Avenida Atlantic y la Calle Fulton.

Edificios de ladrillo rojo, pequeños parques, vallas metálicas a la altura de la cintura, niños

jugando bajo la atenta mirada de padres y familiares.

Cutter estacionó su SUV a dos manzanas de distancia y caminó por la Calle Herkimer. El programa que las gemelas habían subido no solo clonaba los teléfonos. También los rastreaba, permitiéndole saber dónde estaban en cualquier momento.

A las ocho de la noche, al día siguiente de su enfrentamiento con los hombres de Nails, el sicario estaba en su apartamento en el sexto piso.

Parecía que estaba solo, porque su teléfono no había interactuado con ningún otro. Le había preocupado que el software de clonación duplicara cualquier dispositivo aleatorio con el que entrara en contacto, pero eso no había sucedido. *Beth y Meg hicieron una programación sofisticada*. No se lo habían explicado y él no había preguntado.

—Señora —sonrió y mantuvo la puerta abierta para una madre que llevaba a su hija al edificio—. ¿Aquí vive Duke? Un poco más bajo que yo. Tatuajes por todas partes...

—¿Duke Posey? Sí, sexto piso —respondió ella, sonando apresurada mientras lidiaba con una niña inquieta.

—Gracias, señora. —*Ahora tengo su segundo nombre*—. Soy amigo suyo. Estoy de visita en la ciudad. Pensé en darle una sorpresa.

—No te pareces a ninguno de sus amigos —su opinión sobre las visitas de Duke era clara por la forma en que resopló—. He visto a algunos de ellos.

—Tomamos caminos diferentes en la vida, señora. No he estado en contacto con él durante mucho tiempo. Ahora me pregunto si debería haberle avisado.

—Ya estás aquí —dijo de mala gana—. Solo ten en cuenta que las personas cambian. Lo que sabes de él podría ser diferente de lo que encuentres ahora.

La observó mientras entraban al ascensor y notó que presionaba el botón del sexto piso.

—Señora, si no le importa ser honesta, ¿se ha metido en malas compañías?

—Diablos, sí. Anda con una pandilla —apretó los labios como si se hubiera dado cuenta de que había dicho demasiado.

—Entiendo, señora. Tocaré su puerta. Si me reconoce, genial, charlaremos unos minutos y luego me iré. Si no, me marcharé rápido.

Ella miró hacia la puerta, claramente sin querer involucrarse más.

No puedo culparla. Solo soy un extraño para ella. Debe estar pensando que también soy de una pandilla.

Se había vestido de manera informal. Una sudadera con capucha, camiseta holgada, jeans rotos, zapatos desgastados. Tatuajes que se había pintado en el cuello con tinta lavable. Sin otro disfraz, porque quería que Posey lo reconociera. Su Glock estaba oculta bajo la capa exterior, invisible incluso para un ojo entrenado.

Esperó a que ella saliera cuando el ascensor llegó a su piso.

—Es ese —inclinó la cabeza hacia la izquierda, señalando el último apartamento del piso.

Iluminación tenue, piso de concreto, aire viciado, basura frente a algunas puertas.

—Gracias, señora. Primero intentaré llamarlo —dijo y exhaló aliviado cuando ella giró a la derecha, por el pasillo hacia otro apartamento. Esperó a que desapareciera en su residencia, luego rápidamente sacó un cable delgado que estaba sujeto a la pierna de su pantalón. Insertó un extremo en su teléfono celular y luego pasó el otro por debajo de la puerta, a través del estrecho espacio entre el borde y el suelo. Era una cámara de cable que obtenía su energía del teléfono y transmitía imágenes en alta definición.

Una sala de estar oscura, que estaba vacía. Música sonando en un altavoz. Un pasillo más allá, con luz moteada. Una sombra lo cruzó. *¿Es esa la cocina? ¿Está él allí?*

Solo había una manera de saberlo.

Golpeó la puerta.

La sombra se movió de nuevo y una cabeza se asomó al pasillo. Sí, ese era Duke Posey, sin duda.

Golpeó la puerta de nuevo, y eso hizo que el matón saliera al pasillo, limpiándose las manos en los jeans.

—¿Quién es?

—Abre la puerta, tío. No te oigo. Tengo algo entre manos —enronqueció su voz y se mantuvo fuera del campo de visión de la mirilla.

—¿Trigger? ¿Eres tú?

Un pestillo hizo clic. La puerta se abrió una rendija y se abrió de golpe cuando Cutter la empujó con el hombro.

—¡Oye! Eso dolió. ¿Por qué has...? —Duke se interrumpió cuando reconoció a su visitante. Sus ojos se abrieron de par en par, con el miedo en ellos luchando contra la ira. Retrocedió de un salto y miró alrededor frenéticamente. Se lanzó hacia un sofá, hurgó debajo del cojín y sacó una pistola cuando Cutter se abalanzó sobre él.

No puedo dejar que la use.

Eso alertaría a todo el piso. Tampoco quería matar al matón. Quería respuestas, no un cadáver.

Duke era delgado y escurridizo. Se retorcía y giraba mientras intentaba escapar del agarre de Cutter, maldiciendo y gruñendo sin parar, y levantando las rodillas en un intento de desalojar a su atacante.

—No. Quiero. Hacerte. Daño.

El pandillero no estaba escuchando. Los músculos de su cuello se tensaron mientras intentaba enderezar el brazo con la pistola y apuntar a Cutter, quien tenía una mano aferrada a su muñeca, forzándola lejos de él, y la otra presionada contra el pecho del matón. Lo estaba obligando a caer al suelo cuando el pandillero se levantó repentinamente con todas sus fuerzas.

Cutter resbaló. Sus pies patinaron y perdió el equilibrio. Se agachó cuando el codo de Duke se dirigió hacia su garganta. Le rozó el cuello con un golpe punzante, y cuando el matón se preparó para un golpe en la cabeza, lo soltó para alejarse a gatas.

El pandillero empujó el sofá, rugió de rabia y se impulsó desde el suelo para atacar, justo cuando unos pasos resonaron hacia la puerta.

No la cerré.

Cutter percibió la nueva amenaza y rodó desesperadamente por el suelo hasta chocar contra la pared.

En la entrada, apareció una figura, evaluó la escena con una exclamación y disparó tres veces, alcanzando a Duke en el pecho y haciéndolo tambalearse hacia atrás.

Cutter se lanzó frenéticamente detrás del sofá cuando el recién llegado se volvió en su dirección. Las balas se incrustaron en la pared, esparciendo esquirlas de concreto. Sacó su Glock y estaba a punto de devolver el fuego cuando el tirador huyó.

¿Por qué no disparó?

La razón se hizo evidente al instante cuando el pasillo estalló en ruido. Se oyeron voces alarmadas.

—¡VAYAN A DISPARAR A OTRA PARTE! —gritó alguien furioso.

—¿Quién es el jefe de Nails? —preguntó Cutter con urgencia mientras se inclinaba sobre Duke, consciente de que el tiempo se le escapaba.

Todo lo que obtuvo fue una mirada vacía, mientras la luz se desvanecía en sus ojos.

Se movió rápidamente. Revisó la ventana. No había escapatoria por allí. Baño, cocina, mismo resultado.

Dormitorio desordenado. Ventana abierta de par en par para dejar entrar el aire.

Sí, esa era una posibilidad.

El pensamiento se convirtió en acción. Salió por la ventana y se dejó caer mientras más gritos resonaban en el pasillo.

Agarró un saliente más bajo. Se dejó caer de nuevo, repitiendo el mismo truco de escape que lo había alejado de Martinelli's.

Cayó en un parche desigual del patio y evaluó sus alrededores. Estaba en el lado del edificio que daba a un parque infantil.

Contó hacia atrás desde el momento en que el asesino había disparado a Duke. El tirador tenía tres, tal vez cuatro segundos de ventaja.

Se lanzó a correr, agachándose, por debajo de la línea de ventanas. Corrió alrededor del edificio y disminuyó la velocidad cuando llegó al frente. Ni tirador, ni ninguna otra persona visible, aunque todas las ventanas del edificio se habían iluminado y podía oír gritos alarmados.

Cutter cruzó el pequeño césped y saltó la valla, con la Glock en una mano. Aterrizó en la acera. Miró cautelosamente por encima de una fila de vehículos estacionados.

¡Allí!

Ese era el tirador, caminando rápidamente, aparentemente dirigiéndose hacia un vehículo.

Cutter creyó reconocerlo de la entrada. Obtuvo más confirmación por la forma en que el hombre se mantenía y su manera de andar.

¡Era Nails!

67

Cutter se agachó y corrió, usando los vehículos como cobertura. El pandillero estaba en la carretera, una buena táctica ya que le daba más espacio para escapar. No miraba ni a izquierda ni a derecha, ni tampoco revisaba su retaguardia.

Está concentrado en huir. No voy a permitírselo.

Apretó los dientes mientras miraba a través de las ventanas de los coches para ubicar al matón. Un SUV parecía ser el objetivo del líder de Brownsville. No había sombras moviéndose en su interior.

¿Vino solo?

El lejano aullido de las sirenas.

No había tiempo que perder.

Cutter se impulsó desde el techo de un coche bajo, usando su mano izquierda como palanca, su cuerpo girando hacia arriba y sobre él en un arco cerrado, la mano derecha a un lado sosteniendo la Glock.

Su movimiento alertó a Nails, quien se dio la vuelta, su mano metiéndose dentro de su chaqueta.

Cutter aterrizó con suavidad.

Se lanzó hacia adelante mientras el arma del asesino salía.

Su hombro cayó cuando el cañón se volvió hacia él.

Con un rugido, se estrelló contra Nails, enviándolo hacia atrás tambaleándose. Golpeó hacia arriba con su Glock contra la muñeca del pandillero, haciendo que su arma cayera al suelo con estrépito. Pero el golpe y su postura inestable hicieron que él también perdiera su pistola.

Furioso consigo mismo, estrelló al hombre contra el vehículo más cercano. Lucharon, golpeando, forcejeando, cada uno tratando de ganar el dominio.

Un par de faros se encendieron y un motor rugió, advirtiendo la aproximación de un vehículo. Cutter levantó la mirada por un momento. La forma oscura de un coche. Un tirador apuntando desde una ventana.

Se echó hacia atrás y agarró a Nails por el cuello, ignorando los golpes en el cuello y el vientre. Giró torpemente y lanzó al matón frente al coche que se acercaba. Los neumáticos chirriaron al frenar bruscamente, pero no se quedó a mirar. Se lanzó sobre el techo del coche y cayó en la acera justo cuando la primera ronda se estrellaba contra el lateral.

Se arrastró detrás del paso de rueda, rápidamente, apartándose del camino mientras más balas lo buscaban. Había un escudo protector de metal, carbono y goma entre él y los tiradores mientras la fila de vehículos le daba cobertura, y luego los tiradores se fueron después de otra

andanada de disparos.

Se arrastró hacia atrás, se desplomó contra una farola y recuperó el aliento. Sintió algo cálido y húmedo contra su mejilla y se tocó la cara. El corte en la sien se había abierto.

Levantó la mirada cuando un perro ladró. Sus dueños, una pareja, estaban a cierta distancia, conmocionados.

—Manténganse alejados —les dijo cansadamente mientras el primer coche patrulla llegaba.

68

No fui yo —le dijo Cutter a las impasibles Difiore y Quindica.

Ya se había entregado a la policía y había dado su declaración inicial cuando las dos llegaron. La detective asintió a los oficiales y tomó el control.

Lo llevó al parque infantil, donde se sentó en un banco y respondió a sus preguntas.

—Los testigos te sitúan en el apartamento —dijo fríamente la agente especial.

—Sí, era yo. Subí por el ascensor. Estuve en el apartamento de Duke Posey, pero no lo maté.

—¿Cómo sabías su nombre? ¿Dónde vivía? ¿Por qué no me llamaste? —Una ráfaga de preguntas de Difiore.

—Mi soplón callejero me habló de él. Que era uno de los matones que invadieron mi apartamento. ¿Llamarte? ¿Por qué debería confiar en el NYPD? Sabes que tienen policías corruptos.

Su rabia era tan palpable que creyó que lo golpearía. Quindica puso una mano en el hombro de la detective, y eso pareció surtir efecto. El rostro de Difiore se volvió inexpresivo. Se sacudió la mano de la agente especial y enganchó los pulgares en su cinturón.

Vaya control. Yo habría estallado en su lugar.

—¿Tu arma? —exigió.

—Tu gente la ha confiscado. Comprobarán que no disparé. Las balas en su cuerpo no coincidirán con mi arma.

—Cuéntanos todo de nuevo.

—Ya lo he hecho tres veces.

—Una vez más no hará daño.

Suspiró teatralmente y comenzó su relato, describiendo lo que sucedió desde que se acercó al edificio hasta la llegada de los patrulleros.

—Ninguna de las balas en la calle es de mi arma. Podrían relacionarlas con otros crímenes...

—¿Me estás enseñando a hacer mi trabajo de detective?

Eso no es un verbo. A juzgar por su expresión, los matices del lenguaje no le interesarían ni a ella ni a la agente especial.

Quindica apartó su mirada hostil y miró hacia arriba del edificio.

—¿Quieres que creamos que saltaste desde el sexto piso y aterrizaste sin un rasguño?

—Cree lo que quieras. Tus técnicos encontrarán marcas de guantes en esos salientes. Coincidirán con estos. —Levantó sus guantes tácticos.

Difiore los metió en una bolsa y se los entregó a un oficial.

—¿Es este el tirador? —Desplazó la pantalla y le mostró una fotografía.

—Sí —lo reconoció—. Ese es Nails. Se ha hecho cargo de la pandilla de Brownsville. Ya te hablé de él.

—Alias Steve Patchey. Tiene antecedentes. Cumplió varios años por asalto, robo... una pieza de trabajo desagradable y viciosa.

—Ni que lo digas —respondió con sentimiento mientras mantenía una expresión seria. *No hace falta que sepan que ya sabía quién era*. El volcán ambulante que era Difiore explotaría ante eso.

—¿Algo gracioso? —se enfureció la detective cuando sus labios se crisparon.

Invocó su ira y le devolvió la mirada. —Lo conoces, y aun así anda suelto por la calle.

Ella dejó pasar su comentario. Miró a otro lado pensativa y luego volvió a él.

—¿Qué estabas haciendo realmente allí?

—Ya te lo dije. Mi informante descubrió lo de Posey. Que era uno de los atacantes de mi apartamento. Quería interrogarlo. Averiguar quién lo había enviado a él y a sus hombres.

—¿Conseguiste alguna respuesta?

—No —admitió con sinceridad—. Me reconoció y entró en modo de lucha. Fue entonces cuando apareció Patchey. ¿Habéis localizado a los otros atacantes? ¿Los de mi edificio?

—No.

—No hay prisa, ahora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Quindica bruscamente.

—¿Por qué crees que Patchey vino aquí? Habría matado a Posey aunque yo no hubiera estado allí. ¿Alguna idea de dónde está ahora?

69

—Sí, ese era Grogan —Nails hizo una mueca y se frotó el cuello mientras entrecerraba los ojos para ver la fotografía que Gunner le mostraba—. Lo he reconocido.

—Sabe pegar. Ya deberías saberlo a estas alturas.

El fundador masticaba un palillo mientras miraba la noche sobre Brownsville. Estaban en su lugar de encuentro habitual, con un perímetro de seguridad en el exterior.

—¿Quién salta desde un sexto piso? —resopló.

—Suena como si lo admiraras, jefe.

—Lo odio con toda mi alma. Quiero machacarle la cara hasta convertirla en pulpa. Quiero ver sus ojos mientras le corto el vientre y sus intestinos se desparraman —dijo Gunner con saña —. Pero tiene agallas. Eso se lo reconozco.

Se enderezó y su voz de mando volvió.

—¿Qué tan expuestos estamos?

—Grogan habrá hablado a la policía sobre mí. No creo que haya visto a Marv y a Chino. Estaban en el coche de escape y todo sucedió muy rápido. En cualquier caso, llevaban máscaras.

—¿Por qué no llevabas tú una?

—Jefe, me habrían notado. Y Duke no habría abierto la puerta si hubiera tenido la cara cubierta.

—¿Habló con Grogan?

—No. Estaban peleando cuando llegué.

—¿Qué hay de los otros?

—¿Kelly y Trigger? ¿Los que estaban con Duke en lo de Grogan? Muertos. Los maté yo.

Gunner asintió pensativo. Nails había actuado rápida y decisivamente, y no se había producido ningún daño.

—¿Qué hay de tu soplón?

—Estoy trabajando en ello, jefe —dijo su hombre a la defensiva—. Pero no estoy seguro de que tengamos uno...

Se interrumpió cuando Gunner lo fulminó con la mirada.

—Estoy investigando —murmuró—. Llevará tiempo.

Deja que lo haga, pero apuesto a que Cray lo averiguará más rápido. Entonces decidiré qué hacer.

Apretó el hombro de Nails lo suficiente como para arrancarle un grito ahogado. Él era el jefe. Tenía que demostrarlo.

—Asegúrate de que el mensaje se extienda. Los que la cagan, mueren.

—No hace falta, jefe —jadeó su hombre—. Lo saben, y cuando vean que nos faltan tres prescindibles, el mensaje quedará bien claro.

—Grogan tenía razón —dijo Difiore con voz apagada mientras estaban fuera del edificio de Williamsbridge y veían a los técnicos cargar dos cuerpos en sus vehículos—. Patchey limpió.

Los vecinos habían informado de disparos y llamado a la policía. Encontraron a dos hombres muertos en el apartamento. Los residentes dijeron que los hombres se hacían llamar Trigger y Kelly, quienes resultaron tener antecedentes. Sí, algunos de los ocupantes confirmaron haber visto a Posey visitar y pasar el rato con los hombres en ocasiones.

No se necesitó más confirmación cuando la detective y el SAC llegaron y compararon los rostros con los de las cámaras de seguridad de Cutter.

—Llegamos tarde. Siempre —se enfureció en voz baja—. ¿Sabes qué duele más? —Se volvió hacia Quindica—. Es Grogan. Nos lleva la delantera...

—¿Tú crees? No ha conseguido ninguna pista, ¿verdad?

—No nos las está pasando.

—Alguien me envió ese correo electrónico. Sobre los tratos de drogas en la ciudad. Los desbaratamos.

—¿Crees que fue él? No es su estilo. Nos habría llamado. En cualquier caso, fueron redadas pequeñas. Claro, atrapamos a algunos traficantes callejeros y detuvimos algo de polvo que iba a salir, pero nada más. Estoy segura de que él está tan a oscuras como nosotros. Es solo que puede moverse más rápido que nosotros debido a sus... métodos poco ortodoxos.

—No lo defiendas —gruñó ella.

—No lo estoy haciendo. Pero sabes que es nuestro aliado.

Difiore se dio la vuelta, no queriendo reconocer que el SAC tenía razón.

—Revisen las cámaras —espetó a los policías—. Vayan de puerta en puerta y vean si alguien vio a Patchey.

Nadie se presentará, pensó con desánimo. *Sheller siempre nos lleva varios pasos de ventaja*.

70

—No llevaba el teléfono encima —le dijo Beth a Cutter cuando llamó a los gemelos al día siguiente.

Se había preguntado por qué su teléfono no se había clonado con el de Posey durante la pelea, y luego decidió dar un descanso a sus neuronas y contactar a los Petersen.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira tu teléfono.

Tocó la pantalla para activarla y vio la fotografía de una habitación. *El dormitorio de Posey*. En una mesita de noche estaba el teléfono, junto a una pistola.

—¿Obtuviste esto de los informes policiales?

—Los teléfonos no pueden clonarse a esa distancia —dijo ella, evadiendo su pregunta—. Además, esas paredes, el pasillo... hay demasiada obstrucción para que el programa funcione.

—El teléfono de Darrell solo ha clonado un dispositivo más aparte de los de esos secuestradores, el de Manuel —dijo frustrado—. A estas alturas, deberíamos haber conseguido más.

—Tal vez estén apagando sus celulares cuando se reúnen. ¿Has pensado en eso?

—Supongo que no. —Meghan sonrió con suficiencia ante su silencio.

EL TELÉFONO DE DARRELL FINALMENTE ARROJÓ ALGO MÁS TARDE ESE DÍA.

Cutter frunció el ceño cuando reprodujo la grabación de la llamada entrante en el teléfono del chico.

—¿Manuel?

—Chin-

—Nada de nombres, hermano. Creí que lo sabías.

—Sí, lo siento. ¿Qué pasa?

—Tú y el nuevo, ¿cómo se llama?

—Darrell.

—Sí, él. Los dos tendrán que estar en The Elitist en dos días.

—¿Qué es eso?

—Un club privado en la calle 45 Oeste. Entre la Quinta y la Sexta Avenida. Habrá un gran discurso de Eric Tizzard. ¿Has oído hablar de él?

—Sí. ¿No es el-

—Ese mismo es. Darrell y tú, diablos, todos nosotros tenemos que estar allí. Órdenes del

jefe.

—¿Nails? Estuvimos en el escondite hoy. No dijo nada.

—Su jefe. Nails se acaba de enterar. Estoy llamando a todos.

—¿Qué tenemos que hacer allí?

—Ayudar. Lo que sea necesario. Habrá una gran multitud. Un invitado sorpresa.

—¿Quién es?

—No sería una sorpresa si te lo dijera —se rio el que llamaba—. *Es alguien que ha vuelto de... nah, eso sería revelarlo. Estate allí con el otro chico también.* —Dio algunas instrucciones más antes de colgar.

Cutter reprodujo la llamada de nuevo y juntó las puntas de los dedos cuando terminó.

El que llamaba era Chino. *¿Quién más podría ser?* Manuel casi había soltado su nombre.

Buscó información sobre The Elitist y descubrió que era un club privado exclusivo solo para hombres. Fundado hace un siglo por un banquero adinerado, examinaba cuidadosamente a sus miembros, quienes pagaban treinta mil dólares para unirse y firmaban acuerdos de confidencialidad.

Investigó más en internet y encontró algunas menciones de que el club era una organización de hombres blancos. *Si Tizzard va a hablar allí, debe tener simpatizantes allí. Diablos, todos sus miembros podrían ser nacionalistas blancos.*

No era la composición del club ni el hecho de que el supremacista hablara allí lo que le interesaba.

Era la frase de Chino. Donde se había interrumpido.

¿Alguien que ha vuelto de... la muerte?

¿Sería Sheller? ¿Se mostraría en el mitin?

71

Gunner había tenido la idea después de reunirse con Mease esa mañana. El estratega le había informado sobre cómo iba la campaña.

—Todo va en la dirección correcta —declaró—. Rubin tiene varias apariciones en televisión, asambleas ciudadanas, por todo el país. Consolidará su ventaja sobre sus oponentes. Eso es lo que dicen nuestros encuestadores. Eso nos deja solo a él y a Thyssen.

—Estoy escuchando rumores de que está recibiendo apoyo de otros partidos.

—Varios políticos se han acercado discretamente. Nombres importantes. Hemos discutido esa posibilidad. No tomaremos ninguna decisión hasta justo antes de las elecciones.

—¿Eso nos dará el máximo apalancamiento?

—Sí. —Mease sonrió ante el uso de *nos* por parte del delincuente.

—El discurso de Tizzard se volverá violento.

—Pensé que se suponía que estaría en un club privado.

—Vamos a permitir que algunos manifestantes entren. Eso desencadenará la acción.

—Haré que Farley y Parsons reserven entrevistas de televisión poco después de que termine. Puede sacar algunas buenas frases de eso. ¿Qué hay de Grogan?

—Yo me encargaré de él.

—Te dijimos que...

—No habrá repercusiones. Voy a engañarlo para que caiga en una trampa. Tendrás que confiar en mí en eso.

—Difunde el rumor de que podría aparecer —le indicó a Nails—. Sin embargo, no menciones mi nombre. —Repitió el mensaje que Cray había elaborado—. Usa esa línea, exactamente de esa manera.

—Estoy trabajando en el soplón, jefe —protestó su hombre—. No hay necesidad de hacerlo de esta manera. Si hay un soplón, podría sospechar que se le está tendiendo una trampa.

—Nails —dijo Gunner suavemente, de la manera que su gente había aprendido a temer—. No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy ordenando.

Y eso había resultado en la llamada de Chino a Manuel.

Cutter se enteró de que el mitin de Eric Tizzard en el club privado no era ningún secreto. Muchos medios de comunicación estaban hablando de ello, y los rincones oscuros de

internet donde se reunían racistas y personas llenas de odio lo estaban celebrando.

Chino tiene razón. Parece que habrá una gran asistencia.

Cutter limpió su Glock mientras pensaba en sus opciones. Ir a Difiore no era una de ellas. *¿Debería ir? ¿Se expondría Sheller? ¿Por qué haría eso después de fingir estar muerto todos estos años? ¿Por qué ahora?*

Podría ser una trampa, se respondió a sí mismo. *Ha intentado atraparme antes y fracasó. Cree que caeré en este cebo.*

Montó su arma y la limpió una última vez con un paño de franela limpio. La deslizó en su funda y se estiró.

Decisión tomada.

Si existía aunque fuera una remota posibilidad de que Sheller estuviera allí, él también estaría.

72

—Siento que te estoy causando molestias —le dijo a Meghan al día siguiente cuando llegó a la oficina de Columbus Avenue.

—Ya te diremos cuando seas un dolor de cabeza, guapo —sonrió Beth.

Su sonrisa se desvaneció mientras lo examinaba. —Lo que estás planeando es una locura. Ninguno de nosotros iría solo en una situación así.

—No tengo otra opción —alzó las manos—. Si Sheller aparece allí, puedo alertar a la policía. Si no, no se habrá perdido nada.

—Excepto tal vez tu vida.

—Por eso he venido a ustedes. ¿Cómo puedo salir de allí con vida?

Tres horas después, tras examinar minuciosamente los planos del edificio y el diseño del club (elementos no disponibles para el público en general), había trazado tres rutas de escape.

Una era sencilla: a través de la cocina del sótano y por la puerta de servicio.

La otra era a través de la lavandería, escondido en uno de los carritos automatizados que rodaban bajo una ventana de secado, desde la cual podría trepar hacia afuera.

La última era a través de los conductos de aire acondicionado.

—La primera es obvia —Meghan golpeó su bolígrafo contra sus dientes—. La bloquearán. Las otras dos podrían pasarlas por alto debido a tu tamaño. Será un ajuste apretado para cualquiera de esas rutas, pero lograrás escapar.

—Hay una cuarta —se inclinó sobre el hombro de ellas y manipuló el panel táctil para mostrar el techo—. Puedo subir a ese balcón, trepar hasta esa ventana que da al techo.

—¿Y luego?

—Romper el cristal y escapar.

—¿Escapar cómo? Es una caída de cuarenta y cinco metros. Ese edificio es alto. Sin tuberías de desagüe, sin repisas de ventanas, que parecen ser tu modo preferido estos días —se burló.

—Sé cómo escaparon en Teherán —fue su turno de sonreír ante la expresión en sus rostros mientras se refería a la misión encubierta que habían llevado a cabo en Irán.

EL REPARTIDOR TENÍA LA CABEZA BAJA MIENTRAS SU CAPATAZ GRITABA ÓRDENES. ERA UN servicio de guante blanco que traía los mejores ingredientes de selectos comercios de alimentos a The Elitist. Pechugas de pollo, chuletas de cerdo, especias, verduras orgánicas, mantequilla y untables; cualquier cosa que el club necesitara, la empresa la proporcionaba.

El repartidor era un reemplazo de última hora, ya que uno de sus empleados regulares había

enfermado. El capataz tenía una lista de proveedores de mano de obra para abordar tal contingencia, y el recién llegado había venido de una de esas empresas.

—No mires a los ojos de nadie. No hables —gritó a sus hombres reunidos—. No te quites los guantes, nunca. Tomen esas cajas y almacénenlas donde se les indique. ¡Vayan!

Los hombres se pusieron a trabajar como una máquina bien engrasada. Fueron a la parte trasera del camión, recogieron las entregas y se dirigieron a la entrada de servicio, donde un hombre uniformado se hizo a un lado para dejarlos pasar. Un asistente del gerente los dirigió dentro del club para colocar la mercancía.

Cutter, el repartidor, apiló varias cajas de ingredientes en el almacén en múltiples rondas. En su último viaje, se acercó al oficial del club y le mostró la etiqueta en la caja.

Toallitas y Limpiadores para Ventanas.

—Pon eso en el cuarto de almacenamiento también. Separado de la comida.

—Esto normalmente va arriba. En el balcón —habló en voz baja. Meghan había investigado al personal del club y descubrió que el asistente del gerente era nuevo. No sabría mucho sobre sus operaciones. *Eso espero,* pensó Cutter, cruzando los dedos mentalmente—. Lo coloco allí cada vez. Facilita el trabajo a los limpiadores. Empiezan desde las ventanas superiores y van bajando.

—¿Conoces el camino hacia arriba?

—Sí, señor.

—Ve rápido.

Cutter se apresuró antes de que el hombre cambiara de opinión. No estaba preocupado por las cámaras. Las gemelas habían llegado antes y habían volado un dron cerca del club, que había inutilizado los dispositivos de seguridad con un pulso electromagnético. Podía ver técnicos uniformados de una conocida empresa de servicios de protección revisándolas.

Subió por las grandes escaleras que ascendían desde el lado de la sala central hasta el balcón que rodeaba la parte superior. Examinó rápidamente las diversas ventanas y encontró una que se abría hacia el techo inclinado. El perfil de la ciudad era visible a través del cristal transparente. Colocó la caja debajo y se limpió las manos. Miró alrededor para comprobar que nadie lo estaba observando.

Se dirigió a la cortina más cercana y la cortó con su cuchillo para arrancar un gran trozo de su forro interior. Repitió el acto hasta que tuvo una pila considerable de tela. La enrolló y la metió en la caja. Verificó que tenía todo lo que necesitaba en ella. Glock, cargadores, el Benchmade que arrojó dentro, y una botella de líquido para encendedor.

Se detuvo un momento para admirar el interior del club. Una cúpula transparente de cristal de colores en la parte superior, que dejaba entrar luz natural. Candelabros colgando de un techo alto, pinturas en la pared y obras de arte en pedestales de exhibición. Un suelo de madera pulida, un pequeño escenario para actuaciones íntimas. El club podía albergar fácilmente a quinientas personas de pie.

Cutter regresó por donde había venido para encontrar al capataz mirándolo con furia.

—¡Llegas tarde! —rugió el hombre—. Tenemos más entregas que hacer.

Subió al furgón en silencio y se unió a los otros reponedores en un banco. Sonrió para sí mismo mientras se alejaban.

Su medio de escape estaba en posición.

—Distribuyan esto entre todos sus hombres —ordenó Gunner a los líderes de célula reunidos. Era un momento inusual, reunirse con todos ellos en persona, en el bar de Harlem. Cuantas más personas supieran que estaba vivo, más difícil sería mantener su tapadera. Pero había ocasiones en las que tenía que mostrarse. Confiaba en que su personalidad y el miedo que le tenían asegurarían su silencio.

Les entregó un juego de impresiones a cada líder. —Algunos de ustedes quizás lo hayan visto en la televisión. Cutter Grogan. Se hace llamar Fixer. Dice que ayuda a la gente...

—¿Qué ha hecho, jefe? —su hombre de Queens inspeccionó la primera fotografía.

—Nails sabe lo que ha hecho. Ha estado interfiriendo en nuestras operaciones en Brownsville. —No les habló sobre Martinelli. Las otras células no necesitaban saberlo—. Las primeras fotos muestran su apariencia. El hombre corpulento en los otros dibujos también es él. Disfrazado.

—¿Lo agarramos? —preguntó Nails ansiosamente.

—Sí, si sus hombres lo ven en The Elitist.

—¿Estará allí?

—Podría estar.

—¿Por qué iría allí, jefe? —Nails retrocedió cuando Gunner lo miró con el ceño fruncido.

—Es inteligente, muy capaz... algún tipo de soldado de operaciones especiales anteriormente. Es violento. Intenten no salir heridos. Y no lo maten. Lo quiero vivo.

Les hizo un gesto despectivo y volvió al mostrador para unirse a Cray mientras salían del bar.

Clint no se fue. Se quedó hasta que los otros líderes se marcharon y se acercó a Gunner.

—¿Era él, jefe? ¿En la casa de Crump? No pudimos verlo bien. Solo pudimos distinguir que era grande.

—Sí.

—Tiene habilidades. La forma en que se escapó de nosotros...

—Ya se los dije. Es un soldado. No lo subestimen.

—No lo haremos, jefe.

DARRELL SE ESFORZÓ POR NO TEMBLAR CUANDO NAILS LE ENTREGÓ LAS FOTOGRAFÍAS.

¡Las fotos de Cutter!

—Eres Darrell, ¿verdad? ¿El amigo de Manuel? —Los ojos del líder eran agudos, inquisitivos, mientras lo evaluaba.

—Sí, jefe —susurró.

—Te tengo en la mira.

El adolescente se quedó paralizado.

El gánster sonrió. —Has estado haciendo un buen trabajo.

—Gracias, jefe. ¿De qué se trata esto? ¿Quién es él? —Darrell se felicitó por mantener la voz firme.

—Lo sabrás en un momento. —Nails se enderezó—. Escuchen —llamó a sus hombres para que se acercaran.

—Tenemos nuestras órdenes. —Levantó las imágenes—. Habrá manifestantes en The Elitist mañana. Los golpeamos, pero no tanto como para iniciar un motín. No, señor. La gente bien que va allí, vienen a pasar una buena velada. No podemos arruinarles la cena. —Eso provocó algunas risas—. Este tipo también podría aparecer. A él sí podemos darle una buena paliza. Pero tenemos que llevarlo vivo.

DARRELL CORRIÓ DE VUELTA A SU APARTAMENTO TAN PRONTO COMO PUDO. REVISÓ SU TELÉFONO. Sí, había grabado todo. Se envió la grabación por correo electrónico y la borró del teléfono. Se le revolvió el estómago cuando miró las fotografías. Podía advertir a Cutter. Tenía que hacerlo. Estaba a punto de coger su móvil cuando algo lo detuvo.

Es la única vez que Nails me ha hablado. Hubo ese momento en que el líder de la célula le dio una palmada, pero había sido un gesto fugaz.

¿Sospechará de mí?

Tembló de miedo. El sudor brotó en su frente. Se obligó a levantarse y revisó las ventanas que daban a la calle. No pudo ver a nadie vigilando.

Nails habría hecho algo si lo supiera, se tranquilizó. No. No había un significado más profundo en que el líder le hablara. Aun así, tenía que tener cuidado.

Lo que significaba que no podía advertir a Cutter.

Se fue a la cama intranquilo y esperó que el Fixer no apareciera en el club. Porque si lo hacía, no habría forma de que escapara de la pandilla.

CUTTER SE PUSO TENSO CUANDO VIO QUE LA CÉLULA DE DARRELL HABÍA CLONADO UN TELÉFONO y había una grabación.

La reprodujo.

—¿Clint?

Reconoció la voz del que llamaba. Nails.

—Hermano, ¿qué pasa?

—¿Qué dijo el jefe? Vi que volviste, al bar.

—No puedo decírtelo, tío. Ya sabes cómo trabajamos.

—Vamos, Clint. Hemos sido uña y carne todos estos años.

—No tiene nada que ver contigo ni con tu pandilla.

Un largo silencio.

—Está bien —Clint suspiró—. *Pero no puedes filtrar esto. Nunca, a nadie.*

—No lo haré.

—Crump. Yo lo eliminé. Este tipo Grogan estaba en la escena. No lo reconocimos. Estaba oscuro. Aunque era grande. El jefe confirmó que era él.

—Vaya tiroteo, hermano.

—No fue nada. Tú los habrías matado si el jefe te lo hubiera ordenado.

—Sí. Me preguntaba a quién le había dado la orden.

—Esto queda entre nosotros.

—Por supuesto, hermano. Nos vemos mañana.

—Lo atraparemos en el club.

—Eso espero. Quiero ponerle las manos encima.

CUTTER SIGUIÓ MIRANDO FIJAMENTE EL TELÉFONO CUANDO LA LLAMADA TERMINÓ. FINALMENTE se recompuso y llamó a Beth.

—¿Puedes analizar una grabación por mí? Ver si tu...

—Werner.

—Sí, ver si puede identificar una voz.

Ella pareció percibir algo en su voz cuando respondió, de manera profesional. Sin bromas, sin tomarle el pelo.

—Envíamela.

—Subido a mi cuenta en la nube.

—Te llamaré luego.

CUTTER PREPARÓ LA CENA SIN PENSARLO CONSCIENTEMENTE. SU MENTE CORRÍA MIENTRAS LA llamada se reproducía en su cabeza.

Conocía al asesino de Crump. Podría pasarle esa información a Difiore y Quindica. Era un gran avance.

¿Lo es realmente?

Aún no hay vínculo con Sheller. Se refirieron a algún jefe.

Demuestra que estas células no son las pandillas independientes que la NYPD cree que son.

¿Y qué? ¿Qué pueden hacer? Podría haber otros policías corruptos de alto rango que podrían alertar a los Leones.

No, era mejor que guardara la llamada para sí mismo. La última parte de la conversación volvió a él. Estaban hablando de él. Su suposición había sido correcta. Sheller había tendido una trampa.

¿Significa eso que no aparecerá?

Lo pensó mientras comía apresuradamente y limpiaba.

El Sheller que conocía de sus días en ADX no se echaría atrás ante un desafío.

Aparecerá. Brevemente. Disfrazado, tal vez, pero estará allí. Querrá verme capturado.

—CLINT KNOWLES —LO LLAMÓ BETH—. TIENE ANTECEDENTES POLICIALES. ANÁLISIS DE VOZ de su entrevista con la NYPD. —Percibió la pregunta en su silencio—. Te he enviado un paquete. Su fotografía, su expediente policial, todo. Frecuenta Brooklyn pero ya no está en la dirección que tiene la NYPD.

—¿Puedes ubicar las localizaciones de esos dos teléfonos? ¿Los de Nails y Knowles?

—No. Revisé los datos clonados. El teléfono de Nails se desconectó justo después de esta

llamada. El de Knowles también.

—¿Sabes dónde estaban antes? Mencionaron un bar.

—Investigué eso. Nada. Estos tipos son listos. Encienden sus dispositivos brevemente. Parece que cambian de teléfono desechable con frecuencia.

—No pueden seguir usando un nuevo teléfono desechable cada día.

—Sí, nadie puede. —Lo meditó por un momento—. Por lo que veo, este era un nuevo desechable para Nails. Por eso el software solo captó esta llamada y era tan importante que lo desechara y usara otro.

Él escuchó una conversación indistinta en su extremo antes de que ella volviera. —Sis piensa lo mismo.

Sis. Meghan. Mayor por unos minutos. Quien se unió a la llamada, su voz afilada. —Cutter, se refieren a algún jefe. ¿Es Sheller?

—Eso creo.

—Seguiremos intentando, pero no creo que obtengamos nada más. Esta gente tiene algo de inteligencia. Muy por encima de una pandilla callejera común.

—¿Quieres que enviemos esto a tus amigos policías? —preguntó Beth con picardía.

—¿Cómo? —gruñó frustrado.

—Déjanos eso a nosotras —dijo dulcemente—. Podría ser una pista anónima.

—Háganlo.

—Podrían darse cuenta de que es de ti de quien están hablando.

—Si eso los lleva al club, genial. Atraparán a Sheller.

—Si es que aparece.

—Cuento con ello.

74

Cutter se presentó como un hombre mayor, usando una invitación que las gemelas habían creado para él.

—Es legítima —le dijo Beth—. Hackeamos el directorio de miembros del club y lo encontramos. Un anciano, como querías.

Vance Trent, el miembro al que estaba suplantando, había hecho su fortuna en la banca, en los tiempos en que Wall Street era como el Lejano Oeste. Era un millonario reclusivo y rara vez aparecía en los eventos de El Elitista.

Cabello plateado, mejillas curtidas, ojos negros, un bastón para caminar, un traje elegante: ese era su atuendo. Sin Glock, Benchmade ni ninguna otra arma. No podía arriesgarse a que las descubrieran en la entrada del club.

Tengo armas de repuesto en esa caja. Si podré llegar a ellas... sonrió con sarcasmo mientras salía de la limusina que había alquilado para la noche y subía las escaleras hacia la entrada de El Elitista.

Varios hombres de rostro duro en la puerta, junto con el ujier uniformado. Uno de ellos tomó su invitación y la pasó por un lector de códigos de barras. Otro hombre lo revisó con un detector de metales, mientras un tercero lo cacheaba.

—Su teléfono, señor —dijo el ujier, presentando una bandeja—. Puede recogerlo cuando se vaya.

Cutter colocó su teléfono desechable en ella y entró al club. Asintió a algunos otros miembros y se dirigió al bar. Pidió una bebida e hizo como que la bebía mientras inspeccionaba El Elitista.

Ya había más de cien personas, y ni siquiera eran las seis de la tarde. Todos blancos, desde jóvenes hasta ancianos. Algunas mujeres, pero la multitud era predominantemente masculina. El evento no era gratuito. Cada asistente tenía que desembolsar trescientos dólares. *Tizzard tiene atractivo y seguidores que pagarán*. Se exhibía una variedad de atuendos, desde lo formal hasta camisetas y jeans. Tatuajes y cortes de pelo extravagantes se mostraban con orgullo, junto con algunas banderas. *No hay tinta de los Leones, pero estarán aquí*. Miró por encima de las cabezas de los que lo rodeaban para ver si podía detectar a Nails o Knowles, pero había demasiada gente.

A las siete de la tarde, las arañas se encendieron y un jadeo recorrió la sala ante su majestuoso resplandor.

Cutter tomó asiento a un lado de la multitud mientras aparecía el anfitrión. Examinó la escalera, justo detrás de él. Estaba acordonada, con un guardia de seguridad observando impasible. El balcón estaba oscuro y vacío. *La ruta de escape está despejada*.

Un redoble de tambores de la banda en el escenario y el programa comenzó. Un comediante tomó el centro de atención y pronto tuvo a la multitud desternillándose de risa. Cutter no pudo evitar sonreír ante algunas de las bromas. *Ninguna es racista. Hasta ahora*.

La banda tocó música suave en el cambio de programa. Varios asistentes fueron al bar y se sirvieron bebidas. Las luces se atenuaron de nuevo y otro orador subió. Un nacionalista conocido, no tan prominente como Tizzard. *Los cañones más pequeños están saliendo para calentar a la multitud*. Cutter aplaudió y recibió una sonrisa del hombre a su lado.

—Menudo espectáculo, ¿eh?

—Sí.

—¿Has estado en alguno de estos antes?

—Un par de mítines de Tizzard.

Era cierto. Había asistido a algunos de los discursos del hombre por todo el país. Una vez por curiosidad, para ver cuál era su atractivo, la otra fue durante una misión.

La nuca se le erizó cuando una sombra se deslizó a su lado. Reconoció al hombre inmediatamente. Un sicario que andaba con Nails, uno de sus hombres de confianza. El matón llevaba una chaqueta holgada mientras revisaba a los asistentes sentados. Se encontró con los ojos de Cutter, asintió cortésmente y siguió adelante.

Me están buscando.

Escudriñó la sala y encontró más hombres alrededor del salón, moviéndose de arriba a abajo por los bordes de la habitación, evaluando a los asistentes. Muchos tenían teléfonos celulares pegados a sus oídos. Ninguno de los guardias de seguridad los desafió, y los participantes parecían tomarlos por organizadores.

A las nueve de la noche, llegó el acto principal, entre fuertes vítores y aplausos.

Eric Tizzard ladeó la cabeza y fingió fruncir el ceño. —¿Eso es todo lo que tienen? ¿Están siendo políticamente correctos?

El rugido y los aplausos que lo acompañaron fueron ensordecedores.

Es un buen orador. Lee bien a la multitud. Se notaba, ya que el supremacista pronto tenía a los asistentes comiendo de su mano. Sacó tropos y frases familiares, ninguna nueva, pero eso no le importaba a la multitud. Vitoreaban y gritaban su apoyo en cada remate.

Pausa para la cena. Cutter se unió a la fila de las mesas laterales, entabló una conversación casual con los que lo rodeaban. Más matones pasaron junto a él, destacándose fácilmente por la forma en que vestían y se comportaban. Ninguno lo reconoció.

No vio a Sheller. *Él también estará disfrazado, aunque no hay nada que pueda hacer con su tamaño*. Pero no vio a nadie que se acercara a la forma del fundador de los Leones. Había hombres grandes, cabezas calvas, caras rosadas y sudorosas, ojos brillantes de emoción, pero ninguno era el asesino despiadado de ADX.

Sucedió cuando Tizzard estaba terminando su segundo acto.

75

Un alboroto estalló a sus espaldas, donde se encontraba la entrada. Voces estridentes irrumpieron y una ola de agitación recorrió la multitud cuando se desató una trifulca.

Cutter se giró para ver a varios manifestantes, hombres y mujeres jóvenes, sosteniendo pancartas y banderas, resistiéndose a los guardias de seguridad.

—Ahí vienen los bienhechores —se burló Tizzard—. No pueden organizar sus propias manifestaciones. ¡La comida está por allá! —gritó, provocando fuertes carcajadas.

Las peleas deberían haber sido sofocadas rápidamente cuando los matones se unieron a los guardias, pero de repente varios hombres se levantaron de sus sillas y sacaron pancartas, revelando quiénes eran. Manifestantes disfrazados de asistentes.

Su presencia entre la multitud sentada encendió la mecha. Un hombre corpulento lanzó un puñetazo. Su objetivo se agachó y arrojó su silla. Una mujer gritó mientras estallaban las peleas.

—Se acabó la noche, señores —anunció Tizzard apresuradamente mientras un grupo de hombres lo rodeaba y se lo llevaba.

Cutter se movió hacia un lado y observó asombrado cómo se desataba una batalla campal en el salón. Se agachó cuando un proyectil, un tenedor, pasó volando cerca de él y desapareció detrás.

—¿De qué lado estás? —lo desafió un rostro burlón con el puño en alto.

—Del mío —respondió. Derribó al hombre con el borde duro de su palma y lo remató clavándole con fuerza el bastón en el estómago. El atacante jadeó mientras caía y corría peligro de ser pisoteado cuando la pelea se extendió por todo el salón.

Cutter agarró al hombre que lo había agredido y lo empujó hacia un lado, poniéndolo a salvo. Retrocedió mientras hombres y mujeres se enzarzaban con los manifestantes, cuyo número parecía haber tomado por sorpresa a los organizadores y a los Leones.

Pero los nacionalistas prevalecieron y, en cuestión de minutos, los intrusos fueron expulsados. Estallaron charlas excitadas mientras los asistentes se secaban el sudor de la cara.

¿Por qué no habían entrado los policías? ¿Los Leones les habían bloqueado el paso?

No podía ser eso. Tal vez la pelea había terminado más rápido de lo que pudieron responder. *O,* pensó sombríamente, *Tizzard y los Leones tenían un acuerdo con los policías corruptos. Los supremacistas se encargarían ellos mismos de los manifestantes.*

—¡Eso fue la guinda del pastel! —exclamó un hombre—. Había oído que los mítines de Tizzard se volvían violentos. Esperaba que algo así sucediera aquí también.

Cutter lo miró con desprecio. Volvió a inspeccionar el salón, recorriendo con la mirada secciones estrechas. No. No había nadie que se pareciera a Sheller.

Una trampa para mí, pero él no apareció.

Estaba seguro de que si se hubiera presentado como él mismo o con su disfraz de hombre corpulento, lo habrían capturado.

Se dirigió al baño al fondo del salón.

Una larga hilera de lavabos de porcelana frente a un gran espejo. Una fila de cubículos detrás. Un grupo de personas, hablando y riendo.

Pandilleros, a juzgar por su vestimenta. Reconoció a algunos de antes, cuando estaban vigilando a la multitud desde los costados. *Deben ser de otras células. No he visto a ninguno de ellos con Nails.*

No perdió el paso. Esbozó una sonrisa educada y se dirigió al cubículo del fondo. Los matones le abrieron paso. ¿Un anciano con bastón? No representaba ninguna amenaza.

Salió del cubículo y se acercó al lavabo. Estaba lavándose las manos cuando un hombre corpulento se acercó a su izquierda. El desconocido inclinó el rostro hacia el grifo y se echó hacia atrás la gorra.

Cutter se quedó helado por dentro.

Es Sheller.

76

El desconocido tenía una cara con papada y una nariz rota, pero Cutter lo reconoció por su forma de moverse. No había confusión posible con la complexión poderosa del hombre, la manera en que inclinaba la cabeza y la pura amenaza que emanaba. Su tiempo en ADX había grabado cada aspecto del asesino en su cerebro.

Jeff Sheller estaba a su lado. ¡Y se había mostrado!

Estaba en la parte trasera del escenario durante el cambio de decorados. Moviendo muebles, se dio cuenta Cutter.

Había aparecido y desaparecido tan rápido que su presencia no se había registrado.

—¿Has pasado una buena noche? —El convicto pareció sentir su escrutinio.

—Ha valido la pena —Cutter se rio mientras se limpiaba la cara con una toalla suave.

El hombre de los Leones le dio una palmada en la espalda y se dirigió a la salida.

¿Derribarlo?

¿Cómo?

Tiene a sus hombres. Estoy solo; ni siquiera tengo mi Glock.

Y para cuando había terminado de discutir consigo mismo, el ex convicto había salido de la habitación y estaba rodeado por sus hombres en el pasillo.

Todos menos uno.

Clint Knowles estaba de pie cerca de la puerta, sonriéndole.

Cutter reconoció al matón inmediatamente por el archivo que Meghan le había enviado.

—¿Eso es un león?

—¿Eh? —preguntó, desconcertado.

—Ese tatuaje en tu cuello.

—¿Esto? Sí. —Parecía que su cuello se había deslizado hacia atrás para revelar la tinta que se había dibujado.

—Leones —sonrió Knowles—. Están por todas partes.

—Es un dibujo bastante común.

—¿Eso es todo lo que significa para ti? ¿Un animal?

Cutter lo enfrentó directamente, con su bastón en la mano izquierda. —Depende de quién pregunte. Para muchos, son solo eso. Para algunos, son una señal.

—¿Una señal?

—¿De un regreso?

—¿Como un levantamiento?

Está verificándome. Para ver si he oído hablar de la pandilla.

—Así es.

—No sabía que existían en tu época.

—Hijo —dijo Cutter con desprecio—, tú no habías nacido cuando yo realicé mi primer... ¿cómo lo llaman ahora? ¿Crimen de odio? Sí. Eso. Golpeé a...

—Eres uno de los nuestros —suspiró Knowles.

—No sé de qué estás hablando.

—No sabes quién estaba aquí, ¿verdad? ¿Ese hombre a tu lado?

—¿Un fan de Tizzard, como yo?

—¿Fan de Tizzard? ¡Diablos, Tizzard es fan de *él*! Ese era Gunn... oye, ¿quién te inició?

—¿Ese era Gunner? —preguntó Cutter con asombro. Dio un paso adelante.

—¿Quién te introdujo en la pandilla?

—Siempre he querido conocerlo. —Frunció el ceño y dio otro paso—. Pero pensé que había muerto.

—Te estoy preguntando...

Cutter le dio un puñetazo salvaje en la garganta.

Los ojos de Knowles se abrieron de par en par, y luego jadeó y gimió mientras se doblaba.

Solo tengo unos segundos antes de que alguien entre.

Era un gran riesgo interrogar al sicario en el baño. No podría escapar si llegaban más matones por la puerta. Sin embargo, tenía que aprovechar la oportunidad.

Cutter lo agarró por la camiseta y lo levantó. Clavó la punta de su bastón en el vientre del matón.

—¿Dónde está Gunner? —susurró—. ¿Dónde se esconde?

Knowles negó con la cabeza, arañando ciegamente su garganta, jadeando.

—¿DÓNDE ESTÁ? —Cutter sacudió al matón, pero el hombre estaba luchando por respirar.

Maldijo y lo arrastró al cubículo más alejado y lo empujó dentro. Registrando al matón, encontró su arma, una Sig Sauer, y se la guardó. Se arregló la ropa, se peinó y salió del baño.

Vio a algunos de los matones que volvían apresuradamente.

Lo están buscando.

Cutter aceleró el paso, su bastón resonando en el suelo mientras se dirigía hacia la escalera. El salón se estaba vaciando mientras los asistentes se dirigían a la salida. Sillas volcadas, pancartas pisoteadas, porcelana rota: todas las señales de una pelea, pero ningún rastro de Sheller.

—¡EH! ¡TÚ!

Cutter no se dio la vuelta al oír el grito.

Han encontrado a Knowles.

—¡ES ÉL!

Echó un vistazo hacia atrás. Cuatro hombres, uno de ellos señalándolo, a unos buenos diez metros de distancia. Varios asistentes entre ellos y él. A su izquierda estaba la escalera.

—ES ÉL. EL VIEJO.

Cutter sacó el arma ante su aproximación y disparó por encima de sus cabezas.

Estallaron los gritos. La salida ordenada se convirtió en una estampida. Los matones que se apresuraban quedaron bloqueados por los asistentes que huían.

Disparó a las lámparas de araña. La más grande explotó y roció el suelo de vidrio y cristal. Cutter arrojó su bastón y echó a correr. Se giró por un instante cuando llegó a los escalones y vació el cargador contra la iluminación y luego por encima de las cabezas de la gente que huía. Los Leones que lo habían visto estaban atrapados entre el baño y la masa de gente. Otros

matones estaban atascados en la entrada. Un arma se disparó salvajemente.

Cutter subió corriendo y se dirigió a la caja que había guardado antes.

Había planeado ganar algo de tiempo y esperaba que sus métodos funcionaran.

Abrió la caja y sacó varias bombas de humo y granadas falsas. Las arrojó al vestíbulo y por la escalera, donde detonaron satisfactoriamente y añadieron más caos.

Sacó el fardo de tela a continuación, y vació la botella de líquido inflamable sobre él. Encendió un extremo, y mientras se prendía en llamas corrió al borde de las escaleras y lo arrojó escalones abajo. El forro de la cortina estalló en llamas y ardió intensamente mientras rodaba hacia abajo y se asentaba sobre los escalones inferiores.

Pánico, humo y fuego.

Eso le dio el tiempo que necesitaba.

Fue a la caja y extrajo el último objeto que necesitaría para su escape.

Un traje de vuelo para salto base.

Se metió en él, consciente de los segundos que pasaban. Varios disparos perdidos llegaron en su dirección mientras los matones buscaban cobertura de las explosiones y el espeso humo. Ningún tirador tenía una línea de tiro clara hacia él, y todos sus disparos se desviaron.

Pronto descubrirán que eso no es gas lacrimógeno y que esas no son granadas. Entonces avanzarían en masa, y el fuego no sería un obstáculo significativo.

Rompió la ventana con el cañón del arma de Knowles y agarró la Glock que había guardado en la caja. Arrojó el arma del matón tan lejos como pudo en dirección general al baño y se volvió hacia la ventana.

Era un espacio ajustado, pero logró pasar sin romper su traje. El aire fresco lo bañó. El fuerte sonido de las sirenas en la calle y los gritos de los asistentes que escapaban.

Corrió por el techo inclinado y se lanzó desde su borde justo cuando escuchó a los matones gritando desde las escaleras.

Sonó un disparo, pero la bala no pasó ni cerca de él, y entonces ya estaba lejos, volando sobre las calles de la ciudad, navegando entre rascacielos y edificios de oficinas.

Tenía un sabor amargo de ceniza en la boca mientras escapaba.

Él había logrado escapar, pero Sheller también.

No lo reconocí cuando subió al escenario.

—¿Dónde estás? —lo llamó Difiore a las tres de la madrugada, con voz tensa y cortante.

—En Central Park —le dijo.

Había aterrizado cerca de Grand Central y, aunque había recibido algunas miradas extrañas de los transeúntes, nadie hizo comentarios. Ni siquiera la vista de alguien haciendo base jumping y aterrizando cerca de una de las estaciones de tren más concurridas de la ciudad inmutaba a los neoyorquinos.

Se había metido en un callejón y se había quitado el traje de alas, que metió en un cubo de basura. Fue a un hotel con su disfraz de persona mayor y se registró en la habitación que había alquilado previamente.

—¿Qué haces allí? ¿A esta hora de la noche? —preguntó Difiore.

—Corriendo.

Eso era cierto. Había salido del hotel con su ropa de correr y mochila, y estaba enfriando cuando ella llamó.

—Ven a Columbus Circle. Nos encontraremos allí.

Llegaron en el Chevy de ella, salieron y se apoyaron contra el coche mientras él saltaba la barandilla y se unía a ellos.

Quindica y la detective en sus trajes. Sin arrugas en la ropa, nada fuera de lugar, a pesar de la hora tardía. Solo una leve sombra bajo sus ojos revelaba su cansancio.

—¿Qué pasa? —preguntó. Casual. Amistoso. Como siempre era con los policías.

—¿Dónde estuviste esta noche? —preguntó Difiore perentoriamente. Como siempre era con él.

—Pasando el rato con unos amigos, no lejos de aquí.

Beth y Meghan habían hecho su magia para mostrar que su teléfono estaba en su oficina. Dijeron que lo respaldarían si las interrogaban. Él frunció el ceño ante eso, pero ellas desestimaron sus protestas. "No es nada", le había asegurado la gemela mayor. "Seremos tus coartadas".

—No te hagas matar —le había advertido Beth.

—¿Toda la noche? —preguntó la policía con sospecha.

Destapó una botella de agua y dio un generoso trago. —¿De qué se trata esto? —Se limpió la boca—. Estoy seguro de que han comprobado mi teléfono, localizado su ubicación.

—¿Has oído hablar de The Elitist? —Quindica miró un patrullero que pasó a toda velocidad, con la sirena aullando.

—No. ¿Qué es eso?

—Un club privado en West 45th.

—Nunca he oído hablar de él. Los únicos clubes a los que voy son gimnasios, y rara vez.

—Es un establecimiento solo para hombres. Para los súper ricos y conectados.

—¿Esto va a alguna parte?

—Eric Tizzard dio un discurso anoche —miró su reloj—, a las nueve. Manifestantes irrumpieron en el edificio, lo abuchearon, estallaron peleas.

—Eso es habitual en sus mítines, ¿no?

—Esta vez hubo disparos. El club casi se quemó.

—¿Y yo estoy involucrado, cómo?

—Grogan —interrumpió Difiore antes de que el SAC pudiera hablar—. Sabes mucho más de lo que aparentas. Tienes algunos contactos con los que nos encantaría hablar. ¿QUÉ DEMONIOS ESTÁ PASANDO?

Se encogió de hombros impotente y miró a Quindica con una expresión de *de qué está hablando*.

—Encontramos el arma que mató a Crump. Estaba en el club —explicó el agente del FBI—. También encontramos un cuerpo. Clint Knowles. Le aplastaron la garganta. Era un criminal endurecido; sus huellas estaban en el arma. Creemos que él era el tirador.

¿Está muerto? ¿Lo golpeé tan fuerte?

—¿Atraparon al asesino de Crump? Eso es genial. ¿Por qué las caras largas?

—Creemos que Sheller estaba allí. Los testigos dicen que un hombre mayor estaba en el baño con Knowles. Salió disparando: granadas, gas lacrimógeno, fuego, de todo.

—Suena como si hubiera iniciado una guerra —Cutter sonrió y de inmediato borró la sonrisa de su rostro cuando la detective lo fulminó con la mirada.

—Eso es lo que dicen los testigos. Las granadas eran falsas. Daban un fuerte estallido. El humo era solo eso. No gas lacrimógeno. Aunque el fuego era real.

—Yo no estaba allí, si eso es lo que están pensando. Estaba con mis amigas. Beth y Meghan Petersen, en su oficina en Columbus Avenue.

—Dame sus datos.

Recitó sus números y dirección.

—¿Por qué piensan que yo estaría allí? ¿Creen que yo era ese hombre? ¿Les parezco mayor?

—¿Has oído hablar de los disfraces? Ese hombre escapó en un traje de alas. Hizo base jumping, por lo que podemos deducir. Eso suena justo como tú.

—Regístrenme. —Levantó las manos—. No tengo ningún traje de alas. Ese club tendrá cámaras. Pueden ejecutar su programa de reconocimiento facial y ver si ese hombre soy yo. Estoy seguro de que la tecnología que tienen puede ver más allá de los disfraces.

—Sus cámaras estaban apagadas —escupió Quindica con disgusto—. Muy conveniente, ¿no crees? Varias personas lo vieron volar, y hay algunos videos flotando en internet. Pero están demasiado oscuros o borrosos.

—Los policías están buscando a cualquiera que se parezca a él y su traje de alas —la detective lo miró con el ceño fruncido—. No podría haberlo llevado consigo. Demasiado notorio.

Aún no lo han encontrado. Ni el hotel tampoco.

—Base jumping. Granadas. Este tipo debe ser un doble de acción de Hollywood —Cutter se rió entre dientes.

—Grogan —le advirtió Difiore, en voz baja y feroz—. Esto se ha vuelto personal para ti. Con Sheller. Retrocede. Déjanos hacer nuestro trabajo. Lo derribaremos.

No, no pueden. Se mordió el labio antes de que las palabras se le escaparan. *No sin ayuda.*

78

—Descríbanlo —ordenó Gunner a los hombres frente a él—. Otra vez.

A su izquierda estaba Cray. Nails y algunos de su equipo estaban a la derecha. De pie frente a él había cinco hombres, los sicarios senior de la célula de Knowles.

—Era alto, jefe —respondió un matón llamado Crebs—. Pelo blanco. Bastón. Era miembro. —Cambió de posición, inquieto—. Estaba en el baño cuando te estabas lavando. Hablaste con él. No se parecía a Grogan.

El fundador de los Leones ardía de rabia por dentro, aunque no dejó que su ira se notara.

Era Grogan. Nadie más. Estaba tan cerca de mí. Podría haberle roto el cuello allí mismo.

No había estado prestando atención. Era la única excusa que se le ocurría. Knowles había revisado el baño y le había asegurado que estaba vacío. Él y sus hombres estaban bromeando sobre cómo habían aplastado a los manifestantes cuando entró el anciano. Nadie le dio una segunda mirada. Ni siquiera Gunner. Todos estaban en un subidón de adrenalina después de la pelea.

El fundador de los Leones había acordado con Tizzard que aparecería brevemente disfrazado y luego iría a la sala de seguridad para observar los procedimientos.

No había detectado a Grogan.

Nails había estado con él y le había transmitido todo, mientras Knowles y los otros líderes de célula desplegaban a sus hombres y revisaban a la multitud.

Ninguno de ellos había visto al Fixer.

Y luego las cámaras se habían apagado cuando irrumpieron los manifestantes.

Un fallo técnico, informó el jefe de seguridad al equipo de Tizzard.

Grogan hizo eso, se maldijo Gunner.

—¿Estaba solo? —preguntó fríamente.

—Sí, jefe.

—Esas no eran granadas ni gas lacrimógeno. —Sus contactos en la policía lo habían confirmado.

—No lo sabíamos en ese momento, jefe. —El sudor brotó en la frente de Crebs—. Había mucha gente. No era fácil llegar hasta él.

—Estaba en el balcón. Todos ustedes estaban armados. ¿Qué tan difícil era dispararle?

—No era fácil, jefe —intervino otro sicario—. Estaba en las sombras. No podíamos verlo claramente...

Gunner sacó su Sig Sauer del bolsillo y le disparó al sicario entre los ojos y voló la cabeza de

Crebs de un solo movimiento.

Su respiración agitada fue puntuada por el sonido de los cuerpos al caer.

—¿Qué somos?

Nadie respondió.

—¿QUÉ SOMOS?

—¡SOMOS LOS LEONES ASCENDENTES! —rugieron sus hombres en respuesta.

—Así es —fulminó con la mirada a los hombres restantes frente a él—. Hemos sobrevivido y crecido, a pesar de que nadie sabe quién soy. El mundo piensa que estoy muerto. Controlamos las drogas en todo el país. Tenemos policías, abogados, banqueros y políticos comprados. ¿Y AUN ASÍ NO PUDIMOS CAPTURAR A UN SOLO HOMBRE?

—¡VAYAN! —les gritó, con la cara roja—. Encuentren a ese hombre.

Los miembros restantes de la pandilla de Knowles salieron corriendo.

—¿Cray?

—Sí, jefe.

—Dame una lista de cinco hombres. Elegiré a uno de ellos para reemplazar a Knowles.

—Sí, jefe.

—¿Has hablado con nuestros amigos del NYPD?

—Nada allí, jefe. Ellos también están buscando a este hombre. No tienen ninguna conexión con Grogan.

Tendré que plantar esa sugerencia.

—Su investigación está por todas partes, jefe. Los manifestantes, cómo entraron, las peleas, este anciano... no han tenido tiempo de hacer ningún progreso. La falta de imágenes de las cámaras los está estancando.

—¿Grogan está trabajando con alguien?

—Es un lobo solitario. Aparte de esa mujer...

—¿Has encontrado algo sobre ella?

—No, jefe.

—Nails, ¿algo sobre tu soplón?

—No, jefe. Corrí la voz, como dijiste, pero no sé quién podría haberlo filtrado. Se complicó. Había rumores en las redes sociales. Grogan podría haber visto esos y venir al club. No creo que tenga un soplón.

—Lo tienes. Cray —Gunner se volvió hacia el hacker—. ¿Me dijiste que Grogan era amigo de los dueños de esa bodega?

—Sí, jefe.

—¿Nails?

El líder de Brownsville levantó la cabeza.

—Corre la voz de que los vas a matar.

—Sí, jefe.

—Y hazlo.

Había más de una forma de sacar a Grogan de su escondite.

Y hacerle daño.

—¿*Lo has visto?*

—*No.*

—*Sigue buscando.*

Cutter seguía repitiendo las tres frases una y otra vez. Su teléfono las había obtenido del de Knowles, que tenía más llamadas y mensajes, ninguno de los cuales estaba relacionado con Gunner.

Esa primera voz sonaba como Nails. Sin embargo, había algo de ruido de fondo, como si Patchey estuviera transmitiendo la información a alguien más.

Cutter insertó el archivo de voz en un programa de edición de audio y jugó con varios filtros y eliminadores. La arruga en su frente se suavizó cuando escuchó una voz justo antes de la última orden de Nails.

—*Dile que siga buscando.*

Eso sonaba como Sheller. Había pasado mucho tiempo desde que había escuchado al ex convicto, pero la voz de autoridad en esa orden sonaba exactamente como él.

Suspiró y se echó hacia atrás en su silla. Estaba en su oficina, solo, con su sistema de seguridad configurado para advertirle de cualquier intruso.

—¿Por qué no lo reconocí rápidamente? —se preguntó en voz alta.

Esas papadas eran tan falsas como mi pelo plateado. Esa nariz rota también.

No había estado buscando al asesino en el baño. No lo había anticipado, por eso su radar no había funcionado.

—Así es como te matan —se maldijo a sí mismo—. Por ser descuidado.

No tenía nada. Ninguna forma de descubrir adónde se había ido Sheller. El software de clonación no había proporcionado nada útil.

Golpeó su puño cerrado contra su escritorio y se puso de pie.

¿Qué haría Sheller a continuación?

La respuesta era obvia.

—¿Arnedra? —soltó cuando logró contactar a su amiga y socia en la llamada—. ¿Estás a salvo?

—Sí, ¿por qué?

—Solo verificando. ¿Cómo está todo por allá?

—Hay tanto sol aquí —dijo entusiasmada—. Podría quedarme más tiempo.

—Tómate todo el tiempo que quieras. Te avisaré cuando todo haya terminado aquí.

—¿Cómo estás tú?

—Podría estar mejor —admitió y le dio un resumen general de lo que había sucedido desde su partida.

—Necesito estar contigo —dijo ella.

—Necesitas ir donde sé que estarás segura —le dijo firmemente—. Que es con tu hermana.

Arrojó el teléfono sobre el escritorio, se metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar de un lado a otro.

Tenía que haber una manera de hacer que Sheller saliera de su escondite.

—¿Difiore? —alcanzó su teléfono y marcó otro número.

—¿Sí?

Le echó un vistazo. Nada de la rudeza habitual en su voz. Sonaba plana, agotada.

—Quiero tenderme una trampa a mí mismo.

Sin respuesta.

—¿Estás ahí?

—Sí. ¿Qué quieres decir?

—Haz saber que planeo cooperar contigo. Que tengo información tan explosiva que el NYPD tomará declaraciones formales de mí bajo estricta protección.

—Los Leones vendrán por ti. —Interés en su voz.

—Ya me están buscando.

—¿Fuiste tú en El Elitista?

—¿Sí o no, Difiore?

—Mantente disponible en tu número. Necesitaré consultarlo con Peyton, el comisionado y su jefe, Jamison.

RUBIN ESTABA RADIANTE CUANDO MEASE SE REUNIÓ CON ÉL.

—Acabo de terminar con Farley, Parsons, los encuestadores... lo estamos logrando.

Se había presentado ante las cámaras inmediatamente después de las peleas en El Elitista. Esas entrevistas se reanudaron por la mañana cuando surgieron más detalles sobre el incendio. La huida en paracaídas dominaba los titulares, lo cual el candidato aprovechó al máximo.

—Vigilantes sueltos en la ciudad —tronó—. Porque la policía está sin dientes y sin poder.

A juzgar por las encuestas de opinión, había hecho un gran trabajo presentándose a sí mismo, y su mensaje estaba resonando en todo el país. Todavía iba detrás del vicepresidente, pero la brecha se había reducido a puntos de baja decena.

—No nos adelantemos —le advirtió Mease—. Todavía nos queda un largo camino por recorrer.

—Lo sé. —Rubin no había dejado de sonreír—. Mira. —Recogió unas hojas de papel—. Esto es en lo que he estado trabajando.

El estratega escaneó rápidamente las líneas con viñetas y levantó la vista asombrado cuando terminó.

—¿Estos puntos serán tu primera legislación? —preguntó con asombro.

—Sí. Detener *toda* la inmigración a menos que sea para reunir familias. Revertir las leyes contra la discriminación. Los empleadores deberían ser libres de elegir a quién contratan. Si los jefes no les gustan los negros o los judíos, no deberían verse obligados ni siquiera a considerar a esos candidatos. ¡El aborto, eliminado! Nada de esas tonterías del derecho de la mujer a decidir.

Se rió cuando notó que los dedos del estratega temblaban de emoción. —Deberías haber visto nuestra reunión. Podemos oler la victoria. Las llamadas han estado llegando de todo el país.

Donantes que quieren contribuir. La gente quiere comenzar nuevos PAC y super PAC.

—¿Los partidos principales?

—Más llamadas de sus senadores y representantes de la Cámara de ambos partidos. Atendí algunas yo mismo. Les dije que no diluiríamos ninguna de nuestras políticas si salían a apoyarnos. Todos estuvieron de acuerdo.

—Quieren subirse a nuestro tren. Obtener posiciones dentro del gobierno si ganamos.

—Sí, ya estamos ahí, Doug. Puedo olerlo.

—Tranquilo, campeón. Todavía puede pasar cualquier cosa —le advirtió Mease—. Recorre el país. Aprovecha esta ola de apoyo. Habla con multitudes grandes y pequeñas. Ve, hazte ver.

—Eso es lo que acordamos —asintió Rubin. Una mirada distante apareció en sus ojos—. Cuando te acercaste a mí en Otisville, ¿pensaste que esto pasaría?

—No —admitió Mease—. Pensé que causaríamos revuelo, que nos volveríamos más poderosos e influyentes...

—No soñé que tendría una buena oportunidad de convertirme en presidente.

—Ve, hazlo realidad.

Rubin salió de la reunión con un resorte en su paso y una sonrisa en su rostro.

—ESO SALIÓ MEJOR DE LO QUE ESPERÁBAMOS —DIJO MEASE MIENTRAS INFORMABA A GUNNER más tarde ese día—. Lo que tus hombres hicieron en el club fue explosivo. —Se rió de su propio chiste.

—Tuvimos ayuda —rugió el fundador de los Leones—. Grogan...

—¿Fue él? —El estratega levantó la cabeza de golpe—. ¿El saltador base?

—Le tendimos una trampa. Cayó directamente en ella. Pero escapó.

Mease lo miró fijamente mientras su entusiasmo se desvanecía. —Te dijimos que...

—Tú no me dices que hacer nada. He llevado la campaña hasta donde está ahora. Sin mí, Rubin sería solo otro candidato sin esperanza apareciendo en algunos programas de radio y alguna que otra entrevista de televisión. ¡Relájate! Él no sabe sobre nosotros. Solo sospecha que estoy vivo, eso es todo.

—Eso ya es un riesgo por sí mismo.

—No es un riesgo para la campaña.

El contador lo pensó rápidamente y asintió a regañadientes. Gunner tenía razón. ¿Qué podría hacer Grogan? Nada. Él y el ex convicto eran como dos boxeadores dando vueltas en un ring. *Que se enfrenten entre ellos. Nosotros estamos a salvo.*

—¿Planeas acabar con él?

—No. Voy a aplastarlo —dijo Gunner amenazadoramente.

Mease no pudo reprimir el escalofrío que lo recorrió. —Haz lo que creas mejor —dijo con calma—. Pero recuerda el gran premio.

—Tengo dos premios —rugió el fundador de los Leones—. Uno de ellos es Grogan. Es como la cereza del pastel.

8

—Eres bueno en vigilancia —dijo Nails agachándose frente a Darrell y mirándolo a los ojos.

—Eso creo, señor —tartamudeó el adolescente mientras luchaba por mantener firme su voz.

—¿Señor? ¿Han oído eso? Ninguno de ustedes me llama así nunca —se rió el líder de Brownsville mientras se enderezaba y se dirigía a sus hombres. Aplaudió para llamar la atención —. Escuchen... no, ustedes no —les dijo a los centinelas en el borde del lote—. Sigan vigilando. No queremos que los cerdos nos caigan encima.

—Tenemos una misión —le dijo al resto de la pandilla—. Un golpe.

El pecho de Darrell palpitaba cuando un murmullo recorrió a los matones. Un golpe. Eso significaba...

—Yo seré el tirador. Elegiré a otros cuatro hombres. Decidiré quiénes serán más tarde. Pero primero, necesitamos hacer un reconocimiento. Darrell aquí revisará el lugar.

—¿Dónde es eso? —gritó Marv.

—Todo a su tiempo. Por ahora, solo él lo sabrá. Eres bueno guardando secretos, ¿verdad, Darrell?

El chico asintió tontamente, consciente de que todos los ojos estaban sobre él.

—Genial...

—Iré con él —intervino Manuel—. Él y yo somos mejores amigos.

—No escuchaste lo que dije —la voz de Nails se endureció—. Él va solo. Nadie más. Es vigilancia, no un trato callejero. ¿Entendido?

Nails aplaudió de nuevo cuando Manuel se sonrojó y desvió la mirada.

—Vuelvan al trabajo. Tenemos polvo que vender.

Darrell no pudo evitar estremecerse cuando el líder le puso una mano en el hombro.

—¿Estás emocionado, chico?

—Sí —asintió furiosamente y miró a Nails a los ojos antes de agacharse de nuevo.

—¿Conoces esa bodega que asalté? ¿En Lafayette?

Los ojos del estudiante se abrieron de par en par.

—Sí, esa —el líder de la pandilla sonrió ante su reacción—. Necesitas vigilarla. Averigua a qué hora entran y salen los dueños. Su rutina. Cuándo están solos. ¿Pasan los policías por ahí? Si lo hacen, ¿hay un horario? Cualquier cliente habitual. A qué hora llegan. Todo.

El corazón de Darrell latía tan fuerte en su pecho que temía que Nails pudiera oírlo, pero parecía que el gángster tomaba su expresión por emoción. Le dio una palmada en el hombro al

chico y se dispuso a irse.

—¿Por qué ellos? —preguntó el estudiante.

—¿Te refieres a por qué hemos decidido matarlos? Órdenes del jefe.

—Pensé que tú dirigías esta pandilla por tu cuenta —se atrevió a preguntar el adolescente.

—Nah —Nails se rió, claramente halagado de que Darrell pensara tan bien de él—. Yo respondo ante alguien. Hay muchos otros como yo; todos respondemos a la misma persona.

—¿Él nunca viene aquí? ¿Tu jefe?

—No. Demasiado arriesgado. Me reúno con él regularmente.

—¿Aquí? —Darrell miró alrededor sorprendido.

—No. Otro lugar. No muy lejos de aquí. Ponte a trabajar mañana —Nails chocó el puño con el adolescente y se fue.

Cálmate, se dijo el adolescente cuando estuvo solo y regresando a casa. Respiró profundamente y caminó con firmeza, dejando que la brisa refrescara el sudor de su rostro. Los latidos en su pecho disminuyeron, pero la sensación de malestar en su interior no desapareció.

Sabía que Cutter era amigo de los dueños de la tienda. Lo había deducido de las acciones del Arreglador durante el atraco y la cobertura televisiva que siguió.

Debería advertirle.

¿Qué puede hacer? Estará allí con la policía y arrestarán a Nails.

¿Sería eso suficiente para conseguirle a él y a Mama protección de testigos?

No lo creía.

Además, no sabía cuándo se llevaría a cabo el golpe.

No, era mejor llevar a cabo el reconocimiento y advertir a Cutter cuando tuviera todos los detalles.

Casi tropieza cuando otro pensamiento lo golpeó.

¿Y si grabo a Nails reuniéndose con su jefe?

81

—¿No habéis sacado nada más de su teléfono? —Cutter se refería al móvil de Knowles.

—No —Beth frunció los labios—. Tres veces. Esas son las veces que te lo hemos dicho. Sin contar las veces que te lo dijimos ayer.

Agarró su taza de café y bebió distraídamente mientras echaba un vistazo a la oficina. Vacía, excepto por ellos tres.

—¿Podéis hacer un análisis de voz?

—¿Comparándolo con qué? —le preguntó ella con paciencia—. Una voz es de Patchey. Sabemos cómo suena por los archivos del NYPD. Sheller... no tenemos nada de él.

—¿ADX?

—Sí, hay muchos videos y audios de él de allí, pero ese no es el problema. Lo que tienes en esa llamada... no es suficiente para hacer una muestra.

—¿Por qué necesitas confirmar que es él? Sabes que es él, ¿no? —Meghan lo miró fijamente.

—¡Necesito saber dónde está! —exclamó Cutter con frustración—. Y si era él...

—Ya hemos analizado sus huellas de voz y hecho una búsqueda en redes sociales —interrumpió la gemela mayor con calma—. No obtuvimos resultados. Podríamos haber revisado las cámaras del club para ver dónde desapareció. Pero cuando las inutilizamos con el PEM por la tarde, todas se apagaron. Era la única forma de protegerte. Incluso las de fuera del club.

—¿Entonces no tenemos nada?

—Yo no diría eso —Beth sonrió con suficiencia. Sus dedos volaron y apareció un breve video en la pantalla. Un SUV con aspecto de caja acelerando por una avenida—. Ese es su vehículo de escape. —Levantó un dedo para silenciarlo—. Mira.

Él obedeció. El vehículo corría por la calle y frenó en un semáforo. Su parte trasera quedó iluminada por las luces de otro vehículo y, incluso a través de las ventanas oscuras, se podía ver la silueta de un hombre.

—Cabeza calva. Asiento trasero. Hicimos comparaciones con todas las grabaciones que tenemos de ADX. Werner dice que hay una alta probabilidad de que sea Sheller en ese vehículo. Dirigiéndose al norte por la Quinta Avenida.

Cutter se inclinó hacia adelante con emoción.

—Si pudiéramos rastrear adónde fue ese vehículo —dijo para sí mismo.

—Ahí nos topamos con un muro —dijo Beth con pesar—. Tuvimos suerte con esa cámara de la calle, pero... —Mostró otra imagen, un SUV estacionado—. Ese es el vehículo que estábamos rastreando. Lo dejaron en la calle 53 Oeste.

—Cambiaron de vehículo —adivinó él.

—Sí, y los perdimos allí.

Harlem, Bronx, Yonkers, podrían estar en cualquier parte.

Miró su reloj y se puso de pie.

Tenía una última carta por jugar.

El Comisionado de Policía del NYPD Bruce Rolando sacó su billetera y le pasó dos billetes de diez dólares a Quindica y Difiore.

—Es tu culpa —le dijo a Cutter cuando irrumpió en la sala de conferencias por la tarde—. Gina y Peyton estaban seguras de que te meterías en esta reunión.

—Cutter —lo saludó Jamison desde DC.

—Señor —asintió hacia la pantalla de videoconferencia y se volvió hacia su amigo—. Tenía que representarme a mí mismo.

Difiore resopló, lo convirtió en un ataque de tos y se mostró estudiadamente impasible cuando él la miró con sospecha.

—Esta idea tuya... —comenzó el Director del FBI.

—Es la única forma de hacer salir a Sheller, señor.

—Es arriesgado.

—Sí, señor. ¿Hay alguna otra opción? La detective Difiore y el Agente Especial a Cargo Quindica no han avanzado mucho.

Levantó la mano rápidamente antes de que la policía explotara.

—Me refiero a que su grupo de trabajo está limitado por los procedimientos, y luego están los policías corruptos...

—Entendimos tu punto, Cutter —dijo Rolando, con el rostro pétreo. A nadie le gustaba oír que tenía empleados corruptos.

—¿Cómo se llevará a cabo? —Jamison rompió el incómodo silencio.

—Quindica y Difiore darán una rueda de prensa. Anunciarán que tienen una pista importante.

—¿En qué? El Grupo de Trabajo no es de conocimiento público.

—Sobre El Elitista, los crímenes raciales, Crump, Martinelli... dirán que han encontrado un vínculo. Un hilo conductor.

—Eso solo no será suficiente.

—Saldré en la televisión. Diré que mi declaración hará temblar al sistema. Revelaré algunos detalles de mi pasado, no las partes clasificadas, pero daré suficientes pistas para que Sheller sepa que estoy hablando de él.

—Tendremos que ponerte en una casa de seguridad —dijo Quindica—. Tenemos varias en la ciudad.

—Nosotros también las tenemos —intervino la detective—, pero...

—Las vuestras podrían estar comprometidas. —Cutter negó con la cabeza—. Las de los federales también. Yo encontraré una.

—¿Crees que morderá el anzuelo? —Rolando pulió sus gafas de lectura.

—Sí. Soy el que más sabe sobre él. Del lado de la ley. No querrá que se destape su tapadera.

—Solo si Knowles hubiera hablado.

Cutter empezó a asentir, pero se contuvo rápidamente cuando se dio cuenta de que Quindica y Difiore lo miraban fijamente.

—¿No hubo oportunidad de interrogarlo? —preguntó con suavidad.

—No. Estaba muerto antes de que llegáramos.

—¿Averiguasteis quién era ese miembro del club?

—Vance Trent. Pero el verdadero miembro está en Cancún, donde tiene una segunda residencia. No ha ido al club en meses. Este intruso falsificó su apariencia y tarjeta de membresía.

—También hackeó el correo electrónico de Trent —añadió Quindica—, y envió una confirmación al equipo de Tizzard de que asistiría. Eso requiere habilidades serias.

—Tiene un equipo detrás —afirmó Cutter—. No hay forma de que pudiera hacer todo eso él solo.

—¿Cómo llegaste a esa conclusión? —le preguntó Difiore cuando todos los ojos se volvieron hacia él.

—No he conocido a muchos operadores solitarios que puedan hacerlo todo. Buenos en disfraces, hackeo... no. El falso Trent no actuaba solo.

—No hemos encontrado indicios de que hubiera alguien más con él, señor —le informó la detective a su jefe—. Sin embargo, seguimos investigando.

—¿Qué hay de esos rumores en las redes sociales? ¿Que Sheller aparecería en el mitin? —La silla de Jamison protestó cuando se reclinó y se estiró.

—No hay nadie que se parezca a él en el evento, señor —respondió Quindica—. Realizamos un reconocimiento facial de todos los asistentes. Sin embargo, todas las cámaras se quemaron temprano en la mañana...

—¿Todas? —Jamison frunció el ceño.

—Sí, señor. Estamos investigando eso también. El club instaló unas nuevas, pero no se reemplazaron todas. No tenemos cobertura completa del interior.

—Se quemaron por la noche también, ¿no es así? —gruñó Rolando.

—Sí, señor. Grogan tiene razón. El impostor tuvo ayuda.

—Averigüen quién es. Y preparen esto. La idea de Cutter, por loca que parezca, podría funcionar.

—Sí, señor.

82

Darrell estaba nervioso, sudando, cuando tomó su posición frente a la bodega.

Había ido a la escuela por la mañana y luego se había escapado durante un cambio de clase. Había corrido de vuelta a casa y se había cambiado a una camiseta y jeans.

No me siento bien, le envió un mensaje a Manuel.

Mentiroso. Vas a hacer reconocimiento.

Darrell no respondió. Borró los mensajes y se dirigió al metro. Esperaba y rezaba que su madre no se enterara de que se había saltado las clases.

La tienda fue fácil de encontrar. Era la única de su tipo en varias cuadras, y la descripción de Nails había sido precisa.

Sacó una barra de chocolate de su bolsillo, la desenvolvió y le dio un mordisco mientras observaba.

A LAS DOCE DEL MEDIODÍA, DIFIORE SE PRESENTÓ ANTE LA PRENSA. ELLA Y QUINDICA decidieron que el SAC no la acompañaría.

—No mencionemos el Grupo de Trabajo. Eso generará más preguntas.

El detective estuvo de acuerdo.

Se alisó el traje, bebió un vaso de agua y tomó la primera pregunta.

—El NYPD nos está dando largas —gruñó el reportero—. Las últimas semanas han visto un aumento en el crimen y los tiroteos. El comisionado no tiene nada que decir sobre eso. Repite sus frases de siempre...

—¿Hay alguna pregunta en eso? —interrumpió Difiore al periodista, que era de un tabloide que atacaba a la policía en cada oportunidad. No había amor perdido entre la publicación y la policía.

—¿Qué está pasando con los crímenes? —gritó, rojo de ira, mientras una risita recorría la sala.

—Deberías haber empezado por ahí —respondió ella y se lanzó a dar detalles de las estadísticas mensuales sobre crímenes y cómo se comparaban con períodos anteriores.

—Eso no es lo que pregunté —el reportero levantó la mano de nuevo, pero ella lo ignoró y señaló a otro periodista.

Tomó pregunta tras pregunta, sorprendida de descubrir que estaba disfrutando del tira y afloja con los reporteros. *Peyton debe estar sonriendo con suficiencia. Estaba segura de que lo haría bien. Yo era la que estaba dudosa.*

Fue hacia el final de la conferencia de prensa que soltó su bomba.

—Tenemos un informante confidencial —dijo—, que tiene pruebas de que el asesinato del Subjefe Crump está relacionado con el del Oficial Martinelli. Los dos asesinatos están conectados con varios otros crímenes en la ciudad. ¡Un momento! —levantó la mano cuando los reporteros estallaron en un clamor, gritando preguntas, exigiendo respuestas.

—Eso es todo lo que tengo para ustedes por ahora —les dijo cuando se calmaron—. Son investigaciones activas; tendremos que verificar su relato... ya saben cómo funciona el trabajo policial.

No pudo contener una sonrisa cuando el primer periodista replicó: —No muy bien.

—¿Su soplón es un hombre? —preguntó otro reportero.

—No puedo comentar sobre su identidad —esquivó.

—¿Lo pondrán en una casa de seguridad?

—No hay más preguntas.

GUNNER SIGUIÓ MIRANDO CUANDO LA DETECTIVE DESAPARECIÓ. UNA PRESENTADORA DE televisión apareció en pantalla y recapituló la conferencia.

Apartó la mirada ciegamente cuando ella resumió las declaraciones clave. Sabía cuáles eran.

Estaba frío. Calmado. Su respiración era constante.

Sabía que estaba en su momento más peligroso entonces.

—Cray —llamó al hacker.

—Sí, jefe. Lo vi. ¿Crees que tienen a Grogan?

—No lo sé. Haré algunas llamadas. ¿Dónde está?

—No contesta su teléfono de la oficina. Puedo enviar a alguien para que lo compruebe en persona.

—Hazlo. En su apartamento también.

—Tiene cámaras allí.

—Haz que alguien suba y baje las escaleras. Casualmente. Como si fuera un visitante de otro piso.

—Entendido.

Llamó al subjefe con el que había hablado antes.

—Trejo, ¿de qué se trató eso? ¿Esa conferencia de prensa? —gruñó suavemente.

—Ni idea —confesó el oficial de alto rango—. Nos tomó a todos por sorpresa. Difiore se mantiene reservada, como te dije antes...

—¿Quién es su informante?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Intenté averiguarlo. Acabo de terminar una reunión con el comisionado. Se lo pregunté también. Me evadió.

—Averígualo. Y dónde lo han escondido.

Hizo más llamadas y obtuvo las mismas respuestas. Parecía que la conferencia de prensa había sido autorizada por el mismo Rolando, y aparte de él y Difiore, nadie en el NYPD sabía qué estaba pasando.

Ninguno de mis contactos, se corrigió Gunner.

Llamó a Mease.

—Llama a tus amigos del NYPD —le dijo al estratega—. Averigua de qué se trataba esa conferencia de prensa. ... ¿No lo sabes? Te ayudaría si vieras otras noticias además de la cobertura de la campaña. —Le explicó la situación al contador, quien contuvo la respiración

bruscamente.

—¿Te han relacionado?

—Eso es lo que quiero que averigües —rugió Gunner y terminó la llamada.

TRES DE LA TARDE. DARRELL ESTABA EXHAUSTO, PERO SEGUÍA OBSERVANDO. NO SE QUEDABA EN un solo lugar. Se mantenía en movimiento, encontrando diferentes puntos de observación en lados opuestos de la calle mientras tomaba notas discretamente.

Podía ver a la pareja china y al tercer propietario, Moshe, ocasionalmente a través de las ventanas. Tenían una sonrisa para los clientes y frecuentemente salían de la bodega y saludaban a los transeúntes.

Podía adivinar quiénes eran los clientes habituales por la forma en que los saludaban y tomaba nota de sus horarios de llegada.

Se quedaría hasta las siete de la tarde, y luego se iría a casa.

CUTTER LLAMÓ A ALGUNOS DE SUS REPORTEROS DE TELEVISIÓN FAVORITOS Y LOS INVITÓ A UNA habitación de hotel para una entrevista.

—Será explosivo —les prometió—. Sin embargo, no pueden decirle a nadie de antemano que se reunirán conmigo. Ni dónde se llevará a cabo.

—Eso es...

—Esa es la única manera en que sucederá. Y tiene que ser en vivo.

Algunos reporteros protestaron, pero la mayoría aceptó. Él proporcionaba buenas frases llamativas, y sus adelantos, tras la conferencia de Difiore, fueron suficientes para engancharlos.

Cutter reservó una suite en un hotel de lujo del centro y hizo arreglos con el gerente, a quien conocía.

—Nada de tiroteos —le advirtió Dom Perez.

—No los habrá. Es una conferencia de prensa.

El gerente, que había servido con él, lo miró con cinismo. —Te conozco, Cutter. La última vez que reservaste una habitación con nosotros, sicarios del cártel invadieron mi hotel.

—Oye, eso fue hace más de un año. Además, obtuviste buena publicidad. Estos son presentadores de televisión muy conocidos —dejó caer algunos nombres—. Nada de pistoleros esta vez. Lo prometo.

—Te di la mejor suite —dijo su amigo a regañadientes.

—Lo aprecio. Sin embargo, tu recepción debería tomar sus teléfonos y solo entonces darles los detalles de la habitación. Seguridad —dijo apresuradamente, cuando Perez levantó una ceja —. No quiero que nadie sepa en qué habitación estaré. No hasta el último minuto.

—Desplegaré algo de personal de seguridad.

—Eres una estrella de rock.

—La adulación no te llevará a ninguna parte... pero una presentación con Ellen Ronning podría.

—Hecho.

La periodista de televisión, una amiga, era una reportera muy respetada que también estaba soltera.

—Es una buena persona —advirtió a su amigo.

—¿Y yo no lo soy?

A LAS SIETE DE LA TARDE, RONNING Y VARIOS OTROS PRESENTADORES DE NOTICIAS DE TELEVISIÓN abarrotaron el vestíbulo del hotel, junto con sus equipos.

Darrell estaba en el metro, aferrando su cuaderno.

Cutter estaba en la suite, preparándose. El Arreglador tenía una imagen. Tenía que mantenerla. Camisa roja a cuadros metida en jeans azules, un cinturón de cuero opaco en la cintura. Zapatillas en los pies, personalizadas con suelas Vibram.

Examinó la habitación críticamente y escondió su Glock y armas de repuesto en varios lugares estratégicos. No esperaba intrusos, pero estar preparado se había convertido en un hábito a fuerza de entrenamiento.

Finalmente, revisó sus rutas de escape.

Una sería a través de la puerta de servicio. Otra a través del hueco del ascensor y una tercera desde el techo, donde había guardado otro equipo de salto base.

Esperó a los reporteros.

—ESE ES UN BUEN TRABAJO. NAILS ESTUDIÓ LAS NOTAS DE DARRELL. TOMÓ UNA FOTOGRAFÍA con su teléfono celular y le devolvió el diario al adolescente. —Vuelve mañana y sigue vigilando.

—Pero...

—¿Será un problema?

El estudiante se humedeció los labios y negó con la cabeza. *Tendré que faltar a la escuela un segundo día. Si mamá se entera, se armará un infierno.*

—ES POSIBLE QUE HAYAN ESCUCHADO LA CONFERENCIA DE PRENSA DE LA DETECTIVE DIFIORE hoy —comenzó Cutter cuando Ronning indicó que estaban listos.

Seis reporteros de televisión sentados en sillas, frente a él. Sus equipos de cámara detrás, filmando la escena. Él estaba en un sofá, relajado, con el brazo izquierdo extendido y la mano derecha cerca de un cojín bajo el cual estaba su Glock.

—Yo soy el informante de la NYPD —sonrió.

83

La cuchara de Gunner se detuvo en el aire. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio la cara de Grogan en la televisión. Subió el volumen con el control remoto y apartó su cena a medio comer. Lo que el Arreglador tenía que decir era más importante.

—¿Por qué ha decidido hablar? —preguntó Ellen Ronning—. ¿No está poniendo en riesgo la investigación?

—¿Qué hay que arriesgar? —Sonrió ampliamente—. No voy a revelarles ninguna información confidencial. Volviendo a su primera pregunta... Espero que esta aparición —hizo un gesto hacia las cámaras— anime a otros. Habrá muchos que sepan exactamente lo que ha pasado y quién está detrás. Algunos estarán preocupados; sus conciencias les estarán remordiendo. Mi mensaje para ellos es: den un paso adelante. Cuéntenle a la policía de Nueva York lo que saben, ayúdenlos a atrapar a los cerebros. La policía los protegerá.

—No vemos a ningún policía aquí —gritó otro reportero.

—No los verán —Grogan sonrió con confianza—. Sin embargo, están ahí. Me iré a una casa de seguridad después de esta entrevista.

Agitó los dedos para invitar preguntas, y estas llegaron en tropel. Muchas de ellas eran sobre lo que sabía, quién era el asesino de Crump, quiénes eran los misteriosos perpetradores. Sonrió, esquivó algunas pero respondió otras. Con su pelo oscuro peinado hacia atrás y sus ojos verdes resaltando en la habitación del hotel, Grogan tenía incluso a los experimentados presentadores de televisión comiendo de su mano.

Gunner se dio cuenta de un sonido, como el roce duro de rocas, y se percató con sorpresa de que provenía de él mismo. Estaba apretando los dientes. Se detuvo y se obligó a mantener la calma hasta que terminó la entrevista. Apagó la televisión y lanzó su plato de cena contra la pared. Con su rabia parcialmente descargada, cogió su teléfono. Ya había varias llamadas perdidas. Atendió las más importantes.

—Trejo, deja de hablar y escucha —espetó cuando la voz del policía se elevó—. No sabe nada. Él y la policía de Nueva York están jugando. ¿Crees que seguirías en tu oficina si tuviera información real? Ya estarías arrestado. Yo me encargaré de esto. ¿Dónde está Difiore?

—Está con su grupo de trabajo. Lo comprobé. Ella y esa mujer del FBI estaban viendo la entrevista.

—Averigua dónde está esa casa de seguridad.

—Lo intentaré, pero tú...

—Yo me encargaré de ello.

Llamó a otro jefe asistente, a un adjunto, a varios policías de rango inferior y a varios

políticos. Repitió el mismo mensaje, que él se encargaría de ello.

Mease fue el último.

—¿Lo viste?

—Sí —respondió el contable—. ¿Cuánto deberíamos preocuparnos?

—En absoluto. Grogan está jugando...

—¿Estás seguro?

—¿La policía irrumpió en tu casa? ¿Han arrestado a Rubin? Yo sigo aquí. No tiene nada. Me encargaré de él.

—No debería haber repercusiones.

—No las habrá.

Llamó a sus líderes de célula y verificó que el negocio no se hubiera interrumpido. No lo había hecho.

—Nails, ¿viste la entrevista?

—¿Qué entrevista? —preguntó su líder de Brownsville—. He estado en la calle.

—¿Todo bien?

—Sí, ¿por qué preguntas?

—Necesitamos reunirnos. El mismo lugar.

—Cray —gritó en su siguiente llamada—, ¿por qué no has encontrado dónde está Grogan?

—Jefe, ha desaparecido del radar.

—¿DESAPARECIDO DEL RADAR? —rugió Gunner—. Estaba en la televisión, en directo, hace unos minutos. ¿No lo viste?

—Sí lo vi, jefe. Estoy verificando con los hoteles para ver dónde tuvo lugar.

—Ya se habrá ido para ahora. Contacta con nuestros contactos en la televisión. Ellos lo sabrán. ¿Qué hay de ese soplón? ¿Por qué estás tardando tanto?

—Ninguno de los hombres de Nails llamó a Grogan. Revisé sus registros de llamadas. Nuestro rata debe estar usando otro teléfono o reuniéndose con Grogan en algún lugar. Estoy investigando su oficina...

—¿Por qué se reunirían allí?

—Ocultándose a plena vista, jefe. Como usted ha hecho todos estos años. Es muy efectivo.

—Encuéntralo. No me importa cómo. Y ENCUENTRA A GROGAN.

DARRELL LE ENVIÓ UN MENSAJE A SU MADRE PARA DECIRLE QUE LLEGARÍA TARDE Y NEGÓ CON LA cabeza cuando recibió su habitual respuesta. Ansiosa. Preocupada. Enfadada.

No será por mucho tiempo, mamá, se dijo a sí mismo. Sin embargo, no estaba tan seguro de eso. Un frío pavor lo invadía cada vez que pensaba en el golpe de Nails. Los dueños de la tienda parecían buenas personas. *Debería advertir a Cutter. Pero aún no. Necesito saber cuándo sucederá.*

Se agachó detrás de un coche cuando Nails, a quien había estado siguiendo, se detuvo para atender una llamada en su móvil. Se había quedado discretamente después de que la pandilla se separara por la noche. Descubrir quién era el jefe sería su boleto a la protección de testigos. Para lo cual tenía que seguir al líder de la pandilla y ver si se reunía con la misteriosa persona.

El gángster no tenía prisa. Había caminado por toda Rockaway y hablado con varios traficantes. Había inspeccionado las esquinas de las calles y los estacionamientos donde se realizaban los tratos y luego había desaparecido en un restaurante.

Darrell estaba preocupado de que allí estuviera el jefe, pero cuando vio a Nails solo en una

mesa, se tranquilizó. Sacó su última barrita energética y tuvo una cena fría e insatisfactoria mientras el líder de la pandilla se daba un festín con muslos de pollo y chuletas de cordero.

ERAN LAS DOS DE LA MADRUGADA CUANDO NAILS FINALMENTE HIZO UN MOVIMIENTO. CAMINÓ DE vuelta por Rockaway y tomó una ruta circular hacia Mother Gaston.

Darrell lo siguió a distancia, lo cual no era difícil ya que era pequeño y podía fundirse con las sombras. Pasaron por su lugar de reunión habitual y llegaron a un patio cercado lleno de basura.

Una sombra se movió y se acercó a Nails.

¿Era ese el jefe?

No. El líder de la pandilla dijo algo, trepó la barrera y desapareció de la vista.

Había algunos vehículos abandonados justo frente al patio, pero también había algunos hombres que parecían ser una unidad de protección.

Darrell respiraba superficialmente mientras se agachaba y bajaba de la acera. No había vehículos a la vista. Los letreros de las tiendas y la tenue iluminación de la calle proyectaban un resplandor, pero los centinelas, cuatro de ellos, estaban alerta por vehículos y policías, no por un adolescente de baja estatura.

Con el corazón en la boca, se acercó todo lo que pudo y rodó rápidamente debajo de un camión cuando un guardia miró en su dirección.

¿Lo habían visto?

Escuchó una risita y un suave murmullo. Un encendedor se encendió. Un coche que pasaba lo iluminó, pero nadie prestaba atención.

Darrell gateó sobre sus manos y rodillas y llegó al capó del vehículo. Comprobó que no hubiera moros en la costa y vio que el siguiente vehículo era un SUV. Contuvo la respiración y se arrastró rápidamente hacia adelante, apretujándose debajo de él.

El patio estaba a su izquierda.

Avanzó poco a poco hasta tener la mejor vista y dejó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad.

Podía ver el tenue contorno de Nails mientras cambiaba el peso de un pie al otro.

Está solo. ¿Se fue el jefe? ¿Por qué los centinelas seguirían allí si se hubiera ido?

La oscuridad en el patio pareció disiparse media hora después. Algo grande y corpulento se movió.

¡Ese es el jefe!

Era enorme. Le dio una palmada en el hombro a Nails.

Parecía ser calvo; su cabeza brillaba tenuemente.

Darrell se arañó el pecho y extrajo su teléfono de la cinta adhesiva. Se quedó inmóvil cuando su cabeza golpeó contra el chasis. El murmullo de los guardias se detuvo. Sintió como si la tierra se detuviera por largos momentos, y luego le llegó una risa.

Se relajó, sostuvo el teléfono con dedos temblorosos y apuntó su cámara hacia los dos hombres en el patio. Hizo zoom tanto como pudo y activó la grabación de video.

—¿TIENES TODO LISTO PARA EL GOLPE? —GRUÑÓ GUNNER A SU LÍDER DE CÉLULA.

—Ayer fue nuestro primer reconocimiento, jefe. Habrá otra ronda más tarde hoy, y atacaremos mañana.

—No hay tiempo para eso. Acábalos hoy.

—Jefe...

—Me has oído. TIENE QUE SUCEDER HOY —repitió Gunner en voz alta. Sus guardias lo miraron, preparados para venir con las armas en ristre, pero él los detuvo con un gesto enojado.

—Es arriesgado, jefe —protestó Nails—. Grogan casi me atrapa la última vez.

—Quiero que venga, ¿no lo entiendes? Es una trampa para atraerlo. Creí habértelo explicado. ¿Eres estúpido...? —Se interrumpió y exhaló con fuerza, luego dijo con calma—: Hazlo hoy. Alrededor del mediodía.

—Podría haber clientes.

—No me importa. Enviaré más sicarios. Atraparán a Grogan cuando aparezca. Tendrán vehículos de escape y dispararán a los policías también. Ya hemos hecho esto antes.

—Sí, jefe.

—¿A quién llevarás?

—A Marv y Chino. Los tres somos los mejores tiradores de mi célula.

—No falles. Ese judío y el chino deben morir mañana.

Y si todo salía según lo planeado, Grogan sería capturado. Una vez que eso sucediera, no importaría si Nails o Cray no pudieran averiguar quién era el soplón.

Gunner extraería la información del Arreglador.

Lenta y dolorosamente.

84

Cutter dejó de responder llamadas a las diez de la mañana. Habían comenzado después de su entrevista. Periodistas, blogueros... todos los medios que lo conocían llamaron para obtener más detalles sobre la historia.

Se cansó de decir: *Ya dije todo lo que tenía que decir*, o, *viste la entrevista. No tengo nada más que añadir*.

Rolando y Jamison le enviaron mensajes para ver cómo estaba. *Aún vivo*, respondió.

Difiore mostró su lado tierno y amoroso con: *Asumiremos que estás muerto si no respondes.*

Lamento decepcionarte, le respondió.

Bostezó, se estiró y salió de su SUV, en el que había pasado la noche estacionado cerca del Javits Center en Hell's Kitchen. Se registró en un hotel turístico y se duchó, luego condujo hasta Times Square, donde estacionó ilegalmente. Fue a un local de comida rápida donde desayunó y, por un momento, se olvidó de su misión, de Sheller y del mundo, y observó a los turistas tomando fotografías. Eso le recordó a Riley, y apartó esos pensamientos y miró su reloj.

—La llave y el código de acceso están en una caja de seguridad en el centro —respondió Meghan con brusquedad cuando él llamó.

—Esto es una mansión —protestó cuando revisó el lugar en su aplicación de mapas. Había acudido a ellos en busca de ayuda y los Petersen habían respondido.

—¿La quieres o no? —la impaciencia de Beth se notaba clara y fuerte.

Cutter estudió las imágenes que le habían enviado. Una casa adosada en Henderson Place junto al East River. Fachada de ladrillo rojo. Puerta robusta con aldaba. Cuatro dormitorios y el mismo número de baños, pero eso no le interesaba. Cinco pisos. Terraza en el piso que daba a la calle. Una salida de emergencia en la parte trasera de la casa se abría a un patio central, desde el cual había una salida.

—La hemos usado varias veces —dijo Meghan, aparentemente leyendo sus pensamientos—. Es casi como una calle privada. Es fácil de cerrar y proteger.

—¿De quién es?

—¿Por qué necesitas saberlo?

—Está preocupado de que le enviemos una factura —se burló su hermana.

—Cutter —respondió Meghan con impaciencia—. Es un buen lugar. Seguro. Puede albergar a todo un precinto de la policía de Nueva York...

—La acepto —dijo apresuradamente, antes de que cambiara de opinión.

—Esa caja de seguridad tiene todo. Llaves. Códigos de seguridad, ubicaciones de las cámaras.

Cray tenía imágenes que revisar. Había hackeado las cámaras de seguridad alrededor de la oficina de Grogan y copiado dos meses de sus grabaciones. Ejecutó un algoritmo de reconocimiento facial en redes sociales que comparaba a todos los que entraban al edificio con quienes tenían cuentas en línea.

Eliminó a los ocupantes del edificio y otros residentes de oficinas buscando los inquilinos y determinando los empleados. También descartó a los repartidores. Podría volver a ellos más tarde si no encontraba a nadie sospechoso.

No era fácil. Tuvo que escribir programas, algunos de los cuales eran para hackear la base de datos del DMV y la de la Seguridad Social. Se levantó de su silla, se masajeó un calambre en el cuello y fue a preparar café. La búsqueda trabajaría en segundo plano y crearía una lista de posibles sospechosos que podría investigar.

Darrell tomó su posición un poco más tarde que el día anterior. Tuvo que escaparse de la escuela, y luego tuvo que quitarse de encima a Manuel, que seguía haciendo preguntas molestas.

Los dueños de la bodega estaban allí, visibles a través de las ventanas. Un cliente entró mientras observaba y realizó un pedido. La boca del adolescente se hizo agua y su estómago rugió al imaginar los olores de los productos recién horneados. Buscó en su bolsillo lo de siempre... *¿Qué demonios?*

¡Nails! ¿Qué hace aquí? Marv y Chino, ellos también están ahí.

El miedo lo invadió cuando los tres pandilleros caminaron por la calle, separados unos de otros, como si fueran extraños. El líder de Brownsville se detuvo cuando recibió una llamada, la terminó rápidamente, buscó en la acera y lo encontró. Le lanzó una mirada dura e hizo un gesto discreto.

Tengo que vigilar y alertarlos.

Se le secó la boca cuando comprendió las implicaciones.

Van a matar a los dueños.

85

La suerte jugó un papel.

Cutter estaba de vuelta en Lafayette, bebiendo café en la acera, apoyado contra la fachada de la tienda, examinando el exterior de su edificio y la calle en busca de vigilancia cuando recibió la llamada.

—SOY YO. DARRELL. NAILS VA A MATAR A TUS AMIGOS. ESTÁ A MINUTOS DE LA TIENDA. MARV Y CHINO...

—¡EH! —interrumpió otra voz—. Devuélveme mi teléfono. Cómo te atreves...

La llamada se cortó, pero ya no importaba. Cutter se había movido antes de que terminara.

Su taza de café cayó a la calle. Estaba a varios metros cuando el líquido se derramó y se extendió por el concreto. Corría a toda velocidad, gritando, instando, maldiciendo y suplicando a la gente que le abriera paso.

Intentó llamar a la bodega. Obtuvo una línea ocupada. Llamó a Difiore y Quindica. Les saltó el buzón de voz. Era una repetición del atraco.

VA A HABER UN TIROTEO EN LA TIENDA, dijo en un mensaje conciso. Metió el teléfono en su bolsillo y corrió. Sus ojos escaneaban la multitud en la acera, encontrando huecos por los que podía deslizarse, rozando un cuerpo aquí, saltando sobre un bote de basura allá, provocando un graznido sobresaltado de alguien. Corría sin cuidado, imaginando cómo se desarrollaría todo.

Los hará sufrir. Los golpeará. Sheller querrá eso.

También era una trampa para hacerlo salir. Lo que significaba que el fundador de los Lions enviaría más sicarios.

Cutter cruzó Lafayette temerariamente mientras los frenos chirriaban, las bocinas sonaban y las ventanillas se bajaban para dejar salir furiosos insultos. Continuó por Howard Street, giró a la izquierda en Center Street y aceleró.

Hacia la parte trasera de la tienda.

Entrada trasera. Ventana en el techo bajo e inclinado.

Ese sería su modo de entrar.

Esperaba no llegar demasiado tarde.

86

Nails recibió la llamada justo cuando se acercaban a la calle.

—¿Sí?

—Soy yo.

Se enderezó cuando reconoció a Gunner.

—¿Estás...?

—Jefe, estamos fuera de la bodega. El golpe va a comenzar.

—Llámame cuando haya terminado. El apoyo va en camino.

El líder de Brownsville guardó su teléfono y asintió imperceptiblemente a sus hombres. No había cambios en el plan. Habían trabajado juntos durante tanto tiempo que las palabras eran innecesarias.

Buscó a Darrell y lo encontró. El adolescente negó con la cabeza, lo que significaba que el camino estaba despejado. No había policías a la vista.

Sus dos tiradores entraron en la tienda.

Chino se acercó al mostrador con una sonrisa en el rostro. La sonrisa permaneció en su lugar mientras se inclinaba y tiraba del teléfono con tanta fuerza que el cable se desprendió. Lo arrojó al suelo y agarró al hombre chino por el cuello, escupiéndole.

—¿QUÉ...? —chilló la mujer china. Corrió desde detrás del mostrador de postres y se detuvo abruptamente cuando Chino y Marv sacaron sus armas.

El judío salió de detrás de un pasillo, con los ojos afilados. Se detuvo y levantó las manos cuando Nails cerró la puerta, la aseguró desde adentro, giró el cartel de *ABIERTO* a *CERRADO* y bajó las persianas.

—La última vez fue un atraco —dijo con una risita cuando los dueños parecieron reconocerlo —. Esta vez es un asesinato.

Empujó un estante y lo hizo estrellarse contra el expositor de la pared. Eso dejó más espacio frente al largo mostrador.

—Vengan aquí —ordenó.

—POR FAVOR, NO HAGAN ESTO. LLÉVENSE NUESTRO DINERO... —Abofeteó a la mujer con tanta fuerza que se tambaleó contra el mostrador. La sangre brotaba de su labio partido.

La agarró, la levantó por encima del mostrador y luego la empujó contra él.

—Ustedes dos —agitó su arma hacia el marido y el judío—, únanse a ella.

—POR FAVOR... —comenzó el hombre chino, pero se interrumpió cuando Nails levantó su arma.

Se arrastraron para flanquear a la mujer, los tres de pie con las manos levantadas.

—Es toda una belleza —dijo Marv con lascivia.

—¿No es vieja?

—Esas son las mejores.

—¿Quieres divertirte un poco?

—¿Tenemos tiempo?

—Adelante. Darrell nos avisará. El jefe está enviando apoyo. Chino, revisa la parte trasera.

—Todo bien aquí —gritó el sicario desde atrás—. La puerta está cerrada.

—Quédate ahí. Vigila por si aparece Grogan.

Nails se echó hacia atrás y sonrió mientras la mujer gemía e intentaba escapar, pero Marv la abofeteó de nuevo y le rasgó la parte delantera de la camisa.

El frente y la retaguardia estaban asegurados. Lo más probable es que Grogan viniera por Lafayette, donde recibiría una cálida bienvenida. Sin embargo, necesitaban ganar tiempo hasta que apareciera, por eso había animado a Marv a agredir a la mujer.

Sus entrañas se agitaron al ver la camiseta interior llena de la mujer. *Nunca he estado con una china antes*. *No*. No podía involucrarse. *Hazlo espectacular*, le había dicho Gunner. *Y luego mátalos*.

Violar a la mujer frente a su marido era lo suficientemente espectacular.

—Tú —pinchó al judío, que estaba impasible, sus ojos oscuros quietos, vigilantes—. No pareces asustado. No has dicho nada. No has suplicado. ¡SUPLICA! —rugió y le golpeó la frente con el cañón.

El judío cayó hacia atrás con un pequeño gemido, pero no habló. El hombre chino maldijo y se abalanzó sobre el líder. Se detuvo en seco cuando Nails le puso el arma contra la boca.

—Puedes morir ahora mismo. ¿Quieres eso?

El hombre levantó las manos y retrocedió, venenosamente. La sonrisa burlona de Nails se convirtió en una carcajada al escuchar los sonidos de un forcejeo. La mujer luchando furiosamente, en silencio, con Marv.

—¿No puedes controlarla, hermano? —Se burló y miró hacia la ventana cuando los neumáticos chirriaron afuera. Cubrió a sus cautivos con su arma y se acercó a la ventana para mirar a través de las persianas.

Dos todoterrenos en la acera frente a la tienda. Ambos llenos de hombres blancos de rostro duro.

—La ayuda está aquí. Llévatela, Marv.

87

Cutter aún estaba a varias puertas de distancia cuando subió al tejado.

Apoyó un pie contra una pared pintada de blanco y saltó al aire. Agarró un tubo de desagüe y trepó por el costado del edificio de dos pisos para luego correr a lo largo de su techo.

Una mujer que tomaba el sol en la azotea saltó y agarró una toalla para cubrirse. Le gritó, pero él ya no la escuchaba.

Llegó al borde del tejado y miró hacia abajo. La línea de edificios se interrumpía con una fila de tiendas, con techos más bajos. La bodega era la cuarta desde donde él estaba. Center Street era visible desde su punto de observación. Concurrida como siempre. No había matones armados afuera. Tampoco policías.

Se puso de rodillas, se colgó del techo con las puntas de los dedos y se soltó. Se deslizó por la pared vertical con los pies bien apretados para frenar su caída, luego se impulsó. Aterrizó en el techo más bajo y rodó con suavidad. Aumentó la superficie de contacto para absorber el impacto. La memoria muscular se activó automáticamente gracias a su entrenamiento de parkour.

Se puso de pie y esprintó, consciente del tiempo que corría. Aguzando el oído para detectar sonidos de disparos. Primer techo de tienda superado. Un asistente en la entrada trasera lo miró y se quedó boquiabierto.

El segundo techo tenía equipos de aire acondicionado que le hicieron perder valiosos segundos rodeándolos. El tercer techo era liso y sin obstáculos, allí redujo la velocidad y caminó agachado.

La parte trasera de la tienda estaba vacía. El siguiente techo era el de la bodega. Cruzó hacia él, con movimientos fluidos y fáciles.

La ventana estaba completamente abierta para dejar entrar el aire. No había señales de nadie en la parte trasera, por fuera.

Se tumbó boca abajo y se arrastró hacia adelante.

Miró con cuidado. La puerta trasera estaba cerrada. Una silueta... sí, era un tirador. El arma a un costado. Relajado. La cara vuelta hacia el interior de la tienda.

Desde donde Cutter oyó gritar a Lin Shun.

88

Nails, Chino y Marv. Tres hombres, uno de ellos en la parte trasera. Otro parecía estar agrediendo a Lin Shun. Ningún disparo que Cutter hubiera oído.

La bestia en su interior gruñó cuando otro grito ahogado llegó a sus oídos.

Está viva. Chang y Moshe también. Nails los hará mirar, concluyó, y con eso, actuó.

Velocidad y sorpresa.

Cutter las usó a su favor cuando se lanzó a través de la ventana, con los codos levantados para cubrirse la cara.

Aterrizó con facilidad, el familiar frío llenándolo mientras el sicario empezaba a girarse con un gruñido de sorpresa.

—No lo hagas —gruñó.

Presionó su Glock con fuerza contra la nuca del hombre, lo agarró por el hombro izquierdo y lo empujó hacia adelante.

Pasillo estrecho. Estanterías a cada lado. Un baño. La parte trasera del interior de la tienda. El mostrador de postres a su izquierda. El estante central a su derecha, caído de lado, artículos de exhibición esparcidos por el suelo.

Lin Shun medio sentada, su camisa rasgada, sus labios sangrando, sus ojos desorbitados, forcejeando con una capucha. Quien se detuvo y maldijo cuando Cutter entró, y allí estaba Nails, igualmente sorprendido por su repentina llegada.

Lin Shun jadeó y gritó:

—¡CUTTER!

Él le disparó a su agresor en la cara.

Su cautivo aprovechó la oportunidad para apartarse de un salto y se dio la vuelta para empuñar su arma.

Cutter anticipó el movimiento y le disparó al cuerpo sin cambiar de posición porque Nails estaba allí, frente a él, y el arma del pandillero se estaba levantando también y tenía que presentarse como un blanco.

Esa era la única forma en que podía salvar a sus amigos, y se sacudió cuando la primera bala impactó en su chaleco y otra le rozó el cuello.

Su Glock respondió el fuego, los casquillos gastados saliendo de ella y derramándose en el suelo mientras cada apretón hacía que el percutor golpeara el fulminante, lo que hacía que los gases propulsaran las balas a trescientos setenta y cinco metros por segundo. Dos alcanzaron a Nails y lo derribaron, pero Cutter no había terminado.

Un cambio rápido y un nuevo cargador. Se mantuvo firme y le disparó a Nails en la cara para

asegurarse, y fue entonces cuando vio las sombras moverse fuera de la tienda.

—¡DETRÁS DEL MOSTRADOR! —gritó, justo cuando la puerta se estrelló y dos sicarios dispararon mientras irrumpían. Sus disparos fallaron. Los de Cutter no.

Los abatió mientras otro pandillero aparecía y disparaba desde detrás de los cuerpos que caían, y él se sacudió cuando otra bala lo alcanzó en el pecho.

Cayó de rodillas, introdujo otro cargador mientras las sirenas parecían inundar la tienda y los sonidos de pasos apresurados y disparos llegaban hasta él. Ningún otro pandillero apareció en la puerta.

—¡POLICÍA! ¡ALTO! —gritó una voz.

Cutter se arrastró hacia atrás y se apoyó contra el mostrador de pasteles. Parpadeó y se limpió el sudor del rostro con cansancio.

—Estoy bien —susurró cuando Lin Shun salió corriendo de donde se escondía y se acercó a él.

—El chaleco. Me salvó de nuevo. —Sonrió débilmente y levantó la mirada cuando dos sombras cayeron sobre él.

Difiore y Quindica.

La cálida recepción había llegado.

89

—Estábamos en una reunión —dijo la detective mientras sostenía su teléfono.

Era lo más cerca que había estado jamás de pedir disculpas.

Cutter asintió. Bebió con avidez de la botella de agua que ella le lanzó y se limpió la boca con la manga. Los policías de la Unidad de Servicios de Emergencia estaban por todas partes. Armados y alerta, inspeccionaron el interior de la tienda, conferenciaron brevemente con sus oficiales y los detectives, y declararon que la tienda estaba libre de amenazas.

—Tenemos un montón de sicarios —Quindica señaló con la cabeza hacia la calle—. Parece que el plan era dispararte cuando aparecieras.

—Secuestrarme.

—¿Qué?

—Sheller les habría pedido que me agarraran y me llevaran a donde sea que esté. Matarme en la calle no es lo que él habría querido. ¿Tienes a alguien más?

—Solo a ellos.

—¿Civiles?

—Ninguno herido. Tampoco hay policías heridos. Unos cuantos cristales rotos; ese es el único daño. Había dos SUVs llenos de hombres. Algunos de ellos abrieron fuego contra nosotros, pero muchos escaparon.

¡Darrell escapó!

Nails debe haberlo puesto como centinela.

¿Por qué me advirtió tan tarde? Debe haber conocido el plan. Podría haber llamado antes. Yo habría llamado a la policía. Podríamos haber capturado a Nails vivo y averiguar dónde está Sheller.

Los técnicos del NYPD llenaron la tienda y comenzaron a registrar la escena del crimen. Un paramédico se acercó a él, limpió y vendó su herida. —Sanará —le informó. Él le agradeció y se recostó mientras su cuerpo lidiaba con los restos de adrenalina.

—¿Cutter?

Abrió los ojos cuando Difiore se alzó frente a él.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Cuéntanos lo que pasó.

Comenzó con su llegada a través del techo.

—No —frunció el ceño—. Retrocede. ¿Por qué no bajaste por Lafayette? ¿Alguien te

advirtió?

—Eso es lo que estaba haciendo. Vi las persianas y el cartel de *Cerrado*. Me recordó al atraco. Fue entonces cuando subí al techo.

—Tu teléfono —exigió.

Observó mientras ella lo revisaba y se lo pasaba a Quindica para una doble comprobación. Él había borrado la llamada de Darrell del registro cuando estaban con el comandante de la ESU.

—Tienes que creerme, Difiore.

Ella resopló con incredulidad y le indicó que continuara narrando. Escuchó en silencio sin expresión en su rostro y lo evaluó cuando había terminado.

—¿Esas placas?

—Nunca salgo sin ellas —se dio unos golpecitos en la armadura—. Desde que esos matones atacaron mi apartamento.

Ella se dio la vuelta cuando un policía se acercó y le habló en voz baja.

—¿Siempre es así? —le preguntó a Quindica, que llevaba una sonrisa divertida.

—No. Es que no le caes bien.

—¡Nunca lo hubiera adivinado!

—Ninguno de ellos está hablando —informó la detective—. Esos sicarios se han cerrado en banda.

—Deben ser los mejores hombres de Sheller. Saben que él se ocupará de ellos.

Difiore y Quindica asintieron en acuerdo y se apartaron cuando sus amigos se acercaron a él.

—Te tomaste tu tiempo —dijo Moshe acusadoramente. Pero sus ojos desmentían sus palabras, y su mano se extendió para apretar el hombro de Cutter en silencioso agradecimiento.

—¿Cómo estás? —le preguntó Cutter a Lin Shun, quien respondió abrazándolo con fuerza y enterrando su cara en su pecho.

—Pensé que... —tembló y se interrumpió.

Él la sostuvo hasta que su temblor se calmó y ella se apartó y fue hacia su marido, quien se encogió de hombros, sin palabras.

—Oye —Cutter intentó aligerar el ambiente—. Tú también habrías venido en mi ayuda.

—Tal vez —dijo Moshe, haciendo una pausa para pensarlo—, o tal vez no.

Cutter sonrió mientras evaluaba a sus amigos. *Lo superarán. Lo considerarán otra experiencia de vida. Lin Shun es fuerte. No dejará que este intento la afecte. Moshe... esto no es nada para él.*

Levantó la mirada cuando Difiore le hizo una seña.

—¿Es hora?

—Sí —dijo ella.

Él y los policías tenían un movimiento más que hacer.

90

—Ninguno de ellos está hablando —dijo Cray nerviosamente mientras Gunner miraba la televisión en el bar de Harlem.

¡El Fixer arregla a los matones!

¡Ataque de venganza de la pandilla de Brownsville resuelto!

Un titular sensacionalista seguía a otro mientras todos los canales de televisión cubrían la dramática intervención de Grogan. Los periodistas entrevistaban a testigos, espectadores, policías, negociadores de rehenes, a cualquiera que pudieran encontrar, para adornar la historia, que era que Cutter Grogan había interrumpido una vez más a la pandilla de Brownsville y había eliminado a su líder, Steve Patchey, y a dos de sus hombres de confianza. Varios otros miembros de la pandilla habían aparecido y se había producido un breve tiroteo con la policía, que había arrestado a muchos de ellos, mientras que el resto había escapado.

—No sabemos por qué regresaron a esta tienda —respondió un portavoz del NYPD a los reporteros—. El señor Grogan estaba en las proximidades y actuó.

La detective Difiore apareció, pero ofreció muy pocos detalles. —Estamos investigando —fue su respuesta estándar—. Sí, hemos arrestado a algunos de ellos.

—No hablarán, jefe —Cray se humedeció los labios cuando Gunner lo miró fríamente.

El fundador de los Lions no dijo una palabra. Apagó la televisión y fue detrás de la barra. Se sirvió un trago y lo bebió de un solo trago. Golpeó el vaso contra la barra y se limpió los labios.

—Nails y Knowles —gruñó—. Dos de mis mejores hombres. Iba a ascenderlos. Dividir nuestras operaciones en Nueva York entre ellos.

—¿CÓMO ESTABA GROGAN ALLÍ? —rugió y agarró a Cray por la camisa—. ¿CÓMO LO SUPO?

—Debe... haber... sido... ese... soplón —tartamudeó el hacker mientras intentaba respirar.

—¿POR QUÉ NO LO HAS ENCONTRADO TODAVÍA?

—Lleva tiempo, jefe —Cray se tambaleó cuando Gunner lo arrojó lejos—. Estoy ejecutando algoritmos...

—NO QUIERO SABERLO. VEN A MÍ CUANDO LO HAYAS ENCONTRADO.

SE HABÍA CALMADO CUANDO SE REUNIÓ CON MEASE EN EL ESTACIONAMIENTO DE MELROSE.

—¿Qué tan malo es?

—Nada que no pueda manejar —se burló—. Conozco a cada uno de esos hombres que han sido arrestados. Yo mismo los envié. No hablarán.

—¿Y si lo hicieran?

—¿Qué saben? ¿Que estoy vivo? ¿Y qué? No hay nada que me conecte a mí y a los Lions con Rubin.

El estratega se acarició la barbilla y finalmente asintió. —¿Qué harás con ellos?

—Ya están con abogados. Su historia es que estaban afuera de la tienda. No sabían lo que estaba pasando adentro. No tienen conexión con Nails. Se asustaron cuando llegó la policía y les dispararon. Pasarán un tiempo en prisión por eso. Nada más.

—¿Qué hay de Grogan?

—Tengo planes para él.

—¿Viste su entrevista en la televisión? Se ha convertido en informante.

—Lo vi. No sabe nada. Dirá que estoy vivo. Que esta pandilla de Brownsville son los Rising Lions. Es su palabra. Hemos eliminado todos los rastros de mi pandilla.

—DIJO QUE SABE SOBRE EL ASESINATO DE CRUMP.

—Solo está hablando —respondió Gunner sin inmutarse ante el grito agudo de Mease—. Quiere publicidad. Así es como consigue negocios. Te dije que me encargaría de él. Además —dijo con ferocidad—, no es como si tú y Rubin no estuvieran aprovechando esto. Él corrió a las cámaras de televisión cuando ocurrió este tiroteo. Condenó la cultura de las pandillas. Vi las encuestas también. Obtuvo un repunte, ¿no? Se están beneficiando de lo que está pasando.

—*Nos* estamos beneficiando —corrigió Mease—. Estamos juntos en esto.

—Parece que tú mismo lo estás olvidando.

Gunner giró sobre sus talones y se alejó sin decir una palabra más.

Cuando estuvo solo, llamó al subjefe. —Trejo, averigua dónde se está escondiendo Grogan. ¿Dónde está esa casa de seguridad?

—Eso será difícil —respondió el policía nerviosamente—. Te lo dije. Difiore no comparte...

—Trejo —gruñó Gunner—. No me importa lo que tengas que hacer para conseguir esa dirección. Incluso si descubren que eres mi informante. Quiero esa dirección. Haz lo que sea necesario.

91

—¿Qué es este lugar? —exclamó Difiore mientras Cutter escoltaba a la detective y a Quindica al interior de la casa adosada.

—La casa de seguridad de la que te hablé.

—¿Esto? —la mandíbula de la SAC cayó al ver el techo alto, la lámpara de araña y los accesorios de lujo—. ¿Cómo encontraste este lugar?

—Grogan, ¿entraste a la fuerza?

Él se rio cuando la detective lo miró con sospecha. —No. Todo es legítimo. Unos amigos me la consiguieron. Podemos usarla todo el tiempo que sea necesario. Vayan, échenle un vistazo.

—¡Cinco pisos! —Quindica negó con la cabeza cuando ella y la detective se unieron a él más tarde en la isla de la cocina—. El FBI tiene algunos lugares geniales, pero esto supera a cualquiera de ellos por mucho.

—Ni hablemos de las casas de seguridad del NYPD —murmuró Difiore—. Bien —se dirigió a Cutter—, ¿qué más tienes para nosotras?

Él las había llevado en su SUV después de terminar con los procedimientos en OnePP. Ella había notado las placas falsas pero no hizo ningún comentario. Ninguna de ellas había comentado sobre sus maniobras de contra vigilancia en el camino.

—Henderson Place. —Mostró la calle en su aplicación de mapas—. Aquí es donde estamos —dijo, señalando la casa—. Carl Schurz Park está detrás y más allá el East River.

—Vi las vistas —suspiró Quindica—. Tendría que vender mis riñones, ambos, mis piernas, y aun así no me alcanzaría ni para el anticipo.

—Una entrada trasera da al patio privado —sonrió Cutter—. No tiene vista desde fuera. Hay una valla metálica alta en la parte de atrás que da al parque. Dos entradas en el frente. Una por la puerta principal, que es de teca pero tiene acero reforzado por dentro, y una entrada lateral...

—No vi esa. —Difiore estiró el cuello—. Oh, ahí, ¿entre esta y la casa vecina?

—Sí. Los dos propietarios trabajaron juntos para construirla. Acceso compartido que se abre a ambos jardines a través de dos puertas. No se ve desde la calle, camuflada para parecer parte del muro frontal. Sistema de seguridad con alertas al 12.º Precinto.

—No querremos eso. —Difiore tomó el control y lo apartó suavemente.

Cutter las dejó trabajar en los detalles de seguridad. Sacó su teléfono y marcó el número de Darrell. Estaba a punto de hacer la llamada cuando se detuvo. *No puedo llamar a su teléfono. Sheller sospechará que tienen un soplón.* Intentó llamar a su madre, le salió el buzón de voz y le dejó un mensaje pidiéndole que lo llamara cuando estuviera en casa.

—Tenemos un problema —anunció Quindica cuando él se unió a ellas—. Todas estas casas

tendrán cámaras de seguridad. Habrán grabado nuestra llegada. Si Sheller es tan inteligente y bien conectado como creemos...

—Ninguna de ellas está funcionando. Sí —se encogió de hombros ante sus expresiones de incredulidad—. Pueden comprobarlo ustedes mismas.

Ambas alcanzaron sus teléfonos e hicieron llamadas. Colgaron y se miraron entre sí y luego a él.

—¿Cómo organizaste eso? Este es un vecindario de lujo. A estos residentes les gusta su seguridad.

—Todas las casas adosadas en Henderson Place están vacías. Es temporada de vacaciones.

—¿Todas ellas?

—No son tantas. Este es un callejón sin salida. Seis casas en este lado de la calle, otras seis en el otro. Banqueros, CEOs, algunos inversores extranjeros son dueños o alquilan el resto de esas propiedades. Estarán en sus villas en los Hamptons o Europa o donde sea que vayan los super ricos de vacaciones.

—¿Estás seguro de esto?

—Apostaría mi vida a ello.

—Eso es exactamente lo que estarás haciendo.

Beth y Meg dijeron que estarían vacías. Confiaré en su palabra cualquier día.

—Eso es aún mejor. —Difiore miró a la SAC—. Podemos posicionar a nuestro equipo al otro lado de la calle. Francotiradores en el techo. Miembros de civil en el parque.

—Necesitamos familiarizarnos...

—Quédense la noche —ofreció Cutter—. Cocinaré... y prepararé algo de ese café.

—Eso aún no nos hará amigos —le advirtió la detective, claramente tentada.

—Así es mi vida.

92

Era tarde en la noche cuando Cutter tuvo tiempo para sí mismo.

Quindica se había abierto sobre sí misma y también lo había hecho hablar a él. Difiore había sido como siempre; un poco más relajada, pero no mucho.

Nadie más sabía de la casa de seguridad. El detective y el SAC revisarían el vecindario y solo entonces llamarían al resto de su equipo. Sin embargo, su estancia como informante había comenzado.

—Te protegeremos esta noche —le aseguró Quindica.

Él no lo dudaba. Por sus expedientes, sabía que las dos eran tan rudas como cualquier operador con el que hubiera trabajado.

Habían tomado dos de los dormitorios en dos pisos, mientras que Cutter se quedó con el sofá de la sala. Esto no era una dificultad; tenía tres metros de largo, un metro de ancho y era tan cómodo como una cama.

Encendió su portátil y revisó su teléfono en busca de actividad del software de clonación. No parecía haber...

Se detuvo cuando notó la grabación.

—*¿Sí?*

—*Soy yo.*

—*¿Estás-*

—*Jefe, estamos fuera de la bodega. El golpe va a ocurrir.*

—*Llámame cuando esté hecho. El apoyo está en camino.*

Nails, y esa segunda voz seguramente era la de Sheller. Buscó febrilmente grabaciones anteriores y las comparó con el segmento que había obtenido de El Elitista.

No había duda. La grabación del club era muy breve, pero no había duda de que esa voz dura y autoritaria era la del fundador de los Leones.

¿Dónde está?

El Bronx, le dijo el software. Maldijo en voz alta cuando el programa no le dio más detalles sobre la dirección.

Revisó la hora. Once de la noche. *¿Estarán despiertas? ¿Debería llamar?*

Llamó.

—Cutter —respondió Meghan al primer timbre. Sin rastros de sueño en su voz.

—¿Te desperté?

—Estoy hablando contigo, ¿no?

—Llamaré más tarde-

—¿Qué pasa? Estábamos saliendo de la oficina.

—Ese software obtuvo una pista del teléfono de Sheller. Sin embargo, no tengo una dirección.

—Espera.

El sonido de voces de fondo. La de Beth se escuchaba claramente. —Deberíamos enviarle una factura. ¿Oíste eso, Cutter?

—Sí, señora —respondió él.

—Bien —la gemela mayor volvió al teléfono—. Veo esa grabación. De hoy temprano, ¿verdad?

—Sí.

—El Bronx.

—Eso es todo lo que tengo. ¿Puedes encontrar una dirección?

—No, esa llamada fue tan corta que solo rebotó en una torre. Eso solo no es suficiente para reducir la ubicación. Esa tarjeta SIM está fuera de servicio ahora. Sheller probablemente la destruyó, y el teléfono también. El teléfono de Nails-

—Está con el Grupo de Trabajo.

—No lo volverá a llamar. Darrell es tu mejor apuesta.

—No se acercará a Sheller. Así no es como trabaja.

—Necesitarás algo de suerte, en ese caso.

La suerte estaba del lado de Cray.

Su algoritmo había marcado varios sospechosos posibles, personas que habían entrado al edificio de oficinas de Grogan. Los programas de reconocimiento facial y seguridad social habían trabajado juntos para darle identidades. Se sentó frente a su pantalla y revisó cada uno de los veintiocho nombres.

Jared Twinnings, Inspector de Edificios. No.

Kayla Hart, Empleada de Seguros. Ella no era parte de la pandilla.

Pieter Ditchman, Representante de Ventas. Cray nunca había visto al hombre en su vida, y conocía a cada miembro de la pandilla de Nails.

Recorrió toda la lista y se reclinó, derrotado, cuando cada uno de ellos había sido descartado.

¿Qué más podía hacer?

Barrió su brazo por el escritorio con frustración, esparciendo las impresiones por el suelo. Se pasó la mano por el pelo y se compuso. La rabia y la ira nublaban el pensamiento. Tenía que ser más como Gunner, que rara vez perdía la calma.

Se agachó y recogió las fotografías y volvió a la mesa. Se sentó abruptamente cuando la de arriba pareció hacerle sonar una campana.

Carmel Ward. Empleada en un bufete de abogados en Grand Street. No lejos de la oficina de Grogan. El reconocimiento facial la había identificado a partir de un grupo de madres en internet.

¿Qué era lo que activaba su radar sobre ella? No había mujeres en la pandilla de Nails. Diablos, ninguna en todas las células de los Leones.

Ward.

¿No había alguien-

¡Darrell Ward!

Ese chico desechable de la pandilla.

Carmel Ward era su madre.

93

Gunner abría y cerraba sus enormes puños mientras asimilaba el relato de Cray. No dejaba de mirar las fotografías de la madre y el niño.

—Te llamé anoche, jefe —dijo el hacker disculpándose.

—Estaba dormido.

—Llamé a Peels. Accedió a abrir el club tan temprano para nosotros...

—Deja de hablar.

Solo estaban ellos dos en el club del Bronx. El fundador de los Lions bebió el café que Peels había preparado para él antes de dejarlos solos.

—Es prescindible.

—Sí, jefe.

—¿Por qué fue su madre a ver a Grogan?

—No tengo idea, jefe. Pero no es una coincidencia. Darrell sabía sobre el atraco. Era el vigía del golpe. Debe haber usado otro teléfono para...

—Cray —dijo Gunner suavemente—, puedo pensar por mí mismo.

El silencio se apoderó del bar.

El fundador de los Lions cerró los ojos momentáneamente mientras la furia crecía en su interior. Una vena en su cuello palpitaba con rabia. —¿Dónde está? —preguntó con aspereza.

—En casa. Coloqué su teléfono allí.

—¿Su madre?

—También está en casa. Son las siete de la mañana.

—Levántalos.

DARRELL NO HABÍA DORMIDO BIEN. HABÍA ESTADO NERVIOSO E INQUIETO EL DÍA ANTERIOR mientras veía a los policías derribar a los sicarios adicionales que Gunner había enviado. No había visto lo que ocurrió en la tienda hasta que captó la conferencia de prensa de la policía de Nueva York en la televisión de un escaparate.

¡Cutter está vivo!

El alivio lo invadió mientras se dirigía a casa. El miedo lo reemplazó poco después. ¿Qué pasaría con la pandilla? ¿Cómo obtendría información?

La grabación que había hecho la noche anterior no era clara. Todo lo que pudo distinguir fue una cabeza calva, una figura grande y algunas voces indistintas.

No había duda de que el hombre misterioso era clave. La forma en que Nails se había

sometido a él dejaba claro que era el jefe.

Tal vez la pandilla se disuelva, pensó mientras se abotonaba la camisa. Eso sería ideal. Lo liberaría inmediatamente y su vida podría volver a la normalidad.

Animado, fue a la sala y sorprendió a su madre abrazándola fuertemente.

—¿A qué se debe esto? —dijo ella, riendo y revolviéndole el pelo.

El timbre sonó antes de que pudiera responder.

—¿Sí?

—Entrega para la señora Ward —sonó una voz metálica.

—¿Esperas algo, mamá?

—Es del bufete de abogados —El hombre parecía haberlos escuchado.

—Deben ser algunos papeles del caso —frunció el ceño su madre—. ¿Por qué habrían...

Darrell abrió la puerta antes de que su madre terminara y cayó hacia atrás con un grito cuando los sicarios irrumpieron y lo golpearon con una pistola, y el último recuerdo que tuvo fue el de su madre gritando.

94

Gunner caminaba de un lado a otro en el piso once del edificio Melrose. Había andamios alrededor. Bolsas de cemento, cables, herramientas y tablones de madera esparcidos desordenadamente. Los constructores se habían marchado apresuradamente cuando la ciudad les había entregado una Orden de Suspensión por violar varios códigos. Había permanecido incompleto, abandonado, hasta que la empresa de Rubin lo adquirió. El jefe de los Leones le había instado a dejarlo sin terminar, para ser utilizado como lugar de reunión y centro de interrogatorios.

Se acercó al borde del piso y miró hacia abajo. La avenida Melrose a su derecha. East 154th frente a él; otro edificio de gran altura, terminado y ocupado, más allá. No estaba preocupado por ser visto. Tenía guardias en el suelo y varias rutas de escape. Además, él y sus hombres serían apenas visibles para cualquiera que observara desde el otro edificio.

Se dio la vuelta al oír un sonido.

La madre había recobrado el conocimiento. Lo miró, aturdida, y luego a sus hombres. Cray entre los diez de ellos.

—¿Qué...? ¿Quiénes son ustedes? —Su voz rasposa ganó fuerza—. ¿Por qué estamos aquí? ¿QUIÉNES SON USTEDES? ¡DÉJENNOS IR! —Terminó con un grito al descubrir que ella y su hijo estaban atados.

Los ojos de Darrell parpadearon al oír su voz. Sacudió la cabeza aturdido y se lamió los labios cuando recuperó la conciencia.

—Señora Ward —gruñó Gunner—. No malgaste su aliento. Nadie puede oírla.

—¿QUIÉNES SON USTEDES?

—¿Por qué no se lo pregunta a su hijo?

—¡DARRELL! ¿QUÉ QUIERE DECIR CON ESO? ¿QUIÉNES SON ESTOS HOMBRES? ¿POR QUÉ NOS HAN TRAÍDO AQUÍ?

—Mamá —comenzó el chico. Temblaba y apartó la mirada de sus ojos. Sus hombros se sacudieron mientras sollozaba—. Lo siento, mamá...

—Señora Ward —dijo Gunner sin emoción—, parece que su hijo la ha mantenido en la oscuridad. Es parte de mi pandilla. Somos los Leones Ascendentes. No —notó la expresión de sorpresa en el adolescente—, no has oído ese nombre. Muy pocos lo han hecho. Todo lo que conoces es Nails...

—¡DARRELL, ¿ESO ES CIERTO? —interrumpió la madre—. ¿HAS ESTADO EN ESTA PANDILLA? —Sus labios se curvaron con desprecio—. ¿CON ESTOS HOMBRES?

Gunner se rió sin alegría y le dio una bofetada con el dorso de la mano casualmente. Ella

cayó al suelo con un grito. El chico gritó de rabia y forcejeó, pero estaba atado firmemente a su silla y todo lo que pudo hacer fue maldecir y jurar amenazadoramente.

—Un poco de respeto, señora Ward. —El fundador de la pandilla se acercó a la mujer caída y enderezó su silla—. Su vida y la de su hijo están en mis manos. Sí. Esa es la respuesta a sus preguntas. Su precioso hijo ha estado trabajando con nosotros. Haciendo recados, traficando drogas, vigilando, como el buen desechable que es. Pero no era tan bueno. ¿Verdad, Darrell?

Gunner golpeó al adolescente en el estómago y lo siguió con una bofetada que le partió los labios.

—Esto estaba en tu teléfono. —Sostuvo el celular y reprodujo la grabación en él. Su reunión con Nails—. Tú eras el soplón. Nos delataste a Grogan. Sólo hay una razón por la que estás vivo. ¿Quién más tiene esto? ¿Quién sabe qué sobre nosotros?

Agarró el pelo del chico y lo obligó a mirarlo.

—¡HABLA!

El adolescente se quedó mudo de miedo. Sus ojos se movían de un lado a otro, se posaron en su madre y se apartaron avergonzados.

—¿Jude?

—¿Sí, jefe? —Uno de sus matones dio un paso adelante.

—Me dijiste una vez que siempre quisiste una mujer negra. Ahí la tienes. Tómala.

Carmel Ward gritó. Darrell se lanzó hacia adelante con furia y cayó hacia atrás cuando Gunner lo golpeó en el pecho. Jude, un hombre moreno, se paró frente a la madre y se bajó la cremallera de los pantalones.

—No tengas miedo, nena —canturreó.

—¡DARRELL!

—¡CUTTER LO TIENE TODO! ¡TIENE TODO! TU REUNIÓN CON NAILS. DÓNDE VIVES. TODO.

—No te creo. —Gunner observó cómo la madre se estremecía y temblaba cuando Jude le acarició el rostro—. ¿Por qué no vemos a tu mamá? ¿Así es como la llamas? Será un buen espectáculo.

—NO. POR FAVOR. ESTOY DICIENDO LA VERDAD. LLÁMALO. NO LA TOQUES.

—Adelante, Jude. ¿Eres tímido?

—No, jefe. He estado deseando algo así desde hace mucho tiempo. —El matón se quitó los pantalones y desfiló en ropa interior.

—Por favor, no hagan esto —sollozó Carmel Ward mientras trataba de encogerse ante el hombre que se acercaba—. Él se lo dijo. Déjennos ir...

—Él te mintió. ¿Cómo sé que está diciendo la verdad?

—Lo estoy —suplicó Darrell—. Tienes que creerme. Lo juro...

Gunner lo golpeó tan fuerte que se cayó de lado. Su madre chilló e intentó levantarse, pero cayó hacia atrás cuando Jude la empujó.

El jefe de los Leones agarró al adolescente y lo enderezó. Chasqueó la lengua con impaciencia cuando descubrió que el chico estaba inconsciente.

—Cray, ¿le crees?

—Es posible, jefe.

—Jude, detente. Vístete.

—Pero...

—Tendrás tu oportunidad. Te lo prometo.

—¿Cray?

—¿Sí, jefe?
—Llama a Grogan.

—Estamos listas para irnos —dijo Quindica mientras tragaba un bocado de tortilla francesa y se recostaba con un suspiro—. Tan pronto como prepares más de ese café.

Cutter sonrió mientras llenaba sus tazas y las presentaba con un floreo. Había preparado el desayuno mientras ellas salían a hacer su ronda de vigilancia. El lugar era ideal; ese fue su resumen cuando regresaron.

—Sí —asintió mientras Difiore jugueteaba con su teléfono.

—Hagámoslo —dijo ella al terminar su café. Estaba marcando un número justo cuando sonó el teléfono de Cutter.

—Un momento —levantó un dedo y comprobó el número. *Darrell. ¿Debería atender la llamada frente a ellas? No importará si no menciono su nombre.*

—¿Qué pasa, amigo? —contestó alegremente.

—Grogan. Ha pasado mucho tiempo.

Se quedó paralizado por un momento. Comprobó la identificación de la llamada y volvió a acercar el teléfono a su oído.

—He oído que me estás buscando —dijo la voz con aspereza.

¿Quién es?, articuló Difiore sin emitir sonido, leyendo su lenguaje corporal. Quindica se puso de pie y comprobó la calle a través de las ventanas, alerta ante cualquier amenaza.

—Estás pensando cómo conseguí este teléfono. Dónde está Darrell...

Difiore le arrebató el teléfono de la mano, lo puso en altavoz y lo colocó sobre la isla.

—Deja de preguntártelo —Se oyó un sonido de carne golpeando carne y una voz gritó.

—¡CUTTER, NOS TIENE! ¡A MAMÁ Y A MÍ!

—Ya oíste al chico, Grogan...

—¿Qué quieres?

—A ti. Yo también te he estado buscando. Pero no solo a ti. Trae las grabaciones del teléfono de Darrell. Todo.

¿Qué grabación?

—Puedes elegir no venir. O puedes traer policías contigo —Un golpe seguido de un chillido de mujer—. Puedes imaginar lo que pasará. Desapareceremos. Mis chicos se divertirán con la señora Ward antes de que la corte en pedazos a ella y a su hijo. Y luego te cazaremos.

—¿Dónde me encuentro contigo?

—Te diré dónde.

Cutter agarró los bordes de la encimera de mármol con tanta fuerza que sus dedos se pusieron

blancos. Había un rugido en sus oídos... era Difiore, que le gritaba furiosa.

—¡ERA SHELLER! ¿A QUIÉN TIENE? ¿QUÉ GRABACIÓN TIENES? ¿QUÉ DEMONIOS ESTÁ PASANDO?

—Su nombre es Darrell —respondió Cutter con voz apagada. Se desplomó en su silla y les contó sobre Darrell y cómo había empezado todo. No tenía nada que ganar ocultándoles información.

Difiore y Quindica lo miraron fijamente durante largos segundos cuando terminó.

—Podrías haber acudido a nosotras. Habríamos encontrado una manera de...

—No confía en los policías, Difiore —dijo con cansancio—. ¿No lo entiendes? Acudir a ustedes fue el primer consejo que le di. Él preguntó...

—Basta —Quindica golpeó la palma de su mano contra la isla—. Podemos atraparlo. ¿Dónde está esa grabación?

—No la tengo. No sé de qué está hablando.

Levantó las manos impotente ante sus expresiones. —Es cierto. Darrell debe haber grabado a Sheller con su teléfono.

—Ganó tiempo —Quindica captó rápido—. Al decir que te la había dado a ti.

—Cuando esto termine —dijo Difiore con veneno—, voy a... —Se contuvo y puso su cara de póker—. Te pondremos un micrófono. Falsificaremos alguna grabación...

—Tengo algo —les contó sobre el software de clonación y El Elitista y esperó a que estallara la tormenta, a que la furia de Difiore se desatara.

Ella lo sorprendió. No gritó, ni vociferó, ni se le echó encima físicamente. Ella y la SAC intercambiaron miradas.

¿Se están divirtiendo?

—Sospechábamos que sabías más de lo que decías —Quindica hizo un gesto vago—. Todo eso para después. Nuestro equipo técnico podría ser capaz de rastrear su teléfono.

No podrán. Si Beth y Meg no pueden, nadie puede.

Sin embargo, guardó silencio; inició sesión en su portátil y teléfono y les entregó todo lo que tenía.

Difiore hizo algunas llamadas y se unió a Quindica en la isla. Escucharon las grabaciones del software y tomaron notas.

—Sheller puede encontrar este lugar —La detective levantó la cabeza—. Tiene tu número.

—No puede. Mis llamadas se reenvían, rebotan... —se interrumpió.

—Nos engañaste. Cuando estabas en el club.

Se encogió de hombros. Esos eventos parecían haber ocurrido hace un millón de años. No parecían relevantes, no con el sabor de la derrota en su boca.

Caminaba de un lado a otro y reflexionaba mientras ellas hablaban en voz baja, tomaban notas y establecían cronologías. *Difiore tiene razón. Debería haber ignorado a Darrell. Debería haber acudido a ella.* Se estaba maldiciendo por su negligencia cuando sonó el timbre.

—Ese será nuestro equipo —Quindica empezó a levantarse.

Él le hizo un gesto para que se quedara y fue a la puerta. Necesitaba una salida para su ira autodirigida, y cualquier movimiento físico ayudaba.

Fue por cómo se sentía, diría más tarde, la amargura en su interior lo que le hizo ignorar el monitor de video en la puerta.

La abrió. Sintió que su radar se activaba, pero era demasiado tarde.

Un golpe lo dejó inconsciente.

96

El sonido de voces suaves. Pasos arrastrándose. Iluminación brillante. Algo chirriando... una silla. La sensación de estar inmovilizado.

Los sonidos, impresiones y olores llegaron a Cutter mientras recuperaba la conciencia. Mantuvo la cabeza inclinada, con los ojos entreabiertos mientras examinaba su entorno.

Estaba atado a una silla. Suelo de hormigón sucio. Varias personas presentes. Podía ver pies al borde de su visión. Los zapatos de Difiore.

Ellos también están aquí.

No se maldijo a sí mismo. Ya habría tiempo para la autocrítica más tarde.

Si sobrevivimos.

Alguien sollozó en la distancia.

Esa es Carmel. Darrell también debe estar aquí.

Sentía que estaban en algún lugar elevado, con una brisa jugando. Los sonidos distantes del tráfico. *Estamos en la ciudad, pero en algún lugar remoto.*

Jadeó y se estremeció cuando el agua fría cayó sobre él.

—Despierta, Grogan, y únete a la fiesta.

Jeff Sheller estaba frente a él, con los pulgares enganchados en su cinturón mientras un secuaz venía por detrás de Cutter y colocaba un cubo vacío en el suelo.

Es enorme.

Esa fue su primera impresión. El fundador de los Leones dominaba con su presencia. Más alto y ancho que todos los demás a su alrededor. Su dominio sobre sus hombres era evidente por la forma en que le deferían. Sus ojos eran pequeños, entrecerrados. La luz brillaba en su cabeza afeitada. La camisa holgada que llevaba no ocultaba la flexión de sus poderosos músculos.

—Ha pasado mucho tiempo, Grogan. Ojalá hubiera sido más. Ojalá te hubiera matado en ADX. No importa. No vas a ir a ninguna parte esta noche.

Cutter se balanceó hacia atrás en su silla y cayó cuando el golpe lo alcanzó. No fue un golpe fuerte, pero quería hacer parecer que lo era.

Yacía jadeando en el suelo y gimió cuando el ex-convicto agarró su camiseta y enderezó bruscamente su silla.

Tosió, resolló y sacudió la cabeza.

—Vamos, Grogan —Sheller se rió entre dientes—. No te golpeé tan fuerte. Estaba preocupado de que mis hombres te hubieran puesto en coma en ese lugar elegante, estuviste inconsciente durante tanto tiempo.

Diez hombres. Uno de ellos trabajando en un portátil. Todos los demás armados. Estamos en

el piso de algún edificio en construcción. Cableado para luces de techo.

Podía ver la noche a través de la estructura abierta, que no tenía paredes. Estaba a la izquierda de los prisioneros restantes: Difiore, Quindica, Darrell y luego Carmel Ward. El chico y su madre miraban con shock y miedo; la detective y la SAC estaban impasibles.

Se le revolvió el estómago cuando notó la camisa rasgada de la madre.

—No hay escapatoria, Grogan —continuó Sheller—. Diablos, incluso te diré dónde estamos. Melrose. En un edificio abandonado. Undécimo piso. No hay forma de escapar de aquí. Ese edificio alto de allí —señaló con la cabeza hacia una propiedad que parecía estar al otro lado de la calle—. Ninguno de sus residentes podrá ver claramente. Podrían con prismáticos, pero tengo gente en tierra. Me avisarán. Además —miró lascivamente a Difiore y Quindica—, tenemos otros informantes.

—Déjalos ir —le dijo Cutter—. Me tienes a mí. Tu problema es conmigo.

Ya no tuvo que fingir cuando el puño de Sheller se estrelló contra su vientre. Gimió y cayó al suelo, permaneciendo aturdido hasta que el hombre de los Leones lo levantó y enderezó su silla.

—Ninguno de ustedes se va a ir a ninguna parte.

—Soy policía —dijo Difiore con brusquedad—. Ella es agente del FBI. Si nos tocas, cada agente de la ley te estará buscando.

Sheller la miró como un halcón observa a un ratón. Su mano izquierda la golpeó en la cara y la envió al suelo.

—Esto es lo que pienso de los policías —le escupió mientras un matón iba a su silla y la ponía en pie—. ¿Cray?

—¿Sí, jefe? —respondió el hombre del portátil.

—¿Qué tienes?

—No mucho en el teléfono de Grogan, jefe. Solo esas grabaciones. Tu llamada con Nails. Ese fragmento en el club.

—¿Su portátil?

—Lo configuró de alguna manera, jefe. Se borró solo cuando intenté desbloquearlo. Estoy trabajando en recuperarlo. Tomará tiempo —dijo disculpándose.

Sheller se acercó a un sicario, quien le entregó un par de guantes. Se los puso y flexionó los dedos.

—Dime dónde está la grabación. Ibas a contarle todo al NYPD. No eran solo palabras, ¿verdad?

—Déjalos ir.

—No hay trato que hacer aquí, Grogan —Sheller negó con la cabeza con lástima—. Esto es lo que va a pasar. Voy a golpearte hasta matarte. Claro, podría dispararte, apuñalarte, pero ¿qué gracia tendría eso? Luego, mis hombres se van a divertir con estas mujeres. Cray, esta mujer del FBI, ¿es china?

—Chino-hawaiana, jefe.

—¿Alguno de ustedes ha tenido una mujer así?

Sus hombres negaron con la cabeza.

—Podría dejar de golpearte y dejarte mirar. Pero ellos también morirán. Detente... —tronó cuando Quindica hizo ademán de hablar—. No digas ni una palabra. He estado muerto todos estos años. ¿Crees que no puedo salirme con la mía?

Cutter vio venir el puñetazo, trató de evadirlo, pero no pudo escapar. Lo recibió en la parte alta del pecho y se desplomó cuando un segundo golpe le siguió, en el cuello.

—Nunca... me... venciste... ni... siquiera... con... tus... hombres... contigo —jadeó.

Cada respiración era trabajosa, pero no estaba gravemente herido.

—Libérame... y... veremos... qué... tan... duro... eres.

—Esto no es una película de Hollywood, Grogan —se burló Sheller mientras lo levantaba—. Cuanto antes me des lo que quiero, más rápido terminará esto para ti.

Tengo que hacerlo durar. Tengo que ganar tiempo.

El Grupo de Trabajo probablemente sabía que Difiore y Quindica estaban desaparecidas. Estarían buscando. *Irán a por Rolando y Jamieson. El NYPD y el FBI lanzarán todo lo que tienen para encontrarlas*.

Todo lo que tenía que hacer era sobrevivir tanto como pudiera, y con ese pensamiento dejó escapar un fuerte grito y se lanzó contra Sheller.

Fue torpe, sin gracia; estaba obstaculizado por la silla, pero su embestida tomó a Sheller por sorpresa; cayó hacia atrás bajo el peso de Cutter y sus labios estallaron cuando Cutter le dio un cabezazo.

El pandillero rugió furiosamente. Agarró a su atacante y lo arrojó como si no pesara nada.

Cutter no rodó. Eso era imposible con el mueble atado a él. Se deslizó y raspó en el concreto, su piel ardiendo.

Sintió que lo arrastraban de vuelta y giró la cabeza justo a tiempo cuando un puño masivo pasó rozando su cuello. Se lanzó hacia adelante y atrapó la oreja de Sheller entre sus dientes y mordió con fuerza.

El delincuente aulló de dolor y golpeó a Cutter con puñetazos pesados y carnosos, pero no cedió, y el grito se convirtió en un chillido cuando la carne del matón se desgarró. Retrocedió tambaleándose, sus ojos se ensancharon de shock cuando vio la oreja en la boca de su atacante. Cutter la escupió.

El ex convicto cargó con una maldición, la sangre corriendo por su rostro, con rabia asesina en sus ojos. Levantó a Cutter en vilo y lo arrojó al suelo. El Reparador recibió el impacto en su hombro y se deslizó varios centímetros, un gemido escapó de él mientras luces estallaban detrás de sus párpados fuertemente cerrados.

La silla se rompió. Su respaldo se separó del asiento, liberando los brazos y las patas delanteras del marco.

Cutter yacía en el suelo, su pecho agitado, sus ojos entrecerrados. Sentía como si todo su cuerpo estuviera en llamas. Ese dolor punzante en su costado, probablemente era una costilla rota.

Pero hasta cierto punto estaba libre. Podía mover sus manos, que aún tenían los brazos de la silla atados a ellas. Las patas del mueble estaban atadas a sus pantorrillas, pero se sentían sueltas; había cierta flexibilidad en ellas.

El animal en él se reunió. No dejó ver que podía moverse con relativa facilidad. Tenía que usar cada pequeña ventaja que tuviera.

Yacía al frente y a la izquierda de Difiore y Quindica, cuya respiración áspera podía oír. Más allá de ellos, Darrell y su madre sollozaban y rezaban.

Los hombres de Sheller se habían reunido en un círculo suelto, fascinados por la pelea. Incluso Cray había dejado su pantalla para unirse a ellos.

Y fue entonces cuando Cutter lo vio.

Un punto rojo en el suelo frente a él.

Difiore respiró bruscamente cuando se movió casi perezosamente y subió por uno de los matones. Justo cuando Sheller gritó una advertencia, se centró en Cray.

La bala le partió la cabeza como un melón.

Los matones observaron incrédulos cómo caía el cuerpo de Cray. Les tomó tiempo asimilar lo que había sucedido.

Cutter actuó en ese momento.

Se impulsó del suelo, con el marco de la silla chasqueando contra su espalda. Se lanzó hacia adelante, dando un gran paso. Otro para ganar velocidad. Era torpe, pero no buscaba la gracia. En el tercer paso, saltó alto y estiró su pierna izquierda hacia adelante en un movimiento de ballet, enganchó la derecha detrás y empujó con el pie la pata de la silla con todas sus fuerzas, logrando que su borde destrozado sobresaliera más allá de su talón.

Sheller sintió su aproximación y giró, su grito convirtiéndose en un alarido cuando la lanza improvisada le atravesó la parte superior del lado derecho, justo debajo del hombro. Retrocedió tambaleándose por el impulso y balanceó un brazo musculoso mientras caía, enviando a Cutter al suelo con un crujido de madera.

—¡MATEN A LAS MUJERES! —rugió el fundador de los Leones mientras rodaba por el suelo, agarrándose el hombro.

Su grito y el ataque de Cutter sacaron a los matones de su estupor. Varios agarraron sus AR-15 y las levantaron, pero antes de que alguien pudiera disparar, el francotirador misterioso voló otra cabeza. El pecho de un tercer matón se convirtió en manchas rojas cuando dos disparos lo hicieron tambalearse hasta el suelo.

—¡ESTAMOS EXPUESTOS! —gritó alguien.

Cutter se arrastró, se puso de pie, parpadeó furiosamente para quitarse el sudor, era consciente de su respiración fuerte y áspera, sintió que una gran masa se acercaba pero no se apartó de su misión, que era romper la pata de la silla de Difiore con un golpe salvaje usando la madera que aún estaba atada a su mano derecha.

Ella gritó una advertencia mientras caía, pero no era necesaria ya que él sintió un agarre como una tenaza en su hombro, girándolo. El puño que se acercaba se estrelló contra su pecho con la fuerza de un martillo.

Sheller —ensangrentado, tambaleándose pero aún pareciendo indomable, con la rabia y la furia trabajando en su rostro— estaba gruñendo.

Golpeó a Cutter repetidamente en el pecho, el vientre y el cuello, golpeando tan rápido que el Reparador no podía contraatacar, sosteniéndolo tan fuerte que no podía escapar, incluso mientras el tirador misterioso mantenía el fuego letal, buscando y abatiendo a los matones, que habían renunciado a disparar a los prisioneros.

Cutter levantó su mano derecha defensivamente, y fue más por suerte que por diseño que el

brazo de la silla aún atado a ella bloqueó un golpe de Sheller, quien aulló cuando sus nudillos se encontraron con la madera dura.

Otro tajo de su mano y el mástil se estrelló contra la cabeza del delincuente; rugió y arrojó a su cautivo lejos.

Cutter tropezó hacia atrás. Cada respiración era como inhalar fuego. Sabía que no podía durar mucho. Era vagamente consciente de los gritos y alaridos, ya que Difiore había logrado liberarse a sí misma y a Quindica, y las dos habían sometido a un matón. El francotirador parecía estar ayudándolas eliminando a los pandilleros.

Jadeó y miró hacia abajo cuando los brazos de la silla se deslizaron fuera de sus ataduras y cayeron al suelo. Los agarró y los levantó justo cuando Sheller cargó con un grito feroz. Sus movimientos de kata le vinieron instintivamente, improvisados a partir de años de entrenamiento y práctica.

El mástil izquierdo desvió el haymaker de Sheller mientras se agachaba bajo él y clavaba el bastón derecho directamente contra su boca. Dos de los dientes del delincuente cortaron su carne y cayeron al suelo. Aulló y retrocedió, llevándose las manos a la boca y mirando fijamente la sangre en ellas. Soltó un grito espeluznante y cargó de nuevo.

Cutter, funcionando con los últimos restos de adrenalina, separó su mente de su cuerpo, que era un gran dolor. Pinchó, paró y embistió, cada golpe golpeando al ex convicto de manera feroz, arrancando gruñidos y gemidos, levantando moretones y haciendo sangrar. Pero Sheller seguía cargando.

No puedo retroceder. Darrell está detrás de mí.

No había espacio para evadir, y entonces los brazos masivos del delincuente lo rodearon, levantándolo sin esfuerzo, su aliento en su cara, sus ojos brillando en triunfo mientras apretaba.

El respaldo de la silla, aún atado, era un impedimento. Se quebró, lo que aflojó momentáneamente el agarre, dando espacio para que Cutter golpeara los mástiles en las sienes de Sheller, quien gimió pero siguió apretando su agarre.

¡No puedo respirar!

Cutter aspiró aire dolorosamente mientras seguía golpeando al ex convicto. El sudor corría por su rostro. Alguien gritó, débilmente en sus oídos. Su visión se nubló mientras veía al detective, que estaba a distancia, gritándole, agitando un AR-15 y entonces la furia también estaba creciendo en él. Si Sheller podía soportar sus golpes, él también podía soportar el castigo y ese pico de adrenalina lo llevó a morder el hombro del delincuente tan fuerte que sintió que sus mandíbulas podrían dislocarse, incluso mientras mantenía una golpiza metronómica con sus garrotes improvisados.

Su vista se desvanecía. No, no era eso. Las luces se estaban apagando, siendo disparadas por el francotirador hasta que quedó la última. Justo cuando Cutter pensó que no podía morder más fuerte o por más tiempo y no podía golpear más a Sheller, el hombre gimió, dio un paso atrás y sus brazos cayeron.

Cutter sollozó cuando sus pies tocaron el suelo. Los garrotes cayeron de sus dedos flácidos. Estaba listo para rendirse, pero entonces sus ojos captaron al delincuente, que respiraba estertóreamente, sus manos se abrían y cerraban inconscientemente, su cabeza inclinada.

Eso le trajo el recuerdo de Gruber muriendo en sus brazos. Una furia oscura lo inundó justo cuando la última luz se apagó, y bajo el manto de la fría noche, Cutter saltó hacia adelante, rodeó el cuello de Sheller con su brazo y lo arrastró hasta el borde del piso donde terminaba el edificio y comenzaba el resto de la ciudad.

—¡GROGAN, DETENTE! —gritó Difiore.

Él estaba más allá de escuchar. El ex convicto tenía sangre en sus manos. Gruber y Horstman eran solo dos de sus víctimas. Recordó la voz burlona del hombre, instando a sus hombres a violar a las mujeres. La camisa rasgada de Lin Shun.

Con esa risa desdeñosa resonando en su mente, Cutter Grogan, el Reparador, empujó a Jeff Sheller con todas sus fuerzas y lo envió girando hacia la noche.

98

Parecía una eternidad, pero debieron ser solo unos minutos antes de que Difiore lo iluminara con una linterna.

¿De dónde sacó eso?, pensó aturdido.

—¿Estás bien? —Se inclinó sobre él y le tocó el hombro suavemente.

Él asintió y se estremeció. Cada movimiento dolía. Incluso respirar se sentía como caminar sobre brasas ardientes. Estaba de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo.

—Te dije que te detuvieras.

—Lo hice. Me resbalé y caí. ¿Por qué? ¿Dónde está Sheller? —En el estado en que se encontraba, no necesitaba exagerar al mirar hacia atrás. La mueca, la respiración entrecortada y el agarrarse las costillas le salieron de forma natural.

—Lo arrojaste fuera del edificio —lo acusó ella.

—No lo hice —se defendió con firmeza—. Me caí. Debí desmayarme por un momento. Lo siguiente que sé es que me estás examinando. Debe haberse caído por el borde. Estaba en mal estado. El juicio se pierde en esa etapa.

—¿Esperas que me crea eso?

—¿Lo viste tú misma?

—¿Ver? —se burló ella—. Estaba oscuro. Sin luces. No vimos nada.

—Estoy al borde de la muerte aquí —dijo, forzando algo de ánimo en su voz—. Cualquier otra persona habría intentado ayudarme y mostrado algo de compasión.

—¡Muriendo! —resopló, pero se arrodilló sobre él y lo ayudó a levantarse suavemente, llevándolo al centro del piso, donde hacía más calor. Destapó una botella de agua—. De Gang —explicó, y se la acercó a la boca. Él bebió profundamente y suspiró agradecido cuando terminó.

Se acomodó en el suelo cansadamente y entrecerró los ojos más allá del resplandor de la luz. Vio a Carmel Ward a un lado, abrazando fuertemente a Darrell. Quindica al teléfono. Tres matones en el suelo, con las manos atadas a la espalda y los pies amarrados. Un montón de armas en el suelo. Los cuerpos de los sicarios muertos donde habían caído.

—¿Cómo pasó todo eso? —susurró.

—¿No lo recuerdas?

—Estaba ocupado —su risa se convirtió en un gemido.

—Rompiste mi silla. Eso me ayudó a liberarme. Ese tirador ayudó. Conseguimos... ¿quién era ese?

—No lo sé —jadeó.

—Grogan. Ya no puedes seguir ocultando cosas. No después de lo que ha pasado.

—Te lo juro —insistió—. No sé quién era ese.

Era verdad. Podía hacer una buena suposición, pero no estaba seguro.

—Deberían registrar ese otro edificio —indicó con la cabeza hacia la noche—. Podrían atraparlo. O atraparla.

—¿Me estás diciendo cómo hacer mi trabajo?

El primer aullido de una sirena sonó cuando Quindica se acercó a ellos.

—Se ve mal. ¿Cómo está?

—Grogan vivirá —dijo Difiore sin compasión.

—Estoy justo aquí —suspiró Cutter, pero no le prestaron atención.

EL GRUPO DE TRABAJO DE DIFIORE IRRUMPIÓ EN EL PISO. VARIOS MIEMBROS DE LA ESU Y policías armados los siguieron. Los paramédicos entraron corriendo y rodearon a Cutter por orden de la detective.

Él no se resistió a su ayuda. Su conciencia se desvanecía. Los acontecimientos se volvían borrosos, y cuando escuchó a Difiore instruir a los médicos que *lo cuidaran* y sintió que le apretaba el antebrazo, supo que se estaba muriendo.

99

Cutter despertó con una almohada suave y esponjosa, una cama firme y el zumbido de las máquinas.

Estaba solo en una habitación de hospital. Paredes sencillas adornadas con arte, un dibujo animado, un jarrón con flores sobre una mesa, junto al cual había una jarra de agua y un vaso.

Parecía que seguía vivo.

Gruñó cuando se inclinó para servirse un vaso. Bebió profundamente y lo volvió a colocar. Se examinó. Tenía el pecho desnudo. Pantalones cortos. Cinta alrededor de las costillas. Moretones de un rojo intenso en los hombros. Los nudillos rojos y arañados. Sus piernas se sentían como si hubiera corrido un maratón. Encontró más vendajes cuando se tocó el cuello y la sien.

Sin embargo, estaba vivo, y si ignoraba cómo se sentía su cuerpo, parecía funcional.

Se recostó y cerró los ojos. Se prometió a sí mismo que sería solo por unos segundos.

SE SENTÍA MUCHO MEJOR LA SEGUNDA VEZ QUE DESPERTÓ. SU CUERPO AÚN DOLÍA, PERO EN lugar del dolor punzante, era un dolor sordo.

Se levantó de la cama y se puso de pie con cuidado. No se tambaleó ni sintió que se desmayaría. Su ropa estaba cuidadosamente doblada en una silla. Hizo una mueca al ver los desgarrones, la sangre y la suciedad en ella, pero se la puso rápidamente. Fue al baño y apartó la mirada rápidamente al ver los moretones azulados en su rostro. Se lavó y se puso los zapatos. No encontró nada más. Su teléfono no estaba, tampoco su billetera ni su reloj.

No importaba. Se asomó con cautela a un pasillo concurrido. Enfermeras y médicos ocupados en sus asuntos. Un policía uniformado sirviéndose café en una máquina.

Se escabulló antes de que el oficial regresara y bajó por las escaleras. Nadie lo detuvo cuando salió, aunque recibió algunas miradas.

Centro Médico Montefiore en el Bronx, decía un letrero. Paró un taxi y dio la dirección de Lafayette.

—No tengo dinero conmigo —le dijo al conductor de aspecto medio oriental, que lo miró con sospecha—. Pero te pagaré cuando lleguemos.

—¿Estás seguro, amigo? Acabo de almorzar. Me siento bien. No quiero que arruines mi día.

—Sí.

—No te ves muy bien.

—No me siento muy bien. ¿Puedes conducir?

—¿Tal vez deberías ver a un médico?

—Ya he visto uno —suspiró Cutter. ¿Por qué todos los neoyorquinos tenían que tener una actitud?—. Me dijo que debería descansar en casa.

Eso pareció recordarle al taxista que tenía un trabajo que hacer.

Cutter jugueteó con la pantalla de entretenimiento en la parte trasera y sintonizó un canal de noticias.

Tiroteo en Melrose. Grupo de trabajo del FBI y NYPD acaba con una pandilla.

Los detalles eran escasos. Todo lo que el periodista podía informar era que algunos miembros de la pandilla habían sido asesinados y que el comisionado haría una declaración formal a su debido tiempo. *Todavía es una investigación activa*, dijo el reportero al terminar.

No mencionaron nada sobre los Leones o la supremacía blanca.

Se preguntó por qué. La respuesta le llegó cuando el taxi se detuvo frente a su edificio.

Difiore y Quindica no quieren alertar a la red de Sheller.

Fue a su apartamento y regresó con dinero en efectivo, le dio una generosa propina al conductor y volvió. Se metió en la cama con un suspiro y se quedó dormido al instante.

CUTTER DESPERTÓ EN MEDIO DEL SILENCIO. EL DOLOR Y LAS MOLESTIAS EN SU CUERPO ERAN UN recordatorio del castigo que había recibido. Permaneció inmóvil, preguntándose qué lo había despertado. *Nada, no te vuelvas paranoico.*

El sonido del grifo de la cocina goteando en el fregadero, un débil bocinazo proveniente de la calle. Nada más.

¡El grifo! Sus ojos se abrieron de par en par. Era meticuloso al cerrarlos, ya que odiaba el sonido metrónomico del agua goteando.

Había alguien más en el apartamento.

100

Presionó la palma contra la pared al pie de su cama. Una puerta oculta de una caja fuerte se abrió de golpe y una bandeja se deslizó silenciosamente. Cutter agarró la Glock y el cargador de repuesto y rodó fuera de la cama sin hacer ruido.

Caminó descalzo fuera del dormitorio. Nadie en la cocina ni en los dormitorios de invitados.

Bajó por el pasillo, con el arma en alto, alerta. Disparar primero, hacer preguntas después, ya que no llevaba armadura.

Sala de estar. Sofás vacíos-

—No dispares —gritó Quindica desde la mesa del comedor.

Ella y Difiore estaban frente a sus pantallas, ambas girándose ante su sigiloso acercamiento.

—Eso puede hacer que te maten —gruñó mientras bajaba su arma—. ¿Cómo entraron?

—No eres el único con trucos ingeniosos —sonrió la detective, pero no ofreció explicación —. ¿Por qué no te vistes?

Captó la indirecta y se metió a la ducha. Se tomó su tiempo bajo el agua, dejando que lo lavara. Una sonrisa irónica torció sus labios por la forma en que las dos mujeres se habían metido en su apartamento. *También se sirvieron mi café.*

—Salir del hospital así no estuvo bien —le reprendió Quindica cuando se unió a ellas.

—No tengo nada malo. Las costillas sanarán solas.

Lo examinaron críticamente y negaron con la cabeza al mismo tiempo.

—Tu cara... —se burló Difiore—. Has perdido tu atractivo.

—Solo son moretones. Se irán.

No era vanidoso. Su apariencia se debía a los genes, nada más. Las examinó a su vez. Finas líneas alrededor de sus ojos y labios. Leves sombras de agotamiento.

—¿Ustedes dos descansaron?

—Dormimos un poco —admitió la SAC—, pero hay mucho que hacer. Conectando los puntos. Necesitábamos alejarnos de OnePP. Tu lugar es tranquilo...

—¡Estaban preocupadas por mí! —se rio entre dientes.

Difiore resopló ante eso. —Encontramos al tirador... rastros de él... o ella —se corrigió cuando él levantó la mirada sorprendido.

—En la azotea del edificio al otro lado de la calle. Marcas borrosas en el polvo, pero sin huellas claras ni rastros de tela. Nada allí excepto eso y las señales de un trípode. Cerca de ochocientas yardas, rango descendente, sin viento. Fue un buen disparo.

—McMillan Tac-50 —Quindica sostuvo una bolsita con una bala deformada—. No es común, pero tampoco raro. El Grupo de Trabajo está localizando todas esas armas en el país... es

una tarea imposible. Habrá suficientes en manos de pandillas y criminales, pero tenemos que hacerlo.

—¿Quién era? —exigió la detective.

—No lo sé. Ya hemos pasado por esto antes.

Se preparó para un duro interrogatorio, pero ella lo sorprendió al no insistir.

—Tú los conoces —dijo bruscamente—, agradéceles de nuestra parte. Te conocen. —Detuvo su protesta con un dedo levantado imperiosamente—. Esa es la única razón por la que no le dispararon a Sheller. Conocen tu historia con él.

—¿Eh? ¿Crees que un amigo me dejaría que me golpearan así?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Fue una buena manera de borrar tu sonrisa presumida.

—Yo no sonrío...

Quindica le apretó el antebrazo. —Agradéceles.

No respondió. *Si lo reconozco, estaré admitiendo que el francotirador es alguien que conozco.*

—¿Cómo lo han explicado? —preguntó después de un rato.

—Tirador del Grupo de Trabajo —dijo simplemente la SAC. Lo miró directamente a los ojos —. Gina y yo hablamos de ello. Los pandilleros sobrevivientes piensan que fue un tirador de la policía. Los Ward también. No hay razón para presentar una historia diferente.

—El panorama general es más importante —dijo Difiore—. Quienes sean, ni el NYPD ni el FBI están interesados en ellos.

—¿Darrell y su madre?

—Pegó su teléfono al pecho y grabó reuniones de pandillas. Quería suficiente información para conseguir un trato de protección de testigos.

—Sabía sobre eso, no sobre el teléfono —admitió Cutter—. Intenté disuadirlo, pero era terco.

—Siguió a Patchey una noche y lo atrapó hablando con Sheller. Las imágenes no son muy claras y no hay nada audible. No es útil. Dio a entender que tenía mucho más; que te lo había entregado a ti.

Asintió mientras unía los puntos. *Darrell ganó tiempo para él y su madre.*

—Su madre se puso furiosa cuando escuchó todo esto —Quindica sonrió al recordarlo—. Hubo bastantes gritos y alaridos allí. Están bien, sin embargo. Deberías hacerles una visita.

Levantó la mirada ante eso. —Ellos están...

—De vuelta en casa, Grogan —dijo Difiore con impaciencia—. ¿Qué crees que somos? Él era nuestro informante confidencial. Nuestro soplón. Así es como lo hemos registrado. Estarán protegidos. Programa de protección de testigos también, si quieren, pero con Sheller fuera, puede que no sea necesario.

—Gracias —dijo agradecido.

ELLA LO APARTÓ Y MOSTRÓ UNA SERIE DE IMÁGENES EN SU PANTALLA. —ESTAS SON DEL teléfono de Sheller y de la laptop de ese tipo. Cray. Era un hacker, cumplió condena en Lompoc por hackear la NSA. Parece que era el experto técnico de Sheller.

—Ese es un juez —dijo cuando Cutter hizo clic en la fotografía del hombre—. Distrito Sur de Nueva York. Abogado. —Cuando pasó a la siguiente imagen—, bufete de abogados prestigioso de la ciudad.

Concejales, médicos, banqueros, porteros, repartidores, mecánicos, senadores, congresistas; la red de Sheller era extensa y abarcaba todo el país.

Su rostro se tensó al ver una de las fotografías. No dijo nada cuando él la miró.

—Subcomisario Trejo —Quindica estrechó la mano del detective con fuerza, empáticamente —. NYPD. Nos delató en Henderson Place. Ha estado filtrando información interna.

—No habías registrado la dirección.

—No, pero Gina y yo habíamos llamado al comisionado y al director del FBI. Sabían dónde estábamos. Rolando hizo una anotación en su bloc. Trejo se coló en su oficina cuando no estaba...

—Ha tenido que tomarse unas vacaciones repentinas —Difiore casi gruñó—. Esa es la declaración oficial. Está en una casa de seguridad. Nuestro equipo lo está interrogando.

—¿Los federales?

Fue el turno de Quindica de apretar los labios con fuerza. —Hay algunos —admitió—. Tan altos como SACs. En Wyoming, Texas, Montana, California, algunos en DC también. Todos están siendo interrogados.

—¿Qué hay de los políticos?

—No hemos actuado contra nadie más. No queremos alertarlos todavía. Por eso hemos mantenido el tiroteo en secreto. Solo les hemos dicho que se desmanteló una banda violenta. Necesitamos tiempo para revisar todo lo que encontramos, armar el rompecabezas. Saber exactamente en qué estaba metido Sheller.

—Drogas, secuestros, extorsión, lo típico de las bandas —intervino Difiore—. Eso es lo que hemos obtenido hasta ahora.

Cutter asintió distraídamente mientras pasaba las fotografías, muchas de las cuales tenían nombres y títulos en la parte inferior. —Buen trabajo —les felicitó—. Identificar a todos estos no debe haber sido fácil.

—No lo fue. Todavía hay algunos más que necesitamos etiquetar. —Ella se acercó y había empezado a desplazarse rápidamente cuando él le agarró el brazo.

—Regresa.

—¿Eh?

Él apartó su mano y tomó el control. Retrocedió varias imágenes y se detuvo en una.

—No hemos identificado a ese. Sin reconocimiento facial, sin redes sociales, nada sobre él... —Leyó su expresión—. ¿Lo conoces?

Cutter miraba fijamente a la persona en la pantalla. De mediana edad, bien afeitado. Rostro estrecho. Sin rasgos especiales, cicatrices, nada notable en él.

—¿Hay alguna grabación de llamadas?

—Hay mucho en ese portátil, pero todo está encriptado. Nuestro equipo está trabajando en ello, pero no tenemos nada por el momento. Estas fotografías son del directorio telefónico, que estaba duplicado en la máquina. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

—¿Puedes hacer algo de magia en 3D?

—Estoy segura de que nuestro equipo puede hacer eso... Grogan, ¿lo conoces? —repitió ella con brusquedad.

Él no respondió ni siquiera entonces. Ese vago recuerdo regresó, cuando había visto a la segunda persona en el estacionamiento del bar de Livonia.

Quindica tomó el control de la pantalla, jugó con las teclas hasta que logró insertar la fotografía en un programa de renderizado.

—Tenemos algunas herramientas sofisticadas —dijo y manipuló la imagen hasta que la completó y la presentó desde diferentes ángulos. De frente. Perfil, mirando a la derecha, perfil, mirando a la izquierda.

—¡DETENTE!
Ella se quedó helada ante el grito de Cutter.
—Lo he visto.

—Aquella vez en Livonia. Te dije que me detuve en un bar para hacer una llamada. Fue entonces cuando vi a Davis reunirse...

—Sí —Difiore lo interrumpió con un gesto para que continuara—. Lo recordamos.

—El Hombre Misterioso estaba en ese vehículo. Con Sheller.

—¿Estás seguro?

—Ese perfil, es él. Pero no es solo ahí. Lo conozco de algún otro lugar.

—¿Dónde...?

Tomó su teléfono y marcó un número, que sonó varias veces antes de que una voz áspera respondiera, audible incluso sin estar en altavoz.

—ADX Florence, oficina del alcaide. Brodsky al habla.

Cutter ignoró la brusca inhalación de Difiore y la tensión de Quindica.

—Joe, soy Cutter. Necesito tu ayuda.

—Nada bueno sale de eso —refunfuñó el oficial—. Estaba a punto de irme a casa. Una cena caliente y mis hijos. Son mucho más tentadores que hablar contigo.

—Por favor. No tomará más de un minuto. No te llamaría si no fuera importante.

—La última vez que me llamaste, tuve un asesinato brutal en mi prisión.

—Señor Brodsky —la SAC arrebató el teléfono y lo puso en altavoz—. Soy Peyton Quindica, Agente Especial a Cargo del FBI, Oficina de Nueva York, señor. La detective Gina Difiore del NYPD también está con nosotros. Ella y yo lideramos un Grupo de Trabajo conjunto NYPD-FBI que investiga varios crímenes de alto perfil. Las llamadas anteriores del señor Grogan, señor, eran personales. Esto es oficial. Estaré encantada de pedirle al Director del FBI, Bart Jamison, que lo llame para verificar mis credenciales, señor.

Un largo silencio. Una silla crujió. Se abrió una botella y se escuchó un suspiro.

—¿Cutter?

—Sí, estoy aquí.

—¿Esta señora es quien dice ser?

—Sí.

—Te voy a disparar la próxima vez que te vea.

—Te daré la oportunidad.

—¿Qué quieres saber?

—Solía reunirme contigo cuando estaba en prisión.

—Lo recuerdo, Cutter. No revisemos la historia.

—Una vez fui a tu oficina, estabas viendo una reunión en tu pantalla. Jeff Sheller tenía un visitante.

—¿Gunner? Diablos, Cutter, ¿esperas que recuerde a todos sus visitantes de hace tantos años?

—No habría tenido muchos. Tendrás grabaciones. No las destruyes.

—No grabamos sus conversaciones.

—Me interesa el video.

Brodsky refunfuñó y maldijo, pero Cutter sabía que era puro teatro.

El alcaide había tenido que ser puesto en confianza para la inserción de Farhaan Zaidi en la prisión, y con el tiempo él y el operativo de fuerzas especiales se habían hecho amigos. Que el oficial hubiera sido un Ranger ayudó a crear un vínculo.

—Tengo cerca de cincuenta videos conmigo. ¿Por dónde empiezo?

—¿Tienes un registro de cuándo nos reunimos tú y yo?

—Mi vida era buena antes de que entraras en ella, Cutter —se quejó Brodsky. Un cajón se abrió. Sonó papelería—. Veamos... —dijo para sí mismo—. Sí, aquí está. Menos mal que llevo un diario.

Sonidos de páginas volteándose, un silbido monótono, un gruñido.

—Aquí está. Solo hay un día en que nuestra reunión coincidió con un visitante. Tengo el clip conmigo. ¿Adónde puedo enviarlo?

Quindica le dio una dirección en la nube y giró la pantalla hacia sí misma para iniciar sesión.

—Lo tengo, señor —asintió.

—¿Puedo irme ya?

—Quédate un momento —pidió Cutter—. Déjanos revisarlo.

La SAC abrió el archivo, giró la pantalla hacia ellos y presionó reproducir.

Era de años atrás, pero el ángulo de la cámara era bueno. Sheller, como un toro, de espaldas a ellos. Su visitante sentado frente a él en una mesa en una gran habitación vacía. Un guardia armado a lo lejos.

—Es él —dijo Difiore, comparando el video con la fotografía que tenía en su teléfono—. Sin duda.

—¿Tienes un nombre para él, Joe? —Cutter le preguntó a su amigo.

—Imaginé que me lo preguntarías. Doug Mease. El primo de Sheller de Texas. Anota su dirección. Esa fue la única vez que lo visitó.

—¿Sheller tuvo algún otro familiar que lo visitara?

—No. Solo su abogado.

—Gracias, Joe. Te debo una.

Para cuando Brodsky había colgado después de más gruñidos, Quindica y Difiore ya estaban en sus teléfonos.

—Esa dirección es falsa —dijo la SAC poco después.

—Dudo que sea su primo. Hasta donde sé, Sheller no tenía familia —Cutter frunció el ceño.

—Tengo algo —la detective chasqueó los dedos, atrayendo su atención—. Hay un Doug Mease que cumplió condena... aquí está su registro. Socio en una firma de contabilidad. Condenado por fraude fiscal. Cumplió en Otisville. Aquí está su foto de prisión.

Era una coincidencia.

—¿Dónde está ahora?

—No hay registro. Desapareció de la faz de la tierra.

Cutter miró hacia el pasillo con la mirada perdida mientras intentaba darle sentido. ¿Por qué

un contador condenado sería tan importante para Sheller? ¿Llevaba los libros de los Leones?

—¿Algo de su grupo de trabajo? —les preguntó a sus visitantes—. La laptop de Cray podría tener algo sobre Mease.

—Aún no. Probablemente sea solo otro nacionalista blanco, un fan de Sheller. La pandilla aprovechó su experiencia en contabilidad.

Asintió. Sus invitadas estaban pensando en la misma línea que él. Pero algo lo inquietaba.

Otisville...

Hizo una búsqueda en internet sobre la prisión en la laptop de Difiore. Los primeros resultados eran de prisioneros notables. Los pasó, consciente de que las mujeres miraban por encima de su hombro. Condenados por esquemas Ponzi, ex políticos, estafadores...

Sus dedos dejaron de desplazarse en un nombre justo cuando Quindica jadeó.

Kevin Rubin.

—Estuvieron en prisión al mismo tiempo —exclamó Difiore mientras mostraba los antecedentes penales del candidato presidencial. Los leyó en voz alta, buscó sus registros y no encontró ningún vínculo con Mease.

—Nada más allá de su tiempo en Otisville. ¿Cutter? ¿CUTTER? —Le sacudió el hombro.

Él se concentró en ella.

—Te quedaste dormido. ¿Estás bien?

—Sí —respondió distraídamente.

—¿En qué estás pensando?

—En algo que dijo Jake Horstman. Que Sheller estaba trabajando en algo grande. Mease, Rubin, los Rising Lions.

Difiore palideció. Apartó su portátil y se volvió hacia él.

—¿Te das cuenta de lo que estás insinuando?

Él asintió lentamente. —Kevin Rubin, que tiene grandes posibilidades de ser presidente, es un supremacista blanco. Todo lo que ha hecho desde que salió de prisión es una farsa.

El único sonido que siguió fue el de sus respiraciones.

—No —dijo Quindica con voz hueca—. Es solo una coincidencia. Mease se encontró con Sheller en ADX por sus propias razones...

—Mira la cronología —instó Cutter—. Busca las apariciones de Rubin en televisión.

Difiore mostró un programa de las entrevistas del candidato.

—El atraco en la bodega. Ese día asaltaron varias tiendas más. Rubin apareció en televisión después y los criticó. El mitin de Tizzard...

—Eso fue en Arizona. Y...

—¿Quieres apostar a que Tizzard y Sheller no se conocían? El tiroteo en la bodega de nuevo, The Elitist... después de cada incidente violento nacionalista blanco, Rubin acude a los medios. ¿Aún crees que es una coincidencia?

Quindica se mordió los labios, jugueteó con un mechón de pelo suelto y se movió inquieta en su silla. —Grogan, si esto es cierto... es algo grande.

—Te quedas corta —dijo Difiore con sarcasmo.

—No puedo ir al director solo con esto —dijo impotente la SAC—. Querrá más. No puedes moverte contra un candidato presidencial, uno con un perfil tan alto como él, con algo tan circunstancial.

—Es brillante —respondió Cutter sin prestar atención—. Mease y Rubin se juntan en Otisville. Nunca sabremos de quién fue la idea a menos que confiesen. Él sale de prisión y hace

un espectáculo de reformarse. Sheller se une a ellos. Orquesta violencia supremacista. Esa es la plataforma para el candidato. Él la denuncia. Pide una vigilancia más dura, mejor aplicación de la ley... cae bien. ¿Quién no quiere eso?

—¿Su objetivo final?

—El poder. Imagina lo que pueden hacer cuando tengan el país en sus manos.

Sus labios se tensaron sombríamente cuando Difiore no pudo ocultar su estremecimiento.

—Grogan, ¿me has oído? Jamison me echará de su oficina si voy con esto.

—Tu grupo de trabajo podría encontrar algo en el ordenador de Cray.

—¿Y si no lo hacen?

—Tengo una idea.

—¿Has tenido noticias de Gunner? —le preguntó Mease a Rubin a la mañana siguiente mientras aceptaba la taza de café que el candidato le entregaba.

—¿Yo? No. Tú tienes la línea de comunicación con él. Acordamos eso.

—No contesta su teléfono —el estratega frunció el ceño mientras miraba hacia Central Park —. Hablamos todos los días.

—Debe estar ocupado. Tiene una pandilla que dirigir —el candidato levantó la mirada bruscamente—. Ese informe en las noticias. El edificio Melrose. Ahí es donde se reúnen, ¿verdad?

—Sí. Está acordonado por la policía. ¿Qué le han dicho a tu empresa, la que es dueña del edificio?

—Lo mismo que está en la televisión. Desmantelaron una banda de narcotraficantes. ¿Crees que fueron los Leones?

—No —Mease negó con la cabeza de manera decisiva—. Gunner nos lo habría dicho. Además, no hay forma de que el NYPD pudiera haber contenido eso. Nuestras fuentes nos lo habrían informado también. Intenté contactar a Trejo; se fue de vacaciones y tampoco contesta. Pero no. Lo que sea que haya pasado allí no nos afecta.

—Bien —Rubin sonrió ampliamente—, porque tengo noticias. Adivina quién viene a entrevistarme esta noche.

—Kevin —dijo Mease irritado—, sabes que no me gustan los juegos de adivinanzas.

—¡Ellen Ronning!

El estratega se quedó boquiabierto. —¿Ronning?

—Sí. Su equipo se puso en contacto ayer. Quieren hacer un perfil en vivo sobre mí. Farley aceptó al instante. Él y Parsons están en la luna.

El ex contador estaba atónito. Ronning, que tenía una de las audiencias más altas del país, era conocida por hacer o deshacer políticos con sus preguntas incisivas y sus exposiciones. Estaba a la vanguardia de cada elección presidencial, entrevistando a los candidatos favoritos, desmontando sus políticas y promesas. No respaldaba a nadie, pero había una correlación entre una entrevista favorable suya y el ganador de las elecciones.

Sin embargo, se había mantenido alejada de Rubin. Había declarado públicamente varias veces que cualquier entrevista con él sería parcial debido a su desagradable pasado.

—Es dura —advirtió Mease, aunque no pudo ocultar la emoción en su voz.

—Claro que lo es. Farley y Parsons me han estado preparando todo el día. Hemos estado haciendo simulacros. Me has pillado en medio de uno.

—Escucharé —el estratega asintió hacia una habitación contigua—. Protocolo habitual.

Tenía acceso al ascensor privado de Rubin, y nadie cuestionaba su presencia. En cualquier caso, Schillum dirigía un barco hermético y solo los más confiables y minuciosamente investigados tenían acceso al piso.

—Deséame suerte.

—No la necesitas... Presidente Rubin.

Le dio una palmada en la espalda al candidato y se fue.

—SI ESTO SALE MAL —DIJO RONNING EN VOZ BAJA AL HOMBRE CORPULENTO A SU LADO mientras ella y su equipo llegaban al edificio de Rubin—, te haré papilla.

—Tendrás que hacer fila —murmuró Cutter mientras cargaba una gran caja que contenía equipo de iluminación.

—Dije que nunca lo entrevistaría.

—Cambiaste de opinión. Sucede a menudo en el periodismo.

Ronning lo fulminó con la mirada y entró rápidamente en el vestíbulo del edificio. Sonrió al jefe de seguridad, quien se presentó como Ricky Schillum.

—Gene Salter —presentó al camarógrafo y luego al resto de su equipo de cinco personas—. Y este es Tony Vecchio, mi mano derecha —señaló a Cutter.

El jefe de seguridad comprobó sus rostros con las imágenes que la presentadora de televisión había enviado con antelación. Hizo una seña a su equipo, que inspeccionó cada pieza del equipo.

—Nada de teléfonos, billeteras, nada personal, ningún equipo de grabación aparte de las cámaras.

—Eso es lo que acordamos —dijo ella, sonriendo.

Cutter fue revisado con un detector de metales y palpado expertamente. Sus zapatos fueron inspeccionados antes de que lo dejaran pasar por una puerta de seguridad estilo aeropuerto.

Subieron por un ascensor hasta un piso con una gruesa alfombra.

—Nada de grabaciones hasta que comience la entrevista —advirtió Schillum a los recién llegados y los entregó al gerente de campaña, quien se presentó como Scott Farley.

—Hablamos antes —Ronning sonrió, dándole el tratamiento completo, convirtiéndolo en masilla.

—Tienen una hora para instalarse —tartamudeó y los condujo a una enorme sala de estar con vistas a Central Park—. ¿Esto servirá?

—Esto servirá —la presentadora de televisión examinó la habitación críticamente, consultó con Salter y señaló una esquina—. El señor Rubin estará allí. Eso nos dará la mejor vista y fondo.

—Recuérdame otra vez —susurró a Cutter, quien estaba ocupado ayudando al equipo a instalar las cámaras, las luces y el equipo de transmisión—. ¿Para qué es esto?

—La primicia más grande de tu carrera.

—La cantidad de veces que he escuchado eso —puso los ojos en blanco—. ¿Es peligroso?

—No para ti.

Ella lo miró con astucia. —Cutter, ¿qué está pasando exactamente? En todos estos años, nunca me has pedido un favor así. Que te etiqueten como parte de mi equipo. ¿Quiénes eran esas mujeres contigo?

—Están ayudando en esta misión. No puedo decirte más. Lo verás desarrollarse tú misma.

—No las presentaste. Sabes que puedo investigar quiénes son.

—Ellen, después de esta noche, te inundarán ofertas de cadenas rivales. El mundo estará a tus pies. Olvídate de esas mujeres. Piensa en grande.

—¿Está Rubin involucrado en algo?

—La paciencia es una virtud —dijo Cutter noblemente y esquivó su discreta patada.

—Señor Rubin —comenzó Ellen Ronning la entrevista—, ¿por qué deberían confiar en usted los ciudadanos de nuestro gran país?

104

Cutter observaba desde el fondo de la sala mientras Ronning comenzaba con sus preguntas de trasfondo. Sus primeros años. Vida familiar. Era conocida por pintar el panorama general antes de centrarse en los detalles.

Farley estaba frente a él, de pie junto al jefe de personal de Rubin. Schillum había cumplido su parte del acuerdo. Solo había un guardia de seguridad en la sala, un tipo de traje cerca de la puerta, que estaba absorto en la entrevista.

Cutter se acercó a la salida e inclinó la cabeza hacia el centinela. —¿El baño? —susurró.

—Afuera. Gire a la derecha, siga el pasillo y luego otra vez a la derecha.

Asintió en señal de agradecimiento, contuvo la respiración y presionó con fuerza una sección del forro de su chaqueta cerca del borde inferior. Las pupilas del guardia se dilataron brevemente y luego volvieron a la normalidad. Se hizo a un lado sin resistirse cuando Cutter lo empujó suavemente y salió al pasillo.

Funcionó, se maravilló.

Beth Petersen lo había llamado Gas Zombi, un agente nervioso que temporalmente privaba a la víctima de su voluntad. Permanecían conscientes, conscientes de lo que sucedía, pero no podían actuar por sí mismos. Obedecerían órdenes ciegamente, razón por la cual ella le había dado ese nombre tan imaginativo. Le había inyectado un antídoto para que pudiera usarlo sin verse afectado.

Dos guardias afuera. Uno en el ascensor y el otro cerca de la entrada a la sala de entrevistas. Una cámara en el techo, pero habría otras. Ningún rastro de Schillum. *Tiene que haber una sala de control desde donde está observando. En este piso, ya que querrá estar cerca de Rubin.* Probablemente otros miembros del personal estarían allí, agrupados alrededor de una pantalla.

—Registraré el piso —les había dicho a Difiore y Quindica—. Una conspiración de esta escala y durante tanto tiempo... Es probable que Rubin tenga algo incriminatorio, tal vez en su estudio, su dormitorio o en algún otro lugar. Mease también podría estar allí.

—¡Eso esperas! —había dicho la detective con desdén.

—Si no encuentro nada, confrontaré a Rubin. En cámara. Con el mundo observando.

Eso había captado su atención.

Tendré que pasar primero a los guardias. El Hombre de la Sala de Entrevistas tenía un

rostro duro y apenas reconoció a Cutter. Miraba la pared impasiblemente, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Antiguo policía o militar, supuso Cutter por la postura del hombre y su corte de pelo al rape. El Hombre del Ascensor era más joven y le había hecho un gesto con la cabeza. *Iré a por él.*

Pasó junto al centinela mayor y presionó otro bolsillo del forro. Caminó por el pasillo en dirección opuesta, como si estuviera sumido en sus pensamientos. Se dio una palmada en la frente con una exclamación y regresó. Rozó con su hombro al Hombre de la Sala de Entrevistas; este dio un paso atrás sin protestar.

Está neutralizado.

—Oye —sonrió conspirativamente al segundo guardia—. Estoy buscando el baño.

—Por allá, señor —el centinela inclinó la cabeza hacia el fondo.

—Este lugar es increíble —Cutter sacudió la cabeza con admiración—. Esta alfombra, vaya, es más suave que mi cama en casa.

—Sí —el hombre se rio—. El señor Rubin gastó mucho en ella.

—¿Llevas mucho tiempo con él?

—Ricky me contrató. He trabajado en detalles de protección con él.

—¿Dónde está? Pensé que estaría viendo la entrevista.

—Lo está haciendo —el hombre miró involuntariamente a su derecha.

—¿La sala de seguridad está por allí?

—No puedo decírselo, señor.

—Sabes —Cutter bajó la voz—, soy el asistente de Ellen. He estado con ella durante mucho tiempo. ¿Has oído hablar de ese contrato de película que firmó?

El guardia asintió.

—Han empezado el casting —dio un paso atrás y miró pensativamente al Hombre del Ascensor—. Eres perfecto para algunas de las escenas. Aparecerás en los créditos también. Puedo pasar tus datos...

—Chaz Huntington, pero todos me llaman Hunter —el traje intentó controlar su emoción. Hollywood. Fama. Chicas en sus brazos.

—Incluso ese nombre —Cutter sacudió la cabeza con admiración—. Se lo diré a Ellen en cuanto termine esta entrevista. Querrá hablar contigo.

—No puedo socializar, señor...

—Vamos, hombre. Veo varias puertas aquí. Podemos colarnos en una de las habitaciones. Diez minutos, eso es todo. Ellen conoce a cada nueva contratación. Es rápida tomando decisiones. Dirá que sí, que estás dentro. Te lo garantizo.

—Bueno... —Hunter estaba dividido—. Hay una habitación vacía. Por allí.

—¿Esa, donde el pasillo dobla?

—No, señor, ese es el estudio del señor Rubin. Nadie entra ahí.

—¿Está cerrado con llave?

—No, señor. Cubrimos todo el lugar. No hay necesidad de cerraduras. ¿Ve la puerta antes de esa? Podemos reunirnos allí...

—Genial. Llevaré a Ellen allí, *accidentalmente* —dijo, haciendo comillas en el aire—, una vez que terminemos la entrevista. Esa es tu señal. Vienes detrás de nosotros y eso nos dará tiempo. Los mejores diez minutos de tu vida. Hollywood. Ahí es donde perteneces, Hunter, no aquí, de pie en los pasillos.

—Tiene que irse, señor —el guardia se lamió los labios nerviosamente—. Dieter —inclinó la cabeza hacia el centinela mayor— lo notará. Ricky podría vernos en las cámaras de seguridad.

—Me voy —le aseguró Cutter y presionó su forro.

Hunter estaba fuera de combate cuando Cutter llegó al final del pasillo. Fue al baño, comprobó que estuviera vacío y se lavó las manos. Se las secó en los vaqueros al salir. Caminó por todo el pasillo, gesticulando como si estuviera pensando en voz alta. Diría que estaba repasando un discurso que había escrito para Ellen si alguien lo abordaba.

Dos habitaciones en su lado del ascensor, el estudio y la habitación de repuesto. Tres más flanqueando la sala de estar. Probó una puerta y encontró un gran comedor. La otra era un dormitorio del tamaño de una cancha de tenis. *La última debe ser la sala de seguridad.*

Regresó al estudio y se deslizó dentro silenciosamente. Contuvo la respiración y esperó. No hubo pasos apresurados, ni gritos de alarma. *Schillum está viendo la entrevista. Está ignorando la transmisión de las cámaras.*

Cutter se adentró más. Más alfombras suaves. Una mesa de café junto a una ventana con vistas al Central Park. Sillas. Periódicos y revistas. A su izquierda había una estantería del suelo al techo llena de libros de tapa dura, de bolsillo y revistas sobre una variedad de temas. Un reluciente escritorio de nogal sobre el que había un ordenador, con un cuaderno al lado. Lo hojeó rápidamente. Citas con los medios, notas de entrevistas. Nada incriminatorio. Abrió cajones y rebuscó entre blocs de notas y agendas.

—¿Quién demonios eres tú?

Se giró lentamente al oír la voz.

Doug Mease.

—Doug —Cutter sonrió de manera desarmante, dándose cuenta al acercarse por qué no había visto al hombre.

Una pared engañosa, en la que colgaba una gran pintura, daba la impresión de que la habitación terminaba allí. No era así. Detrás había un área de entretenimiento donde un televisor transmitía en silencio. Un par de sofás, uno deformado, indicando que Mease lo había ocupado.

—¿Quién eres tú? —repitió el ex contador con creciente enojo.

—¿No me conoces? —preguntó Cutter sorprendido, luego se quitó la nariz falsa, las almohadillas de las mejillas y el relleno del pecho debajo de su camisa—. Estoy seguro de que Sheller debe haberte mencionado a ti y a Rubin sobre mí.

La mandíbula de Mease cayó. La alarma se extendió por su rostro. Se abalanzó hacia su sofá, buscando su teléfono.

Cutter lo atrapó antes de que pudiera gritar. Le tapó la boca con la palma de la mano y lo golpeó en el estómago.

No necesitamos ninguna otra prueba, pensó triunfante mientras el ex convicto se desplomaba en sus brazos.

Liberó más agente nervioso y temporalmente convirtió a Mease en un robot. Buscó en el estudio algo que pudiera servir como cuña y encontró un taco de billar. Se preguntó momentáneamente por qué estaba en la habitación y luego vio la mesa de billar plegada contra la pared.

Empujó a Mease hacia afuera y lo dirigió hacia la sala de estar, con la cabeza inclinada, como si los dos estuvieran en una conversación profunda.

Contuvo la respiración cuando abrió la sala de entrevistas y metió al delincuente en silencio. Parsons y Farley no miraron en su dirección, su atención estaba en la entrevista.

Atascó el taco de billar debajo de la manija de la puerta y solo entonces notó que la puerta podía cerrarse desde adentro. Giró el pomo para asegurarla y levantó la vista para ver a Salter y a otros dos miembros del equipo del presentador de televisión mirando en su dirección. Les frunció el ceño furiosamente. Mensaje recibido, volvieron a su trabajo.

Dirigió a Mease hacia la parte trasera de la habitación y lo colocó contra la pared. Le arregló la ropa y le peinó el cabello, aplicó el agente nervioso a Parsons y Farley, agarró una silla, ignoró el siseo de protesta susurrado de Salter, y se colocó frente a las luces.

—Ellen —sonrió a la periodista—, tengo algunas preguntas para el Sr. Rubin.

106

Ellen Ronning demostró por qué era una de las mejores periodistas del país.

No perdió el ritmo, no hizo pausas, no pareció desconcertada.

—Señor Rubin —se dirigió con suavidad al candidato presidencial—, sabe que normalmente realizo estas entrevistas frente a audiencias en vivo. No tenemos eso en su casa y decidimos improvisar. Conozca a Cutter Grogan. Quizás haya oído hablar de él. Se hace llamar El Arreglador. Recientemente ha sido noticia por ser un informante de la policía de Nueva York.

El multimillonario se recuperó rápidamente. —Esto es una sorpresa, Ellen. No, no he oído hablar del señor Grogan. No veo televisión y las únicas noticias que sigo son las de mi campaña —dijo con una risa.

—Señor Rubin, usted cumplió condena en Otisville —le preguntó Cutter.

—Sí, ya hablé de eso con Ellen. No estoy orgulloso de quién era ni de lo que hice —explicó —, pero ahora soy una persona diferente. Creo que cada uno de nosotros puede elegir un nuevo mañana.

—¿De verdad?

—Sí —exclamó Rubin—. He vivido mi vida abiertamente. Sin secretos, nada que ocultar. Eso no habría sido posible —otra risita— con la cantidad de cobertura que recibo, los reporteros y paparazzi persiguiéndome.

—¿Conoce a Doug Mease?

—¿Mease? —Rubin frunció el ceño—. Ese nombre... no, no me suena. Pero conozco a mucha gente...

—También fue un convicto en Otisville. Ustedes dos eran cercanos.

—¿Mease? ¿Doug Mease? Ah, sí, ahora lo recuerdo. —Rubin rió nerviosamente. Miró a Farley y Parsons como buscando apoyo. No llegó ninguno—. Ha pasado mucho tiempo desde que supe de él.

—¿No lo ha visto desde entonces?

—No. —Rubin le lanzó una mirada irritada a Ronning—. Ellen, ¿esto va a alguna parte?

—Sí —intervino Cutter antes de que la reportera pudiera responder—. ¿Conoce a Jeff Sheller?

—Ellen...

—Respóndale, señor Rubin. Mis entrevistas son sin restricciones. Usted lo sabía cuando aceptó.

—No conozco a esa persona, Sheller, quien sea. —Una fina línea de sudor en la cara del candidato—. No veo qué tiene que ver todo esto...

—Sheller era líder de una pandilla de supremacistas blancos, los Leones Ascendentes. Él...

—No lo conozco. Dejé todo eso después de salir de Otisville. Ellen, ya hablamos de esto...

—¿De verdad? —preguntó Cutter suavemente—. Sheller era un criminal peligroso. Cumplió su condena en ADX Florence. Su amigo Mease lo conoció allí...

—No sé nada de eso.

—Señor Rubin —Ronning captó la idea. Le dio a Cutter una mirada especulativa y se inclinó hacia adelante—. ¿Sigue siendo un nacionalista blanco? ¿Cree que las personas de otras razas, etnias u orígenes son inferiores?

—¿Qué? —tronó Rubin, luego se controló rápidamente—. Por supuesto que no. Encuentro estas preguntas ofensivas. Me sorprende que Scott le haya permitido hacerlas.

—Nadie me dice cómo hacer mis entrevistas, señor Rubin.

—Ha perdido contacto con Doug Mease. —Cutter levantó un dedo—. No conoce a Jeff Sheller. —Extendió otro dígito—. ¿Sabe que murió? Lo mataron en un tiroteo hace un par de días. En Melrose. En una propiedad que pertenece a una de sus empresas.

Rubin palideció. Agarró un vaso de agua y lo bebió. Sus ojos buscaron más allá de las luces brillantes de la cámara, tratando de encontrar a su jefe de campaña o jefe de personal.

—Es una noticia para mí...

—Sheller organizó ataques contra negocios propiedad de personas de color. Usted salió en televisión y los condenó. Ese momento... parecía saber cuándo ocurrirían esos eventos; estaba listo, preparado...

—Esto es absurdo —Rubin se recompuso—. Esta entrevista ha terminado, Ellen. Su director general...

—¿Es usted un nacionalista blanco? —sus ojos brillaron—. ¿Su campaña es falsa?

—¡NO!

—En serio —se burló Cutter—. Sheller confesó a la policía que él...

—¡NO LO CONOZCO! ¡NUNCA HE VISTO A MEASE DESPUÉS DE OTISVILLE!

—Qué curioso que diga eso. Estaba en su estudio hace unos momentos, viendo la entrevista. Ahí está, al fondo.

Rubin se levantó de su silla, como si le hubieran picado, cuando una luz de cámara iluminó a Mease.

Su boca se abrió. No salieron sonidos. Tragó saliva. —Eso es... Él es... Doug y Jeff —explotó—, fue idea de ellos. —Su rostro palideció al darse cuenta de la importancia de sus palabras.

—¡SE ACABÓ LA ENTREVISTA! —rugió Schillum mientras irrumpía por la puerta y entraba en la habitación con varios guardias—. ¡APAGUEN LAS CÁMARAS! ¡FUERA! ¡AHORA!

Cutter agarró a Ronning por el codo y la sacó apresuradamente mientras la habitación explotaba en gritos.

—Déjalo —le espetó a Salter cuando el camarógrafo intentó recoger su equipo—. Muévete, rápido.

Su mensaje se entendió. El equipo de Ronning se reunió detrás de él y entró en el ascensor. Rubin apareció justo cuando las puertas se cerraban. Atormentado. Gritando. Gesticulando furiosamente, rodeado por su equipo de protección, y luego estaban bajando, siendo sacados apresuradamente del edificio y metidos en su furgoneta.

—¡Conduce! —ordenó Cutter—. OnePP. No te detengas por nada. Pasa los semáforos en rojo.

Se permitió relajarse cuando estuvieron a varias manzanas de distancia. Se encontró con los ojos de Ronning sobre él.

—Lo sabías —le acusó.

—Lo sospechábamos —contraatacó.

—¿Nosotros? —Su frente se aclaró—. Esas mujeres...

—Nunca las conociste. No puedes mencionarlas. ¿Está claro?

Ella asintió lentamente y miró hacia atrás.

—¿Pensaste que nos dispararían?

—Era una posibilidad. Schillum... No sabía cómo reaccionarían él y sus hombres. Fue un buen pensamiento —felicitó a Salter—. Enfocaste las cámaras hacia ellos. Eso les impidió ser más agresivos.

—Tío —el técnico se secó el sudor—. Eso estuvo cerca.

Ronning le dio un puñetazo furioso en el hombro. —Avísanos la próxima vez —se enfureció, pero eso se convirtió en risa cuando la reacción se asentó, y para cuando llegaron a la sede de la policía de Nueva York estaba radiante, su teléfono sonando repetidamente con mensajes y llamadas.

—¿Saben lo que hicimos allí? —se dirigió a su equipo—. Derribamos a un candidato presidencial líder. En televisión en vivo. Nadie lo ha hecho nunca. Nadie lo hará jamás. ¿Por qué estamos aquí?

—Necesitarán protección. Hasta que esto pase.

107

La entrevista había superado a todas las demás en popularidad para cuando Cutter preparó su desayuno al día siguiente. Se puso al día con los titulares mientras comía.

Todo se había derrumbado para Rubin mientras dormía. El Grupo de Trabajo había descifrado la computadora de Cray. Habían encontrado grabaciones de las reuniones de Sheller con Mease y Rubin. Habían obtenido órdenes de arresto, que se ejecutaron en el aeropuerto JFK cuando el candidato intentaba huir en su jet privado.

Jamison y Rolando se dirigieron a los medios de comunicación conjuntamente, hablaron de la conspiración para subvertir la política estadounidense y prometieron más arrestos a lo largo y ancho del país.

—Nadie es demasiado poderoso, nadie está fuera del alcance de la ley, nadie es más igual que otros —dijeron con seriedad al despedirse.

Se acabó, pensó mientras apagaba la televisión y revisaba numerosas llamadas perdidas y mensajes. Solo dos eran importantes. Uno era de Arnedra, preguntando si estaba bien.

Todo bien por aquí, le respondió.

¿Bien? Ella contestó con emojis de asombro. *¿Eso es todo lo que puedes decir?*

Sonrió y se hizo una nota mental para llamarla más tarde. El otro mensaje requería una visita, no una respuesta.

—NO SABÍA SI VENDRÍAS —DIJO CARMEL WARD Y LO ABRAZÓ FUERTEMENTE CUANDO ABRIÓ LA puerta.

Lo condujo al interior y allí estaba Darrell, recostado en un sofá.

—Ella me obligó a tomarme un día libre —dijo el chico a la defensiva ante la ceja arqueada de Cutter.

—Cállate —ordenó su madre a su hijo, dirigiendo a su visitante a otro sofá—. Cuéntame todo.

—¿Darrell no lo ha hecho?

—Lo que él sabe. Es más grande que la pandilla de Brownsville, ¿verdad? —Señaló la televisión.

—Sí. —Comenzó a explicarlo todo.

—Vaya —respondió ella cuando hubo terminado, sin palabras.

—¿Cambié las elecciones presidenciales? —Los ojos de Darrell eran como platos.

—Claro que sí, amigo.

—¿Y nosotros? —preguntó su madre—. ¿Qué pasará ahora?

—Difiore...

—Quiero oírlo de ti.

—Ella es buena. Confío en ella.

—¿De verdad?

—Sí, señora. Lo que ella dijo sucederá. Tu nombre no aparecerá en los medios. Nadie sabrá jamás sobre el papel de Darrell en la pandilla. Pueden seguir viviendo su vida así. O pueden entrar al programa de protección de testigos. La elección es suya.

—Estoy cansada de cambios —dijo, frotándose los ojos—. No quiero más sorpresas. Nada de protección de testigos. Lo he discutido con Darrell. Está de acuerdo conmigo.

—¿Y si Manuel te pide que vayas con él?

—Lo dejaré —dijo el chico con resolución—. Ya no quiero saber nada de pandillas.

—Más te vale —dijo su madre en un tono duro—. Si no lo haces, yo misma le diré a la policía que te arreste. ¿Está claro?

—Sí, mamá.

—No hablamos de tus honorarios —le dijo a Cutter cuando se iba.

Él observó las líneas y arrugas en su rostro, en los ojos, cansados pero esperanzados. Una madre que trabajaba en dos empleos solo para darle a su hijo la mejor oportunidad en la vida. Miró más allá de ella a Darrell, que jugaba con su teléfono.

—Mi teléfono no para de sonar, con consultas de nuevos clientes —dijo, sonriendo—. ¿Honorarios? Nunca hablaremos de eso.

La abrazó mientras ella sollozaba en su hombro.

—¿Cómo puedo agradecerte? —susurró.

—Ya lo has hecho.

No explicó que ayudar a personas como ella era la razón por la que hacía lo que hacía. Por qué se hacía llamar el Fixer. No importaba.

Carmel Ward había encontrado un cierre.

Eso era lo más importante.

EL MENSAJE LE LLEGÓ CUANDO REGRESABA A CASA.

Reúnete con nosotros. OnePP. Ahora mismo.

Sin firma. Un número desconocido, pero a juzgar por el tono, solo había una persona que podría haberlo enviado.

108

Difiore lo guio por los pisos hasta la oficina de Rolando. Cutter se detuvo en seco cuando vio quién más estaba en la oficina del comisionado. Peyton Quindica, como había esperado, pero sentado frente al comisionado estaba Bart Jamison.

—Todo es extraoficial —el director del FBI le hizo un gesto para que se sentara.

—Estamos recibiendo presión —explicó el comisionado—. Políticamente. Que la entrevista de Ronning y tu intervención fueron montadas, a petición nuestra.

—Habríamos atrapado a Rubin —Jamison extendió las manos—. Una vez que hubiéramos descifrado la computadora de Cray.

—¿Cuánto tiempo habría tardado en ser alertado? —dijo Cutter acaloradamente—. Lo que hice les dio libertad para abrir una investigación sobre él. Incluso si no hubieran encontrado nada en esa laptop.

—Lo entendemos —admitió el comisionado. Sus ojos de halcón le lanzaron a Cutter una mirada penetrante—. Algunos dicen que Gina y Peyton permitieron que sus prejuicios personales interfirieran. Que su investigación estaba sesgada.

Cutter parpadeó. —La detective Difiore y la agente especial a cargo Quindica no sabían lo que estaba planeando. Nada. Hice que Ronning se pusiera en contacto con la gente de Rubin y organizara la entrevista. Fui yo solo. Puedo organizar una conferencia de prensa y decir eso. Eso debería quitarles algo de presión.

—No, gracias. Podemos librar nuestras propias batallas. ¿Cómo sabías que Mease estaría allí?

—No lo sabía. Pero ¿dónde más estaría? Ningún político rechaza una entrevista de Ronning. Ese era el momento más importante de su campaña. Sospechaba que querría estar cerca.

—Tuviste una suerte endemoniada de salir vivo.

—Sí, señor.

—Cutter, ¿quién estaba disparando en Melrose?

Ocultó su sonrisa. *De eso se trata. Bruce y Bart no están contentos con ese cabo suelto.*

—Algún francotirador del NYPD, señor —respondió inocentemente. Sin nombres. Eso era solo cuando estaba a solas con ellos.

—Déjate de tonterías —gruñó Jamison—. Te dije que esto es extraoficial. Estás entre amigos. Ese no era un tirador del FBI ni de la policía.

—No sé quién era, señor. Estaba tratando de mantenerme con vida.

Se mantuvo firme en eso, aunque lo acosaron.

—No queremos vigilantes en la ciudad —dijo Rolando en un momento.

—Este vigilante salvó las vidas de Difiore y Quindica, las mejores oficiales de la ley con las que he trabajado —respondió él.

El comisionado entrecerró los ojos. Pareció reprimir una sonrisa mientras miraba a Jamison. —¿Mejores que nosotros dos?

Cutter se puso de pie. —¿Hemos terminado aquí?

—No vas a decirnos nada, ¿verdad?

—Señor —respondió, con cara seria—, pensé que venía para una entrega de premios. No para el tercer grado que acabo de experimentar.

—Lárgate —gruñó el comisionado de policía—, antes de que te eche.

—¿Lo decías en serio? —le preguntó Difiore de camino abajo.

—Sí —dijo él, sabiendo a qué se refería.

Ella no dijo otra palabra, pero lo sorprendió estrechándole la mano.

—¿Hay cámaras aquí? —dijo él, mirando alrededor del vestíbulo—. ¿Puedo obtener un clip de eso?

—Vete ya —suspiró ella.

109

Terry Kobach fue escoltado al patio al anochecer.

—Cuarenta y cinco minutos —le dijo el guardia y se fue a parar junto a la puerta.

Esta había sido la rutina desde que lo enviaron a aislamiento por matar a Horstman. Los guardias venían a su celda por la noche, lo sacaban para hacer ejercicio y lo devolvían después del tiempo asignado. Era la única oportunidad que tenía de ver el cielo y respirar algo de aire fresco.

Se acostó en el banco de pesas y puso sus manos en la barra.

—¿Quieres que te asista?

Se incorporó de golpe y miró fijamente al desconocido. Ojos verdes, pelo oscuro.

—¿Quién eres tú?

—Me trasladaron de Lewisburg.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó Kobach con sospecha—. No hay nadie más cuando entreno.

—No sé, tío. Los guardias me trajeron.

—¿Dónde están?

—¿Y cómo diablos voy a saberlo? Es mi primer día afuera. —El desconocido se alejó irritado. Tomó una pesa y comenzó a ejercitarse.

Kobach lo miró por un momento y examinó el patio. La falta de guardias... eso nunca había sucedido. Se encogió de hombros. ¿Quién sabía lo que tramaban los oficiales de la prisión?

Volvió a su posición y levantó la barra.

—Ven, asísteme —ordenó. Era un alfa, incluso si estaba en aislamiento. Un nuevo recluso tenía que saber quién mandaba.

—¿Por qué estás aquí?

—Violación.

—¿Tienes un nombre?

—Bo Trice. ¿Tú eres Kobach?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Todo el mundo lo sabe.

El asesino gruñó cuando el recién llegado añadió más peso y lo ayudó a levantar.

—Despacio —jadeó cuando Trice empujó hacia abajo con sus manos.

—¿QUÉ DIABLOS ESTÁS HACIENDO? —resopló cuando el delincuente no se detuvo.

—¿Te detuviste cuando Jake Horstman suplicó?

Los ojos de Kobach se abrieron de par en par. Observó al recluso como si lo viera por

primera vez. Dejó caer la barra en sus soportes y se sentó erguido.

—¿Quién eres?

No sintió miedo. Podía enfrentarse a cualquier prisionero en ADX; el chico bonito no era una amenaza.

CUTTER GOLPEÓ EL PECHO DE KOBACH CON LAS PESAS DE VEINTE LIBRAS, QUIEN CAYÓ SOBRE EL banco con un gemido. Maldijo cuando el convicto se levantó de un salto para atacar con un rugido gutural. Había subestimado la capacidad del hombre para absorber el castigo y sobreestimado su propia recuperación.

Retrocedió rápidamente mientras balanceaba la pesa, tropezó al pisar un disco suelto y se desplomó cuando el delincuente lo embistió.

—¿QUIÉN ERES? —rugió Kobach mientras aplastaba a su atacante con su cuerpo y le aferraba el cuello con sus enormes manos.

Tengo... que... acabar... con él, jadeó Cutter mientras golpeaba la cabeza del convicto con las pesas. Su respiración era entrecortada y su visión ya se estaba oscureciendo mientras el agarre de hierro del prisionero se apretaba y le cortaba el aire.

Sin embargo, siguió adelante, golpeando con la pesa, que se sentía pesada al levantarla. Respirar se volvía imposible, pero continuó balanceando, golpeando la cabeza de Kobach hasta que se volvió sangrienta.

Los ojos del convicto se apagaron y su agarre flaqueó, pero Cutter siguió golpeando incluso cuando el cuerpo se quedó inmóvil y pesado, y solo entonces su mano cayó.

Jadeó, resopló y sollozó mientras el aire limpio llenaba sus pulmones torturados y sus costillas se sentían como si un tanque las hubiera aplastado.

Cutter apartó al hombre muerto y se puso de rodillas. Se obligó a arrastrarse hasta el banco y se sentó pesadamente. Permaneció allí hasta que la tierra dejó de girar locamente y las luces y colores detrás de sus ojos se desvanecieron.

Cojeó fuera del patio sin mirar atrás y entró en el pasillo. Caminó por la prisión, que se había llenado de cacofonía. Sonaban las alarmas y los prisioneros gritaban mientras golpeaban las puertas de sus celdas. Ningún guardia lo abordó. Los que estaban en sus puestos miraban sus pantallas, que parecían estar apagadas. Escuchó fragmentos de conversaciones frenéticas y luego salió, bajo el enorme dosel del cielo nocturno, donde su taxi lo esperaba.

Se alejaron a toda velocidad justo cuando el primer camión de bomberos entraba en el recinto de la prisión.

—Algún tipo de incendio —dijo el taxista, transmitiendo las noticias—. En el área del comedor. Parece ser grave.

Cutter no respondió.

Había llamado al mismo general de tres estrellas que había arreglado que Jake se reuniera con él. El oficial había escuchado en silencio mientras él exponía su caso.

—Será difícil —había vacilado.

—Puedes hacer que suceda. Si Zaidi pudo acabar con Mansoor, esto no es nada.

—¿Sabes lo que estás pidiendo?

—Sí —había respondido.

—Te costará —finalmente accedió el general.

Cutter sabía lo que eso significaba.

El mundo encubierto vendría un día, pidiendo que se devolviera el favor. No podría negarse.

Era un intercambio que estaba dispuesto a hacer por Jake Horstman.

110

—¿Tuviste algo que ver con eso? —le preguntó Joe Brodsky enfadado.

—¿Tuve algo que ver con qué?

—¡Kobach! —gritó el alcaide—. Lo mataron ayer, justo cuando se desató un incendio en mi prisión.

—¿Eh? ¿Crees que...?

—Ahórrate el numerito de inocente —le espetó su amigo—. Mis cámaras de seguridad se apagaron misteriosamente. Los guardias fueron alejados de sus puestos por falsas alarmas. Todas eran falsas. No hay testigos. Nadie vio nada.

—Soy muchas cosas —dijo Cutter con entusiasmo—, pero no soy un mago...

Sonrió cuando el alcaide colgó abruptamente. Se estiró e hizo una mueca cuando los dolores y molestias empezaron de nuevo.

Menos mal que Joe no estaba en una videollamada. Con el aspecto que tengo y cómo me siento, sabría que fui yo.

—MIRA QUIÉN ESTÁ AQUÍ —SONRIÓ BETH CUANDO CUTTER COJEÓ HASTA SU MESA.

Había sido fácil localizar a Zeb y su equipo. El grupo frecuentaba Kolumbus Koffee, la cafetería cerca de su oficina, cuando estaban en la ciudad.

—¿Estás seguro de que deberías estar levantado? —Bwana lo abrazó con cuidado.

—Silla de ruedas —declaró Chloe—, eso es lo que necesita.

—Nah, es demasiado vanidoso para eso —sonrió con suficiencia Meghan—. La imagen del Fixer se vería afectada.

Cutter se agarró al respaldo de la silla de Broker mientras aguantaba sus bromas. Negó con la cabeza cuando Zeb señaló una silla vacía.

—Tengo que ir a otro lado —dijo—. Gracias —añadió en voz baja—. Si no hubieran disparado...

—¿Yo fui el francotirador? ¿Qué te hace pensar eso?

—Pensé...

—¿Pensaste qué? —se burló Beth—. ¿Que solo Zeb sabe disparar?

—No, no es eso lo que quería decir... —Cutter titubeó. Todos los agentes de la Agencia eran tiradores expertos.

—Después de todo lo que hicimos por él —Meghan frunció el ceño—, le agradece a Zeb. Como si nosotras nos hubiéramos quedado de brazos cruzados.

—Los hombres son así —asintió Chloe—. Piensan que las mujeres no podemos...

—Lo siento —dijo Cutter apresuradamente, dirigiéndose a todos—. *Estoy* agradecido —insistió—, de verdad —y se retiró tan elegantemente como pudo.

MEGHAN RESOPLÓ Y ESTALLÓ EN CARCAJADAS CUANDO LO VIO ALEJARSE APRESURADAMENTE, CON la cara roja de vergüenza.

—*Fue* un buen disparo —le dijo Zeb.

—Trabajo en equipo —dijo ella, chocando su hombro.

Bear y Chloe habían sido los conductores de dos vehículos de escape. Beth había sido su observadora. Broker, Bwana, Roger y Zeb habían estado en las sombras en tierra, para proporcionar apoyo contundente en caso de que la pelea se complicara.

La gemela mayor podría haber acabado con Sheller si hubiera querido. Sin embargo, habían acordado que Cutter necesitaba poner fin al reinado del pandillero.

—¿Debería borrar el software de su teléfono? —preguntó Beth—. Podemos rastrearlo incluso ahora y ver si está en problemas.

—Déjalo —dijo Zeb—. Es uno de los nuestros.

Siempre cuidarían las espaldas de Cutter, incluso si no era de la Agencia. Así es como trabajaban.

CUTTER SONRIÓ IRÓNICAMENTE POR LA FORMA EN QUE SUS AMIGOS LO HABÍAN ENGAÑADO mientras se abría paso por la ciudad hacia Lafayette. *Me lo merezco por asumir que fue Zeb el misterioso tirador.*

Había sabido en el momento en que el primer disparo había acabado con Cray, que sus amigos habían venido al rescate.

Sacó su teléfono y lo inspeccionó. *Beth y Meg deben haberlo estado rastreando, así es como sabían dónde estaba*. Pensó en conseguir un teléfono y número nuevos. Lo consideró por varios momentos y luego se encogió de hombros.

Que me rastreen. Trabajaba solo, pero era bueno tener amigos que lo cuidaran. ¿*Amigos*? resopló. *Son familia.*

ERA DE NOCHE CUANDO LLEGÓ A LA BODEGA, DONDE LIN SHUN ESTABA REPONIENDO EL mostrador con una nueva tanda de productos horneados.

—Justo a tiempo —lo saludó. Colocó dos rebanadas en una bandeja de papel y se las entregó —. Tartas de piña y limón —Ladeó la cabeza cuando él dio el primer mordisco.

Puso los ojos en blanco de placer cuando el sabor agridulce golpeó sus papilas gustativas y le dio un pulgar arriba. Moshe apareció silenciosamente y negó con la cabeza al ver el estado de Cutter. Fue a la puerta y giró el cartel a *Cerrado*. Chang bajó las persianas y sacó una mesa y cuatro sillas. Lin Shun trajo bandejas humeantes de comida, y estaban empezando a comer cuando sonaron golpes en la puerta.

Moshe fue a abrir y regresó con Difiore y Quindica, ambas impasibles y con expresión dura.

—¿Hay espacio para dos? —preguntó la detective. Se dejaron caer en las dos sillas que Chang y Moshe trajeron de vuelta.

—Difiore —la saludó Cutter.

Ella asintió majestuosamente y se agachó para sacar una botella de vino.

—No bebo.

Ante eso, Quindica levantó una botella de jugo y le sirvió un vaso.

—Peyton —dijo, señalándose a sí misma—. Y ella es Gina, de ahora en adelante.

—No le des demasiada importancia —le advirtió la detective, tan impasible como siempre—. Aún te clavaremos el trasero a la pared si nos das motivos.

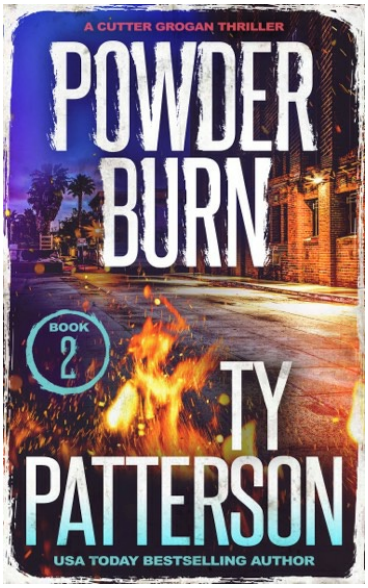
—Pero —añadió la SAC mientras sorbía sus fideos—, ya que estamos en términos de nombres, te daremos algo de margen.

—Te dejaremos elegir la pared —bromeó Difiore.

Policías. Siempre tenían que tener la última palabra.

MÁS LIBROS

Haz clic aquí para descargar The Watcher, una novela corta exclusiva para los suscriptores del boletín de Ty Patterson



Descubre Powder Burn, aquí, el siguiente thriller de la serie.

Únete al grupo de lectores de Ty Patterson en Facebook, aquí

CAPÍTULO ADICIONAL DE POWDER BURN

—Es suficiente —espetó el hombre barbudo.

Cutter se detuvo en el claro y levantó las manos lo más alto que pudo.

—Estoy solo.

—¿Tienes el dinero?

—¿Qué crees que llevo en esto? —replicó. Dejó caer la pesada bolsa de gimnasio a sus pies y se masajeó los dedos.

—Piotr, cuéntalo.

—No tan rápido —advirtió Cutter al pandillero—. ¿Dónde está la chica?

El matón asintió a otro tipo corpulento, que desapareció en la oscuridad y regresó con una adolescente. Sus ojos estaban abiertos de miedo, tenía la boca tapada con cinta adhesiva y las manos atadas a la espalda.

—¿Amy? —Cutter la reconoció por sus fotografías—. Esto terminará pronto. Te llevaré con tu mamá y tu papá.

Ella asintió rápidamente y sollozó aliviada.

—Cuéntenlo —le dijo al líder de la banda de secuestradores, quien con un gesto de hombros hizo que dos hombres armados se acercaran con máquinas contadoras. Abrieron la bolsa y colocaron los fajos de billetes usados en sus bandejas. Durante largos momentos, no se oyó nada más que el zumbido de los dispositivos y las arcadas secas de la chica.

—Tres millones —anunció uno de los pistoleros.

—Tal como acordamos. Dejen ir a la chica.

—Creo que no —dijo el líder con una sonrisa burlona—. Tenemos el dinero y la chica. Tú estás solo. Te mataremos aquí. —Levantó su AR-15—. Es una zona remota de las Catskills. Nadie oirá unos pocos disparos. Pasarán días o semanas antes de que descubran tu cuerpo.

—¿Crees que te saldrás con la tuya?

—Sabemos que escaparemos. No es la primera vez que nos llevamos el dinero y huimos con las chicas. ¿Quién nos detendrá?

Cutter apretó los labios mientras la rabia se encendía en su interior.

Abraham Zinov, un gángster ruso, había hecho un negocio exitoso secuestrando a los hijos de millonarios y escapando con el dinero del rescate. En la mayoría de los casos, las víctimas no volvían a ser vistas.

Era buscado por el FBI y por todas las agencias policiales del país, pero había logrado evadir la captura.

Amy Sorkin era su última víctima. Había secuestrado a la joven de dieciocho años cuando salía de su exclusiva escuela privada en Brooklyn Heights. Había enviado la demanda de rescate a su padre, Travis Sorkin, un multimillonario dueño de un fondo de cobertura, quien había contactado a Cutter.

—Nada de policías —había insistido el padre angustiado—. Sé cómo ha sucedido antes. Más de la mitad de los niños siguen desaparecidos.

—Necesitas confiar en el FBI y la policía de Nueva York. Estoy solo. Yo...

—¡No! —gritó el padre—. Pagaré. Tres millones no son nada. Daría treinta, todo lo que tengo, para recuperar a Amy. Llévaselo y trae de vuelta a mi hija.

Cutter hizo todo lo posible para convencer al padre, pero sus argumentos cayeron en oídos sordos.

—Tampoco puedes ir a la policía —le dijo Sorkin—. Tienes que prometérmelo.

Cutter le dio su palabra y aceptó ir al punto de encuentro en las Catskills.

—¿Crees que estoy solo?

—Ese truco no funcionará —se jactó Zinov—. Te seguimos cuando entraste al bosque. Te hemos registrado. Sin teléfono, sin rastreador. Estás rodeado por trece hombres. Sí, creo que estás solo. Estás fanfarroneando, y morirás.

Amy gritó cuando él levantó su arma.

Su chillido se convirtió en un jadeo de sorpresa cuando el pandillero que la sujetaba cayó al suelo con la cabeza destrozada.

Cutter se lanzó hacia su izquierda y agarró su zapato izquierdo mientras el estruendo de las armas rompía el silencio.

—¡POLICÍA! ¡ENTRÉGUENSE! —llegó la orden desde un megáfono.

Zinov agarró a la chica y disparó frenéticamente hacia la oscuridad.

Cutter se arrastró mientras el secuestrador se volvía hacia él. Arrancó la suela de su zapato y sacó la pistola impresa en 3D de material compuesto y apuntó.

No se inmutó cuando una bala impactó en el suelo junto a su cara, rociándolo con tierra y hojas.

—¡LA MATARÉ! —gritó Zinov mientras sus hombres desaparecían en el bosque. Se agachó detrás de Amy, usándola como escudo.

Cutter podía ver el lado de su cara y era consciente de las voces y gritos mientras la policía capturaba a la banda que huía, y entonces no vio nada más que la frente del gángster más allá de la mira de su arma.

—No, no lo harás —susurró y apretó el gatillo.

—Te dije que nada de policías —dijo Travis Sorkin mientras abrazaba fuertemente a su hija.

Estaban en el perímetro del FBI, a medio kilómetro de la escena del encuentro. El rostro del padre estaba surcado por lágrimas y líneas de preocupación.

—¡Te di una orden! —bramó.

—No fui a la policía, señor —respondió Cutter.

No lo había hecho. Había confiado en Zeb, quien había alertado a los federales que habían trabajado con él para preparar la trampa. Un rastreador GPS ingerible que se había tragado había permitido a los agentes federales localizarlo. La pistola de cerámica había sido su improvisación.

—¿Cómo lo supieron?

—¡Papá! —Su hija lo agarró por las solapas y lo sacudió—. Estoy a salvo. Viva. El Sr.

Grogan me sacó. ¿No es eso lo importante?

Su padre estalló en sollozos y, a ciegas, extendió la mano y apretó el hombro de Cutter.

—No tenías que dispararle —le dijo Peyton Quindica, Agente Especial a Cargo del FBI, con el ceño fruncido.

—No tenía que hacerlo —admitió—. Podría haber dejado que nos disparara a Amy y a mí.

—Lo habríamos derribado nosotros.

—No podía arriesgarme.

—Te dije que no fueras un héroe.

—Estaba intentando mantenerme con vida y proteger a Amy.

Ella sonrió irónicamente mientras negaba con la cabeza. —Necesitaremos eso —dijo, señalando su arma—. ¿Eso escapa a los detectores?

—Sí, está hecha de un material compuesto que la NSA está probando. De lo contrario, no estaría vivo.

—¿Mantendrás eso en secreto?

Él escudriñó sus ojos bajo el resplandor de las linternas y asintió. *Si eso se difunde, todos los terroristas y criminales del país estarán imprimiendo armas.*

Sonrió mientras miraba por encima del hombro de ella. —Estoy medio esperando ver a Difiore.

Gina Difiore, Detective de Primera Clase de la policía de Nueva York, la compañera de la agente del FBI. Se había encontrado con ellas en una misión anterior, y la relación inicialmente antagónica se había convertido en una especie de amistad.

Más o menos, se dijo a sí mismo.

Cutter se hacía llamar un Arreglador, alguien que ayudaba a aquellos a quienes el sistema no podía. La detective lo consideraba un vigilante y lo trataba con desdén.

—Esta es una operación del FBI —dijo Quindica, sonriendo—. No estamos unidas por la cadera.

—¿Ella sabe que estuve involucrado en esto?

—Sí. Dijo que el mundo sería un lugar mejor si te hubiera dejado que te dispararan.

—Suena como ella. —Chocó los cinco con ella y se dirigió a su SUV.

Se recostó cansadamente cuando sonó su teléfono.

—¿Sí? —preguntó. *Ese es un número de la Costa Oeste*.

—¿Es Cutter Grogan?

—Soy yo.

—Señor Grogan, soy Diego Cruz, detective de la policía de Los Ángeles.

—¿De qué se trata?

—Tengo malas noticias. Arnedra Jones y su hermana fueron asesinadas en un tiroteo de pandillas.

MENSAJE DEL AUTOR



Gracias por tomarte el tiempo de leer *Break.* Si te ha gustado, por favor considera contárselo a tus amigos y publicar una breve reseña.

Suscríbete a la lista de correo de Ty Patterson y obtén The Watcher, una novela corta de Zeb Carter, exclusiva para los suscriptores del boletín. Únete al Grupo de Lectores de Ty Patterson en Facebook, aquí.

LIBROS DE TY PATTERSON:

Zeb Carter Thrillers
Quince libros en la serie y contando
Cutter Grogan Thrillers (Universo Zeb Carter)
Nueve libros en la serie y contando
Hawke and Stryker Thrillers (Universo Zeb Carter)
Dos libros y contando
Zeb Carter Short Stories
Tres libros y contando
Warriors Thrillers (Universo Zeb Carter)
Doce libros en la serie
Gemini Series (Universo Zeb Carter)
Cuatro thrillers en la serie
Warriors Series Shorts (Universo Zeb Carter)
Seis novelas cortas en la serie
Cade Stryker Series
Dos thrillers de ciencia ficción militar

SOBRE EL AUTOR

Ty ha sido cavador de zanjas, vendedor de té a granel, vendedor de artículos de cuero, vendedor de lubricantes marinos, mecánico de motores diésel y ahora es autor de thrillers de acción.

Ty tiene el privilegio de que a los lectores de thrillers les encanten sus libros. «Imposible de soltar», «Turbocargado», «Ty establece el estándar en la escritura de thrillers», son algunas de las reseñas de sus libros.

Ty vive con su esposa e hijo, quienes toleran su ridícula creencia de que él está a cargo.

